

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



BUENOS AIRES
1903

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

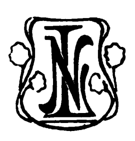
BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.

Máxima de San Martín.

TERCERA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



BUENOS AIRES

1903

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION HISTORICA

LA EMANCIPACION SUDAMERICANA.

I. Argumento del libro y unidad del asunto.—II. Sinopsis de la revolución sudamericana.—III. Acción de la América sobre la Europa. — IV. La colonización hispano-americana.—V. La colonización norteamericana.—VI. Política colonial en ambas Américas.—VII. La emancipación norteamericana. — VIII. Filiación de la revolución sudamericana.—IX. Revolución moral de Sud América.—X. El precursor sudamericano.—XI. Las razas sudamericanas. Los criollos—XII. Prodromos de la revolución sudamericana. — XIII. Desarrollo revolucionario.—XIV. Tentativas monárquicas en Sud América.—XV. Retrospecto y prospecto sudamericano.

I

El argumento del libro.—La unidad del asunto.

El argumento de este libro es, la historia de un libertador, en sus enlaces y relaciones con la emancipación de las colonias hispano-americanas, que completa el trilogio de los grandes libertadores republicanos del Nuevo Mundo: Wáshington, la más elevada potencia de su democracia genial, Bolívar y San Martín, que constituyen el binomio de la emancipación sudamericana. Su acción se desenvuelve en vastísimo teatro, desde la extremidad austral del continente hasta el trópico de Cáncer, en el espacio de dos décadas de lucha. Su punto de partida, es la revolución argentina americanizada; su hilo conductor, la acción política y militar del protagonista en sus movimientos excéntricos

y concéntricos; su objetivo, la coordinación de las leyes normales que presidieron á la fundación de las repúblicas sudamericanas, exponiendo en concreto los principios fundamentales que dieron razón de ser y potencia irradiadora á la revolución por su independencia, cuya síntesis es la libertad de un nuevo mundo republicano según ley natural y según su genialidad. Este punto de vista histórico da su unidad al asunto, su significación al relato y de él fluye lógicamente su filosofía y su moral política. Es la idea que se convierte en acción, como el calórico en fuerza, cuya resultante es la creación de un grupo de naciones nuevas, emancipadas por las armas propagadoras de los principios orgánicos que les inocularon vida fecunda, trazándoles grandes rumbos. Es la justificación de una victoria humana, como condición necesaria de existencia progresiva para fundar un orden de cosas en que el predominio regulador de una sola ley gobernase á vencidos y vencedores contemporáneos, y fuese la norma del porvenir, enseñando que sólo son legítimas las victorias benéficas para todos, por cuanto, fuera del círculo vital de las acciones y reacciones naturales y de las condiciones normales de la igualdad de derechos y de las garantías recíprocas, todo es hecho brutal y todo fuerza perdida.

Este argumento es duplo y complejo, como lo es la revolución y la evolución colectiva que comprende, y se combina con la acción del genio individual animado por la fuerza viva que le comunica la suma de las voluntades espontáneas que representa, armónica en su dualismo necesario. Es en el orden nacional y de un punto de vista restringido, el desarrollo militar y político de la revolución argentina que toma la ofensiva y la exterioriza, propagando su acción y sus principios, y en el orden internacional es la gestación de nuevas naciones indepen-

dientes y soberanas que nacen bajo esos auspicios con formas y tendencias democráticas á imagen y semejanza suya. Abrazando el movimiento colectivo, orgánico y multiforme, en su acción compleja y en diferentes teatros, es el advenimiento de un nuevo mundo republicano sin precedentes, que fluye como de fuente nativa, con la originalidad de sus antecedentes espontáneos, destacándose las agrupaciones políticas de la gran masa, con su autonomía y su integridad territorial, y también con sus vicios ingénitos. Con relación al derecho universal, es por una parte, la proclamación de una nueva regla internacional, que sólo admite por excepción las alianzas y las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones, y como consecuencia de esto, la formación del mapa político de la América Meridional con sus fronteras definidas por un principio histórico de hecho y de derecho, sin violentar los particularismos. Por otra parte, y en este mismo orden de cosas, es la tentativa de la revolución colombiana dilatada, de unificar artificialmente las colonias emancipadas, según otro plan absorbente y monocrático en oposición á sus leyes naturales, y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la revolución argentina americanizada. Estas dos tendencias, concurrentes en un punto—la emancipación general,—representadas por dos hegemonías políticas y militares—la argentina y la colombiana,—constituyen el último nudo de la revolución sudamericana. De aquí proviene la condensación de las dos fuerzas emancipadoras y la conjunción de los dos grandes libertadores que la dirigen—San Martín y Bolívar,—que operan por instinto de consuno, y se encuentran, siguiendo opuestos caminos, después de cruzar uno y otro, desde el Atlántico al Pa-

cífico, redimiendo pueblos esclavizados, fundando naciones nuevas y circunscribiendo el campo de la lucha para concluir con el sistema colonial en su último baluarte. De aquí también el choque de las dos políticas continentales de esas hegemonías encontradas, hasta que al fin prevalece por sí mismo el principio superior á que obedecen los acontecimientos por su gravitación natural.

Considerada desde este punto de vista la historia de la emancipación sudamericana, presenta un carácter homogéneo, con unidad de acción y con una idea dominante que da su nota tónica en el concierto general en medio de aparentes disonancias. Y si se considera simplemente del punto de vista de la condensación de las fuerzas y de su dirección constante y de sus conjunciones, en medio de sus desviaciones accidentales, esa unidad se manifiesta más de bulto y revela la existencia de una ley que gobierna los hechos consumados, dándoles un significado concordante. En efecto, si se estudia el teatro de la guerra de la independencia sudamericana, desde el Río de la Plata hasta el Mar Caribe—haciendo abstracción de Méjico, que no se liga al sistema militar continental,—vese que su movimiento general se condensa en dos grandes focos revolucionarios en los extremos del continente: uno al sur, que comprende á las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y el Alto Perú; otro que comprende á Venezuela, Nueva Granada y Quito al norte. Ambos tienen sus campos de movimiento trazados por la espada libertadora, y dentro de ellos se desenvuelve su acción política y militar. Simultáneamente luchan y triunfan en los dos extremos, y resueltos los dos problemas parciales del sur y del norte, las dos revoluciones, como dos masas que obedecen á una atracción recíproca, convergen militarmente hacia el centro, siguiendo en sentido

opuesto un doble plan de campaña continental. Este plan concebido y ejecutado por los dos grandes libertadores ya señalados, da por resultado preciso el triunfo final de la emancipación americana por la acción militar combinada de todas las colonias insurreccionadas. Esta acción compacta y uniforme, que se dilata en la extensión de la cuarta parte del globo, obedeciendo á las influencias morales de las almas y á la afinidad de las fuerzas, tiene la unidad ideal de un poema y la precisión de una solución mecánica.

La unidad de esta acción compacta, persistente, intensa, sin desperdicio de fuerzas, se dibuja netamente en las líneas generales de la vida de San Martín, el libertador del sur, dando á su figura histórica proporciones continentales, no obstante que sus acciones son más trascendentales que su genio y sus resultados más latos que sus previsiones. Es una fuerza histórica, que como las fuerzas de la naturaleza, obra por sí, obedeciendo á un impulso fatal. Nace en un pueblo obscuro de la América, que desaparece, cuando él empieza á figurar en su grande escenario al bosquejar su mapa político, y por eso no tiene más patria que la América toda. Fórmase como soldado en el viejo mundo, combatiendo por mar y por tierra, con los primeros soldados del siglo, lo que le prepara al desempeño de su futura misión batalladora, aunque sin tener la intuición de su destino, y su carácter se templa en un medio que debía inocularle la pasión absorbente que él convertiría á su tiempo en fuerza eficiente. En los comienzos de su carrera en el Nuevo Mundo, establece metódicamente por la táctica y la disciplina su base de operaciones; forja su arma de combate; monta su máquina de guerra, producto de la combinación de dos fuerzas concurrentes; consolida la independencia de las Provincias Uni-

das del Río de la Plata, su punto militar de partida, y conquista después la de la América austral en una zona de 50 grados geográficos. En su mando del ejército argentino del norte, su nombre y sus trabajos se vinculan con la revolución del Alto Perú, cuya marcha excéntrica prevé por sus desviaciones, y á cuyo triunfo debía concurrir por otro camino estratégico descubierto por su genio observador, teniendo allí la primera visión de esa nueva ruta salvadora. Al trasponer los Andes, en prosecución del plan de campaña continental por él concebido, se identifica con la revolución de Chile, y después de fundar y consolidar por siempre su independencia, inicia la primera liga guerrera y la primera alianza internacional en América. Domina el mar Pacífico según sus claras previsiones, sin lo cual la independencia americana era absolutamente imposible por entonces, y ejecuta por este nuevo camino la tercera grande etapa de su itinerario, libertando el Bajo Perú, cuya independencia funda y cuya constitución bosqueja. Concurre á la independencia de Colombia, lleva hasta el pie del Pichincha la bandera de la revolución argentino-chileno-peruana, saludada por los libertadores colombianos, que realizan un plan de campaña análogo, no menos gigantesco que el suyo. Bajo la línea equinoccial, que divide los dos grandes teatros de la guerra continental, se da la mano con Bolívar, el libertador que viene del norte, por opuesto camino, obedeciendo al mismo impulso, dando grandes batallas americanas como él, redimiendo pueblos y fundando naciones. Así termina su gran campaña emancipadora del sur. Por último, abdica en medio de su poderío, cuando comprende que su misión ha terminado, que sus fuerzas eficientes están agotadas, y se condena deliberadamente al ostracismo por necesidad y por virtud, fiel á la máxima pro-

verbial que regló su vida: "Serás lo que debes ser, y si no no serás nada".

Como complemento de esta vida y de esta misión histórica, puede contemplar su obra desde el ostracismo, al ver que en definitiva la América Meridional se organiza autonómicamente según la constitución geográfica de que derivaba su plan de división política, formando una nueva constelación de estados independientes, tal como él la concibió por instinto en observancia de sus leyes naturales. A la vez, mira sin envidia, que Bolívar, con quien comparte la gloria de la revolución de medio mundo, alcanza y merece la corona del triunfo final de la independencia, reconociéndose modestamente inferior á él en esfuerzos y en hazañas, aun cuando sea moral y militarmente más grande, y por eso el triunfo en el orden definitivo de las cosas es suyo. Mientras se disipa el sueño delirante de la ambición de Bolívar, al pretender fundar un imperio de repúblicas independientes, con una constitución monocrática bajo los auspicios militares de la hegemonía colombiana, y su fundador cae repudiado políticamente por ellas, aunque glorificado más tarde como libertador, prevalece el plan de la hegemonía argentina, de que San Martín fué el heraldo, como fundador de repúblicas independientes, según sus tendencias espontáneas. Y de este modo, la unidad de argumento y de acción de esta historia, que liga sus partes componentes subordinándolas á un principio dominante, se continúa hasta el retiro de los dos libertadores, representantes de las dos hegemonías redentoras de la América del Sur, y se prolonga hasta en su posteridad con la melancólica fatalidad del drama antiguo y la exactitud de la ecuación matemática

II

Sinopsis de la revolución sudamericana.

Se ha dicho, que cuando la posteridad vuelva sus ojos hacia nosotros, juzgará que la emancipación de la América Meridional es el fenómeno político más considerable del siglo XIX, así por su magnitud y originalidad como por la extensión probable de sus consecuencias futuras. En efecto: la aparición de un grupo de naciones independientes, surgidas de un embrión colonial que yacía en la inercia, y que con elementos nuevos suministran nuevas individualidades á la historia, interviniendo desde luego en la dinámica del mundo—la unificación política de todo un continente, que ocupa la mitad del orbe, proclamando por instinto genial los principios lógicos de la democracia como ley natural y regla universal del porvenir;—la consagración de un nuevo derecho de gentes y un nuevo derecho constitucional, en oposición abierta al derecho de conquista y servidumbre y al tradicional dogma monárquico del absolutismo triunfante en el antiguo continente—la división del mundo en dos porciones ponderadas, que establece en las balanzas del destino el equilibrio humano;—la inauguración de sociedades orgánicas, con igualdad nativa, emancipadas de todo privilegio, con una fórmula comprensiva y con tendencias cosmopolitas;—la apertura de un nuevo campo de experimentación libre de todo obstáculo al desenvolvimiento de las facultades físicas y morales del hombre;—por último, la amplitud de sus movimientos y sus largas proyecciones en el espacio y el tiempo,—constituyen sin duda, uno de los más fundamentales cambios que

en la condición del género humano se haya operado jamás.

Los primeros estremecimientos de esta revolución empezaron á sentirse sincrónicamente en las dos extremidades y en el centro de la América Meridional en el año de 1809, con idénticas formas, iguales propósitos inmediatos y análogos objetivos, acusando desde muy temprano una predisposición innata y una solidaridad orgánica de la masa viva. Simultáneamente, sin acuerdo entre las partes, y como obedeciendo á un impulso ingénito, todas las colonias hispano-americanas, se insurreccionan en 1810, y proclaman el principio del propio gobierno, germen de su independencia y de su libertad. Seis años más tarde, todas las insurrecciones de la América del Sur eran sofocadas (1814-1816) y sólo quedaban en pie las Provincias Unidas del Río de la Plata, las que, después de expulsar de su suelo á todos sus antiguos dominadores, declaraban su independencia á la faz del mundo y daban de nuevo á las colonias vencidas la señal del grande y último combate, haciendo causa común con ellas. En 1817, la revolución argentina americanizada, se traza un plan de campaña, de política y de emancipación continental; toma la ofensiva y cambia los destinos de la lucha empeñada; atraviesa los Andes y redime á Chile, y unida con Chile, domina al mar Pacífico, liberta al Perú, y lleva sus armas redentoras hasta la línea del Ecuador, concurriendo al triunfo de la revolución colombiana. Este vigoroso movimiento de impulsión se hace sentir en la extremidad norte del continente meridional, que á su vez vence y expulsa á los defensores de la metrópoli en su territorio, ejecuta la misma evolución que la revolución argentina, toma la ofensiva, atraviesa los Andes, se americaniza y converge hacia el centro donde las dos fuerzas emancipadoras efectúan su con-

junción, según queda dicho. La lucha quedó circunscripta á las montañas del Perú, último refugio de la dominación española, herida ya de muerte en las batallas de Chacabuco y Maipú, Carabobo y Boyacá. Desde entonces la independencia sudamericana dejó de ser un problema militar y político, y fué simplemente cuestión de tiempo y de un esfuerzo más. Las colonias hispano-americanas eran libres de hecho y de derecho por su propio esfuerzo, sin auxilio extraño, luchando solas contra los poderes absolutos de la tierra coaligados en su contra, y del caos colonial surge un nuevo mundo ordenado, coronado de las dobles luces polares y ecuatoriales de su cielo. Pocas veces el mundo presenció un génesis político semejante, ni una epopeya histórica más heroica.

Mientras estos grandes acontecimientos se producían en la América Meridional, en vísperas del combate final, los Estados Unidos del Norte, que abrieron la nueva era republicana dando la señal de la emancipación á las colonias del sur del continente, y que durante la lucha se mantuvieron neutrales, aunque no indiferentes, reconocen la independencia de las nuevas repúblicas (1822), como "un hecho expresión de la simple verdad" y declaran, que "es un derecho de los pueblos sudamericanos romper los vínculos que los ataban á su metrópoli, asumir el carácter de naciones entre las naciones soberanas de la tierra, y darse sus instituciones con arreglo á las leyes de la naturaleza dictadas por Dios mismo". Como una consecuencia del reconocimiento solemne de este hecho y de este derecho, los Estados Unidos promulgan la memorable doctrina de Monroe (1823), que en oposición á la famosa bula de Alejandro VI que repartió el mundo entre dos coronas, divide el mundo entre dos sistemas de gobierno. consagrando un nuevo principio de derecho internacional para

ambos mundos, encerrado en la fórmula: "La América es de los americanos" ("America for the Americans"). Jefferson, trazando los primeros lineamientos de esta política (en 1808), había dicho: "La América tiene principios distintos de los de la Europa, y debe tener un sistema suyo que la separe del antiguo continente, guarida del despotismo, para ser lo que debe ser, la morada de la libertad". Y Monroe siguiendo estos valientes consejos púsose en 1823 frente á frente de la Santa Alianza de los reyes coaligados contra la libertad del mundo, y declaró: "Que toda tentativa de las potencias europeas para extender su sistema á cualquier punto del hemisferio americano, con el fin de oprimir á sus pueblos emancipados, según principios de justicia ó contrariar sus destinos, sería contraria á la felicidad y á la seguridad del nuevo continente, bajo cualquier forma que se produjera". Las nuevas repúblicas americanas dieron su sanción á esta declaratoria, erigiéndola en regla internacional, y la Santa Alianza de los reyes absolutos de la Europa retrocedió ante esta actitud, que debía reaccionar sobre la misma Europa sojuzgada.

La libre Inglaterra, que en un principio fué favorable á la revolución sudamericana, empezó á ponerse del lado de la España en 1818 y de la Santa Alianza en la cuestión colonial, en el sentido de buscar un arreglo que diera por resultado una simple "emancipación comercial" de las colonias, precisamente en el momento en que los Estados Unidos empezaron á diseñar su política en el sentido de la balanza diplomática en su favor en 1823. La opinión del pueblo inglés le era propicia y las simpatías de Inglaterra, que "las miras del gobierno norteamericano eran que las colonias de la América Meridional se emancipasen completamente de la madre patria, y que la lucha no podía terminarse de otro

modo". En 1819, reiteró formalmente esta declaración con motivo de la reunión del Congreso de Aix-la-Chapelle, en que se trató de una mediación de las potencias entre la metrópoli y sus colonias insurreccionadas. Lafayette, afirmando esta declaración ante el gobierno francés, decía al mismo tiempo: "Toda oposición que se haga á la independencia del Nuevo Mundo, podrá afligir á la humanidad, pero no ponerla en peligro".

Así, mucho antes que la batalla final asegurase por siempre la emancipación del nuevo continente (1819-1822), ya era un hecho que estaba en la conciencia universal, y la actitud de los Estados Unidos, sostenida por la Inglaterra, hizo inclinar la balanza diplomática en su favor. La opinión del pueblo inglés le era propicia y las simpatías de todos los liberales de Europa le acompañaban. En el parlamento británico se levantaron voces elocuentes en su favor y el marqués de Lansdowne se hizo el órgano de estos sentimientos presentando una moción á fin de que la Inglaterra reconociese la independencia de las colonias hispano-americanas. "La grandeza é importancia del asunto de que voy á ocuparme, dijo el orador, es tal, que rara vez se habrá presentado mayor ni igual á la consideración de un cuerpo político. Los resultados se extienden á un territorio cuya magnitud y capacidad de progreso, casi abisma la imaginación que trata de abarcarlos: extiéndense á regiones que llegan desde los 37 grados de latitud norte á los 41 grados de latitud meridional, es decir, una línea no menor que la de toda Africa, en la misma dirección, y mayor anchura que todos los dominios rusos de Europa y Asia. Estas regiones están cruzadas por ríos majestuosos, con tal variedad de climas y con tan templados efectos de los calores ecuatoriales, gracias á las cadenas de montañas que las

atraviesan, que la naturaleza se ve allí dispuesta á producir, como en compendio, cuanto hay de más apetecible en el mundo. Hállanse habitadas estas regiones por veinticinco millones de almas de diversas razas, que saben vivir en paz y armonía, y que, bajo circunstancias más favorables que las que las han rodeado hasta ahora, pronto llenarían los grandes vacíos de terreno inculto, cuya feracidad las haría prosperar hasta que aquel vasto continente se viese poblado de naciones poderosas y felices. Sus habitantes han llevado la copa de la libertad á los labios, y nadie puede atajar el rumbo de la civilización ni de cuantos sentimientos nobles y grandiosos nacen en su carrera. La regeneración de esos países irá adelante".

La reunión del Congreso de soberanos en Verona (1823), y su decisión de intervenir en la Península para sofocar el liberalismo español, apoyando al rey absoluto, unida al proyecto de monarquizar la América del Sur, según las incipientes ideas reaccionarias de Chateaubriand, determinaron la actitud de la Inglaterra bajo el ministerio de Canning, que uniformó su política con la de los Estados Unidos. Partiendo de la base de que "la independencia de las colonias españolas pobladas por la raza latina, era un hecho consumado, y un nuevo elemento político de la época que en adelante debía dominar las relaciones entre ambos mundos", el gran ministro se decidió á reconocer ese hecho, y pronunció en tal ocasión las memorables palabras que resonaron en los dos hemisferios: "La batalla ha sido recia, pero está ganada. El clavo queda remachado. La América española es libre:—"¡Novus sæculorum nascitur ordo!"

La batalla de Ayacucho ganada ocho días antes de pronunciadas estas palabras en el opuesto hemisferio, respondió á ellas, coronando el doble

triunfo de la independencia sudamericana. Canning pudo entonces exclamar: "He llamado á la vida á un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo".

El mundo nuevo reaccionaba por la tercera vez sobre el viejo con su masa y con su espíritu, y por la tercera restablecía su equilibrio perdido.

III

Acción inicial de la América sobre la Europa.

La tierra descubierta por Cristóbal Colón que complementó el mundo físico, estaba destinada á restablecer su equilibrio general en el momento mismo en que vacilaba sobre sus cimientos.

Antes de finalizar el siglo XV, la Europa había perdido su equilibrio moral, político y mecánico. Después de la invasión de los bárbaros del norte, que le inocularon un nuevo principio de vida, sin extirpar el germen de la decadencia heredado del antiguo imperio romano destruído, su civilización estaba á punto de desmoronarse otra vez. No existía en ella una sola nación coherente, y sus agrupaciones inorgánicas eran compuestos heterogéneos de razas y particularismos antagónicos, basados en la conquista y la servidumbre, que la fuerza ataba y desataba. Sus fuentes productivas estaban casi agotadas y su porvenir era un problema sombrío. La libertad de los hombres esclavizados era apenas una esperanza latente que ardía como luz moribunda en el fondo de algunas conciencias. El privilegio de unos pocos, era la regla dominante y la ley niveladora que pesaba sobre las cabezas de la gran comunidad avasallada. La moral política de los pueblos y de sus pensadores era la del principio de Maquiavelo, que anteponía la razón de estado á todos los derechos humanos, justificando todos los

medios por los resultados, y esto era un adelanto relativo. Toda evolución sana en el sentido de progreso era imposible dentro de sus elementos caducos, y así la Europa marchaba fatalmente á la disolución social por falta de un principio vital y regenerador.

La caída del antiguo imperio greco-romano había derribado el último antemural de la Europa contra la nueva irrupción de los bárbaros de Oriente, que avanzaba compacta y fanatizada desde el fondo del Asia bajo el pendón de la media luna, oponiendo el Korán al Evangelio. Dueños los musulmanes de Constantinopla, de la Grecia antigua y parte de la Italia en Europa, y de las llaves de la navegación del Mediterráneo, el despotismo oriental, precedido por sus armas triunfantes, había invadido todo el occidente, convirtiéndose en institución permanente, divinizada, y este poder absoluto y absorbente de la sociedad y del individuo era la última esperanza de los pueblos contra los males de la época y la tiranía de los privilegiados. Para colmo de infortunios, los antiguos caminos del comercio de Oriente, en que se dilataba la actividad universal, estaban clausurados por efecto de las conquistas de los árabes, dominadores de las tres cuartas partes del mundo conocido. La Europa encerrada en el estrecho recinto de la línea del Danubio y la puerta de las columnas de Hércules, aislada, empobrecida, esclavizada, debilitada y amenazada de ser expulsada hasta del Mediterráneo—cuyas costas dominaban los turcos y los moros en Africa, Asia y parte de Europa,—parecía perdida, y sólo el descubrimiento de un nuevo mundo podía salvarla. "El descubrimiento de un nuevo continente más allá de los mares tenebrosos, tuvo por efecto, no solamente abrir al comercio otros caminos, sino hacerle experimentar una transformación que ha influído

más que ningún otro acontecimiento político sobre la civilización del género humano, por cuanto afectó, como continúa afectando más fuertemente cada día, todas las partes del globo y la humanidad entera". Este descubrimiento—verdadero punto de partida de la era moderna,—al restablecer el equilibrio dinámico remontando á las causas del movimiento y efectos de las fuerzas, hizo que las cosas girasen armónicamente en su esfera de atracciones recíprocas, y sus hombres en el círculo vital de sus aspiraciones innatas. Así se operó el gran fenómeno social que renovó la civilización cristiana y salvó la libertad humana. El gran movimiento de la Reforma, que vino inmediatamente después, al emancipar la razón y dar vuelo á las almas, depositó en las conciencias el germen de los principios democráticos que entraña la Biblia—que era su código,—y que, transportados á un mundo nuevo debían regenerar la civilización europea degenerada y atrofiada, y difundirla vivificada en el orden político por toda la tierra, como la semilla fecunda de Triptolemo.

No en vano la imaginación popular, anticipándose á los tiempos, supuso que la fuente de Juvencio soñada por los antiguos, que comunicaba en sus ondas la inmortalidad y la eterna juventud, se encontraba en el nuevo continente descubierto por Colón. Trasplantada al suelo virgen de la América la civilización decrépita de la Europa, con sus gérmenes vivaces de progreso, se rejuveneció y se aclimató en él, en condiciones de igualdad, sin poderes monárquicos ni teocráticos, sin privilegios ni aristocracia, y desarrollóse libremente en su atmósfera propicia. Abierto este nuevo é inmenso campo á la actividad humana, operóse una evolución superorgánica, "en que los hechos revelan la educación del vástago y la cooperación de los an-

tecesores muestra el germen de un nuevo orden de fenómenos". Fué una verdadera renovación del orden social en la materia viva con arreglo á la ley de la naturaleza. El resultado fué la organización de una democracia de hecho, y una sociedad nueva, hija del trabajo. Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su carga de servidumbres seculares, se transportase á otro continente vacante, y entregado á su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida.

IV

La colonización hispano-americana.

En la repartición del nuevo continente, tocóle á la América del Sur el peor lote. La España y el Portugal, transportaron á sus nuevas colonias su absolutismo feudal y sus servidumbres; pero no pudieron implantar en ellas sus privilegios, su aristocracia ni sus desigualdades sociales. El poder eficiente de bien, fué más poderoso. La buena y la mala semilla cultivada en el nuevo suelo, se modificó, se vivificó y regeneró, dando por producto una democracia genial, cuyo germen estaba en la naturaleza del hombre trasplantado á un nuevo medio ambiente. Contribuyó á este resultado el modo cómo se colonizó la América Meridional. El más sesudo cronista de Indias, reconoce que la conquista se hizo á costa de los conquistadores, sin gastos de la real hacienda. Y un juicioso historiador sudamericano, comentando este hecho deduce de él la lección de política práctica que encierra. "Los aventureros españoles del siglo XVI pudieron ejecutar la hazaña portentosa de conquistar la América, porque nadie puso trabas á su espontaneidad,

ni sometió á reglas su inspiración personal. Esta fué la ley general de la conquista de América, y lo que produjo un resultado tan maravilloso y rápido fué el haberse dejado su libre desenvolvimiento á la inspiración personal. Cada conquistador fué una fuerza que dió de sí, sin limitación, todo lo que podía dar". De aquí el espíritu de individualismo que legaron á sus descendientes en su sangre con sus instintos de independencia, y con ellos las tendencias orgánicas que desde su origen manifestaron las nuevas colonias. Era un mundo rebelde que nacía bajo los auspicios del absolutismo, que al dar vuelo al individualismo se encontró en pugna con el mismo feudalismo de que derivaba.

Conspiraba fatalmente á este resultado, más ó menos lejano, la constitución colonial calculada para el despotismo personal, que excluía la idea de una patria común, y que por lo mismo de ser absoluto en teoría era orgánicamente débil. La colonia y la metrópoli no constituían una substancia homogénea. La América española, en que algunos han creído ver una especie de imperio independiente, era considerada como un feudo personal del monarca español, más que por razón del descubrimiento, por la población y la posesión, por razón de la bula de Alejandro VI que la constituyó en tal "en virtud de la jurisdicción que como cabeza del linaje humano tenía el papa sobre el mundo", según la doctrina del más profundo comentador de la constitución colonial. Por eso la América española, no formaba cuerpo de nación con la Península, ni estaba ligada á ella sino por el vínculo de la corona, y así el juramento de fidelidad que le prestaban sus vasallos de ultramar, era el juramento feudal que ata un hombre á otro hombre, más que por razón de la tierra por razón de la persona, como lo explica el mismo comentador. Y de

aquí que el rey pudiese legislar y dictar impuestos, sin intervención de las Cortes españolas, que sólo funcionaban para la Península. De este orden de cosas debía surgir una teoría revolucionaria, cuando desapareciendo el monarca y desatados de hecho los vínculos personales, la soberanía absoluta de los reyes retrovertiese por acefalía á sus vasallos, y convertida en soberanía popular, el divorcio entre las colonias y la madre patria se produjese lógica y legalmente.

Este feudo colonial tenía su gobierno superior en el Consejo de Indias, que se distribuía en lo político representado por un virrey, y en lo judicial por una Audiencia, autoridades que se fiscalizaban y contrapesaban en representación de la autoridad absoluta de la corona, gastando en este roce estéril más fuerza que la que utilizaban. En el orden municipal los Cabildos, sombra de las antiguas comunidades libres de la madre patria, representaban nominalmente al común del pueblo. Tal es el bosquejo de la constitución colonial. Ella contenía empero un principio democrático, aunque en esfera limitada, desde que se atribuía teóricamente á los Cabildos la representación popular, se les reconocía el derecho de convocar al vecindario y reunirlo en Cabildo abierto ó Congreso municipal, para deliberar sobre los propios intereses y decidir de ellos por el voto directo como en las democracias de la antigüedad. Esta ficción se convertiría en realidad, el día en que las fuerzas populares le comunicasen vida. De los Cabildos así constituídos debía brotar á su tiempo la chispa revolucionaria, y en su fuero municipal haría el pueblo sus primeros ensayos parlamentarios.

Esta sociabilidad rudimental con instintos de independencia y gérmenes nativos de democracia entrañaba—como lo hemos dicho en otro libro his-

tórico,—todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del grosero molde colonial en que se había vaciado, á la par de los que provenían de su estado embrionario, de su propia naturaleza y de su medio. Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas, la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política é industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que, produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían á viciar el organismo en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar. Sin embargo, de este embrión debía brotar un nuevo mundo republicano con su constitución genial, producto de los gérmenes nativos que encerraba en su seno.

V

La colonización norteamericana.

Más feliz, la América del Norte fué colonizada por una nación que tenía nociones prácticas de libertad y por una raza viril mejor preparada para el gobierno de lo propio, impregnada de un fuerte espíritu moral, que le dió su temple y su carácter. Emprendida un siglo más tarde que la española, se aclimató en una región análoga á la de la madre patria, como la española y la portuguesa al mediodía de la América, y fundaron allí una verdadera patria nueva, á que se vincularon por instituciones libres. Bien que en su origen las colonias inglesas fuesen consideradas como provincias de la corona, administradas por compañías privilegiadas y por un consejo de gobierno á la manera del de

Indias, y que el monarca se reservó, como el de España, la suprema autoridad legislativa y la facultad de proveer todos los empleos, sin concederles la menor franquicia electoral, los colonos de la Virginia, por su propia energía no tardaron en conquistar algunos derechos políticos, luego asegurados por cartas reales, que fueron el origen de sus futuras constituciones republicanas. En 1619 se reunió en Jamestown la primera asamblea nacional elegida popularmente por los hombres libres de la comunidad, que con razón se ha llamado "la feliz aurora de la libertad legislativa en América", siendo "la Virginia el primer estado del mundo, compuesto de burgos separados y dispersos en un inmenso territorio, donde el gobierno se organizó según los principios del sufragio universal". A la Virginia siguió Maryland, cuya carta fundamental otorgada en 1632, dióle una participación independiente en su legislación y la sanción de los estatutos por el consentimiento de la mayoría de sus habitantes y diputados, ligando así el gobierno representativo indisolublemente á su existencia. Estas primeras asambleas coloniales acabaron con las compañías y privilegios y fundaron el gobierno de lo propio ("self-government").

A los plantadores de la Virginia y de Maryland siguieron los "Peregrinos" de la Nueva Inglaterra (los puritanos), que huyendo de las persecuciones en la Europa, buscaron la libertad de conciencia en el Nuevo Mundo para fundar en él una nueva patria, según la ley de su Evangelio. Fuertemente impregnados del espíritu republicano de la madre patria, de cuya gran revolución fueron autores, y de los principios democráticos de las repúblicas de Suiza y Neerlandia que les dieron asilo, llevaron de esta última el tipo ideal del gobernante de un pueblo libre en la figura austera de Guillermo de

Orange, que presagiaba á Wáshington. Fuertes en la conciencia de sus derechos innatos, se transportaron sin garantía alguna á su nuevo teatro de acción, declarando que "si más tarde se pretendiese oprimirles, aun cuando se ordenase con un sello real tan grande como una casa, ellos encontrarían medios eficaces para unificarlo". Y así fué. Apenas pisaron el suelo de su nueva patria electiva, declararon en presencia de Dios que "fundaban su primera colonia en la región septentrional de la América, y se asociaban en cuerpo civil y político para su mejor organización y conservación, y que en virtud de tal compromiso decretarían, establecerían y formarían las leyes y ordenanzas y constituciones justas y equitativas que juzgasen "más convenientes al bien general". Cien hombres firmaron este documento, que según un historiador norteamericano, fué "el origen de la verdadera democracia y la libertad constitucional del pueblo, por el cual la humanidad recobró sus derechos y estableció un gobierno basado en "leyes equitativas" y en vista del bien general, reaccionando contra las constituciones de la Edad Media, derivadas de los privilegios municipales". Vinieron por último los cuákeros, que proclamaron en absoluto la libertad intelectual del pueblo como un derecho innato é inalienable, y emancipando la conciencia humana según el método filosófico de Descartes, formularon su constitución, anticipándose á las constituciones modernas, en que se consignó por la primera vez de una manera absoluta y universal el principio de la igualdad democrática. Y con Guillermo Penn á su cabeza fundaron la colonia representativa de Pensylvania, núcleo y tipo de la gran república de los Estados Unidos.

Esta fué la eficiente acción del Nuevo Mundo sobre la Europa en la primera época de su descu-

brimiento y población. Sus inmigrantes al pisar el suelo en que recuperaban su equilibrio, libres de las pesadumbres que los agobiaban en el viejo mundo, formaron un nuevo estado político, y se dieron según sus tendencias individuales una constitución democrática apropiada á sus necesidades físicas y morales, que encerraba en sí los gérmenes de su organización futura y el tipo fundamental de otras sociabilidades análogas.

Tal fué el génesis de la libertad democrática, destinada á universalizarse.

VI

Política colonial en ambas Américas.

Se ha creído por algunos encontrar la explicación de aptitudes políticas entre la América del Sur y la del Norte en los antecedentes económicos de sus leyes coloniales. Empero fué tan restrictiva y tan bárbara como egoísta la política comercial de la Inglaterra con respecto á sus colonias como lo fué la de España y Portugal, y es de notar que más atrasada que la de Francia como metrópoli en muchos puntos. Como lo observa Adam Smith, cuyo testimonio como inglés es decisivo: "Toda la diferencia entre la política colonial seguida por las diferentes naciones no ha sido sino de más ó de menos y han tenido el mismo objeto. La de los ingleses, siendo la mejor, ha sido menos opresiva y tenido un poco más de generosidad".

El monopolio comercial que la España adoptó como sistema de explotación respecto de la América inmediatamente después de su descubrimiento, fué tan funesto á la metrópoli como á sus colonias. Calculando erradamente para que las riquezas del Nuevo Mundo pasaran á España y que ésta fuese

la única que lo proveyese de artefactos europeos, acaparando sus productos naturales, toda su legislación tendió exclusivamente á este objeto en los primeros tiempos, y por esto se prohibieron en América todas las industrias y cultivos similares que pudieran hacer competencia á la Península. Para centralizar el monopolio, declaróse que el puerto de Sevilla (y después el de Cádiz) sería la única puerta por donde pudiesen expedirse buques con mercaderías y entrar los productos coloniales de retorno. Para asegurar la exclusiva hasta del tráfico intermediario, prohibióse toda comunicación comercial con las colonias entre sí, de manera que todas ellas convergiesen á un punto único. El sistema restrictivo se complementó con la organización de las flotas y galeones, reuniendo en un solo convoy anual ó bienal todas las naves de comercio custodiadas por buques de guerra, y fijóse en Portobelo y Panamá la única puerta de entrada y salida de la América. Las mercaderías así introducidas, atravesaban el Istmo y se derramaban por la vía del Pacífico, penetrando por tierra hasta Potosí, donde debían acudir á proveerse y hacer los cambios las provincias mediterráneas del sur y las situadas sobre las costas del Atlántico con un recargo de 500 á 600 % sobre el costo primitivo. Este absurdo itinerario, violatorio de las leyes de la naturaleza y de las reglas del buen gobierno, y el sistema del monopolio colonial por medio de las de flotas y galeones, sólo pudo ser concebido por la demencia de un poder absoluto y soportado por la inercia de un pueblo esclavizado. Las víctimas de tal sistema fueron la metrópoli y sus colonias.

Antes de transcurrir un siglo, la población de España estaba reducida á la mitad, sus fábricas estaban arruinadas, su marina mercante no existía sino en el nombre, su capital había disminuído, su

comercio lo hacían los extranjeros por medio del contrabando, y todo el oro y la plata del Nuevo Mundo iba á todas partes menos á España. La ruina de la marina y de las fábricas y la miseria consiguiente de la metrópoli y sus colonias, acabaron por destruir totalmente el comercio oficial. Cuando la España, aleccionada por la experiencia quiso reaccionar contra su desastroso sistema de explotación, y aun lo hizo con bastante inteligencia y generosidad, ya era tarde; estaba irremisiblemente perdida como metrópoli, y la América Meridional para ella como colonia. Ni el vínculo de la fuerza, ni el del amor, ni el del interés siquiera, ligaba la tierra ni los hijos desheredados á la madre patria: la separación era un hecho y la independencia de las colonias sudamericanas una cuestión de tiempo y de oportunidad.

Como lo hemos hecho notar en otro libro, exponiendo estos mismos hechos en términos más amplios, el error fundamental del sistema colonial de España no era una invención, aun cuando lo exagerase, sino una tradición antigua y la teoría económica de la época reducida á la práctica. La Inglaterra en la explotación de sus colonias del norte de América, propendió igualmente por medio de leyes coercitivas á que la metrópoli fuese la única que las proveyese de mercaderías europeas, la única de donde partiesen y á donde retornasen los buques destinados al tráfico, cometiendo mayores errores teóricos aun en un principio en la institución de compañías privilegiadas como la de la India oriental, á las cuales entregaba el territorio como propiedad feudal, á título de conquista, reservándose el monarca la absoluta potestad de reglamentar su comercio. Adam Smith, al juzgar con benevolencia la política comercial de su patria, la condena empero severamente.

"La libertad de la Inglaterra, dice, con respecto al comercio de sus colonias, se ha reducido al expendio de sus producciones en estado bruto, y á lo más, después de recibir su primera modificación, reservando el provecho para los fabricantes de la Gran Bretaña. La legislación impedía el establecimiento de manufacturas en las colonias, recargaba sus artefactos con altos derechos y hasta les cerraba el acceso de la metrópoli. Impedir de este modo el uso más ventajoso de los productos, es una violación de las leyes más sagradas de la humanidad. La Inglaterra sacrificó en el interés de sus mercaderes el de sus colonias. El gobierno inglés ha contribuído muy poco á fundar las más importantes de sus colonias, y cuando han crecido considerablemente, sus primeros reglamentos con relación á ellas, no han tenido más objeto que asegurarse el monopolio de su comercio, limitando á un solo país el expendio de los artículos de sus colonias, y por consecuencia á detener su actividad y hacer retroceder el progreso, en vez de acelerar su prosperidad". Bancroft, norteamericano y descendiente de inglés, después de enumerar todas las restricciones impuestas al comercio del tabaco, que era una fuente de riqueza colonial, establece: "Fué prohibido á todo buque, cargado de productos de la colonia, dirigirse por agua á las costas de Virginia desde otros puertos que no fuesen los de Inglaterra. Todo comercio con buques extranjeros fué prohibido en caso de necesidad. Los extranjeros fueron rigurosamente excluídos."

En la práctica, todos estos errores tuvieron su correctivo. Los reglamentos tiránicos cayeron de suyo en desuso por la resistencia de los colonos armados de sus franquicias municipales, y merced á esto, los resultados que buscaba la Inglaterra se realizaron sin gran violencia, con ventajas para la

madre patria y sus colonias. Las leyes de navegación (1650-1666), dieron á la marina inglesa la supremacía y á sus puertos la exclusiva, al desterrar de sus mercados la competencia extranjera, quedando en mejor condición sus fabricantes y negociantes, y así quedó monopolizado de hecho y de derecho el comercio colonial, ampliando la mútua tolerancia lo que tal sistema tenía de limitado. Este monopolio, juiciosamente explotado por un pueblo apto para el tráfico mercantil, con población superabundante, marina mercante libre en su esfera, con fábricas suficientes para abastecer sus colonias, con instintos de conservación para acrecentar sus capitales sin cegar la fuente de la riqueza misma, con tradiciones de propio gobierno que trasplantaba á sus colonias, sin que un absolutismo como el de Carlos V ó el de Felipe II las sofocase, y con una energía individual, no coartada por la tiranía fiscal, este monopolio, decíamos, en manos hábiles, fundó la colonización norteamericana y corrigió sus errores, sin incurrir en abusos. En 1652, cuando se estableció la república de Inglaterra bajo Cromwell, pactóse entre la colonia y la metrópoli la libertad de comercio, con la prerrogativa para los colonos de votar sus impuestos por medio de sus representantes y establecer sus derechos aduaneros. Era casi la independencia, como lo observa un historiador norteamericano. Los colonos incorporaron á su derecho público estos antecedentes históricos, que llegaron á formar un cuerpo de doctrina legal, decretando en 1692 y 1704: "Ningún impuesto puede ser establecido en las colonias sin el consentimiento del gobernador, del Consejo y de sus representantes reunidos en asamblea". Mutiladas ó abrogadas sus cartas fundamentales bajo la restauración despótica de los Estuardos, y sistemado el monopolio comercial de la

metrópoli, aun después de consolidado en Inglaterra el gobierno representativo, la doctrina fué mantenida y respetada por acuerdo tácito. El día que la Inglaterra pretendió desconocer esta doctrina, la revolución norteamericana estalló en nombre del derecho.

VII

La emancipación norteamericana.

Una cuestión particular de legalidad constitucional, motivada por un impuesto y una tarifa de aduana, fué la causa determinante de la revolución norteamericana, á la inversa de lo que sucedió en Sud América, que tuvo por origen una cuestión general de principios fundamentales, que era á la vez cuestión de vida ó muerte para las colonias hispano-americanas. En este punto es moralmente superior la revolución de Sud América á la del Norte.

La Inglaterra decretó el impuesto del papel sellado en sus colonias, y éstas respondieron declarando: "Hay ciertos derechos primitivos, esenciales, que pertenecen al pueblo, y de que ningún parlamento puede despojarlo, y entre ellos figura estar representado en la corporación que tiene el derecho de imponerles cargas. Es de toda necesidad que la América ejerza este poder en su casa, porque no está representada en el parlamento, y en realidad pensamos que esto es impracticable" (1765). La ley de papel sellado fué derogada como impuesto "interior", pero el parlamento mantuvo en teoría la prerrogativa absoluta de dictar la ley suprema del imperio británico, y sancionó en consecuencia, como derecho "exterior", que no había sido expresamente contestado, una tarifa aduanera para la importación de sus colonias, poniendo su producto á

disposición del rey, lo que importaba substraerlo al control de las autoridades coloniales (1767). Los colonos protestaron negándose patrióticamente á consumir las mercaderías tarifadas, resistieron legalmente después, y dando lógicamente un paso más, declararon que la ley inglesa sobre motines ("Mutiny Act") era nula para ellos, por cuanto había sido sancionada por un parlamento en que ellos no estaban representados. Para sostener sus derechos, convocaron su milicia municipal, y atacados con las armas en su terreno, contestaron con ellas en Lexington: se sublevaron en masa. Así comenzó en 1774 la gran lucha por la emancipación americana.

Durante diez años de resistencia, mantuviéronse las colonias inglesas en el terreno del derecho positivo, invocando sus franquicias especiales, como propiedad particular suya; pero desde este momento, lo abandonaron resueltamente, y se colocaron en el sólido y ancho terreno teórico del derecho natural y del ideal, independiente de la ley positiva y de la tradición. Aun antes que el programa revolucionario revistiese esta forma universal y humana, ya uno de sus precursores lo había formulado en 1765: "El pueblo, el populacho como se le llama, tiene derechos anteriores á todo gobierno terrestre, derechos que las leyes humanas no pueden ni revocar ni restringir, porque derivan del gran legislador del universo. No son derechos otorgados por príncipes ó parlamentos, sino derechos primitivos, iguales á la prerrogativa real y contemporáneos del gobierno, que son inherentes y esenciales al hombre, que tienen su base en la constitución del mundo intelectual, en la verdad, en la justicia y la benevolencia".

Al declarar su independencia á la faz del mundo el 4 de Julio de 1776, las colonias norteamericanas

emancipadas, proclamaron un derecho innato, universal y humano, una teoría nueva del gobierno con abstracción de todo precedente de hecho, como principio general de legislación, inspirándose en la ley natural, en la filosofía y en la ciencia política derivada de los dictados de la conciencia cosmopolita. Dijose entonces por la primera vez en un documento político: "Tenemos por verdades evidentes, que todos los hombres fueron creados iguales, y que al nacer recibieron de su creador ciertos derechos inalienables que nadie puede arrebatarles, entre éstos el de vivir, ser libres y buscar la felicidad: que los gobiernos no han sido instituídos sino para garantir el ejercicio de estos derechos, y que su poder sólo emana de la voluntad de sus gobernados: que, desde el momento que un gobierno es destructor del objeto para el cual fué establecido, es derecho del pueblo modificarlo ó destruirlo y darse uno propio para labrar su felicidad y darse seguridad". Esta declaración de los derechos del hombre, incorporada á las constituciones del nuevo estado, fué desde entonces, como se ha dicho, "la profesión de fe política de todos los liberales del mundo" y despertó la conciencia universal aletargada.

La repercusión de estas teorías racionales que respondían á una tendencia de la naturaleza moral del hombre en el mundo y á una necesidad de los pueblos en Europa, se sintió inmediatamente en Francia, que se hizo el vehículo para transmitirlas á las naciones latinas del nuevo y del viejo mundo. Lafayette llevó á la Francia esa declaración de derechos, y los hombres y los pueblos las acogieron con entusiasmo como un nuevo decálogo político. Hasta entonces dos escuelas políticas se dividían el imperio de las conciencias libres. Montesquieu, que fué el primero que señaló al mundo en las colo-

nias inglesas la presencia "de grandes pueblos libres y felices en las selvas americanas", buscó en la herencia del pasado la reforma y mejora del régimen político y llegó lógicamente, según su teoría, á considerar la constitución inglesa como el último resultado de la experiencia y la lógica humana, presentándola como modelo acabado. Esta es la escuela histórica. Rousseau, negando el valor de la experiencia, rompiendo con los antecedentes históricos, atacando las constituciones existentes, toma por punto de partida y por objetivo la libertad natural y la soberanía del pueblo, buscando "la mejor forma de asociación que defienda y proteja contra la fuerza común á cada asociado, de manera que, al unirse cada uno á todos, no obedezca sin embargo sino á sí mismo, y quede tan libre como antes". Esta es la escuela filosófica, cuya doctrina formulada en la constitución de los Estados Unidos de América, y cuya teoría consensual, desacreditada por mucho tiempo, ha sido jurídicamente rehabilitada por el más profundo publicista moderno, convirtiéndose en hecho consumado y en principio racional y científico de un nuevo derecho público. En esta forma popular y al alcance de todos, debía generalizarse la nueva doctrina en las colonias sudamericanas, mientras remontaban á su fuente originaria hasta encontrarla en la población libre del Nuevo Mundo.

Lo más grande y más trascendental de la revolución norteamericana, no es su independencia nacional, sino su emancipación política, intelectual y moral en nombre de los derechos humanos, y la fórmula constitucional, ó más bien constitutiva, que los sintetiza. Como lo observa un historiador alemán: "El encanto de esta constitución está en su gran liberalidad, en su carácter simple, racional y natural, en su consecuencia lógica, en su fidelidad

á los principios, en fin, porque podía ser aplicable á todos los pueblos en desacuerdo con el régimen imperante; en que establecía un derecho igual para todos, no como derecho positivo y adquirido, sino como innato, natural é independiente de la ley y de la tradición; no como un hecho histórico, sino como una idea; en que señalaba un cierto espíritu de libertad y de humanidad, que hacía abstracción de toda condición especial, y debía servir de principio general á toda legislación particular, determinando de antemano su carácter y su espíritu, que debía ser "una ley para los legisladores", como Talleyrand lo hacía decir en 1790 á la Asamblea de Francia. Son estas dos cualidades del idealismo y del universalismo, esta conciencia del pensamiento político, lo que ha operado la transformación completa en el estado político y en la cultura intelectual y moral del mundo, emancipando políticamente á los pueblos". Desde entonces, el constitucionalismo inglés dejó de ser un modelo, y la constitución inglesa dejó de ser un ideal, aun para los mismos ingleses, que han tenido que reconocer á sus descendientes y discípulos políticos como á sus maestros en el presente y en el futuro.

El espíritu de la libre Inglaterra se anticipó en su tiempo al juicio de la posteridad, dando la razón á la América insurreccionada en sus controversias constitucionales. Sus grandes hombres de estado y sus más señalados pensadores, empezando por Chatham en su primera época y Burke á la cabéza de ellos, simpatizaron con la resistencia de sus colonias y aun hicieron votos por su triunfo, al declarar que "los principios no podían monopolizarse". Y uno de los más profundos historiadores de la civilización de Inglaterra, que antepone la fatalidad de las leyes físicas en el destino de las naciones á las influencias morales, sobreponiéndose á todo es-

píritu de estrecho nacionalismo, ha declarado: "La guerra con la América fué una gran crisis en la historia de Inglaterra, y la derrota de los colonos hubiera comprometido considerablemente nuestras libertades. Los americanos fueron nuestros salvadores, los americanos que, llenos de heroísmo, hicieron frente á los ejércitos del rey, los batieron en todas partes, y desligándose por último de la madre patria, comenzaron á seguir esa carrera maravillosa, que enseña lo que puede realizar un pueblo libre entregado á sus propios recursos". Su acción sobre la revolución francesa fué más marcada, combinándose con la teoría filosófica de sus publicistas.

Fué así como la América reaccionó saludablemente por segunda vez sobre la Europa, salvándola en sus dos grandes conflictos. En la tercera vez, el gran papel histórico corresponde á la América del Sur, como se ha visto y como se demostrará más adelante.

VIII

Filiación de la revolución sudamericana.

La historia se modela sobre la vida, y como las acciones humanas son fuerzas vivas incorporadas á las cosas, sus elementos se desarrollan bajo la influencia de su medio, y como el bronce en fusión ó la arcilla, toman las formas que su molde les imprime. Así vemos, que la colonización hispanoamericana desde sus orígenes entrañaba el principio del individualismo y el instinto de la independencia, que debían necesariamente dar por resultado la emancipación y la democracia. Vese así, que apenas conquistado y poblado el Perú por la raza española, fué teatro de continuas guerras civiles y revoluciones, y que sus conquistadores, enca-

bezados por Gonzalo Pizarro, enarbolaron el pendón de la rebelión contra su rey, en nombre de sus derechos de tales, obedeciendo á un instinto nuevo de independencia, y que cortaron la cabeza al representante del monarca, que lo era á la vez de la monarquía, de la aristocracia feudal y de la dominación española (1540). Un cronista contemporáneo, impregnado de las pasiones de la época, cuyo libro fué mandado quemar por los reyes de España porque las reflejaba, haciendo hablar á un jurisconsulto español, que era consejero del primer rebelde americano, pone en su boca estas palabras: "Argüía Zepeda, que de su principio y origen todos los reyes descienden de tiranos, y que de aquí la nobleza tenía principio de Caín, y la gente plebeya del justo Abél. Y que esto claro se mostraba por los blasones é insignias de las armas: por los dragones, sierpes, fuegos, espadas, cabezas cortadas y otras crueles insignias, que en las armas de los nobles figuraban". El famoso Carvajal, nervio militar de la rebelión de Pizarro, tipo de los crueles caudillos sudamericanos que vendrían después á imagen y semejanza suya, aconsejaba á su jefe hacerse independiente, y uniendo el ejemplo á la acción, quemó en un brasero el estandarte real con las armas de Castilla y de León é inventó la primera bandera revolucionaria que se enarboló en el Nuevo Mundo. Bien dice, pues, un moderno crítico español: "La guerra de Quito fué la primera y más seria de las tentativas de independencia á que se atrevieron los españoles americanos". Cuando apenas una nueva generación europea había nacido en América, vese á un hijo de Hernán Cortés, que llevaba en sus venas la sangre americana de la célebre india doña Marina, fraguar una conspiración para independizar á Méjico de su metrópoli, en nombre del derecho territorial invocado por Pizarro.

La pobre y obscura colonia del Paraguay fué desde sus primeros tiempos una turbulenta república municipal, emancipada de hecho, que se gobernó á sí misma, y se dictó sus propias leyes. Los colonos depusieron gobernadores con provisión real al grito de "¡mueran los tiranos!", eligieron mandatarios por el sufragio de la mayoría y mantuvieron sus fueros por el espacio de más de veinticinco años (1535-1560), bastándose á sí mismos. Cuando hubo nacido allí una nueva raza criolla, producto del consorcio de indígenas y europeos, un nuevo elemento se introdujo en la colonia. Un contemporáneo español, testigo presencial de esta gestación, decía en 1579 hablando de "estos hijos de la tierra", que "de las cinco partes de la gente española, las cuatro son de ellos, y cada día va en aumento, teniendo muy poco respeto á la justicia, á sus padres y mayores, muy curiosos en las armas, diestros á pie y á caballo, fuertes en los trabajos, amigos de la guerra y muy amigos de novedades".

Bastan estos ejemplos remotos para comprobar que la colonización hispano-americana entrañaba el germen del individualismo y de la independencia, aun haciendo caso omiso del levantamiento de los hermanos Contreras en Nicaragua (1542), que presentaron batalla campal á las tropas del rey en Panamá; de la revolución de Gonzalo Oyón (1560), en Popayán; de la sublevación de Aguirre en el Amazonas (1580), que llevó la sedición hasta el centro de Nueva Granada, y de otros muchos alborotos del mismo género hasta fines del siglo XVII, por cuanto estas insurrecciones iniciales fueron resabios del revuelto espíritu castellano más bien que productos de la tierra, aunque presagiasen ya la índole de la insurrección futura. Así, la España, fundó con su colonización americana un mundo rebelde y una democracia genial, mientras la Ingla-

terra fundaba en la suya un mundo libre y una democracia orgánica.

La insurrección verdaderamente criolla se inicia á principios del siglo XVIII, en que se oye por primera vez en Potosí el grito de "Libertad", y los criollos dejan de considerarse españoles para apellidarse con orgullo americanos. Es el asomo de un nuevo espíritu nacional. Los sabios viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, comisionados para medir un grado terrestre sobre el Ecuador (1735), trazaron la línea divisoria entre ambas razas: "No deja de parecer cosa impropia, que entre gentes de una misma nación y aún de una misma sangre, haya tanta enemistad, encono y odio, y que las ciudades y poblaciones grandes sean un teatro de discordias y de continua oposición entre españoles y criollos. Basta ser europeo, ó chapetón, como le llaman, para declararse contrario á los criollos, y es suficiente el haber nacido en Indias para aborrecer á los españoles. Desde que los hijos de europeos nacen, y sienten las luces aunque endebles de la razón, ó desde que la racionalidad empieza á descorrer los velos de la inocencia, principia en ellos la oposición á los europeos. Es cosa muy común el oir repetir á algunos, que si pudieran sacarse la sangre de españoles que tienen de sus padres, lo harían, porque no estuviese mezclada con la que adquirieron de sus madres". Los mestizos daban pábulo á este incendio latente de odios étnicos.

En 1711, los mestizos proclamaron rey de Venezuela á un mulato, y en 1733 los criollos se levantaron en armas contra los privilegios de la "Compañía Guipuzcoana de Caracas", organizada para monopolizar el comercio de los productos de la tierra, y dieron batallas campales en favor de la libertad de los cambios, obligando á la metrópoli á prometer

su extinción. Por el mismo tiempo (1730), dieron los mestizos el grito de insurrección "en número de 2000 hombres en Cochabamba (Alto Perú), y se juntaron con el nombre de ejército con armas y bandera desplegada, en odio de los españoles europeos para protestar contra el impuesto personal", conquistando la franquicia de elegir alcalde y corregidores criollos, con exclusión de los españoles. En 1765, en el mismo año en que los americanos del norte protestaban contra los impuestos con que los gravaba el parlamento de la madre patria, los criollos de Quito se insurreccionaron contra el impuesto de las alcabalas—como en tiempo de Carlos V lo habían hecho ya,—muriendo más de 400 hombres y venciendo al fin á los españoles, hasta obtener una amnistía. Pero estos estallidos precursores de la revolución que estaba en las cosas y se operaba en los espíritus, no tenían sino por accidente un carácter político, y carecieron de formas definidas y de propósitos deliberados de libertad é independencia.

Estaba reservado á la embrionaria república municipal del Paraguay dar el primer ejemplo de un movimiento revolucionario con una doctrina política, que envolvía el principio de soberanía popular superior á la de los reyes. Con motivo de un conflicto entre el gobernador nombrado por el rey y el Cabildo de la Asunción que invocaba los antiguos fueros municipales de los colonos, el Paraguay levantó el pendón de Padilla caído en Villalar. Entonces apareció en la escena el famoso José Antequera, americano de nacimiento y educado en España, que aclamado gobernador por el voto del común, declaró ante el pueblo: que los pueblos no abdican; que "el derecho natural enseña la conservación de la vida, sin distinguir estado alguno que sea más privilegiado que otro, como á todos enseña

é instruye aún sin maestros, á huir lo que es contra él, como servidumbre tiránica y sevicia de un injusto gobernador". Con esta bandera y este programa, se hizo él caudillo del pueblo contra la supremacía teocrática de los jesuítas del Paraguay, que lo barbarizaban y explotaban; levantó ejércitos, dió batallas contra las tropas del rey; derribó cabezas y fué bendecido como un salvador (1724-1725). Como Padilla, expió su crimen en un cadalso, como reo de lesa majestad (1731), juntamente con su alguacil mayor, Juan de Mena. En presencia de la muerte, renovó su profesión de fe, y en la prisión formó un discípulo que continuase su obra. Fué éste un tal Fernando Mompox, americano como él, que huyó de la cárcel de Lima, se trasladó al Paraguay, y avivó "el fuego tapado con cenizas", según la expresión del virrey del Perú. A la noticia de la ejecución de Antequera, la hija de Juan de Mena, que á la sazón llevaba luto por su esposo, se despojó de él y reveló por la primera vez la pasión femenil por la libertad en América, vistiendo sus más ricas galas: "No debe llorarse, dijo, una muerte tan gloriosamente sufrida en servicio de la patria". Mompox organizó bajo la denominación de Comuneros, el partido de Antequera y del Cabildo, y se hizo su tribuno, deponiendo á otro gobernador é instituyó una Junta de gobierno, elegida popularmente con esta fórmula política: "La autoridad del común es superior á la del mismo rey. Opongámonos á la recepción del nuevo gobernador en nombre del pueblo, asumiendo una responsabilidad colectiva que escude á los individuos". Después de estas palabras, que lo han hecho revivir en la posteridad (1732), Mompox desaparece envuelto en la derrota de su causa.

La semilla comunal sembrada por Antequera y Mompox, retoñó en otra forma en la Nueva Gra-

nada, medio siglo después (1781). Con motivo de establecerse nuevos impuestos, que gravaban la producción del país, una mujer del pueblo arrancó en la ciudad del Socorro el edicto en que se promulgaban. El país se levantó en masa bajo la dirección de sus municipalidades, y con la denominación de Comuneros levantó un ejército de 20.000 hombres, á órdenes de su capitán general Juan Francisco Berbeo, popularmente elegido, que batió á las tropas reales é impuso las capitulaciones llamadas de Zipaquirá, en que se pactó la abolición perpetua de los estancos y se moderaron los derechos de alcoholes, papel sellado y otros impuestos; que se suprimiesen los jueces de residencia, y los empleos se diesen á los americanos y sólo por su falta á los españoles europeos; confirmándose los nombramientos populares de los capitanes elegidos por el común, con la facultad de instruir á sus compañías en los días de fiesta en ejercicios militares, todo bajo la garantía de una amnistía que se juró por los Santos Evangelios. La capitulación fué violada por los españoles, bajo el pretexto de que "lo que se exige con violencia de las autoridades trae consigo nulidad perpetua y es una traición declarada". Un caudillo más animoso, llamado José Antonio Galán, volvió á levantar la bandera de los Comuneros, pero vencido otra vez, fué condenado á ser suspendido en la horca como reo de alta traición, á ser quemado su tronco delante del patíbulo y sus miembros colgados en escarpias en el teatro de la insurrección, confiscando sus bienes, demoliendo sus casas, sembrándolas de sal, y su descendencia se declaró infame. Berbeo vivió en la obscuridad, y es acaso, observa un historiador, el único ejemplar en las colonias españolas, de un jefe que después de haber hecho la guerra al soberano, hubiese existido en sus dominios sin morir en un patíbulo.

Pero estos movimientos concéntricos y otros muchos del mismo género, dentro de los elementos del sistema colonial, son agitaciones sin trascendencia; que sólo tienen valor como antecedentes históricos, por cuanto no señalan una verdadera revolución. Empero, esto prueba, que durante dos siglos, la América del Sur tuvo una vida trágica y tormentosa, y que así en los primeros tiempos de la conquista como durante la colonización, los españoles americanos y los nativos protestaron siempre contra la dominación absoluta de la madre patria, y que ella era odiada por los americanos, síntomas que presagiaban una crisis fatal.

IX

Revolución moral de la América del Sur.

Las revoluciones no se consuman sino cuando las ideas, los sentimientos, las predisposiciones morales é intelectuales del hombre se convierten en conciencia individual de la gran masa y sus pasiones en fuerzas absorbentes, porque, como se ha dicho con verdad, "es el hombre y no los acontecimientos externos el que hace el mundo, y de su estado interior depende el estado visible de la sociedad". Esta revolución habíase operado en el hombre sudamericano antes de finalizar el siglo XVIII, marcando su crecimiento y su nivel moral, la escala invisible que llevaba en su alma. Desde entonces, todas sus acciones tienen un objetivo, una lógica, un significado; sus trabajos revolucionarios acusan un deliberado propósito con planes más ó menos definidos de organización, y una aspiración hacia un orden mejor de cosas. La emancipación era un hecho que estaba en el orden natural de las cosas, una ley que tenía que cumplirse, y en ese rumbo iban los

espíritus. Cuándo y cómo, eran cuestiones de mera oportunidad y de forma, y de afocamiento de voluntades predispuestas. La revolución estaba en la atmósfera, estaba en las almas, y era ya no un sólo instinto y una gravitación mecánica, sino una pasión y una idea.

En tal sentido, el acontecimiento extraordinario que más contribuyó á formar esta conciencia y abrir los ojos á los mismos gobernantes, fué la emancipación de la América del Norte, que dió el golpe de muerte al antiguo sistema colonial. Su organización republicana, armónica con el modo de ser de la América del Sur por la influencia del medio, le dió su fórmula. En un principio, esta acción no se hizo sentir directamente por el estado de marasmo social y político en que yacían las colonias hispano-americanas, pero no por eso dejó de ser eficiente. Una combinación de circunstancias concurrentes que alteró el equilibrio instable existente, puso en conmoción el organismo sudamericano hasta entonces inerte, y dió á la misma metrópoli la evidencia de que sus colonias estaban por siempre perdidas en un plazo más ó menos largo. Fué la misma España la que, bajo el reinado de Carlos III, dió la primera señal de la emancipación de sus colonias, en el hecho de unir ciegamente sus armas á las de la Francia para sostener la insurrección de los norteamericanos en odio á la Inglaterra, y reconocer después la independencia de la nueva república, lo que importaba una verdadera abdicación y un reconocimiento de principios destructores de su poder moral y material. El conde de Aranda, uno de los primeros hombres de estado de España en su tiempo, previó estas consecuencias, y aconsejó á su soberano en 1783 que se anticipase á sancionar un hecho que no estaba en su mano evitar, "deshaciéndose espontáneamente del domi-

nio de todas sus posesiones en el continente de ambas Américas, y establecer en ellas tres infantes, uno como rey de Méjico, otro como rey del Perú, y otro como rey de Costa Firme, tomando el monarca el título de emperador". Este plan, que con razón califica su autor de "gran pensamiento", se fundaba en que: "jamás han podido conservarse posesiones tan vastas, colocadas á tan grandes distancias de la metrópoli, sin acción eficaz sobre ellas, lo que la imposibilitaba de hacer el bien en favor de sus desgraciados habitantes, sujetos á vejaciones, sin poder obtener desagravio de sus ofensas y expuestos á vejámenes de sus autoridades locales, circunstancias que reunidas todas, no podían menos de descontentar á los americanos, moviéndolos á hacer esfuerzos á fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les fuese propicia". Y descorriendo el velo del porvenir, profetizaba lo que necesariamente iba á suceder: "acabamos de reconocer una nueva potencia en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso en aquellas regiones. Dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia de este coloso. Su primer paso, cuando haya logrado su engrandecimiento, será apoderarse de La Florida y dominar el golfo de Méjico. Estos temores son muy fundados, y deben realizarse dentro de breves años si no presenciamos otras conmociones más funestas en nuestras Américas".

El monarca español cerró por el momento sus ojos á la luz de estos consejos, pero antes que hubiesen transcurrido seis años, el rayo de la revolución francesa en 1789, que iluminó con súbitos resplandores la conciencia humana, le hizo entrever el abismo que había cavado al pie de su trono. La

revolución norteamericana mostró entonces su carácter universal, así que se propagó en Europa y conquistó á sus principios hasta las mismas naciones latinas, como se explicó antes. Los reyes absolutos del viejo mundo, y aun la misma libre Inglaterra por razón de su régimen monárquico, comprendieron su alcance político y sintieron conmoverse los cimientos de su poderío. Alarmados, formaron ligas liberticidas contra los nuevos principios en Europa y América, y la reacción se hizo sentir en ambos mundos.

La España, asustada de las consecuencias de su propia obra, persiguió desde entonces hasta la introducción de los símbolos de la libertad norteamericana en sus colonias. Con motivo de tenerse noticia de que los criollos sudamericanos guardaban secretamente medallas conmemorativas de la independencia de los Estados Unidos, con el lema de "Libertas Americana", dispúsose por real orden que "se celase con la mayor vigilancia no se introdujese en Indias ninguna especie de medallas que tengan alusión á la libertad de las colonias angloamericanas; haciendo recoger con prudencia, sin dar á entender el motivo, las que se hallasen esparcidas". Con las medallas circulaban las ideas que no podían ser recogidas.

La revolución francesa de 1789 fué consecuencia inmediata de la revolución norteamericana, cuyos principios universalizó y los hizo penetrar en la América del Sur por el vehículo de los grandes publicistas franceses del siglo XVIII, que eran conocidos y estudiados por los criollos ilustrados de las colonias ó que viajaban por Europa, y cuyas máximas revolucionarias circulaban secretamente en las cabezas como las medallas conmemorativas de la libertad, de mano en mano. Al ver realizadas sus teorías por la revolución del 89, y al leerlas

consignadas bajo la forma de preceptos constitucionales en la "Declaración de los Derechos del Hombre", importados de América á Europa y que la Francia propagó por el mundo, la revolución se consumó en las conciencias y la idea de la independencia se hizo carne. Muy luego, remontando á la fuente beberían en ella los principios originarios y encontrarían el tipo de la república verdadera. Mientras tanto, su actividad moral se alimentaba recibiendo la comunión de las ideas por esa vía. Antonio Nariño, destinado á representar un papel espectable en la futura revolución colombiana, tradujo é hizo imprimir secretamente los Derechos del Hombre en Nueva Granada, al mismo tiempo que se fijaban pasquines contra el gobierno español, indicantes de una fermentación sorda (1794). Perseguido por esta causa, no pudo comprobarse el cuerpo del delito, pues no se encontró un solo ejemplar de la edición ni hubo quien depusiese en contra, aun bajo la angustia de los tormentos que impusieron los jueces inquisitoriales, tal fué la fidelidad con que los conspiradores guardaron el secreto. Nariño hizo valientemente su defensa ante la Audiencia, sosteniendo que la publicación no era un crimen, pues los mismos principios corrían impresos en libros españoles, y que considerado el escrito á la luz de la razón y dándole su verdadero sentido, él no era pernicioso ni podía ser perjudicial. (El propagador de los nuevos principios fué condenado á presidio en Africa, confiscación de todos sus bienes, extrañamiento perpetuo de América, y á presenciar la quema del libro original que le sirvió de texto para su traducción por mano del verdugo.

Por aisladas que parezcan estas manifestaciones, ellas eran síntomas de los tiempos. No hay hechos fortuitos en la historia: todos ellos tienen su coordinación lógica, y se explican por las leyes regula-

res que presiden al crecimiento y la decadencia de las naciones en lo que se ha llamado la dinámica social en contraposición de la teología histórica. Las ideas no son aerolitos caídos de otros mundos; tienen su origen en la naturaleza moral del hombre del planeta. Así como la aparición de una planta en un terreno inculto, señala intervención de acciones físico-químicas, climatológicas y orgánicas, que se combinan, la aparición de una idea en una cabeza indica una elaboración intelectual que se opera simultáneamente en los cerebros. Como lo ha dicho Emerson, filósofo americano, que ha experimentado el fenómeno en sí, las ideas reformadoras tienen una puerta secreta por donde penetran en el corazón de todos los legisladores y de cada habitante de todas las ciudades: el hecho de que un nuevo pensamiento y una nueva esperanza han entrado en un corazón, es anuncio de que una nueva luz acaba de encenderse en el corazón de millares de personas. La prueba de ello es que, después de la emancipación de las colonias norteamericanas, y de la revolución francesa, lo mismo pensaba respecto de la independencia sudamericana, Jefferson en Estados Unidos, Burke y Pitt en Inglaterra, el rey de España en Madrid, su ministro Aranda en París, Tallien y Lafayette en Francia, y los criollos sudamericanos de las colonias en América y en Europa. El criterio político se formaba por el ejemplo de lo que pasaba en ambos continentes; las nuevas ideas penetraban primero en las cabezas ilustradas y se infiltraban en la masa por el vehículo del instinto y de la pasión, que transformaba las almas por la creación de un ideal que cada cual interpretaba según sus alcances ó según sus intereses ó tendencias, teniendo evidencia de este fenómeno hasta los mismos poderes absolutos que experimentaban su influencia. Así es como se iba

preparando la revolución moral en la América del Sur, una vez que la idea nueva prendió en los espíritus.

X

El precursor de la emancipación sudamericana.

Por este mismo tiempo hacía algunos años recorría el mundo un ardiente apóstol de la libertad humana, precursor de la emancipación sudamericana. Era un soñador con ideas confusas y conocimientos variados é inconexos; un guerrero animado de una pasión generosa, y sobre todo un gran carácter. Soldado de Wáshington en la guerra norteamericana, camarada de Lafayette, general con Dumouriez en las primeras campañas de la revolución francesa, compañero de prisión de madame Roland, confidente de Pitt en su plan de insurrección de las colonias hispano-americanas, distinguido por Catalina II de Rusia á cuyos favores antepuso la austera misión que se impuso, considerado por Napoleón como un loco animado de una chispa del fuego sagrado, el caraqueño Francisco Miranda tuvo la primera visión de los grandes destinos de la América republicana, y fué el primero que enarboló la bandera redentora por él inventada en las mismas playas descubiertas por el genio de Colón. Fué él quien centralizó y dió objetivo á los trabajos revolucionarios de los sudamericanos dispersos en Europa, entablando relaciones sistemadas con los criollos de las colonias, y el que fundó en Londres á fines del siglo XVIII la primera asociación política á que se afiliaron todos ellos, con el objeto de preparar la empresa de la emancipación sobre la base del dogma republicano con la denominación de "Gran Reunión Americana". En ella fueron iniciados en los misterios de la libertad

futura, O'Higgins, de Chile; Nariño, de Nueva Granada; Montufar y Rocafuerte, de Quito; Caro, de Cuba y representante de los patriotas del Perú; Alvear, argentino, y otros que debían ilustrarse más tarde confesando su credo ó muriendo por él. Ante ella prestaron juramento de hacer triunfar la causa de la emancipación de la América Meridional, los dos grandes libertadores, Bolívar y San Martín.

Esta asociación iniciadora de la revolución de Sud América fué el tipo de las sociedades secretas del mismo género, que trasplantadas al terreno de la acción, imprimieron su sello á los caracteres de los que después fueron llamados á dirigirla y decidir de sus destinos. Ellas le inocularon el sentimiento genialmente americano, que sin determinar fronteras ni darse cuenta de los obstáculos, confundía colectivamente á todas las colonias esclavizadas en una entidad, en una aspiración idéntica, en un amor único, y hasta en un odio solidario contra sus amos. Este resorte moral dió á la revolución americana su cohesión continental por la solidaridad de causa, su unidad por la propaganda recíproca y simultánea, y aseguró el triunfo por la comunidad de esfuerzos. Este era el gran punto de contacto entre los criollos que habitaban las colonias hispano-americanas, y de los que lejos de ellas, en otro medio y bajo otras impresiones, trabajaban por su independencia y por su libertad. Esto explica también el sincronismo de sus primeros estremecimientos á pesar del aislamiento de las colonias, en que las mismas causas morales producían idénticos efectos por misteriosas afinidades electivas.

Miranda, como Prócida, buscó el apoyo del mundo entero para interesarlo en la causa de la independencia hispano-americana, y principalmente el de la Inglaterra con la cual llegó á formalizar pactos en

tal sentido, obteniendo por tres veces consecutivas (1790-1801) del ministro Pitt, la promesa de ser apoyado en su empresa moral y materialmente con la cooperación de los Estados Unidos. Complicaciones de la política europea y vacilaciones del gobierno de Wáshington obstaron á esta combinación. Fué entonces cuando, por vía de manifiesto y declaración de derechos de la América del Sur, hizo redactar en 1791 una carta á los americanos, en que se hacía el proceso del sistema colonial de la España, estableciendo que, "la naturaleza había separado por los mares á la América de la España, emancipando de hecho á sus hijos de la madre patria, y que ellos eran libres por derecho natural, recibido del Creador, inalienable por su naturaleza, y no podía ser arrebatado sin cometer delito; que sería una blasfemia suponer, que el Supremo benefactor hubiese permitido el descubrimiento del Nuevo Mundo solamente para que un pequeño número de imbéciles explotadores tuviesen la libertad de asolarlo y disponer á su antojo de la suerte de millones de hombres; concluyendo, que el coraje de las colonias inglesas en América, que debía avergonzar á los sudamericanos, había coronado de palmas la frente del Nuevo Mundo, al proclamar y hacer triunfar su libertad, su independencia y su soberanía; que no podía prolongarse la cobarde resignación, y había llegado el momento de abrir una nueva era de prosperidad exterminando la tiranía, animados por los eternos principios de orden y justicia, y con el auxilio de la Providencia formar de la América unida por comunes intereses una grande familia de hermanos". Pero desahuciado Miranda por la Inglaterra y los Estados Unidos, tentó por sí solo la empresa, y en 1806 se lanzó en dos ocasiones—con 200 hombres la primera y con 500 la segunda,—sobre Costa Firme, y en ambas

fué rechazado en Ocumare y Vela de Coro, sin que nadie respondiese á su grito de insurrección. Pero el gran grito estaba dado, y encontraría ecos en ambos mundos.

La Inglaterra, mientras tanto, abandonando con la muerte de Pitt sus proyectos de emancipación de las colonias españolas, emprendió por su cuenta la conquista de la América del Sur, y fué derrotada por dos veces en Buenos Aires en 1806 y 1807, como lo había sido en 1740 en Cartagena de Indias. Miranda se complació de esta derrota y escribió al Cabildo de Buenos Aires (1808), felicitándolo: "He tenido la doble satisfacción de ver que mis amonestaciones al gobierno inglés, en cuanto á la imposibilidad de conquistar ó subyugar á nuestra América, fueron bien fundadas, al ver repelida con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa". Al mismo tiempo se dirigía al Cabildo de Caracas, noticiándole la acefalía de la España por efecto de la invasión napoleónica y le aconsejaba que "reuniéndose en un cuerpo municipal representativo tomara á su cargo el gobierno, y enviara diputados á Londres con el objeto de ver lo que conviniera para la suerte futura del Nuevo Mundo". A la vez hizo imprimir en Londres un libro inspirado por él, escrito por un inglés y en inglés, en que señalaba la derrota de los ingleses como una lección que debía aprovecharse. Uno de los generales ingleses, vencidos en esta empresa—norteamericano de origen,—había escrito á su gobierno: "La opresión de la madre patria ha hecho más ansioso en los nativos el anhelo de sacudir el yugo de España, y quisieran seguir los pasos de los norteamericanos erigiendo un estado independiente. Si les prometiésemos la independencia, se levantarían inmediatamente contra su gobierno, y la gran masa de sus habitantes se nos uniría. Ninguna otra cosa que no sea la in-

dependencia puede satisfacerlos. Partiendo de esta base, el panfletista abogaba por la inmediata emancipación de la América española bajo los auspicios de la Gran Bretaña. Miranda, al extractar en lengua castellana el texto de este libro, lo acompañaba de un bosquejo de constitución, obra suya y mezcla de reminiscencias vetustas, tradiciones coloniales, invenciones peregrinas y adaptaciones de la Constitución de los Estados Unidos, cuya idea dominante era la república federal sobre la base representativa de los Cabildos. Como la gran victoria de Buenos Aires tuvo gran resonancia en el mundo, y sobre todo en el corazón de los americanos, á quienes dió la conciencia de una fuerza que ellos mismos ignoraban, esta propaganda respondía á un nuevo sentimiento de nacionalidad que empezaba á formarse, como lo prueban las arrogantes palabras pronunciadas con tal motivo por un criollo del Río de la Plata en medio de los aplausos de la América: "Los nacidos en Indias, cuyos espíritus no tienen hermandad con el abatimiento, no son inferiores á los españoles europeos, y á nadie ceden en valor". (Desde ese momento, la independencia convirtióse en ideal, la pasión en fuerza y las aspiraciones vagas y las tendencias en objetivo real. La revolución estaba consumada en los ánimos y estaba en las cosas mismas; para que estallase sólo faltaba la ocasión propicia profetizada por el conde de Aranda. Era además cuestión de raza y cuestión de vida.)

XI

Las razas sudamericanas.—Los criollos.

No se comprenderían bien los prodromos y el desarrollo de la revolución sudamericana sin el conocimiento de sus razas, y especialmente de la raza criolla, factor principal en ella, en la que se acumulaba la fuerza, residía la pasión y germinaba la idea revolucionaria como una semilla nativa del suelo.

Cinco razas, que para los efectos de la síntesis histórica pueden reducirse á tres, poblaban la América Meridional al tiempo de estallar la revolución de la independencia: los españoles europeos, los criollos hispano-americanos y los mestizos, y los indios indígenas y los negros procedentes de Africa. Los españoles, constituían la raza conquistadora, privilegiada, que por la simple razón de su origen tenían la preeminencia política y social. Los indios y los negros formaban la raza servil bajo el régimen de la esclavitud, y era elemento inerte. Los mestizos eran razas intermediarias entre los españoles, los indios y los africanos, que en algunas partes componían la gran mayoría. Los criollos, los descendientes directos de españoles, de sangre pura, pero modificados por el medio y por sus enlaces con los mestizos que se asimilaban, eran los verdaderos hijos de la tierra colonizada y constituían el nervio social. Representaban el mayor número, y cuando no, la potencia civilizadora de la colonia: eran los más enérgicos, los más inteligentes é imaginativos, y con todos sus vicios heredados y su falta de preparación para la vida libre, los únicos animados de un sentimiento de patriotis-

mo innato, que desenvuelto se convertiría en elemento de revolución y de organización espontánea, y después en principio de cohesión nacional.

Los nativos de Sud América, sometidos al bastaido régimen colonial de la explotación en favor de la metrópoli y de la exclusión en favor de los españoles privilegiados, formaban así una raza aparte y una raza oprimida, que no podían ver en sus antecesores y semejantes, padres ni hermanos, sino amos. Estas eran las consecuencias fatales del modo como se organizó la conquista de la América por la España, y de la teoría que hacía derivar de ese hecho el título y el derecho para gobernarla en beneficio de la nación y de la raza conquistadora. Esta era la base del sistema colonial que convertía á los naturales del suelo en cosas y los asimilaba en cierto modo á los indígenas conquistados, determinando de antemano el divorcio etnológico y social de los colonos hispano-americanos con la madre patria. La España, que en verdad concedió á la América todo lo que ella tenía, y dió á sus colonos, por efecto de la lejanía tal vez, más libertad y más franquicias municipales que las que gozaban sus propios hijos en su territorio, jamás adoptó ni pensó adoptar una política que refundiese á las colonias en la comunidad nacional, y precisamente porque tenía un gobierno absoluto, no podía hacerlo aun cuando lo hubiese querido ó hubiese sido capaz de pensarlo. De aquí provenían los monopolios, las exclusiones y los privilegios, que haciendo más pesado y menos justificado su dominio, hacía más profunda la división de intereses, de aspiraciones y de sentimientos. Los españoles por su parte exaltaban este estado de exacerbación de los ánimos predispuestos. Persuadidos de que el territorio y los naturales de América eran el feudo y los feudatarios de la metrópoli y de todos y de cada uno de

los que habían nacido en la Península Ibérica, se consideraban como señores naturales, á título de seres privilegiados de una raza superior, y pensaban que mientras existiese en la Mancha un zapatero de Castilla con un mulo, ese zapatero con su mulo, tenía el derecho de gobernar toda la América.

La aspiración natural de los esclavos es la libertad, y la de las razas oprimidas que se sienten con fuerzas propias, reasumir su personalidad ante la familia humana. Esta doble aspiración llevaba el germen de la revolución americana, que una mala política fomentó y que circunstancias propicias ó aciagas aceleraron. La raza indígena, de cuyas sublevaciones parciales hemos hecho caso omiso como elemento revolucionario, hizo su grande explosión en 1780, levantándose en masa en el Perú contra los conquistadores, con Tupac-Amaru, descendiente de los Incas, á su cabeza. Reunieron grandes ejércitos y pelearon; pero fueron lógicamente vencidos, ahogados para siempre en su propia sangre, porque no eran dueños de las fuerzas vivas de la sociedad, y porque no representaban la causa de la América civilizada. Debía llegar su turno á los nativos, hijos de los conquistadores, de quienes las leyes y las costumbres habían hecho una raza aparte. Ellos, dueños de la tierra, con aspiraciones ingénitas de independencia, con propósitos patrióticos, la llegarían á amar con la pasión que se convierte en acción y se transforma en libertad, obedeciendo á la ley de la sucesión de las fuerzas morales.

Los miembros de esta raza desheredada, tan inteligente como enérgica, debían experimentar un nuevo sacudimiento en presencia del espectáculo de la España, que sólo tenía el prestigio de lo lejano y lo desconocido. Viéndola tan despotizada como ellos, no encontrando allí nada que admirar, amar

ó respetar en común, se sentían extranjeros en la metrópoli los que la veían de cerca, y sin vínculos morales, políticos ó sociales los que vegetaban lejos de ella. Un rey absoluto, y por lo común imbécil, era el único punto de contacto más bien que de unión, entre el mundo explotado y la nación explotadora. El divorcio era un hecho que estaba en las leyes y en las prácticas, y penetraba espontáneamente en las conciencias. La madre patria no era ni podía ser para los americanos ni una patria ni una madre: era una madrastra. Entonces sus instintos de independencia tomaban forma, se convertían en pasión y se transformaban en idea, síntomas de los tiempos que atravesaban y presagio de los tiempos que venían. De este modo la rebelión moral se operó en las conciencias antes de ser un poder tangible, como se ha visto. Su fermento concentrado debía producir ese estallido de nobles iras; esas aspiraciones intensas, esa exaltación de sentimientos de confraternidad, de que los sudamericanos residentes en la metrópoli participaban con más vehemencia que los mismos criollos que nunca habían perdido de vista el humo de sus hogares. Revolucionarios de raza, odiaban tanto como amaban. Es así como se explica que todos los caudillos de la revolución americana que vinieron de España, aun aquellos que recibieron más distinciones en ella, fueron los que con más pasión y más genio la combatieron, convirtiendo sus odios en fuerza eficiente de la revolución que inocularon en las masas.

Empeñada la lucha por la independencia, las razas intervinieron en ella obedeciendo á sus afinidades. Los criollos tomaron la dirección política y la vanguardia en el combate entre las colonias insurreccionadas y su metrópoli. Los indígenas, emancipados por la revolución de las servidumbres

que sobre ellos pesaban, se decidieron por ella, como auxiliares, aun cuando nunca fueron contados como fuerza militar, á excepción de Méjico, donde este elemento figuró en primera línea. En el resto de la América, los mestizos constituyeron la carne de cañón y el nervio de sus ejércitos. El gaucho argentino, especie de árabe y cosaco modificado por el clima, y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro, dió su tipo á la caballería revolucionaria que debía llevar su gran carga á fondo desde el Plata hasta el Chimborazo. En el extremo opuesto, los llaneros de Venezuela, raza mestiza de indígenas, españoles y negros, en que empezaba á predominar el carácter criollo, formaron los famosos escuadrones colombianos, acaudillados por héroes de su estirpe que en sus campañas desde el Orinoco hasta Potosí por sus proezas eclipsarían á los de Homero. Los rotos de Chile, en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos españoles, vencedores de los soldados de Napoleón en la guerra de la Península. Los negros, emancipados de la esclavitud, dieron su contingente á la infantería americana, revelando cualidades guerreras propias de su raza. Los indígenas del Alto Perú mantuvieron viva por más de diez años la insurrección en su territorio, á pesar de la derrota de las armas de la revolución, contribuyendo con sus reveses al éxito final, tanto como las victorias. Los cholos de la parte montañosa del Perú, se decidieron por la causa del rey, y según el testimonio de los generales españoles que los mandaron, como infantes podían equipararse á los primeros del mundo, excediéndolos en el sufrimiento de las fatigas y en la celeridad de las marchas extraordinarias al través del continente. Los criollos formaban el núcleo de estos

elementos de fuerza en el combate de las razas y de los principios.

La raza criolla en la América del Sur, elástica, asimilable y asimiladora, era un vástago robusto del tronco de la raza civilizadora índico-europea á que está reservado el gobierno del mundo. Nuevo eslabón agregado á la cadena etnológica, con su originalidad, sus tendencias nativas y su resorte moral propio, es una raza superior y progresiva á la que ha tocado desempeñar una misión en el gobierno humano en el hecho de completar la democratización del continente americano y fundar un orden de cosas nuevo destinado á vivir y progresar. Ellas inventaron la independencia sudamericana y fundaron la república por sí solos, y solos la hicieron triunfar, imprimiendo á las nuevas nacionalidades que de ellas surgieron su carácter típico. Por eso la revolución de su independencia fué genuinamente criolla. Cuando estalló en 1810 con sorpresa y admiración del mundo, se dijo que la América del Sur sería inglesa ó francesa, y después de su triunfo presagióse que sería indígena y bárbara. Por la voluntad y la obra de los criollos, fué americana, republicana y civilizada.

XII

Prodromos de la revolución sudamericana.

Según queda dicho (párrafo segundo), en el año de 1809 empezaron á sentirse sincrónicamente en ambos extremos y en el centro del continente los primeros estremecimientos de la revolución sudamericana, con idénticas formas, iguales propósitos y análogos objetivos, acusando desde entonces, á pesar de las largas distancias y del aislamiento de las poblaciones en medio de los desiertos, una pre-

disposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas que sin previo concierto producían los mismos efectos. Es de observarse, que este movimiento inicial tuvo en algunas partes un carácter más radical que el que le siguió inmediatamente un año después, en que la insurrección tomó formas definidas y se enarboló resueltamente la bandera de la rebelión americana con su primera fórmula política, que sólo implicaba una independencia relativa y provisional y un compromiso entre la democracia y la monarquía sobre la base de la autonomía.

Los primeros movimientos que se hicieron sentir en Méjico, tuvieron un carácter confuso, pero en ellos se diseñó desde entonces la fórmula legal que debía aceptar la revolución al dar sus primeros pasos La doctrina de que la soberanía del monarca retrovertía á los pueblos por el hecho de la desaparición de aquél, apareció por la primera vez netamente declarada, y de aquí dedujeron el derecho de instituir juntas de gobiernos propias para su seguridad, negando obediencia á las que sin su representación, con el mismo derecho se habían formado en la Península al tiempo de la invasión de los franceses. Siguióse á esto un choque entre los criollos y los españoles, que rompió los vínculos que los unían artificialmente, y un antagonismo entre la Audiencia y el virrey que quebró el resorte de gobierno, de manera que al terminar el año de 1809, en Méjico se conspiraba en favor de la independencia. En Quito, la conmoción asumió formas más definidas. Fueron derribadas las autoridades coloniales, y estableciése una junta de gobierno que se atribuyó el dictado de "soberana", levantando tropas para sostener sus derechos (Agosto de 1809). En una proclama dirigida á los pueblos de América, los exhortaba á imitar su

ejemplo con el anuncio de que "las leyes habían reasumido su imperio bajo el Ecuador, afianzando las razas su dignidad, y que los augustos derechos del hombre no quedaban ya expuestos al poder arbitrario con la desaparición del despotismo, bajando de los cielos la justicia á ocupar su lugar". Los autores de esta revolución incruenta, vencidos, fueron asesinados en su prisión.

Otra revolución que estalló casi simultáneamente en el extremo opuesto, en una población mediterránea como Quito, revistió un caracter más radical y tuvo un desenlace más trágico. En el Alto Perú estallaron sucesivamente dos movimientos subversivos, que presagiaban la descomposición del poder colonial y la aparición de una nueva entidad popular. La docta ciudad de Chuquisaca fué la primera en dar la señal, aunque sin proclamar la rebelión, al deponer tumultuosamente los criollos á su primera autoridad instigados por la Audiencia, constituyendo un gobierno independiente bajo la presidencia de ésta (Mayo de 1809). Dos meses después (Julio de 1809), la populosa ciudad de La Paz alzaba resueltamente el pendón de la emancipación de los criollos, á los gritos de "¡Mueran los chapetones!" (los españoles). Bajo la denominación de Junta Tuitiva organizaron un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos, levantaron un ejército para sostenerlo y colgaron de la horca á los que se atrevieron á desconocerlo. A la vez proclamaban á los americanos á los gritos de "¡viva la América! ¡viva la libertad!" diciéndoles: "Hemos tolerado una especie de destierro en el seno de nuestra propia patria, sometida la libertad al despotismo y la tiranía, que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos. Ya es tiempo de organizar un nuevo sistema de gobierno, fun-

dado en los intereses de nuestra patria. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, conservadas con la mayor injusticia". Oprimidas ambas revoluciones por las armas combinadas de los virreinatos limítrofes del Perú y Río de la Plata, fueron sofocadas. La de La Paz cayó combatiendo con las armas en la mano, y sus principales caudillos fueron degollados en el campo de batalla ó perecieron en el patíbulo: uno de ellos al ser suspendido en la horca, exclamó: "¡El fuego que he encendido no se apagará jamás!" Sus cabezas y sus miembros fueron clavados de firme en las columnas miliarias que en aquel país sirven de guía al caminante. Un año después, antes de que se hubieran podrido los despojos sangrientos de los revolucionarios de La Paz, estas proféticas palabras eran repetidas por uno de los más grandes repúblicos de la revolución argentina, educado en la docta universidad de Chuquisaca, y sublevaban otra vez el Alto Perú.

Sofocadas las conspiraciones de Méjico, el alzamiento de Quito y de los revolucionarios de Chuquisaca y de La Paz, creyóse dominado el incendio que amenazaba extenderse por toda la América del Sur. Como lo había dicho el virrey del Perú medio siglo antes, con motivo de la primera sublevación de los Comuneros del Paraguay, estos escarmientos no eran sino "cenizas que cubrían el fuego".

XIII

Desarrollo revolucionario.

En el año de 1810, el drama de la revolución se desarrolla en un vasto escenario continental, con una unidad de acción que llama la atención del mundo desde el primer momento. Todas las colonias hispano-americanas—con excepción del Bajo Perú comprimido,—se insurreccionan simultáneamente como movidas por un mismo resorte, y proclaman uniformemente la misma doctrina política. Un viajero inglés, que á la sazón recorría la América, y publicó sus observaciones en el mismo año, al señalar su carácter homogéneo, desentraña con rara penetración el principio que le daba su unidad: "Este extraordinario acontecimiento revela una firme y madura determinación de formar un gobierno propio sobre la base de los principios de la soberanía feudal que consideraba las colonias como posesiones "in partibus exteris", pertenecientes á la corona y no como partes integrantes del reino, y así sus habitantes se consideraban súbditos del rey fuera de sus dominios y no del estado". Empero, algunos historiadores han pensado que este hecho obedeció únicamente á una impulsión mecánica externa, ajena al organismo revolucionario, y que la separación consiguiente fué como la caída de un fruto inmaduro. Otros, con mejor conocimiento de sus causas complejas—y entre ellos un español,—reconocen ser la separación una necesidad, por cuanto "la unidad de España con los reinos de América, posible, bajo el absolutismo, era incompatible con el régimen representativo y la igualdad completa de los ciudadanos en la vida

política". La verdad es, que la revolución sudamericana fué inspirada por un nativo sentimiento de patriotismo que obró como un agente moral, obedeciendo á un instinto de conservación, y tuvo propósitos deliberados de independencia que estaban en la esencia de las cosas y en la corriente de las voluntades. Por eso hemos dicho, que era una cuestión de vida, que envolvía una renovación salvadora y una evolución lógica. El divorcio entre las colonias y la madre patria se efectuó en el momento crítico en que el abrazo que las unía, las sofocaba recíprocamente, y separándose se salvaron. Si por efecto de ese mismo sistema la América no estaba preparada para gobernarse, y sus ensayos del gobierno de lo suyo fueron tan dolorosos, que casi aniquilaron las fuerzas vitales, después de las gastadas en la lucha, peor habría sido su condición y su porvenir, gobernada como lo estaba por leyes contrarias á la naturaleza, que la condenaban á una muerte lenta hasta descomponerse en la podredumbre de los vicios propios y ajenos que incubaba.

No puede desconocerse, que sin la invasión napoleónica á España en 1808 y la desaparición accidental de la dinastía española, la revolución se hubiera retardado, pero esto no implica que la América no estuviese madura para la emancipación, como lo probó en el hecho de intentarla sistemáticamente en su momento y conquistarla por sí sola con su acción solidaria y sus esfuerzos comunes. Como ha podido verse por el cuadro que de sus antecedentes hemos trazado, ella reconocía causas lejanas, tenía hondas raíces en los hombres y en las cosas, obedecía á una impulsión propia irresistible, que desde tres siglos atrás se hacía sentir no obstante los obstáculos amontonados contra su dilatación. El momento psicológico lo señaló el conde de Aranda,

ministro español, dándole "un plazo breve", cuando anunció á su propio soberano "que los habitantes de la América harían esfuerzos para conseguir su independencia, tan luego como la ocasión les fuese propicia". La ocasión no fué sino la chispa que determinó el incendio: una circunstancia concurrente. Bien que las combinaciones á que un hecho modificado puede dar origen sean más difíciles de determinar que las de un ángulo de incidencia en la difusión de la luz, hay que reconocer con la filosofía de la historia, que "los hechos sociales implican siempre la intervención de las determinaciones mentales voluntarias de que ellos derivan, no obstante las circunstancias que concurren á que una de ellas sea predominante". Tal es el fenómeno histórico-moral que se produjo en la América española en 1810.

Son los mismos escritores españoles contemporáneos y actores en los sucesos, los que confirman la exactitud de este punto de vista histórico. Uno de ellos, que reconoce como un hecho fatal la independencia sudamericana, contesta á la teoría de la ocasión: "Se dice: el continente americano del Sur habría subsistido unido á la metrópoli si no hubiese sido por la revolución de España en 1808, lo que no está muy conforme con el estado en que por los mismos sucesos experimentados y por los mismos avisos de los virreyes se hallaba ese continente desde la guerra para la independencia norteamericana; pero aun concediéndolo así, y prescindiendo de lo problemático que fuese el plazo de la ulterior duración de la unión, es preciso indagar quién trajo la revolución, porque los autores y causantes de los males de las revoluciones no son los materiales instrumentos sino los que dan ocasión á ellas". Otro español, remontando á las causas lejanas del acontecimiento, al señalar la decadencia del go-

bierno colonial por efecto de su debilidad orgánica y su corrupción, establece: "Desde el momento en que la Corte de Madrid reconoció en 1778 la emancipación de las colonias de Inglaterra en Norte América, adquirió dos enemigos poderosos, que movidos por distintas causas no han dejado de emplear todos los medios á su alcance para llegar á los fines que ambos se proponían". Por último, otro español que escribía un año después de producida la catástrofe (1811), decía á los mismos españoles: "El germen de los males producidos por la impolítica é injusticia de nuestro antecesor gobierno, y por la iniquidad de los empleados en general, por desgracia fomentada en todos los rincones de la América, no habiéndose tomado medidas después de la revolución de la Península para cortar esas causas, cuyas consecuencias debían ser funestísimas, hizo explosión en un momento y casi simultáneamente. Apenas se vió aparecer el primer fuego de la división, cuando corrió rápidamente de provincia en provincia, de pueblo en pueblo. Si en un principio esas alteraciones no presentaban más que la apariencia de reformas, por las que clamaba la justicia y el interés bien entendido del Estado, inmediatamente tomaron el rumbo de una revolución de independencia. Si la América unida á la España debiese en lo sucesivo ser tan infeliz como lo fué desde su descubrimiento, sería de apetecer que jamás lo hubiese estado, y si la España no hubiese de sacar más ventajas de la posesión de América, que las que sacó hasta aquí, sería un bien para ésta perder su posesión".

El mismo gobierno provisional de la metrópoli, establecido á consecuencia de la acefalía, se anticipaba á las quejas de los colonos, y reconocía por el hecho la justicia de su causa, fomentando su resistencia, así por las concesiones á medias que hacía

como por las que negaba. Adueñados los franceses de casi toda España, disuelta la Junta Central que hasta entonces había mantenido artificialmente la unidad del imperio español, la regencia de Cádiz que le sucedió, llamó á los americanos á concurrir á un Congreso Nacional de Cortes, elevándolos á la "categoría de hombres libres". Pero á la vez de hacer esta declaración, daba á la América una representación inferior y nominal, asignándole un diputado por cada millón de sus habitantes, encargándose ella misma de nombrarlos. mientras á los peninsulares, sometidos en su gran mayoría al enemigo extranjero, se les adjudicaba un diputado por cada cien mil almas. Este fué un nuevo agravio agregado á los anteriores. Pero la disidencia esencial estaba en la doctrina política que unos y otros profesaban. La metrópoli, por el órgano de la regencia sostenía: "Los dominios de América son parte integrante de la patria española" y de aquí deducía el derecho de que la España mandase á la América, en representación del soberano en su ausencia, y siguiese en todo evento la suerte de la Península. Los americanos, como se ha visto (párrafos tercero y duodécimo) sostenían la doctrina jurídica, apoyada por los comentadores de la constitución colonial, según la cual, si la América formaba cuerpo de nación con la Península sólo estaba ligada á ella por el vínculo de la corona, y que en ausencia del monarca la soberanía retrovertía á los pueblos. De este fundamento deducían tener derecho á recobrar su autonomía, á darse su propio gobierno, y negar obediencia á los que ilegítimamente se atribuían la representación soberana del monarca á título de dependencia territorial ó de comunidad política. Elimínese este elemento de disidencia fundamental, y la razón revolucionaria desaparece, la insurrección pierde su bandera

legal y la cuestión se reduce á un incidente en la representación nacional, cuya solución no envolvía ni la independencia, ni la autonomía siquiera, de manera que, aceptada la comunidad proclamada por la regencia, la América seguía la suerte de la Península como accesorio de ella. En el fondo de esta teoría estaba la independencia, no confesada aún, pues al considerar perdida á la España, se preparaban á recoger la herencia del rey destronado, y proveer á su seguridad, estableciendo sus gobiernos propios como lo habían hecho los españoles, al invocar la misma fórmula de la reasunción de la soberanía por los pueblos y constituir las juntas provinciales y aun soberanas de la Península.

Con arreglo á este plan político y con esta bandera termidoriana se desenvolvió pacíficamente la revolución sudamericana, como una ley normal que se cumplía. Las autoridades coloniales fueron depuestas sin resistencia por la acción de la opinión, consultada por el órgano de las municipalidades como representantes del pueblo, é instituídos los nuevos poderes en nombre de la autonomía reasumida, sin romper desde luego los vínculos con la madre patria, aun cuando todos alcanzasen que esa sería la consecuencia definitiva. Respondiendo á esta actitud prudente y moderada, que revestía formas legales, la regencia negó á las colonias hasta la libertad de comercio que en un principio pensó acordarles; esquivó una mediación por parte de la Inglaterra, solicitada por ella, y sin tentar ninguna vía pacífica, calificó de súbditos rebeldes á los americanos y les declaró la guerra, incurriendo en la contradicción de castigar como crimen de lesa majestad lo que los mismos españoles habían ejecutado en España al aprovecharse de las circunstancias para reconquistar su libertad arreba-

tada por los reyes absolutos. Fué entonces cuando Venezuela formuló categóricamente la teoría revolucionaria antes expuesta y sacando de ella sus consecuencias lógicas, declaró su independencia (1811), y se dió una constitución bajo la forma federal republicana en uso de su soberanía originaria, bajo la advocación de los derechos del hombre que incorporó en su ley fundamental. La gran catástrofe vino y la excisión entre la Europa y la América se produjo con caracteres radicales. El manifiesto de esta guerra fué escrito por parte de España con palabras irreparables, que la convirtió en guerra de razas, al calificar á los insurgentes, en contraposición al derecho natural que ellos invocaban, de "hombres destinados por la naturaleza á vegetar sólo en la obscuridad y abatimiento".

No son los sudamericanos los que lo han dicho, sino los ingleses, que han reconocido, que la guerra de la independencia de las colonias españolas, por esta causa declarada, fué más gloriosa que la de los americanos del Norte, y los mismos americanos del Norte han confesado que ella fué más sólida y más legal que la suya en sus puntos de partida y en sus formas. Los historiadores más acreditados del viejo mundo, han afirmado que jamás lucha alguna con objeto tan grande se empeñó con recursos tan pobres y tan pocas probabilidades de éxito. La América del Sur estaba inerme y aislada, y no tenía hombres probados ni en la guerra ni en la política; todo tenía que crearlo, improvisándolo. La España, aliada á la poderosa Inglaterra, con el apoyo de las primeras naciones del mundo, era dueña de los mares; sus armas en Europa estaban triunfantes, y muy pronto contaría con mayores fuerzas que antes de la invasión francesa en 1808, para sojuzgar á las colonias insurreccionadas. Sin embargo, la América del Sur se lanzó sola á la lucha

contra el mundo coaligado en su contra, y triunfó sola, y mereció la admiración del mundo "por virtudes de que la historia presenta raros ejemplos; por su perseverancia en la adversidad, la abnegación y la fortaleza para soportar trabajos indecibles, sacrificando su reposo, sus propiedades, su salud y su vida, con una unión y una fuerza llena de elasticidad y perseverancia no interrumpida durante el gran trabajo de su emancipación".

La reunión de las Cortes españolas con una sombra de representación americana, y la proclamación de la constitución liberal de 1812, en vez de reconciliar á la madre patria con las colonias, dieron mayor vuelo á la insurrección, pues en razón de las mismas concesiones el espíritu de independencia se avivaba, y los americanos volvían contra la metrópoli las mismas armas que ella había forjado contra el poder del absolutismo. Restituído en 1814 el rey á su trono, la América no había aún declarado su independencia y se gobernaba en nombre del monarca ausente y habiendo sido sofocado el movimiento de Venezuela, la revolución quedó colocada en una posición falsa. La América buscó la paz sobre la base de su independencia; pero cuando restaurado el poder absoluto del rey, se ofrecía á la América en vez de la Constitución de 1812 un desarme sin condiciones, y ante su resistencia se proclamó la reconquista á sangre y fuego como en los tiempos de Pizarro y de Cortés; la guerra de exterminio quedó declarada y todo avenimiento se hizo imposible. La batalla fué recia, según la expresión de Canning, pero al fin de quince años de batallar, el clavo de la independencia sudamericana se remachó y la libertad del mundo quedó sancionada.

En 1820 la llama revolucionaria de la libertad estaba extinguida en el mundo, con excepción de

la América del Sur donde ardía hacía diez años. En esa época el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos, mientras en la América del Sur triunfaba la causa de la independencia, que era la última esperanza de la libertad humana, alentada por el ejemplo y la influencia poderosa de los Estados Unidos. Desde esta época la acción revolucionaria y liberal de la América sobre la Europa empieza á hacerse sentir en el parlamento inglés, único órgano de manifestaciones libres en el viejo mundo, y el reconocimiento de la independencia sudamericana como hecho y como derecho, se pone á la orden del día. La revolución sudamericana reacciona sobre la España misma, que á su ejemplo vuelve contra el rey absoluto las armas destinadas á domarla, y restablece su régimen constitucional. Es el momento solemne de la expectativa histórica. Del triunfo ó de la derrota de la revolución sudamericana dependen los destinos revolucionarios de ambos mundos. Cinco años después la victoria corona sus armas redentoras; la América es republicana, independiente y libre, y se impone como hecho y como derecho. La Inglaterra, enrolada bajo las banderas de la Santa Alianza de los reyes, reacciona contra su política continental y colonial de concierto con los Estados Unidos con motivo de la cuestión sudamericana, y declara que un nuevo mundo político, que restablece el equilibrio del antiguo, ha nacido, y que en adelante un elemento nuevo entra á intervenir en los destinos humanos. Desde ese momento la corriente histórica que de tres siglos atrás traía el despotismo de oriente á occidente, cambia de rumbo, y la acción de los principios de la regeneración americana va de occidente á oriente y se propaga en la Europa, hasta encontrarse con su

antiguo punto de conjunción en los límites del cristianismo y del islamismo. La Grecia lanza en el opuesto hemisferio su heroico grito de emancipación y la Europa, en vez de coaligarse para sofocarla como el de la América del Sur, acude en su auxilio. El Portugal se liberta por el ejemplo y la influencia de sus colonias americanas, que le devuelve hasta sus reyes absolutos convertidos en gobernantes constitucionales con una carta de manumisión en sus manos. En Francia revivirá la revolución de 89 con formas de compromiso entre la monarquía y la república, y son sus protagonistas un compañero de Wáshington y un príncipe emigrado que había contemplado de cerca la democracia norteamericana. Suprímase la revolución sudamericana el año X, supóngase vencida en 1820, ó elimínese su triunfo final en 1825, y sólo queda la República de Estados Unidos para representar la libertad, pero la República de Estados Unidos aislada, y el mundo esclavizado por el absolutismo, hasta con el apoyo de la libre Inglaterra. Tal es el cuadro histórico y sincrónico de la revolución sudamericana en sus relaciones con el movimiento liberal del mundo moderno de 1810 á 1825.

XIV

Tentativas monárquicas en Sud América.

La revolución sudamericana fué esencialmente republicana, y las tentativas monárquicas frustradas en el largo curso de su desarrollo demuestran históricamente que era refractaria á la monarquía.

A haberse realizado en 1783 la idea previsora del conde de Aranda, es probable que una monarquía bastarda se hubiese establecido en América, im-

primiéndole el nuevo medio, su sello de legitimidad democrática con el tiempo. Si como lo pensó Godoy más tarde, aconsejado por miras puramente egoístas, el monarca español traslada á América la sede de su trono, en 1808, como lo hizo el de Portugal, es posible que la revolución sudamericana, desviada de su curso, se hubiera resuelto pacíficamente bajo los auspicios dinásticos como sucedió en el Brasil, retardando la república y anticipando quizá la estabilidad constitucional. Malogradas estas dos oportunidades de una combinación de instituciones y tendencias entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la revolución sudamericana tenía que desarrollarse según su naturaleza y ser esencialmente republicana con arreglo á su organismo constitutivo, anterior y superior á toda constitución artificial ó de circunstancias.

Los peregrinos de la Nueva Inglaterra y los quakeros de Pensylvania llevaban en su ser moral la semilla republicana, fecundada por la lectura de la Biblia, que trasplantada á un suelo virgen y en un mundo libre, debía aclimatarse en su atmósfera propicia. Los mismos caballeros monarquistas de la Inglaterra, trasladados á la Virginia, convirtiéronse en republicanos al fundar una nueva patria según otro tipo, y de esa raza salió Wáshington, el tipo republicano por excelencia, que dió nueva medida al gobierno de los hombres libres. Los colonos españoles no importaron á la América del Sur sentimientos morales de igualdad y justicia ni reglas de gobierno como los del Norte, pero trajeron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde, que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad. Los indígenas conquistados, toda vez que se sublevaban contra los conquistadores, no tenían otro tipo sino el de la monarquía precolombiana, cuyas

formas estaban cristalizadas por atavismo. Los criollos, por un fenómeno físico-moral de selección, nacieron republicanos, y por evoluciones sucesivas cuya marcha puede seguirse con más seguridad que la de la variación de las especies al través del tiempo; su ideal y su necesidad innata llegó á ser la república así que sus ideas de emancipación empezaron á alborear en sus mentes obscuras, que la revolución de los Estados Unidos y la de Francia iluminó con sus resplandores. El germen nativo de la república estaba en la América colonizada, y ellos no eran sino sus vehículos animados. Por eso jamás surgió de la fuente nativa la idea de la monarquía, y toda vez que apareció como una combinación de circunstancias, fué un mero artificio, un compromiso, ó menos que eso, una ocurrencia aislada y pasajera, cuando no el delirio de una ambición enfermiza.

La primera vez que la idea de la institución monárquica apareció en Sud América, fué bajo los auspicios de la idea de independencia, que era verdaderamente la que le daba por el momento una significación armónica con las tendencias nativas. Cuando todavía no se habían vulgarizado los principios de la democracia norteamericana, ni las ideas de los precursores de la emancipación argentina tomado vuelo, imaginaron éstos en 1808 fundar una monarquía constitucional y una nueva dinastía en el Río de la Plata, á imagen y semejanza de la de Inglaterra, cuya Constitución era el ideal que Montesquieu había puesto á sus alcances intelectuales y que las recientes invasiones de la Gran Bretaña pusieron ante sus ojos como un modelo. Todo ello no pasó de un conato, que sin embargo acusaba una predisposición hacia la nacionalidad. Dos años después, apenas consumada la revolución inicial de 1810, el contrato social de Rousseau es

su evangelio, y obedeciendo á sus instintos se acercan á la fuente de la soberanía nativa de que mana la república; pero sólo alcanzan su noción teórica.

Los primeros estremecimientos que preceden al gran movimiento inicial acusan desde luego una tendencia democrática. La revolución de 1810 asume espontáneamente, desde el primer día, formas populares. La primera manifestación constitucional es la de Venezuela, que reviste caracteres genuinamente republicanos. Por el hecho de insurreccionarse y darse un gobierno propio, se convierten todas las colonias hispano-americanas en repúblicas municipales, porque en realidad esta organización preexistía en ellas, como precursora de la república definitiva. La soberanía absoluta y personal, convertida en atributo de soberanía colectiva por el solo hecho de la desaparición del monarca que la encarnaba, y su reasunción por el pueblo, según se explicó antes, señala el momento de la transformación de un principio despótico en principio de libertad republicana, fenómeno tal vez único en la historia y rasgo original de la revolución sudamericana. Desde ese momento el rumbo democrático queda invariablemente fijado y la opinión no vacila en su marcha progresiva.

Cuando con los primeros contrastes y el desarrollo espontáneo de la anarquía, los políticos que dirigían la revolución argentina, empezaron á perder la esperanza de constituir sólidamente la república, pensaron en la monarquía sostenida por las grandes potencias europeas, como medio de darle punto de apoyo y estabilidad y propiciarla ante el mundo, persiguiendo siempre la idea de la independencia y de la libertad constitucional. Tal era la opinión de los hombres más ilustrados y respetables, en circunstancias en que las Provincias Unidas del Río de la Plata eran las únicas que

mantenían alzados los pendones de la insurrección americana en toda la extensión del continente, y cuando aun no habían declarado su forma de gobierno (1814-1816). La primera tentativa en tal sentido fué un proyecto inconsistente para coronar como rey del Río de la Plata á un infante de España en 1814, con el apoyo de la Inglaterra y con el asentimiento del monarca español. De él sólo han quedado rastros en los papeles secretos de sus promotores desautorizados. El sentimiento general del pueblo era democrático, y revelaba su energía hasta en los mismos excesos que alarmaban á los conservadores, que formaban una especie de oligarquía oficial. Empero, por una aberración, que se explica por el desequilibrio de las fuerzas políticas; el Congreso que en 1816 declaró la independencia de las provincias argentinas, y por el hecho fundó una república, era en su gran mayoría monarquista de oportunismo, y lo primero en que pensó fué en fundar una monarquía inverosímil, sobre la base de un descendiente del Inca, que vinculase al Río de la Plata y al Perú, dándole el Cuzco por capital. La razón pública dió cuenta de este quimérico proyecto en medio de una rechifla general, porque estaba en la conciencia de todos que la idea innata de la república residía en las cosas mismas, como que había nacido con la revolución y era inseparable de la idea de independencia.

Desde 1816 á 1819 la política de los monarquistas argentinos se agita en el vacío buscando en la diplomacia universal combinaciones que amalgamasen los intereses de los dos mundos por la uniformidad de principios antagónicos que se excluían. Partiendo de esta base errada, el mismo Congreso que declaró en 1816 la independencia argentina, sancionó en secreto en 1819 la forma monárquica, inmediatamente después de jurar y

promulgar la constitución republicana dictada por él, y buscó en Europa otro rey imaginario con el apoyo de la Francia. Estas maniobras tenebrosas, que revestían ante el país los caracteres de la traición y lo consideraban ante el mundo, sublevaron la opinión republicana de las clases ilustradas y embravecieron las pasiones populares, produciendo el efecto opuesto que sus autores buscaban. Así terminaron las dinastías abortadas del Río de la Plata, sin alcanzar siquiera los honores de la publicidad contemporánea.

Esta reacción en el espíritu de los autores de la revolución que la representaban, y que capitulaban con el hecho brutal y lejano y con la propia conciencia, se producía precisamente en el momento en que la perseverancia de los republicanos de Sud América, les granjeaba la admiración y las simpatías universales; cuando los Estados Unidos se ponían frente á frente de la Santa Alianza de los reyes y escudaban á los nuevos republicanos contra toda intervención monárquica; cuando la Inglaterra, después de haber declarado por la boca de Castlereagh ante los Congresos europeos que no "reconocería los gobiernos revolucionarios de la América" se convencía de que la república era un hecho indiscutible que estaba en su naturaleza, inseparable de su independencia, que se imponía como tal, y en vísperas de que, por la fuerza de las cosas, se proclamase ante el mundo, ¡que un nuevo mundo republicano de que políticamente no podía prescindirse, había nacido en el orden de los siglos!

Eran, empero, agentes de esta política reaccionaria, hombres como Rivadavia, destinados á fundar la verdadera república representativa en su país, y que después de Wáshington es el único gobernante que en América haya marcado el más alto nivel del

hombre de gobierno de un pueblo libre; tipos de virtud republicana como Belgrano, que se ofuscaba candorosamente por su anhelo del bien público. y héroes de la talla del mismo San Martín, que confesando su fe republicana, consideraba difícil, si no imposible, un orden democrático, y sin embargo, fundó repúblicas, dejando que el hecho se produjese espontáneamente al no contrariar las tendencias naturales de los pueblos que libertaba! Cuando San Martín desconoció esta ley de la historia, cayó como libertador. Así cayó más tarde Bolívar, cuando reaccionando contra los principios de la revolución que tan gloriosamente hizo triunfar, pretendió convertir la democracia en monocracia y renegó de los destinos de la república por él coronada con su triunfo final, buscando en las monarquías un falso punto de apoyo para ella. El único libertador americano, que en su delirio se coronó como emperador—Iturbide en Méjico,—murió en un patíbulo, presagiando el desastroso fin de otro emperador, cuyo cadáver fué devuelto á Europa como protesta contra la imposición de la monarquía.

Como si esta fórmula estuviera destinada á no salir de los dominios de la ficción, cuando no revestía caracteres trágicos, fué un poeta disfrazado de político el que imaginó oponer á un nuevo mundo republicano "un nuevo mundo de legitimidad, fundando en él monarquías borbónicas". Chateaubriand, ministro de la restauración en Francia, dirigiéndose á la República de Colombia, decía en 1823, con tanta superficialidad como ignorancia de la constitución orgánica de la América: "El régimen monárquico es el que conviene á vuestro clima, á vuestras costumbres y á vuestras poblaciones diseminadas en una inmensa extensión de país. No os dejéis alucinar por teorías". El mismo hacía la crítica de su plan al agregar: "Cuando uno se forja

una utopía, no consulta ni lo pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres". El príncipe de Polignac se hizo el órgano de estas ideas ante la diplomacia europea. "Es interés de la humanidad, dijo, y de las mismas colonias españolas, que los gobiernos europeos concierten en común los medios de pacificar las distintas y escasamente civilizadas naciones sudamericanas, y traer á los principios de unión de un gobierno monárquico ó aristocrático á esos pueblos, en quienes absurdas y peligrosas teorías mantienen la agitación y la discordia". La aristocrática Inglaterra contestó por boca de Canning, que "no entraba en la discusión de principios abstractos, y que por deseable que fuera el establecimiento de la forma monárquica en alguna de las provincias de Sud América, el gobierno de la Gran Bretaña no estaba dispuesto á ponerla como condición de su independencia". Así quedó enterrado para siempre el último plan monarquista imaginado por un poeta para aplicarlo á la América Meridional.

El único hecho que parecería indicar que la monarquía era una planta que pudo haberse aclimatado en América, es la fundación del imperio del Brasil, y es precisamente el que por antítesis prueba lo contrario. El Brasil como colonia, participó de las influencias del nuevo medio, aunque no en el grado de las demás secciones sudamericanas. La conjuración de Minas á fines del siglo XVIII (1789), conocida en la historia con el nombre de su mártir Tiradentes, reveló que existía allí un fermento republicano y un espíritu de independencia, que respondía al ejemplo de la emancipación norteamericana y á la impulsión inmediata de la revolución francesa, bajo la advocación de la libertad. Penetrada la colonia de un enérgico patriotismo propio y de un espíritu democrático, absorbió á sus mismos re-

yes absolutos, cuando éstos trasladaron el trono á su territorio. Un príncipe de la sangre real de la casa reinante se puso al frente de la revolución de su independencia, la cual se operó pacíficamente como una transacción entre el antiguo y el nuevo régimen. Cuando el nuevo soberano así proclamado por los ex colonos, no respondió al espíritu nacional que lo había elevado, se divorció de sus nuevos súbditos, que lo despidieron para ir á llevar á la madre patria los principios constitucionales que le inocularon. Fundóse entonces sobre la base de la soberanía del pueblo, un imperio democrático, sin privilegios y sin nobleza hereditaria, que no tenía de monárquico sino el nombre y que subsistió como un hecho consentido y un compromiso, pero no como un principio fundamental. Así, el imperio del Brasil no es en realidad sino una democracia con corona. Hemos admitido como posible que otro tanto hubiese sucedido en la América española, á haberse Carlos IV trasladado á sus colonias en 1808 al mismo tiempo que don Juan VI de Portugal; pero tomando los hechos tal como se han producido, resulta históricamente demostrada la proposición, de que la América era nativamente republicana, y que hasta su única excepción aparente lo prueba.

XV

Retrospecto y prospecto sudamericano.

Terminada la gran guerra hispano-americana y pacificado el continente, el libertador Bolívar exclamaba: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido á costa de los demás". Aun á este precio la independencia era ganancia. La independencia era el bien de los bienes, porque era la vida, pues la continuación del

sistema colonial era la muerte lenta por la descomposición, y valía más alcanzarla con gloria en la lucha por la existencia antes que merecerla oprobiosa y estérilmente. La independencia era además el establecimiento de la república democrática, y esta sola conquista valía todos los sacrificios hechos en su honor. Con la independencia y la república reconquistaría la América del Sur todos los bienes perdidos, y alcanzaría otros que la engrandecerían en los tiempos. Aun cuando, por una injusticia del destino, la posteridad de sus fundadores hubiese de ser defraudada de su legítima herencia, aun así, ese movimiento regenerador quedará en la historia como uno de los más grandes pasos que haya dado la humanidad jamás. La América del Sur no tiene por qué quejarse de la tarea que le ha cabido en la común fatiga de la elaboración de los destinos humanos, y cuan grandes sean sus trabajos, sus sacrificios y desgracias por cumplirla, tiene derecho á alimentar la esperanza de alcanzar el éxito y el premio. En todo caso, puede considerarse feliz, "si después de sobrellevar generosamente su carga, entrega su rota espada al destino vencedor con varonil serenidad".

La republicanización de todo un mundo, impuesta como un derecho al absolutismo triunfante, la constancia para alimentar la llama revolucionaria de la libertad cuando estaba apagada en toda la tierra, su acción directa para restablecer el equilibrio del mundo, son hechos en que la América del Sur ha representado el primer papel, y que sin su concurso eficiente no se habrían verificado.

Cuando en la primera década del siglo XIX la América del Sur empezó á intervenir en la dinámica política del Nuevo Mundo por la gravitación de su masa, la República de los Estados Unidos era un sol sin satélites, que únicamente alumbraba

su propia esfera. La aparición de un grupo de naciones nuevas, que á la manera de astros surgieron de las nebulosas colonias del sur, formó por la primera vez en el mundo un sistema planetario en el orden político, con leyes naturales, atracciones universales y armonía democrática. Un continente entero, con veinticinco millones de almas, fué conquistado para la república, y este continente, casi igual en extensión á la mitad del orbe, articulado por gigantescas montañas y ríos inmensos que lo penetraban, extendíase de polo á polo, estaba bañado al oriente y al occidente por los más grandes mares del planeta, poseía todas las riquezas naturales y en sus variadas zonas podían aclimatarse todas las razas de la tierra como si hubiese sido formado en el plan de la creación para un nuevo y grandioso experimento de la sociabilidad humana, con unidad geográfica y potencia física. La república aclimatada en él, lo predestinó desde temprano á esta renovación del gobierno, y su unificación republicana por el hecho de la revolución de Sud América, dió su grande y verdadera importancia á su constitución geográfica y á su constitución política.

En aquella época, no existían sino dos repúblicas en el mundo: la Suiza en Europa y los Estados Unidos en América: la una consentida, la otra aceptada. Los Estados Unidos tenían en 1810, poco más de siete millones de habitantes y su influencia no se había hecho sentir aún: la fundación de las nuevas repúblicas sudamericanas, constituyéndolas en centros de atracción y alma de un nuevo mundo republicano, las elevó de 1810 á 1820 á la categoría de primera potencia cuando aún no contaban con nueve y medio millones de habitantes, cuando las instituciones democráticas estaban desacreditadas y el absolutismo monárquico triunfaba en toda la

línea. La influencia preponderante de la América en esta gran evolución fué reconocida por Inglaterra cuando declaró, como se ha establecido antes, que "las colonias hispano-americanas, pobladas por la raza latina é independizadas bajo la forma republicana, eran un nuevo elemento que restablecía el equilibrio del mundo, y que en lo sucesivo, debía dominar las relaciones de ambos mundos".

Las repúblicas sudamericanas se lanzaron á la lucha con suficientes fuerzas para conquistar su independencia, como lo demostraron triunfando solas; pero sin elementos de gobierno. Pasaron sin transición de la esclavitud á la libertad, después de remover los obstáculos amontonados á su paso en el espacio de tres siglos, y al proclamar su triunfo, encontrábanse en su punto de partida con las formas elementales de una democracia genial, con la lepra de los antiguos vicios que no podían extirparse en una generación, y los males que la guerra había producido. La guerra las había empobrecido física y moralmente, gastando en ella no sólo su sangre, sus tesoros y su energía vital, sino también sus más ricas fuerzas intelectuales. Todo tenían que improvisarlo para el presente y crearlo para el futuro: hombres de estado, espíritu civil, gobiernos, constituciones, costumbres, política, población y riqueza. La riqueza vino con la independencia; pero su insuficiencia gubernamental, su carencia de órganos apropiados para la vida libre, las entregaron fatalmente á la anarquía y al despotismo, oscilando por largos años entre dos extremos sin poder encontrar su equilibrio. Fué esta la época de transición del primer ensayo democrático, y fué entonces cuando uno de sus más grandes libertadores exclamó con desaliento, que todo se había perdido, menos la independencia ganada y la forma republicana imperante. Con este capital y

sus réditos compuestos, todo podía rehacerse, y se rehizo cuanto era humanamente posible. El instinto de conservación prevaleció y su equilibrio relativo se estableció en las nuevas repúblicas dentro de sus elementos orgánicos. Lo único que no pudo normalizarse fué el funcionamiento de su máquina política, bien combinada en su mecanismo en lo escrito, pero falseada prácticamente en sus resortes por falta de buenos directores que le imprimiesen movimiento regular y por falta también de pueblo apto para el ejercicio de sus derechos. Esto ha dado motivo para que se establezca como un axioma de política experimental, que la América del Sur es incapaz de gobernarse, y que su revolución ha sido un naufragio de las instituciones republicanas. Hay en el fondo de esto alguna verdad; pero la conclusión que se formula en consecuencia es injusta, y nada está perdido mientras la institución republicana, que es la grande obra de la revolución, no desaparezca.

Ningún pueblo se hubiese gobernado mejor á sí mismo, en las condiciones en que se encontraron las colonias hispano-americanas al emanciparse y fundar la república, que estaba en su genialidad, pero no en sus antecedentes y costumbres. Los mismos Estados Unidos, con elementos poderosos de gobierno, pasaron por un período crítico de transición, que hubo de poner en peligro hasta su existencia como nación bien organizada. Así mismo, con todas sus deficiencias y extravíos, todas sus vergüenzas y sus brutales abusos de fuerza en pueblos y gobiernos, las nuevas repúblicas del sur mostraron tener la conciencia de su ser político, un sentido moral colectivo, el anhelo de la libertad y el instinto sano de la conservación. Lo prueba el hecho de haber constituído sus nacionalidades según su espontaneidad, bastándose á sí mismas. No

puede decirse de ellas que merecieron los perversos gobiernos que las han afligido, por cuanto, sus pueblos siempre protestaron contra ellos hasta derribarlos. La razón pública siempre estuvo más arriba de los malos gobiernos. Cuando los gobiernos, inspirándose en el bien público, se han puesto á su nivel, tan bajo como era, han tenido autoridad moral, mientras eran condenados al desprecio ó al olvido los mandones que sólo buscaron en el poder la satisfacción de sus apetitos sensuales. Esto revela la existencia de una idea dominante, superior á los malos gobiernos que han deshonrado á las repúblicas sudamericanas, haciéndolas el ludibrio del mundo por muchos años.

Se ha tratado muchas veces de rehacer sincrónicamente la historia de las colonias hispanoamericanas, en el supuesto de que se hubieran mantenido bajo la dominación de la madre patria, ó lo que es más probable, sido conquistadas por alguna gran potencia europea. En el primer caso, hubieran muerto de inanición, ó continuarían vegetando miserablemente bajo el imperio de leyes contrarias á la naturaleza, peor que Cuba y Puerto Rico. Si la Inglaterra hubiese conseguido apoderarse de Cartagena de Indias en 1740 ó del Río de la Plata en 1806 y 1807, la América Meridional sería inglesa. Algunos han pensado que este habría sido un acontecimiento feliz, que al anticipar su progreso, preparase más seguramente su emancipación y libertad. Es posible que las colonias hispanoamericanas serían en tal hipótesis, lo que son hoy Australia y el Canadá. Las colonias recolonizadas á la inglesa, poseerían más fábricas y más industrias; más puertos, diques y canales, y quién sabe si más riqueza, bajo la protección de una nueva madre patria más poderosa que la antigua; pero no serían naciones independientes y democráticas,

que en la medida de sus fuerzas han concurrido y concurren al progreso humano, llenando una misión al anticipar el progreso político en otro sentido, y creando nuevos elementos para la vida futura. Inmovilizados sus destinos bajo el régimen colonial de la Gran Bretaña dominadora en el Atlántico y el Pacífico, yacerían aún en la época de su crecimiento vegetativo, con más instrumentos de trabajo, pero con menos elementos orgánicos de reconstrucción vital. Serían á lo sumo el pálido reflejo de una luz lejana; un tipo repetido vaciado en viejo molde; pero no serían entidades que han intervenido por otros medios en los destinos humanos, que han provocado acciones y reacciones que concurren al progreso universal, ni agentes activos del intercambio de los productos morales y materiales que son atributo de las razas destinadas á vivir en los tiempos complementándose. Apenas si en el mundo existirían dos repúblicas, y la república matriz de los Estados Unidos, aislada, circundada por el sur, el norte y el occidente por la restauración del antiguo sistema colonial, se habría inmovilizado también dentro de sus primitivas fronteras, si es que la renovación de la guerra con la madre patria á principios del siglo no hubiese tenido otro desenlace. La América del Sur sería un apéndice de la Europa monárquica, y la Europa habría sido dominada por la Santa Alianza de los reyes absolutos, hasta con el concurso de la Inglaterra, única monarquía constitucional en el mundo. Tal es el prospecto de la ucronía que pretendería rehacer la historia sudamericana.

Si la América del Sur no ha realizado todas las esperanzas que en un principio despertó su revolución, no puede decirse que haya quedado atrás en el camino de sus evoluciones necesarias en su lucha contra la naturaleza y con los hombres, en medio

de un vasto territorio despoblado y de razas diversas mal preparadas para la vida civil. Está en la república posible, en marcha hacia la república verdadera, con una constitución política que se adapta á su sociabilidad, mientras que las más antiguas naciones no han encontrado su equilibrio constitucional. Ha encarado de hito en hito los más pavorosos problemas de la vida y resuéltolos por sí misma, educándose en la dura escuela de la experiencia y purificándose de sus vicios por el dolor. Obedeciendo á su espontaneidad, ha constituído sus respectivas nacionalidades, animadas de un patriotismo coherente que les garantiza vida duradera. Desmintiendo los siniestros presagios que la condenaban á la absorción por las razas inferiores que formaban parte de su masa social, la raza criolla, enérgica, elástica, asimilable y asimiladora, las ha refundido en sí, emancipándolas y dignificándolas, y cuando ha sido necesario, suprimiéndolas, y así ha hecho prevalecer el dominio del tipo superior con el auxilio de todas las razas superiores del mundo, aclimatadas en su suelo hospitalario, y de este modo el gobierno de la sociedad le pertenece exclusivamente. Sobre esta base y con este concurso civilizador, su población regenerada se duplica cada veinte ó treinta años, y antes de terminar el próximo siglo, la América del Sur contará con 400 millones de hombres libres y la del Norte con 500 millones, y toda la América será republicana. En su molde se habrá vaciado la estatua de la república democrática, última forma racional y última palabra de la lógica humana, que responde á la realidad y al ideal en materia de gobierno libre.

A estos grandes resultados habrá concurrido en la medida de su genio concreto, siguiendo el alto ejemplo de Wáshington y á la par del libertador

Bolívar, el fundador de tres repúblicas y emancipador de la mitad de la América del Sur, cuya historia va á leerse y cuya síntesis queda hecha.

CAPITULO II

San Martín en Europa y América.

1778-1812

La "George Canning".—Aparición de San Martín en la escena sudamericana.—Contingente que trae á su revolución.—Su influencia en su tiempo y en su posteridad.—Su genio concreto.—La unidad de su vida.—Antecedentes biográficos.—Noticias sobre la familia de San Martín.—Las Misiones Jesuíticas secularizadas.—Yapeyú.—Educación de San Martín.—Moros y cristianos.—La campaña del Rosellón.—Guerra marítima.—La campaña de las naranjas.—El alcalde de Móstoles.—Muerte del general Solano.—El general Miranda.—Las sociedades secretas.—El levantamiento de España contra Napoleón.—Arjonilla y Bailén.—San Martín y Beresford.—Lord Macduff.—La logia americana de Londres.—Viaje á Buenos Aires.—Estado de la revolución americana á la llegada de San Martín.—Sinopsis de la revolución argentina.

I

El 9 de Marzo de 1812 llegaba al puerto de Buenos Aires procedente de Londres, la fragata inglesa "George Canning", nombre bajo cuyos auspicios debía imponerse más tarde al viejo mundo el reconocimiento de la independencia sudamericana, que uno de los obscuros pasajeros que conducía aquella nave estaba llamado á hacer triunfar por la fuerza

de su genio. Era éste, el entonces teniente coronel José de San Martín, "el más grande de los criollos del Nuevo Mundo", como con verdad y con justicia póstuma ha sido apellidado.

Hacía veintiséis años que, niño aún, se había separado de la tierra natal, y regresaba á la sazón á ella en toda la fuerza de la virilidad, poseído de una idea y animado de una pasión, con el propósito de ofrecer su espada á la revolución sudamericana, que contaba ya dos años de existencia, y que en aquellos momentos pasaba por una dura prueba. Templado en las luchas de la vida, amaestrado en el arte militar, iniciado en los misterios de las sociedades secretas propagadoras de las nuevas ideas de libertad, formado su carácter y madurada su razón en la austera escuela de la experiencia y el trabajo, el nuevo campeón traía por contingente á la causa americana, la táctica y la disciplina aplicadas á la política y á la guerra, y en germen, un vasto plan de campaña continental, que abrazando en sus lineamientos la mitad de un mundo, debía dar por resultado preciso el triunfo de su independencia.

Se ha dicho que San Martín no fué un hombre, sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica, ni dar á su genio concreto un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo lógico de sus consecuencias.

Dar expansión á la revolución de su patria que entrañaba los destinos de la América, salvándola y americanizándola, y ser á la vez el brazo y la cabeza de la hegemonía argentina en el período de su emancipación: combinar estratégica y tácticamente

en el más vasto teatro de operaciones del orbe, el movimiento alternativo ó simultáneo y las evoluciones combinadas de ejércitos ó naciones, marcando cada evolución con un triunfo matemático ó la creación de una nueva república: obtener resultados fecundos con la menor suma de elementos posibles y sin ningún desperdicio de fuerzas, y por último, legar á su posteridad el ejemplo de redimir pueblos sin fatigarlos con su ambición ó su orgullo, tal fué la múltiple tarea que llevó á cabo en el espacio de un decenio y la lección que dió este genio positivo, cuya magnitud circunscripta puede medirse con el compás del geómetra dentro de los límites de la moral humana.

De aquí, la unidad de su vida y lo compacto de su acción en el tiempo y en el espacio en que se desarrolla la una y se ejercita la otra. Toda su juventud es un duro aprendizaje de combate. Su primera creación es una escuela de táctica y disciplina. Su carrera pública es la ejecución lenta, gradual y metódica de un gran plan de campaña, que tarda diez años en desenvolverse desde las márgenes del Plata hasta el pie del Chimborazo. Su ostracismo y su apoteosis es la consagración de esta grandeza austera, sin recompensas en la vida, que desciende con serenidad, se eclipsa silenciosamente en el olvido, y renace á la inmortalidad, no como un mito, sino como la encarnación de una idea que obra y vive dilatándose en los tiempos.

II

Esta figura de contornos tan correctos es empero todavía un enigma histórico por descifrar. ¿Qué fué San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios? Estas preguntas que los contemporáneos se hicieron en presencia del

héroe en su grandeza, del hombre en el ostracismo y de su cadáver mudo como su destino, son las mismas que se hacen aún los que contemplan las estatuas que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfinges de bronce que guardasen el secreto de su vida.

San Martín no fué ni un mesías ni un profeta. Fué simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales, teniendo la visión clara de un objetivo real. Su objetivo fué la independencia sudamericana, y á él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, principios y moral política, subordinándose él mismo á su regla disciplinaria. Tal es la síntesis de su genio concreto. De aquí el contraste entre su acción contemporánea y su carácter póstumo, y de aquí también esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aun en presencia de su obra y de sus resultados.

La historia en posesión de esta síntesis delineará su verdadera grandeza, reduciéndola á sus proporciones naturales, y explicará la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios en medio de la lucha, por la lógica inflexible del hombre de acción, colocando su figura histórica en el pasado y el presente bajo la luz en que la contemplarán los venideros. La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar simpáticamente de generación en gentración en nombre de una pasión, de una idea ó de un resultado trascendental. La de San Martín pertenece á este número. Es una acción y un resultado, que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes

al hombre que la simboliza, más por la fuerza de las cosas, que por la potencia del genio individual.

No es el precursor de los hechos fatales á que sirve; pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar. Sus creaciones no nacen súbitamente de su cerebro, armadas de pies á cabeza como la divinidad fabulosa: son el simple resultado de sus acciones que se suceden, produciendo resultados espontáneos. Más soldado que hombre especulativo, resuelve arduos y complicados problemas, concibiendo estratégicamente planes militares. Conjura peligros dando la fórmula práctica de una situación. Da formas tangibles á una revolución, organizando ejércitos regulares. Liberta pueblos, ganando tácitamente sus batallas. Emancipa esclavos, sin confesar un credo político. Crea nuevas asociaciones, sin perseguir un ideal social. Bosqueja con su espada las grandes líneas de la geografía política de Sud América, y las fija para siempre, obedeciendo por instinto á la índole de los pueblos. Funda empíricamente repúblicas democráticas, por el solo hecho de no contrariar las tendencias nativas de los pueblos que emancipa, abrigando empero en su mente otro plan teórico de organización política. Era un libertador en acción que obedecía á su propia impulsión. Por eso sus acciones son más trascendentales que su génio, y los resultados de ellas más latos que sus previsiones. Y sin embargo, no puede concebirse ni aun hipotéticamente quién pudo haberlo reemplazado en la tarea contemporánea, ni quién llenaría el vacío que resultaría en la conciencia de su posteridad si su espíritu no la impregnase.

Inteligencia común de concepciones concretas: general más metódico que inspirado; político por necesidad y por instinto más que por vocación, su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que

hayan sido sus ambiciones secretas en la vida, no se le conocen otras que las de sus designios históricos; en que tuvo la fortaleza del desinterés, de que es el más noble y varonil modelo; en que supo tener moderación para mantenerse en los límites de su genio y de su misión; en que habló sólo dos veces en la vida—una para exhalar una débil queja al despedirse por siempre de su patria, dándole sus consejos, y otra para abdicar el poder sin enojo y despedirse por siempre de la América, apelando al fallo de la posteridad;—y en que murió en silencio después de treinta años de olvido, sin debilidad, sin orgullo y sin amargura, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria.

La posteridad agradecida lo ha aclamado grande, la América del Sur lo reconoce como á uno de sus dos grandes libertadores, y tres repúblicas lo llaman padre de la patria y fundador de la independencia.

III

A esta fisonomía histórica correspondía una figura varonil, un rostro reflejo de sus cualidades y una alma ardiente de pasión concentrada con manifestaciones frías y reservadas que á veces hacían explosión.

En los heroicos días de su edad viril, San Martín, como la estatua viva de las fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuído en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida sin pesadez, poblada de una cabellera lacia, espesa y renegrida que usaba siempre corta, dando relieve á sus líneas simétricas sin ocultarlas. El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimi-

dos sobre las sienes, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles. Sus facciones, vigorosamente modeladas en una carnadura musculosa y enjuta, revestida de una tez morena y tostada por la intemperie, eran interesantes en su conjunto y cautivaban fuertemente la atención. Sus grandes ojos, negros y rasgados, incrustados en órbitas dilatadas, y sombreados por largas pestañas y por anchas cejas—que se juntaban en medio de la frente al contraerse hacia arriba, formando un doble arco tangente,—miraban hondamente, dejando escapar en su brillo normal el fuego de la pasión condensada, al mismo tiempo que guardaban su secreto.—Este era el rasgo característico de su fisonomía, que según la expresión de un contemporáneo que le observó de cerca, simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza. La nariz pronunciada y larga, aguileña y bien perfilada, se proyectaba atrevidamente en líneas regulares, á la manera de un contrafuerte que sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo. Su boca, pequeña, circunspecta y franca, con labios acarminados, firmes, carnosos y bien cortados, se animaba á veces con una sonrisa simpática y seria, que dejaba entrever una rica dentadura verticalmente clavada. Los planos de la parte inferior del rostro eran casi verticales, destacándose de ellos horizontalmente la barba que cerraba el óvalo, y lo acentuaba como un signo de la voluntad persistente, sin acusar ningún apetito sensual, rasgo que la edad avanzada puso más de relieve. La oreja, era regularmente grande, sin carácter determinado,

pero asentada, mansa y llena de atención, como la de un caballo veterano avezado al fuego de las batallas. Su voz era ronca; á su talante marcial unía un porte modesto y grave; eran sus ademanes sencillos, dignos y deliberados, y todo en su persona, desnuda de aparato teatral, inspiraba naturalmente el respeto sin excluir la simpatía.

San Martín hablaba con sencillez, daba sus órdenes verbales con precisión, y tenía chiste espontáneo en su conversación. Escribía lacónicamente con estilo y pensamiento propio. Poseía el francés, leía con frecuencia, y según se colige de sus cartas, sus autores predilectos eran Guibert y Epicteto, cuyas máximas observaba, ó procuraba observar, como militar y como filósofo práctico. Profundamente reservado y caluroso en sus afecciones, era observador sagaz y penetrante de los hombres, á los que hacía servir á sus designios según sus aptitudes. Altivo por carácter y modesto por temperamento y por sistema más que por virtud, era sensible á las ofensas, á las que oponía por la fuerza de la voluntad un estoicismo que llegó á formar en él una segunda naturaleza. Moderado por cálculo y humano por temperamento: paciente en la elaboración de sus planes, austero en el deber sin dejar de ser tolerante con las debilidades humanas; severo hasta la dureza á veces, pero sólo cuando lo consideraba necesario; reservado hasta tocar el disimulo; prevalecía sobre sus calidades adquiridas su naturaleza apasionada de criollo americano, que reflejaba inconscientemente las ideas caducas del orden de cosas que odiaba y combatía. Hombre de acción por sus cualidades nativas, cuando fué llamado á dirigir los hombres por móviles morales, mostró pertenecer á la raza de aquellos descendientes de Hércules de que habla Lisandro, que sabían coser la piel del zorro á la del león.

IV

Al emprender su viaje desde Inglaterra, San Martín iba á cumplir los treinta y cuatro años de edad. Había nacido el 25 de Febrero de 1778 en Yapeyú, uno de los treinta pueblos de las antiguas Misiones guaraníticas, situadas sobre las márgenes del Alto Uruguay y Alto Paraná, pertenecientes entonces al gobierno de Buenos Aires.

Después de la expulsión de los famosos fundadores de las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay (1768), fueron secularizadas y sometidas á un régimen de explotación comunista calcado sobre el tipo primitivo, sin la disciplina monástica á que debieron su cohesión artificial y su ficticia prosperidad. Divididas al principio en dos gobernaciones, se reconcentró más tarde su dirección en un solo gobernador en lo político y militar, y un administrador general en lo económico, con tres tenientes gobernadores auxiliares de uno y otro, cada uno de los cuales tenía á su cargo un departamento. El tercero de estos departamentos se componía de los pueblos de La Cruz, Santo Tomé, San Borja y Yapeyú, del cual el último era la capital y le daba su nombre.

En 1778 hacía tres años que el capitán don Juan de San Martín desempeñaba el puesto de teniente gobernador del departamento de Yapeyú, siendo á la sazón gobernador de toda la provincia de Misiones el capitán don Francisco Bruno de Zabala. Soldado obscuro y valiente, de cortos alcances, aunque de noble alcurnia, probo como administrador y generoso como hombre, era natural de la villa de Cervatos en el reino de León. En 1770, siendo ayudante mayor de la asamblea de la infantería de

Buenos Aires, recibió repentinamente orden para embarcarse en una expedición militar, y en tal ocasión otorgó poder á tres de sus compañeros de armas para que alguno de ellos, en cumplimiento de la palabra empeñada, se desposase con doña Gregoria Matorras—"doncella noble", dice el documento, y sobrina del famoso conquistador del Chaco, del mismo apellido:—la misma que en aquella época acompañándole en su modesto gobierno le daba el cuarto hijo, que fué bautizado con el nombre de José Francisco. Hace su elogio, que como jefe de una de las administraciones más ricas de las Misiones, montada sobre el monopolio y la explotación más absoluta, contrajese su actividad á cumplir con su deber haciendo el bien posible, y se retirara de su puesto con escasos bienes de fortuna cuando se pasaban años enteros sin ser abonado de los sueldos de su empleo.

V

Yapeyú, situado á los 29 grados 31 minutos 47 segundos de latitud austral, marca la transición entre dos climas. Su naturaleza participa de las gracias de la región templada á que se liga por sus producciones, y del esplendor de la no lejana zona intertropical de cuyas galas está revestida. Fundado sobre una ligera eminencia ondulada, á orillas de uno de los más caudalosos y pintorescos ríos del orbe que baña sus pies, desde la meseta que domina aquel agreste escenario, la vista puede dilatarse en vastos horizontes y en anchas planicies siempre verdes, ó concentrarse en risueños paisajes que limitan bosques floridos y variados accidentes del terreno de líneas armoniosas.

En la época de los jesuítas era Yapeyú una de las poblaciones más florecientes de su imperio teocrá-

tico. Al tiempo del nacimiento de San Martín, bien que decaída, era todavía una de las más ricas en hombres y ganados. Levantábase todavía erguido en uno de los frentes de la plaza el campanario de la iglesia de la poderosa Compañía, coronado por el doble símbolo de la redención y de la orden. El antiguo colegio y la huerta adyacente, era la mansión del teniente gobernador y su familia. A su lado estaban los vastos almacenes en que se continuaba por cuenta del rey la explotación mercantil planteada por la famosa Sociedad de Jesús, que había realizado en aquellas regiones la centralización de gobierno en lo temporal, lo espiritual y lo económico, especulando con los cuerpos, las conciencias y el trabajo de la comunidad. Tres frentes de la plaza estaban rodeados por una doble galería sustentada por altos pilares de urundey reposando en cubos de asperón rojo, y en su centro se levantaban magníficos árboles, entre los que sobresalían gallardamente gigantescos palmeros, que cuentan hoy más de un siglo de existencia.

El niño criollo nacido á la sombra de palmas indígenas, borró tal vez de su memoria estos espectáculos de la primera edad; pero no olvidó jamás que había nacido en tierra americana y que á ella se debía. Contribuyeron sin duda á fijar indeleblemente este recuerdo, las impresiones que recibió al abrir sus ojos á la luz de la razón. Oía con frecuencia contar á sus padres las historias de las pasadas guerras de la frontera con los portugueses, que debían ser los que más tarde redujesen á cenizas el pueblo de su nacimiento. Su sueño infantil era con frecuencia turbado por las alarmas de los indios salvajes que asolaban las cercanías. Sus compañeros de infancia fueron los pequeños indios y mestizos á cuyo lado empezó á descifrar el alfabeto en la escuela democrática del pueblo de Yape-

yú, fundada por el legislador laico de las misiones secularizadas. Pocos años después, Yapeyú era un montón de ruinas; San Martín no tenía cuna; pero en el mismo día y hora en que esto sucedía, la América era independiente y libre por los esfuerzos del más grande de sus hijos, y aun viven las palmas á cuya sombra nació y creció.

VI

A la edad de ocho años, después de una corta permanencia en una escuela de primeras letras en Buenos Aires, pasó San Martín á España en compañía de sus padres, ingresando poco después como alumno en el Seminario de Nobles de Madrid. Este colegio, como su nombre lo indica, era una institución esencialmente aristocrática. Tenía por objeto declarado "la educación de la nobleza del reino", no siendo en realidad sino un liceo privilegiado á imitación de los de Luis XIV, que su nieto Felipe V importó á España en 1727, y cuyas constituciones fueron reformadas por Carlos IV en 1799. Según su plan de estudios, se enseñaba en él: la lengua francesa, latina y castellana, el baile (para lo cual había por excepción dos profesores en honor de Luis XIV), el violín y el pianoforte, el dibujo natural, la poética y la retórica, la esgrima, la equitación, algo de historia natural y geografía, nociones de física experimental y matemáticas puras, teniendo adscripta una clase de primeras letras, hallándose casi siempre vacantes las asignaturas de filosofía moral y metafísica, que por adorno tal vez figuraban en el programa. Como se ve, en el Seminario se enseñaban habilidades solamente y algunas tinturas de ciencia. No fué ciertamente en esta escuela donde se formó San Martín, en la que por otra parte sólo permaneció dos años, adqui-

riendo únicamente en ella algunos rudimentos de matemáticas y principios de dibujo.

No había cumplido aún los doce años de edad (Julio de 1789), cuando colgando de su hombro los cordones de cadete del regimiento Murcia, dió comienzo á su verdadera educación, y desde ese día se bastó á sí mismo. El uniforme del Murcia era celeste y blanco, y el joven aspirante vistió con él los colores que treinta años después debía pasear en triunfo por la mitad de un continente.

Su primera campaña fué en Africa, y recibió el bautismo del fuego y de la sangre combatiendo contra los moros al lado de los descendientes del Cid y de Pelayo. Primero estuvo en Melilla y posteriormente pasó con su batallón á reforzar la guarnición de Orán en 1791. Allí, en medio de un terremoto que destruyó la ciudad en aquel año, sufrió por el espacio de treinta y tres días el fuego del enemigo, el hambre y el insomnio, manteniéndose "la plaza hasta hallarse convertida en un montón de ruinas". Mandaba la artillería española en esta ocasión un joven teniente que se llamaba Luis Daoiz, cuya gloriosa muerte debía más adelante vincularse á los destinos de San Martín. En la misma clase pasó al ejército de Aragón en 1793, y en seguida al del Rosellón, que bajo las órdenes del general Ricardos combatía gloriosamente contra la República Francesa en su propio territorio. Era Ricardos el más táctico y el más inspirado de los generales españoles de aquella época, y el que con más heroicidad sostuvo por algún tiempo el honor de las armas españolas contra los más hábiles y valerosos generales franceses. En esta escuela aprendió el joven cadete muchas de las lecciones que debía poner en práctica después.

Ricardos, tomando la iniciativa de la campaña cuando su patria estaba amenazada por la inva-

sión, atravesó los Pirineos orientales, donde el arte ayudado por la naturaleza presentaba mayores obstáculos, y penetró en el Rosellón cuando menos esperado era allí, venciendo en las batallas de Masdeu y Truilles por movimientos atrevidos y bien combinados, que traen á la memoria algunas de las hazañas posteriores de su discípulo, el cual más feliz que su maestro debía llevarlas á buen término. No obstante estas primeras ventajas, Ricardos tuvo que replegarse muy luego al campo atrincherado de Boulou sobre la línea del Tech al pie de los Pirineos orientales, abandonando la línea del Tet que sólo llegó á amenazar. En esta ocasión desplegó nuevamente las dotes de un buen general, así en la resistencia como en la retirada que se siguió más tarde. Estrechado por el espacio de veinte días en su nueva posición, rechazó triunfante tres ataques generales que le trajo el ejército enemigo, y once combates parciales á que lo provocó el célebre general Dagobert. En la mayor parte de estos combates se halló y distinguió San Martín, especialmente en la defensa de Torre Batera, de Creu del Ferro, ataque á las alturas de San Marsal, y baterías de Villalonga (Octubre de 1793), así como en la salida á la Hermita de San Lluc y acometida al reducto artillado de los franceses en Banyuls del Mar (Noviembre de 1793), siendo ascendido por su comportación en estas acciones á la clase de subteniente. El general español reaccionando, tomó de nuevo la ofensiva, y en Diciembre del mismo año se apoderó del castillo de San Telmo, de Port Vendres y Collioure, batiendo una división del enemigo—al que arrojó del otro lado del Tet, llegando hasta las puertas de Perpiñán,—jornadas en que se halló presente San Martín.

Muerto el general Ricardos mientras concertaba en la corte nuevos planes, forzada por Dugommier

la línea del Tech, y abandonado el campo de Boulou en medio de una derrota, las conquistas de los españoles sobre el golfo de Lyón quedaron comprometidas y entregadas á los esfuerzos de sus guarniciones. El Murcia, que formaba parte de ellas, rechazó en Port Vendres dos ataques sucesivos que le trajo el enemigo el 16 y 17 de Mayo, concurriendo á una vigoroza salida que se hizo para proteger el castillo de San Telmo, llave de la posición; la guarnición se replegó sobre Collioure el 25 de Mayo, para ponerse en comunicación còn la escuadra de Gravina que debía protegerla, la que no pudo acudir en tiempo. Abandonada por el ejército y por la escuadra, la guarnición de Collioure tuvo al fin que capitular después de tres días de resistencia, obteniendo los honores de la guerra con la condición de retirarse por tierra á España y no tomar las armas durante la guerra. San Martín estuvo presente á todas estas funciones de guerra, y fué ascendido á teniente segundo en medio de los combates.

Fué entonces, cuando vencida la España y aterrorizada la casa reinante de los Borbones, pensó seriamente en trasladar su trono á las colonias americanas, como lo efectuó más tarde el Portugal. Si este plan se hubiese realizado, la revolución sudamericana se habría retardado quizá, y la historia contaría un héroe menos, que átomo perdido á la sazón en medio de aquellos grandes acontecimientos que agitaban á la Europa entera, observaba, estudiaba y aprendía en la escuela de amigos y enemigos, preparándose para redimir aquellas lejanas comarcas esclavizadas, hacia las cuales los soberanos absolutos volvían sus ojos atribulados en los días de conflicto.

VII

La paz de Basilea (1795), restituyó al joven teniente su libertad de acción. El tratado de San Ildefonso (1796), lanzándole en nuevos combates, casi al mismo tiempo que perdía á su padre, lo trasladó á otro elemento en que la España, humilde aliada de la República Francesa y en guerra con la Gran Bretaña, iba á medirse en los mares con la primera potencia marítima del mundo.

Por este tiempo, San Martín había llegado á los diez y siete años, edad en que la conciencia empieza á formarse, y el hombre á ser responsable de sus acciones y pensamientos. Faltan documentos para estimar su estado moral en ese momento crítico, en que las nuevas ideas de la revolución francesa cundían en España, iluminando las almas con súbitos resplandores. De estas influencias participó Belgrano, que se hallaba por el mismo tiempo en la Península, y debemos creer que San Martín no fué insensible á ellas; pero prudente y reservado desde muy temprano, pasaron todavía algunos años antes de revelarnos su secreto. Mientras tanto, embarcado el Murcia á bordo de la escuadra española del Mediterráneo, se halló presente al ignominioso á la vez que parcialmente glorioso combate naval del cabo de San Vicente (1797), que los españoles por pudor han denominado simplemente "del 14 de Febrero". En él se ensayó Nelson presagiando á Trafalgar. La Inglaterra al destruir los últimos restos del poder marítimo de España, preparaba el advenimiento de la próxima revolución americana, y el que debía hacerla triunfar en lo futuro, combatía entonces entre marineros y soldados contra la nación que había de ser la que

la reconociese más tarde á la faz del mundo á despecho de los reyes coaligados.

El 15 de Agosto de 1798, fué atacada en los mismos mares la fragata "Santa Dorotea" de la armada española que tripulaba San Martín, por el navío inglés "León", de 64 cañones. Siguióse un reñido y desigual combate en que la fragata tuvo al fin que rendirse, después de agotar los más heroicos esfuerzos. El mismo vencedor, lleno de admiración, lo comunicó así por medio de un parlamentario al almirante español Mazarredo, diciéndole: "serle imposible explicar con palabras el valor atrevido y destreza desplegada por el comandante de la "Dorotea" durante la acción en que tan vigorosamente se vió estrechado", honor que el rey hizo extensivo á toda la tripulación, y de que participó el obscuro oficial que en su tercera campaña volvía á ser desarmado por el destino, después de trece meses de trabajos marítimos.

En este segundo eclipse de su carrera, San Martín se dedicó al estudio de las matemáticas y del dibujo, conservándose de él dos marinas á la aguada, que atestiguan su inclinación, y llenan, como dos páginas pintorescas, este período silencioso de su vida.

VIII

En la guerra joco-seria de 1801 entre el Portugal y la España, que se llamó "de las naranjas" por el trofeo al natural que la coronó en cabeza de una reina vieja, enamorada de un favorito que remedaba las operaciones militares, vemos reaparecer al teniente San Martín á la edad de 23 años. Al frente de una compañía de su antiguo regimiento, pasa la frontera por los Algarves, y asiste al incruento sitio de Olivenza, que fué la mejor conquista de la campaña, y que más tarde debía ser

la manzana de la discordia entre españoles y portugueses cuya influencia se haría sentir en los destinos de la América Meridional.

La paz de Amiens (1802), que sobrevino, llevó su regimiento al bloqueo de Gibraltar y á Ceuta, y últimamente en 1804 le encontramos de guarnición en la plaza de Cádiz con el título de capitán segundo de infantería ligera de Voluntarios de Campo Mayor, luchando valientemente con la peste que asolaba aquella ciudad, campaña que por meritoria fué consignada en su foja de servicios á la par de las acciones de guerra.

El tratado de Fontainebleau (1807), por el cual se repartía el Portugal y sus colonias entre España y Francia, asegurando al favorito Godoy una soberanía y á Carlos IV la corona de emperador de ambas Américas, vino á sacar á la guarnición de Cádiz de su inacción, llevándola á los campamentos ya que no á las batallas. Con arreglo al tratado, una división de 6000 españoles debía penetrar en combinación con los franceses por Alentejos y Algarves. El mando de esta expedición de mero aparato fué confiado al general Solano, marqués del Socorro, á la sazón capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz, que había militado honrosamente en el ejército del Rosellón y en la campaña de Baviera con Moreau. El regimiento de Voluntarios de Campo Mayor á que pertenecía San Martín, formó parte de esta expedición, que se posesionó de Yelves sin resistencia, y sin que se presentara después la ocasión de disparar un solo tiro en toda la campaña.

Las guerras entre españoles y portugueses—tan valientes como son—siempre tuvieron algo de cómico, desde la famosa batalla de la guerra de sucesión en que, en los bagajes de un ejército de 9000 hombres se tomaron 15.000 guitarras, hasta la ri-

dícula campaña de las naranjas de que hemos hecho mención. En esta última decía el general portugués al español: "¿A qué batirnos? Brinquemos y toquemos en buena hora las campanillas; pero cuidemos de no hacernos daño". Solano complementó este grotesco cuadro, al tomar á lo serio su papel de conquistador, y adjudicarse el de gran reformador, pretendiendo hacer de Setubal, donde estableció su cuartel general, una nueva Salento, donde ostentó más bien su buen deseo que sus conocimientos administrativos, según la expresión de Toreno.

IX

Dominada la España por la espada de Napoleón, cautivos sus monarcas, y fermentando en secreto el odio al extranjero, el estallido no se hizo esperar. El alzamiento del 2 de Mayo en Madrid fué la señal, y la heroica muerte de Daoiz y Velarde y las bárbaras ejecuciones del Prado que se siguieron, dieron á la revolución española su enseña y su carácter popular.

Los fugitivos de aquella sangrienta jornada llegaron en la misma noche á la pequeña villa de Móstoles, que situada á 16 kilómetros de la capital sobre el camino de Extremadura, vegetaba en la obscuridad, sin historia hasta entonces. El alcalde, pobre rústico, inspirado por el patriotismo, sin nociones siquiera de ortografía, trazó en pocos renglones inmortales la circular del alzamiento general de España, que resonó como un trueno en toda la Europa, y fué la señal de la caída del coloso del siglo. Decía así: "La patria está en peligro, Madrid perece víctima de la perfidia francesa: Españoles acudid á salvarla.—Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles".

Dos días después, este elocuente y lacónico parte

anónimo que ha pasado á la historia de la humanidad, transmitido de alcalde á alcalde como un toque de alarma, llegaba con rapidez prodigiosa á las últimas provincias del mediodía sobre la frontera de Portugal. Hallábase allí el general Solano, nombrado nuevamente capitán general de Andalucía de regreso de su expedición con las tropas de su mando. Su primer impulso fué marchar sobre Madrid, pero sofocado el pronunciamiento del 2 de Mayo y confirmado en su mando por los franceses, volvió sobre sus pasos, y se situó en Cádiz, sede de su gobierno.

Instalada la Junta de Sevilla en nombre de la Nación y del rey, instó á Solano para que se pronunciara apoyando la insurrección general. Hombre de luces y de cualidades morales, amado del pueblo, empero se le tachase con razón de afrancesado, impresionable é irresoluto en la acción, aunque valiente, Solano vaciló, asumió una actitud equívoca, y acabó por promulgar á la luz de hachas encendidas, en la noche del 28 de Mayo, un bando por el cual condenaba la insurrección, no obstante adherirse á un alistamiento nacional.

El pueblo pidió á grandes gritos el ataque inmediato de la escuadra francesa, surta hacía años en Cádiz, juntamente con la escuadra española después de la derrota de Trafalgar. Retardada esta exigencia popular, no obstante haber obtemperado al principio á ella el capitán general, la muchedumbre excitada se dirigió al día siguiente á su palacio, apersonándosele una diputación á increparle su traición ó su flaqueza. Uno de los diputados salió al balcón á hablar al pueblo para tranquilizarle con las promesas del ataque inmediato á la escuadra francesa; pero confundido á la distancia con Solano y tomándose sus ademanes por negativa, disparándose sobre él algunos tiros, á lo que

siguió un tumulto con el intento de asaltar la casa.

En este momento crítico se presentó sereno y resuelto el ayudante á la vez que el oficial de guardia, que lo era el capitán don José de San Martín: hizo replegar la tropa de su mando, cerró la puerta, se atrincheró y dispúsose á la defensa. Los amotinados derribaron la puerta á cañonazos y penetraron al interior; pero ya Solano había tenido tiempo de fugar y refugiarse por la azotea en una casa vecina, donde fué descubierto y bárbaramente inmolado.

Esta tragedia sangrienta, en que el mismo San Martín fué actor y hubo de ser víctima, no se borró jamás de su memoria. Ella determinó, sin duda, muchas de sus resoluciones políticas en lo sucesivo. Desde entonces, no obstante su sincero amor por la libertad humana, miró con horror profundo los movimientos desordenados de las multitudes y los gobiernos que se apoyaban en ellos. Pensando que el gobierno de este mundo pertenece á la inteligencia apoyada en la fuerza morigerada, formó parte de su credo político la máxima de que todo debe hacerse por el pueblo; pero subordinándolo á la disciplina.

Empero, su razón y su corazón debieron decirle en aquel momento, que si bien de parte del populacho estaba el exceso, de parte de la España estaba la justicia; y que, ejecuciones por ejecuciones, las del Prado de Madrid el 2 de Mayo, ordenadas por un exceso de autoridad, eran más bárbaras y menos justificadas que las del general Solano. La heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero en el sitio de Orán, debió haber hecho vibrar en él esta cuerda simpática, y la decisión con que tomó inmediatamente su partido y su conducta posterior, así lo muestra.

X

Fué por este tiempo que el general Francisco Miranda, cuya figura hemos bosquejado antes, reunía en un pensamiento á todos los americanos dispersos en Europa, y les daba por objetivo la independencia de la América y la fundación de la república, infundiéndoles su pasión. Este precursor de la América del Sur, que tuvo la primera visión de sus destinos, estaba destinado á ser entregado por uno de sus adeptos á sus verdugos, y morir solo, desnudo y cargado de cadenas en un miserable calabozo. En 1813 llegó cautivo á Cádiz en el mismo año en que San Martín inauguraba su gloriosa carrera en el opuesto hemisferio, y murió en la mazmorra de las Cuatro Torres de la Carraca, siete días después de declarada la independencia argentina bajo el auspicio de sus inspiraciones.

Se ha dicho (creemos que sin fundamento), que Miranda se introdujo por entonces (1808-1809) de incógnito en Cádiz, con el objeto de concertar con los sudamericanos que allí se hallaban, un plan de insurrección de las colonias españolas. Lo que es indudable que estuvo allí presente y sin disfraz, fué su noblé espíritu. Creador del tipo de las sociedades secretas en que se afiliaron los sudamericanos dispersos en Europa, para preparar la empresa de la redención de América, él fué quien dió organización, objetivo y credo á las sociedades de este género, y que con esta tendencia se fundaron después en España. Cádiz, la puerta precisa de los americanos para entrar á la Península ó salir de ella, era el punto forzoso de reunión de todos y el centro en aquella época de una activa elaboración revolucionaria, que una sociedad misteriosa se

había encargado de propagar. Como lo hemos dicho en otro libro histórico, las sociedades secretas compuestas de sudamericanos, con tendencias á la emancipación de la América del Sur sobre la base del dogma republicano, se asemejaban mucho por su organización y por sus propósitos políticos á las ventas carbonarias calcadas sobre los ritos de la masonería, de las que no tenían sino sus formas y sus símbolos.

En los primeros años del siglo XIX habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de Sociedad de Lautaro ó Caballeros Racionales, vinculada con la sociedad matriz de Londres denominada Gran Reunión Americana, fundada por el general Miranda, de la que se dió noticia antes. En sólo Cádiz, donde residía el núcleo, llegó á contar en 1808 con más de cuarenta afiliados, entre ellos algunos grandes de España, como el conde de Puño-en-Rostro, amigo y corresponsal de Miranda. Su primer grado de iniciación era trabajar por la independencia americana, y el segundo la profesión de fe democrática, jurando "no reconocer por gobierno legítimo de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y de trabajar por la fundación del sistema republicano".

En esta asociación estaba afiliado San Martín. Desde su fondo tenebroso se proyecta por primera vez sobre su figura, hasta entonces enigmática, un rayo de luz que nos inicia en los misterios de su alma, revelándonos las creencias que lo trabajaban y los propósitos que abrigaba. San Martín era un americano de raza, un revolucionario por instinto, un republicano por convicción; era, tal vez sin él saberlo, un adepto de Miranda, que debía realizar el ensueño del maestro cuando éste descansase para siempre en el fango de uno de los

islotes de la Carraca, que en aquellos momentos él contemplaba desde la playa gaditana cuando la marea los abandonaba ó los cubría.

A la vez que San Martín, se habían afiliado á la logia; Alvear, que sería su confidente primero, y su émulo después; José Miguel Carrera, que moriría maldiciéndole, y el más modesto de todos, el teniente de marina Matías Zapiola, que sería uno de sus brazos fuertes en los futuros combates. San Martín, el menos brillante y el más pobre de todos, reservado, reflexivo como de costumbre, era el vaso opaco que encerraba el fuego oculto en el interior del alma. Sus compañeros, que conocían su temple moral y la superioridad de sus dotes militares, no se engañaban con estas apariencias, y decían de él, que pensaba por todos ellos; pero al distribuirse sus papeles en el gran drama revolucionario que entreveían, ninguno le asignaba otro puesto que el de batallador fuerte. Sus héroes en perspectiva eran Alvear y Carrera, los más arrogantes y los más ambiciosos.

Estas sociedades secretas, precursoras del gran movimiento revolucionario de Sud América, que determinó sus primeros rumbos, imprimieron su sello á muchos de los caracteres de los que después fueran llamados á dirigirlo, decidiendo en varios casos de sus destinos. Este sello fué el sentimiento genialmente americano, que las naturalezas móviles perdieron en el roce de los sucesos, pero que San Martín guardó indeleble como el bronce.

XI

Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria, como lo demostraron en Cartagena de Indias en 1740, en Buenos Aires

en 1806 y 1807, y por último en la gloriosa guerra de la Península en 1808.

El alzamiento general de España, precedido por la heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero, y de que fué última señal la trágica muerte de Solano, su general querido, encontró á San Martín en su puesto de honor, formando siempre en las filas de Voluntarios de Campo Mayor, mandado por el valiente coronel Menacho que pronto debía encontrar también una gloriosa muerte. Ascendido á ayudante primero del mismo regimiento por la Junta de Sevilla, fué destinado al ejército de Andalucía que á la sazón se organizaba bajo la dirección del general Castaños, incorporándose á la segunda división que mandaba el general marqués de Coupigní.

Abiertas las operaciones contra el ejército francés mandado por Dupont, que tomó la iniciativa franqueando la Sierra Morena por Despeñaperros, se le confió el mando de las guerrillas sobre la línea del Guadalquivir. En estas márgenes resonó por primera vez el nombre de San Martín lanzado á publicidad con el dictado de "valeroso", á consecuencia de una señalada proeza que ejecutó en tal ocasión.

El 28 de Junio movióse sobre las primeras avanzadas del enemigo una columna de vanguardia española. Mandábala el teniente coronel Cruz Murgeon, que más tarde debía distinguirse como general peleando contra los independientes de América. Llevaba la cabeza de la columna su compañero y amigo el capitán San Martín, que más tarde también y en filas opuestas, debía inmortalizarse haciendo triunfar la independencia americana. A la altura de Arjonilla avistóse un grueso destacamento de caballería francesa, que recibió orden de cargar, pero que al primer amago esquivó el combate. En-

tonces, por inspiración propia se pone al frente de 21 jinetes, haciéndose apoyar por una guerrilla de infantería, y se lanza á escape por una estrecha vereda lateral, consiguiendo por esta maniobra alcanzar á los enemigos, que superiores en número y no creyendo que con tan cortas fuerzas los acometiera, le esperaron en formación. Sobre la marcha despliega en batalla, carga sable en mano, mata diez y siete hombres, toma cuatro prisioneros heridos, se apodera de todos sus caballos, comprométese personalmente, y en circunstancias de ir á ser muerto por un dragón enemigo, es salvado por uno de sus soldados, oyéndose en ese momento el toque de retirada que le obliga a replegarse en triunfo, pero con todos sus trofeos. Tal fué la primera hazaña y el primer ensayo de mando en jefe del más grande general del Nuevo Mundo.

La acción fué declarada distinguida con aplauso de todo el ejército, y concedióse un escudo de honor á todos los que le habían acompañado, siendo él ascendido á capitán del regimiento de Borbón, "en razón (decía el oficio de la Junta de Sevilla) del distinguido mérito que había contraído en la acción de Arjonilla".

Este pequeño triunfo fué precursor de una de las más grandes victorias de la época. Antes de transcurrir un mes, las águilas imperiales de Napoleón que habían humillado á toda la Europa, se inclinaban vencidas ante un ejército bisoño alentado por el patriotismo, y el capitán San Martín era mencionado con distinción en la orden del día de la batalla de Bailén, de que había sido el precursor en Arjonilla.

Abierto por la victoria el camino de Madrid, el ejército de Andalucía entró triunfante á la capital de las Españas, y allí recibió San Martín con los despachos de teniente coronel la medalla de oro

que por su comportación en aquella batalla le correspondía.

El joven comandante siguió las vicisitudes del ejército de Andalucía, debiendo encontrarse en la desgraciada batalla de Tudela y sucesivo repliegue de las tropas españolas sobre Cádiz, y fué nombrado en 1810 ayudante de campo del marqués de Coupigní.

En 1811 encontróse en la sangrienta batalla de Albuera celebrada por la musa de lord Byron, en que españoles, ingleses y portugueses batieron á los franceses. Mandaba el ejército aliado en esta jornada el general Beresford, que cinco años antes había rendido su espada y las banderas británicas en Buenos Aires.

En el mismo año pasó á formar parte de las reliquias del regimiento de Sagunto, escapadas del sitio de Badajoz, en el que su antiguo jefe el coronel Menacho acababa de rendir la vida. El emblema de este cuerpo era un sol, cuyos rayos disipaban nubes, con esta leyenda: "Hæ nubila tolunt obstantia solvens". ¡Disipa nubes y remueve obstáculos! Este fué el último estandarte español á cuya sombra combatió San Martín. Por una rara coincidencia llevaba por emblema el mismo símbolo de las banderas que debía pasear en triunfo por la América, y cuyos colores había vestido en su primer uniforme del Murcia. ¡La leyenda parece profética!

La profecía de Pitt, al tiempo de morir, se realizaba. Napoleón había levantado contra sí una guerra nacional y estaba irremediablemente perdido. La España, provocándola heroicamente, según la previsión del gran estadista, iba á salvarse, salvando á la Europa de su brutal dominación en alianza con la Gran Bretaña.

El criollo americano había pagado con usura su

deuda á la madre patria, acompañándola en sus días de conflicto, y podía á la sazón desligarse decorosamente de ella sin desertar la causa de la desgracia, al dejarla cubierta con la poderosa égida de la Gran Bretaña, que le aseguraba el triunfo definitivo, bajo la dirección del futuro vencedor de Waterloo.

Veintidós años hacía que San Martín acompañaba á la madre patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En este lapso de tiempo había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, á pie y á caballo, en campo abierto y dentro de murallas. Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales y los elementos de que podía disponer la España en una insurrección de sus colonias: el discípulo era un maestro en estado de dar lecciones. Entonces volvió los ojos hacia la América del Sur, cuya independencia había presagiado y cuya revolución seguía con interés, y comprendiendo que aun tendría muchos esfuerzos que hacer para triunfar definitivamente, se decidió á regresar á la lejana patria, á la que siempre amó como á la verdadera madre, para ofrecerle su espada y consagrarle su vida.

XII

El confidente de sus proyectos y sentimientos en esta ocasión, fué un personaje singular, con quien conservó amistad por el resto de sus días, quizá en memoria de este momento solemne y de esta resolución, que al decidir de su destino, debía influir en los de un mundo.

Lord Macduff, después conde de Fife, era un no-

ble escocés descendiente de aquel héroe de Shakespeare que mató con sus propias manos al asesino Macbeth. El gran poeta pone en boca de su antecesor estas palabras: "Empuñemos más bien con mano firme la espada matadora, y como hombres buenos defendamos resueltamente nuestros nativos derechos desconocidos". Estas palabras que resonaban en sus oídos al través de los siglos, parecían dirigir su conducta inspirada por tan varoniles consejos. Hallábase en Viena cuando recibió en 1808 la noticia de la insurrección española. Inmediatamente se dirigió á la Península y se alistó como simple voluntario. En esta clase se halló presente en la mayor parte de las batallas que tuvieron lugar allí, siendo gravemente herido en una de ellas, por cuyos servicios llegó á ser nombrado general español. Entonces se conocieron San Martín y lord Macduff. Estas dos naturalezas generosas simpatizaron profundamente, estrechándose su amistad en medio de los peligros comunes. Por su intermedio y por la interposición de Sir Charles Stuart, agente diplomático en España, pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticiamente á Londres, recibiendo de su amigo cartas de recomendación y letras de cambio á su favor, de las que no hizo uso.

En Londres se reunió con sus compañeros Alvear y Zapiola, poniéndose en contacto con otros sudamericanos que á la sazón se hallaban allí. Contábanse entre ellos el venezolano don Andrés Bello, el mejicano Servando Teresa Mier—célebres ambos por sus escritos,—el argentino don Manuel Moreno, que acababa de dejar sepultado á su ilustre hermano en la profundidad del mar, don Tomás Guido, que iniciaba su carrera diplomática y militante, y algunos menos conocidos. Todos pertenecían á la asociación secreta fundada en Londres por Miran-

da, que era matriz de la de Cádiz, como queda dicho, y en la cual Bolívar acababa de prestar su juramento en manos del mismo Miranda antes de regresar á Venezuela en compañía del ilustre maestro, San Martín y sus dos compañeros fueron iniciados en el 5° y último grado. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, el gran precursor y los dos más grandes fundadores de la independencia del Nuevo Mundo. Siendo el objeto de la asociación cooperar por todos los medios á la insurrección sudamericana, los miembros de ella trabajaban activamente en conquistarle prosélitos y en predisponer á la Europa en su favor por medio de publicaciones por la prensa, mientras llegaba el momento de prestarle servicios más eficaces.

Pocos meses después (Enero de 1812) San Martín, Alvear y Zapiola, se embarcaban en la "George Canning" con destino al Río de la Plata, y llegaban á Buenos Aires en compañía de varios oficiales, que como ellos venían á sentar plaza en las filas de los libertadores del viejo y Nuevo Mundo.

XIII

Hemos dicho antes, que á la época de la llegada de San Martín á Buenos Aires, la revolución americana pasaba por una dura prueba. Si no había sido de los primeros en acudir á su llamada, no esperó por cierto para hacerlo el momento más propicio. El período de la primera efervescencia había pasado: el trabajo serio de todos los días iba á comenzar. La verdadera lucha entre independientes y realistas no estaba trabada aún, y el combate entre los elementos sociales se iniciaba.

La revolución argentina iniciada el 25 de Mayo de 1810, fué el verdadero punto de partida de la insurrección sudamericana. Antes de ella produjé-

zonse movimientos parciales que fueron sofocados en su cuna, y los que con posterioridad ó simultáneamente estallaron desde Chile hasta Méjico, carecieron de consistencia para luchar y vencer, aun dentro de sus límites territoriales.

Expansiva y propagandista desde el primer día, la revolución argentina promovió la insurrección de Chile por la diplomacia y el ejemplo, formando estrecha alianza con ella. Con su primer ejército improvisado de voluntarios, avanzó hasta el Perú á fin de herir al enemigo en el centro de su poder, obteniendo en su camino la primera victoria en Suipacha (1811). Por el oriente marchó resueltamente con el objeto de dominar ambas orillas del Plata, batiendo al enemigo en Las Piedras (1811), y armó de prisa algunos buques para disputar á los marinos españoles el dominio del río. Pero destrozada su primera flotilla en el Paraná, dueño absoluto el enemigo de las aguas é inexpugnable dentro de las murallas de Montevideo, antes de concluir el año XI la revolución había retrocedido á sus primeras posiciones por la parte del oriente; al mismo tiempo que un ejército portugués de 4000 hombres salvaba las fronteras del Brasil y se establecía sobre la línea del Uruguay en actitud hostil. El Paraguay por su parte iniciaba su sistema de aislamiento y casi de hostilidad, después de rechazar la expedición enviada allí para incorporarlo al movimiento. Por el norte, y casi simultáneamente con estos sucesos, su ejército era completamente derrotado en Huaqui (1811) sobre el Desaguadero, abandonando en consecuencia el Alto Perú en su movimiento retrógrado por esa parte. Las reliquias de este ejército, replegado en aquel momento sobre Tucumán (Marzo de 1811), esperaban que el general Belgrano fuese á tomar su mando y que el enemigo avanzara sobre ellas con dobles fuerzas,

sin más esperanza que continuar su retirada hasta Córdoba, según las órdenes terminantes del gobierno.

Chile, que en sus primeros pasos parecía haber consolidado su movimiento oligárquico-legal, estaba amenazado ese mismo año (1812) por una expedición dirigida desde el Perú, estando encomendada su salvación al que fatalmente debía perderlo. Era éste aquel mismo José Miguel Carrera, que en la logia de Cádiz sus compañeros señalaban como un héroe en perspectiva. Ambicioso y osado tenía algunas de esas cualidades que remedan el genio revolucionario, y que contribuyeron en parte á precipitar y democratizar la revolución chilena en el hecho, aunque sin inocularle ninguna nueva fuerza. Pero sin verdaderos talentos políticos ni militares, sin virtudes cívicas y sin el juicio siquiera, que supliendo las cualidades prevé y evita los errores, Chile debía perderse en sus manos, como se perdió después.

Por un encadenamiento de circunstancias nefastas, en ese mismo mes de Marzo de 1812, un terremoto derribaba la ciudad de Caracas, al mismo tiempo que la reacción española avanzaba osada reconquistando el terreno perdido, teniendo por principal auxiliar la desmoralización del espíritu público. En tal situación no era difícil prever que antes de terminar el año XII, el mismo general Miranda, que á la sazón acaudillaba la revolución de Venezuela, tendría que capitular. como lo hizo, desesperando por el momento de la fortaleza de su pueblo. Empero, nadie pudo imaginar siquiera, que ese mismo Miranda, gran precursor de la independencia americana, había de ser entregado por los suyos á la saña de sus enemigos como víctima propiciatoria, y que Simón Bolívar sería uno de los que concurriesen á ello! Sólo la Nueva Granada

continuó por algún tiempo manteniendo el fuego de la insurrección en la extensión de lo que después se llamó Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Quito); pero debía extinguirse pronto, como se extinguieron todas las insurrecciones sudamericanas desde un extremo á otro del continente entre 1814 y 1815, con excepción de la revolución argentina, la única que no fué dominada jamás.

Mientras tanto, el virreinato del Perú, interpuesto entre los revolucionarios del sur y del norte, inexpugnable por su posición, por el dominio absoluto de los mares y por el fuerte ejército que lo defendía, era el centro que irradiaba la reacción, desprendiendo á la vez expediciones sobre Quito y Chile, y amenazando á las Provincias Argentinas después de batir su ejército en el Desaguadero.

Estos peligros inminentes que anublaban el horizonte, y que burlaban tantas esperanzas de los primeros momentos en que todo se presentaba fácil, haciendo comprender á todos lo arduo de la empresa y la medida de los nuevos y grandes sacrificios que habría que hacer, había producido en el espíritu público un gran decaimiento, cuando todavía las poblaciones no estaban comprometidas en masa en la lucha ni la decisión popular manifestada con energía.

Tal era en Marzo de 1812 el estado de la revolución americana, considerado por la faz externa de su poder militar y de sus relaciones recíprocas.

XIV

La revolución argentina, estudiada en su organismo propio, era un hecho múltiple y complejo, que entrañando grandes peligros y grandes fuerzas latentes, marchaba hasta entonces sin plan fijo, aunque visiblemente una ley superior presidiese á

su desarrollo. Esta revolución, además de los peligros externos que la amenazaban militarmente, entrañaba en su organismo propio peligros mayores, que provenían del desequilibrio de una sociedad rudimental, entre las fuerzas que ostensiblemente le imprimían su movimiento y las fuerzas latentes en que residía la potencia, bien que un principio vital dominase la acción recíproca de unas y otras.

No repetiremos aquí la sinopsis que con relación al año XII hemos hecho de este acontecimiento en otros libros históricos al condensar los sucesos para deducir de ellos el progreso de las ideas y el desarrollo de los instintos populares. No se comprendería empero la acción, ni la trascendencia de los planes políticos ni militares de San Martín en el nuevo medio en que va á obrar, si no estudiáramos esa revolución bajo un nuevo punto de vista, bosquejando á grandes rasgos su naturaleza múltiple y compleja, á fin de darnos cuenta exacta de la situación en el momento en que aquél va á hacer su aparición en la escena revolucionaria.

La revolución argentina, cuyas causas lejanas hemos señalado ya, aplicándolas á las colonias americanas en general, tuvo causas inmediatas que le imprimieron un carácter peculiar. Fué la principal de ellas la preponderancia de los nativos en las armas, que los triunfos en 1806 y 1807 sobre las invasiones inglesas al Río de la Plata habían puesto en sus manos dándoles la conciencia de su poder y despertando en ellos un espíritu de personalidad viril y arrogante. La superioridad de su fuerza moral, que tenía por manifestación la inteligencia criolla, y se verificaba en las grandes corrientes de la opinión pública, fué otra de esas causas eficientes. De aquí provino que la revolución fué simplemente una transición pacífica, de un estado en cierto modo artificial á un estado normal, operán-

dose el cambio de situación sin convulsiones, como una ley natural que se cumplía, y esto sin violar ni aun las leyes españolas que regían los municipios, teatro de acción de la política de los nativos. De esas mismas leyes deducían ellos lógicamente nuevas teorías revolucionarias, que legalizando el hecho, con textos viejos del derecho positivo, daban vuelo á los espíritus en el sentido de reformas trascendentales.

El plan de ejecución de la revolución de Mayo fué, pues, rigurosamente legal, con propósitos deliberados de independencia, pero con vagas ideas políticas en las esferas superiores y con instintos confusos en la masa social. Todos perseguían, sin embargo, un ideal, que cada uno percibía según su grado de inteligencia ó de instrucción, y que procuraba hacer prevalecer por medios análogos á sus fines. De aquí provenía el desequilibrio que hemos señalado antes, y que constituye el nudo histórico de la revolución argentina.

La revolución argentina presentaba desde entonces en bosquejo las dos faces características que la distinguen: la una clásica, culta, cosmopolita, que miraba al exterior; la otra genial y plebeya y por lo tanto más radicalmente democrática, que presentaba una fisonomía original y móvil en la política interna, ó más bien dicho, en el movimiento social. La última, apenas diseñaba algunos de sus rasgos en las tendencias embrionarias de descentralización y en las fuerzas indisciplinadas de carácter selvático, que acusando el desequilibrio presagiaban la excisión anárquica. La primera reasumía en sí hacía dos años todo el movimiento de la vida política y civil, con sus ensayos de gobierno, sus tanteos en el sentido del parlamentarismo, su legislación, sus ejércitos, su diplomacia, su prensa, en que figuraban los hombres más prominentes del país.

Ya desde entonces también se dibujaban en los partidos que agitaban la superficie social, las dos tendencias que el roce de las pasiones y de los intereses, más bien que la divergencia de principios, debía poner en pugna, trabajando y atormentando la revolución, impulsada por cada uno de ellos en un sentido ó contrariada en otro; arrastrándola á veces al borde del abismo, haciéndola triunfar en el exterior por esfuerzos supremos, á la par que se aniquilaban casi las fuerzas sociales en el interior, hasta que del choque de las fuerzas conservadoras y de las fuerzas explosivas que entrañaba, naciese el equilibrio y brotara de su seno dolorido la sociedad nueva, producto de estos grandes sacudimientos en la batalla de la vida.

Contener estas fuerzas dentro de sus límites, hacerlas servir contra el enemigo común y mantener el gobierno en manos de la inteligencia para hacerlo más eficaz en la acción, tal era el arduo problema que se proponían resolver los hombres superiores que habían iniciado la revolución y que hasta entonces la dirigían. Pero antes de que este resultado se alcanzara, el choque debía producirse. Para los unos, la centralización vigorosa con su punto de apoyo en la capital de Buenos Aires, era la condición del triunfo de la revolución. Para los otros, la descentralización era una tendencia innata y una condición de vida futura, así como la indisciplina era una consecuencia necesaria de su modo de ser. Estas tendencias ya se habían diseñado en los partidos políticos militantes, aun antes que interviniese en los acontecimientos la masa social; pero sin acentuarse ni ejercer una grande influencia en ellos.

XV

La revolución, mientras tanto, legal y pacífica en su iniciativa, trascendental en sus propósitos y vigorosamente centralizada en sus medios de acción, se desenvolvía orgánicamente, sin un plan preconcebido en lo político como en lo militar. Nacida en las ciudades, y propagada en nombre de la ley de municipio en municipio hasta la última frontera de las provincias, este primer movimiento vibratorio había revelado una cohesión nacional, indicando allí donde se detuvo, el punto en que debía encontrarse la resistencia que había de vencer. Revolución civil, que tenía por foro las plazas urbanas, por tribuna la de los antiguos Cabildos, por constitución el vetusto derecho municipal, llegaría un momento en que no cabría en los moldes en que primitivamente se fundió la masa candente; en que esos moldes estallarían; en que el movimiento se dilataría en las campañas, y que en medio de la lucha por la vida se produjesen tumultuosamente los fenómenos orgánicos que entrañaba su naturaleza, á la par de los esfuerzos del patriotismo ilustrado que propendía á dominar el desorden interno con una mano, mientras con la otra combatía y vencía al enemigo común.

La revolución argentina había llegado en el año XII á uno de esos períodos de transformación en que los hechos, las teorías, las necesidades fatales, las gravitaciones naturales envueltas en una sola corriente la arrastraban irresistiblemente á ejecutar sobre la marcha una de sus más peligrosas evoluciones al frente del enemigo. Triunfante en el hecho dentro de sus fronteras, con una organización indefinida todavía después de dos años de luchas

y trabajos, había necesidad de popularizarla, de vivificarla, dándole por base la soberanía del pueblo, y por credo un derecho nuevo que respondiese á las necesidades del presente, satisfaciendo las aspiraciones en lo futuro.

Por fortuna, piloteaban aquella nave en medio de la tempestad los hombres más inteligentes, más enérgicos y más próvidos que se hayan presentado jamás reunidos á la vez en el gran drama de la revolución sudamericana. Muerto Moreno, que había sido el numen de la revolución de Mayo en sus primeros días, y cuya influencia moral vivía aún, la revolución argentina presentaba en primera línea pensadores profundos, generales improvisados, escritores notabilísimos, políticos convencidos, patriotas abnegados, caracteres virilmente templados, que, apoderados con mano firme del timón del Estado, constituían un poderoso partido gubernamental con tendencias democráticas y principios confesados de libertad.

Merced á esa falange de hombres de acción y de pensamiento, la revolución se había extendido y consolidado, constituyendo un núcleo indisoluble; las nociones de un derecho nuevo se habían generalizado; las ideas abstractas de la soberanía del pueblo, división de poderes, juego armónico de las instituciones libres, derechos naturales y derechos del hombre en sociedad, habían hecho progresos en la conciencia pública, traduciéndose en hechos prácticos, aunque todo se resintiera todavía de lo indefinido y de lo incompleto de la organización política.

Desde el primer momento—lo mismo que por entonces,—todas las fuerzas políticas se habían concentrado en la organización del gobierno ejecutivo, que respondía á las supremas exigencias de la situación y constituía el gran resorte de la máquina revolucionaria.

El primer gobierno ejecutivo instalado por un plebiscito el 25 de Mayo de 1810, fué una Junta gubernativa, á imitación de las que en España se inauguraron por la misma época en su alzamiento contra los franceses. Modificada y desnaturalizada un año después por la incorporación de los diputados de las provincias en ella, se malogró así la primera tentativa de un Congreso Nacional, abortando un monstruo de muchas cabezas, sin iniciativa en la idea y sin vigor en la ejecución, que tuvo que decretar su propia caída y ceder por impotencia el puesto ante las exigencias de la opinión y el instinto de la propia conservación. La Junta fué substituída por un Triunvirato, en el que, dándose nueva forma á la potestad gubernativa, se vigorizaba su acción, bosquejando á la vez la división de los poderes públicos.

El Triunvirato, bajo la denominación de Gobierno Ejecutivo, había empuñado con mano firme el timón de la nave del Estado, que parecía próxima á naufragar, trazando nuevos rumbos á la revolución, ayudado por la falange política de que venimos hablando, y que constituía el nervio de la situación.

Tal era el estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata al pisar San Martín las playas argentinas y hacer su aparición en la grande escena de la revolución sudamericana.

CAPITULO III

La logia de Lautaro.

1812-1813

El primer Triunvirato y su filiación histórica.—Estado de los partidos políticos en 1812.—San Martín y Alvear.—Los Granaderos á caballo.—Escuela de táctica, disciplina y moral militar.—Vistas políticas y militares.—La logia de Lautaro y su influencia.—La batalla de Tucumán y sus consecuencias políticas.—Revolución de 8 de Octubre, su objeto y trascendencia.—Parte que toma en ella San Martín.—Influencia de la logia en este acontecimiento.—El segundo Triunvirato.—La situación militar.—Planes militares sobre Montevideo y el Perú.—Nuevo prospecto.

I

El Triunvirato que en 1812 regía los destinos de las Provincias Unidas, representaba la tercera constitución del poder público en el transcurso de dos años de revolución.

El primer gobierno nacional, inaugurado el 25 de Mayo de 1810, bajo la denominación de Junta Provisional gubernativa, aunque nombrado por el voto público, fué un simple derivado del derecho histórico y municipal. Legitimada por la adhesión de las provincias como poder general, se legalizó como poder político por la elección de diputados, efectuada por los Cabildos para constituir un Congreso sobre la base municipal. La refundición de los diputados de la Junta gubernativa, y la subsiguiente creación de Juntas Provinciales en representación de las localidades, fué una evolución

retrógrada del gobierno, que tuvo su origen en la tendencia descentralizadora que llevaba en germen la federación del porvenir. Abdicando los diputados la potestad deliberativa, desvirtuaron con su incorporación la constitución del ejecutivo, y retardaron indefinidamente la organización política sobre sus verdaderas bases. El Triunvirato, expresión del centralismo gubernamental que tenía su razón de ser, era el producto de las necesidades de la época, y respondía por el momento á las exigencias de organización, de propaganda y de lucha de la revolución.

Las tres evoluciones que hemos bosquejado—una de las cuales marcaba el punto de partida, y las otras dos las tendencias opuestas de los partidos de la revolución,—fueron, más bien que el resultado de divergencias teóricas, productos espontáneos del organismo social por una parte, y exigencias de la situación por otra, que se traducían en anarquía gubernamental, entrando por algo la inexperiencia y las rivalidades domésticas.

Los dos primeros partidos embrionarios con raíces en la sociedad, que se encontraron frente á frente en el terreno de la Junta gubernativa, representaban las tendencias que caracterizan los comienzos de toda revolución: el elemento conservador, aunque patriota por una parte, y el elemento esencialmente revolucionario por la otra, personalizados por el presidente Saavedra y el secretario Moreno. En el choque de estas dos tendencias el elemento conservador prevaleció, y dueño absoluto del poder, le sucedió lo que á todos los poderes negativos, que no teniendo nada que conservar sino lo malo, y no teniendo iniciativa para crear, abdicó al fin por impotencia y por esterilidad. El elemento revolucionario con su primitivo credo democrático y con más sentido político, una vez dueño del cam-

po en la tercera evolución que hemos señalado, se organizó vigorosamente en partido gubernamental y centralista, y rodeó al Triunvirato, que siendo su obra, era hasta cierto punto la expresión de sus ideas.

El Triunvirato que se había impuesto con la autoridad de una necesidad imperiosa por todos sentida, se mantenía entre los partidos, sin perseguir á los vencidos y sin ceder á todas las exigencias de los vencedores. De aquí provenía que, después de apartar los peligros de la difícil situación que le tocara, y satisfacer algunas de las exigencias de la opinión en el sentido de las reformas democráticas, el Triunvirato sólo representaba la autoridad material, sin el poder moral que dan los organismos políticos bien definidos. El Poder Ejecutivo, único en el estado, era una dictadura anónima contrapesada por los partidos. La revolución carecía de una constitución, que definiendo la situación, diese base sólida á la acción y al desarrollo orgánico de la sociedad democrática.

Al constituir el nuevo gobierno, los diputados de las provincias reasumieron la potestad legislativa que antes habían abdicado, y bosquejaron así, aunque vagamente, la división de los poderes. Yendo más allá, pretendieron reaccionar al atribuirse la supremacía, y dictaron en consecuencia una constitución que desvirtuaba la del Poder Ejecutico, perpetuando así el de los representantes de los Cabildos sin mejorar las condiciones del poder público. La disolución de la Asamblea resolvió el conflicto con aplauso de la opinión; pero hirió un principio fundamental de gobierno.

Para regularizar hasta cierto punto su situación, el Triunvirato se dictó entonces á sí mismo su ley orgánica, siendo esta la primera carta constitucional que se puso en práctica en las Provincias Uni-

das. Por ella se establecía la amovilidad periódica de los gobernantes y su elección por una asamblea eventual de corporaciones, compuesta de un número de notables de la capital que constituían la gran mayoría, y de los apoderados nominales de los pueblos, la que debía ser presidida por los Cabildos de Buenos Aires. Esta Asamblea debía tener el voto deliberativo en los casos en que fuese consultada, hasta que se reuniera un Congreso Nacional que se prometía convocar, garantiéndose mientras tanto por reglas expresas, los derechos individuales y la libertad de escribir.

Estas medidas y reformas truncas, dictadas como expedientes según las exigencias del momento, que no ajustándose á un principio ni á un plan general, mantenían la revolución entre lo eventual y lo arbitrario, no satisfacían las exigencias del partido demócrata, aunque les prestase su apoyo. Su programa era no sólo constituir el Poder Ejecutivo provisional, sino constituir definitivamente la revolución, y darle por base la soberanía popular por medio del sufragio directo, convocando inmediatamente un Congreso Nacional que diese forma, vida y fuerza expansiva á la república que estaba en las conciencias, aun cuando todavía no se comprendiese bien el sistema y se gobernase en nombre del rey de España.

Los hombres superiores que componían el Triunvirato, participando de estas aspiraciones del patriotismo, eran ante todo gubernamentales. Opuestos á la reunión inmediata de una asamblea constituyente, por considerarla prematura y peligrosa, estaban en este punto en pugna con el partido que representaban. De aquí debía nacer una oposición radical que determinaría una cuarta evolución política, la más peligrosa y la más trascendental de cuantas se habían realizado hasta entonces.

Estos antecedentes eran indispensables para comprender y juzgar la actitud política que San Martín y Alvear tomaron en medio de los partidos en que se hallaba dividida la revolución cuando pisaron las playas argentinas.

II

San Martín, al regresar á su patria, era un hombre obscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada, ni más reputación que la de un valiente soldado y un buen táctico. Su compañero Alvear por el contrario, rico y precedido de la fama de generoso, llevaba un apellido que se había ilustrado en el Río de la Plata, encontraba una familia hecha y en valimiento, y con las brillantes exterioridades que le adornaban, las simpatías debían brotar á su paso. Poseído de una ambición sensual de gloria y de poder, improvisador en acciones y palabras que se dejaba gobernar por su imaginación fogosa, talento de reflejo que no emitía la luz propia, sin el resorte de la voluntad perseverante. Alvear formaba contraste con San Martín, en quien la reflexión y la preparación de los medios precedían á la acción y cuyo conjunto de pasión concentrada, cálculo, paciencia, sagacidad y fortaleza de alma constituían un carácter original que sólo se parecía á sí mismo como todo lo que es nativo. Bajo estos auspicios, Alvear asumió respecto de San Martín la actitud de un protector, exagerándose su propia importancia, y lo recomendó al gobierno de las Provincias Unidas como un buen militar, pero cuidó de colocarse él en primer término.

A los ocho días de su llegada fué reconocido en su grado de teniente coronel, y se le encomendó la organización de un escuadrón de caballería de línea, de que entraron á formar parte sus compañeros de viaje, siendo nombrado Alvear sargento mayor del

nuevo cuerpo y Zapiola capitán. Tal fué el origen del famoso regimiento de Granaderos á caballo que concurrió á todas las grandes batallas de la independencia, dió á la América diez y nueve generales, más de doscientos jefes y oficiales en el transcurso de la revolución, y que después de derramar su sangre y sembrar sus huesos desde el Plata hasta el Pichincha, regresó en esqueleto á sus hogares, trayendo su viejo estandarte bajo el mando de uno de sus últimos soldados ascendido á coronel en el espacio de trece años de campañas.

San Martín no sólo traía por contingente á la revolución su competencia militar: le traía además la experiencia de una grande insurrección, en la que había sido autor. El espectáculo del alzamiento de la España le había revelado el poder de las fuerzas populares en una guerra nacional, como los continuos reveses de las armas españolas en medio de algunos triunfos más gloriosos que fecundos, le enseñaron que en una larga guerra no se triunfa en definitiva sin una sólida organización militar. Había visto á esos mismos ejércitos españoles, siempre derrotados á pesar de su heroísmo, retemplarse en la disciplina inglesa y triunfar con esta nueva fuerza de los primeros soldados de la Europa. Comprendía que la España, una vez desembarazada de la guerra peninsular, enviaría á América sus mejores tropas y sus mejores generales para sojuzgar sus colonias insurrectas.

Con esta experiencia y estas previsiones, estudió fríamente la situación militar, y se penetró de que la guerra que para algunos debía concluir en la primera batalla ganada, apenas empezaba, y que habría que combatir mucho y por muchos años al través de toda la América. Examinando con cuidado el temple de las armas de combate, pudo cerciorarse que la revolución estaba militarmente mal

organizada, que los ejércitos carecían de consistencia, que las operaciones no obedecían á ningún plan, y que no se preparaban los elementos para las grandes empresas que necesariamente habría que acometer; en una palabra, que no existía una organización ni una política militar. Al asumir modestamente el cargo de reformador militar en su esfera, no se constituyó empero en censor, ni se presentó como un proyectista. Sistemáticamente cuidó de no ingerirse en la dirección de la guerra ni apuntar planes de campaña, contrayéndose seriamente á la tarea que se había impuesto, que era fundar una nueva escuela de táctica, de disciplina y de moral militar.

III

El primer escuadrón de Granaderos á caballo fué la escuela rudimental en que se educó una generación de héroes. En este molde se vació un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu, como hizo Cromwell en la revolución de Inglaterra, empezando por un regimiento para crear el tipo de un ejército y el nervio de una situación. Bajo una disciplina austera que no anonadaba la energía individual, y más bien la retemplaba, formó San Martín soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber y les inoculó ese fanatismo frío del coraje que se considera invencible, y es el secreto de vencer. Los medios sencillos y originales de que se valió para alcanzar este resultado, muestran que sabía gobernar con igual pulso y maestría espadas y voluntades.

Su primer conato se dirigió á la formación de oficiales, que debían ser los monitores de la escuela bajo la dirección del maestro. Al núcleo de sus compañeros de viaje fué agregando hombres probados en las guerras de la revolución, prefiriendo

los que se habían elevado por su valor desde la clase de tropa; pero cuidó que no pasaran de tenientes. Al lado de ellos creó un plantel de cadetes, que tomó del seno de las familias espectables de Buenos Aires, arrancándolos casi niños de brazos de sus madres. Era la amalgama del cobre y del estaño que daba por resultado el bronce de los héroes.

Con estos elementos organizó una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando á sus oficiales y cadetes en los secretos de la táctica, á la vez que les enseñaba el manejo de las armas en que era diestrísimo, obligándolos á estudiar y á tener siempre erguida la cabeza ante sus severas lecciones una línea más arriba del horizonte, mientras llegaba el momento de presentarla impávida á las balas enemigas. Para experimentar el temple de nervios de sus oficiales, les tendía con frecuencia acechanzas y sorpresas nocturnas, y los que no resistían á la prueba eran inmediatamente separados del cuerpo, porque "sólo quería tener leones en su regimiento".

Pero no bastaba fundir en bronce á sus oficiales, modelarlos correctamente con arreglo á la ordenanza haciéndoles pasar por la prueba del miedo. Para completar su obra, necesitaba inocularles un nuevo espíritu, templarlos moralmente, exaltando en ellos el sentimiento de la responsabilidad y de la dignidad humana, que como un centinela de vista debía velar día y noche sobre sus acciones. Esto es lo que consiguió por medio de una institución secreta, que bien que peligrosa en condiciones normales ó en manos infieles, produjo sus efectos en aquella ocasión.

Evitando los inconvenientes del espionaje que degrada y los clubs militares que acaban por relajar la disciplina, planteó algo más eficaz y más sen-

cillo. Instituyó una especie de tribunal de vigilancia compuesto de los mismos oficiales, en que ellos mismos debían ser los celadores, los fiscales y los jueces, pronunciar las sentencias y hacerlas efectivas por la espada, autorizando por excepción el duelo para hacerse justicia en los casos de honor.

En el primer domingo de cada mes se reunía en sesión secreta el consejo de oficiales bajo su presidencia, dirigiéndoles un discurso sobre la importancia de la institución y la obligación en que todos estaban de no permitir en su seno á ningún miembro indigno de la corporación. En una pieza inmediata y sola estaban preparadas sobre una mesa tarjetas en blanco, en que cada oficial escribía lo que hubiese notado respecto de la mala comportación de algún compañero. En seguida, el sargento mayor recibía las cédulas dobladas en su sombrero, que eran escrutadas por el jefe. Si entre ellas se encontraba alguna acusación, se hacía salir al acusado y se exhibía la papeleta, sobre la cual se abría discusión. Nombrábase acto continuo una comisión investigadora, que daba cuenta del resultado en una próxima sesión extraordinaria. Abierta nuevamente la discusión, cada oficial daba su dictamen por escrito, y la votación secreta decidía si el acusado era ó no digno de pertenecer al cuerpo. En el primer caso, el cuerpo de oficiales, por el órgano de su presidente le daba en presencia de todos una satisfacción cumplida. En el segundo, se nombraba una comisión de oficiales para intimarle pidiese su separación absoluta; prohibiéndole usar en público el uniforme del regimiento, bajo la amenaza que si contrariase esta orden le sería arrancado á estocadas por el primer oficial que le encontrara.

Este tribunal tenía un código conciso y severo, que determinaba los delitos punibles, desde el hecho

de agachar la cabeza en acción de guerra y no aceptar un duelo justo ó injusto, hasta el de poner las manos á una mujer aun siendo insultado por ella, y comprendía todos los casos de mala conducta personal.

En cuanto á los soldados, los elegía vigorosos, excluyendo todo hombre de baja talla. Los sujetaba con energía paternal á una disciplina minuciosa, que los convertía en máquinas de obediencia. Los armaba con el sable largo de los coraceros franceses de Napoleón, cuyo filo había probado en sí, y que él mismo les enseñaba á manejar, haciéndoles entender que con esa arma en la mano partirían como una sandía la cabeza del primer "godo" que se les pusiera por delante, lección que practicaron al pie de la letra en el primer combate en que la ensayaron. Por último, daba á cada soldado un nombre de guerra, por el cual únicamente debía responder y así les daba el ser, les inoculaba su espíritu y los bautizaba.

Sucesivamente fueron creándose otros escuadrones según este modelo, y el día que formaron un regimiento, el gobierno envió á San Martín el despacho de coronel con estas palabras: "Acompaña á V. S. el gobierno el despacho de coronel del regimiento de Granaderos á caballo. La superioridad espera que continuando V. S. con el mismo celo y dedicación que hasta aquí, presentará á la patria un cuerpo capaz por sí sólo de asegurar la libertad de sus conciudadanos".

En este intervalo, había tomado por esposa á doña María de los Remedios Escalada, joven bella, perteneciente á una de las más distinguidas familias del país, en señal de que constituía para siempre su hogar en la tierra de su nacimiento. Pero él no debía tener en adelante más hogar que la tienda del soldado, ni más familia que la militar, ni más

compañera que la soledad, hasta que el único fruto de esa unión le cerrase por siempre los ojos en remotas playas!

IV

Al mismo tiempo que el coronel de Granaderos aplicaba la táctica y la disciplina á la milicia, se ocupaba en hacerla extensiva á la política, para dar organización en uno y otro terreno á las fuerzas morales y materiales con que se debía combatir y vencer, teniendo en ambos por objetivo la independencia americana.

No era San Martín un político en el sentido técnico de la palabra, ni pretendió nunca serlo. Como hombre de acción con propósitos fijos, con vistas claras y con voluntad deliberada, sus medios se adaptaban siempre á un fin tangible, y sus principios políticos, sus ideas propias y hasta su criterio moral se subordinaban al éxito inmediato, que era la independencia, sin dejar por esto de tener presente un ideal más lejano, que era por entonces la libertad en la república.

Con su natural perspicacia y su natural buen sentido, había visto claramente que la revolución estaba tan mal organizada en lo militar como en lo político, que carecía de plan, de medios eficaces de acción y hasta de propósitos netamente formulados. Así es que, guardando una prudente reserva sobre los asuntos de gobierno, no excusaba expresarse con franqueza sobre aquel punto en las tertulias políticas de la época, diciendo: "Hasta hoy, las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera y sin principios declarados que expliquen el origen y tendencias de la insurrección: preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan y respeten".

Con estas ideas y propósitos no había vacilado en

decidirse desde luego, por los que reclamaban las medidas más adelantadas en el sentido de la independencia y de la libertad, aceptando de lleno la convocatoria de un Congreso Constituyente. Consideraba, sin embargo, imprudente, fiar al acaso de las fluctuaciones populares deliberaciones que debían decidir de los destinos, no sólo del país, sino también de la América en general. Aun sin sospechar las fuerzas explosivas que la revolución encerraba en su seno, pensaba que era necesario organizar los partidos militantes y disciplinar las fuerzas políticas para dar unidad y dirección al movimiento revolucionario. Un núcleo poderoso de voluntades, una organización metódica de todas las fuerzas políticas, que obedeciese á un mecanismo y una dirección inteligente y superior, que dominase colectivamente las evoluciones populares y las grandes medidas de los gobiernos, preparando sucesivamente entre pocos lo que debía aparecer en público como el resultado de la voluntad de todos, tal fué el plan que San Martín concibió y llevó á cabo por medio de la organización de una institución secreta, ayudado eficazmente por su compañero Alvear, que tomó en esta obra la parte más activa.

De esta concepción sencilla deducida de la táctica y de la disciplina, y calcada sobre el plan de las sociedades secretas de Cádiz y de Londres de que ya hemos hablado, nació la organización de la célebre asociación, conocida en la historia bajo la denominación de Logia de Lautaro, que tan misteriosa influencia ha ejercido en los destinos de la revolución.

La Logia de Lautaro se estableció en Buenos Aires á mediados de 1812, sobre la base ostensible de las logias masónicas reorganizadas, reclutándose en todos los partidos políticos, y principalmente en el que dominaba la situación. La asociación tenía

varios grados de iniciación y dos mecanismos excéntricos que se correspondían. En el primero, los neófitos eran iniciados bajo el ritual de las logias masónicas que desde antes de la revolución se habían introducido en Buenos Aires y que existían desorganizadas á la llegada de San Martín y de Alvear. Los grados siguientes eran de iniciación política en los propósitos generales. Detrás de esta decoración que velaba el gran motor oculto, estaba la Logia matriz, desconocida aún para los iniciados en los primeros grados y en la cual residía la potestad suprema.

El objeto declarado de la logia era "trabajar con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia". Sus miembros debían necesariamente ser americanos "distinguidos por la liberalidad de las ideas y por el fervor de su celo patriótico". Según su constitución, cuando alguno de los hermanos fuese elegido para el supremo gobierno del Estado, no podría tomar por sí resoluciones graves sin consulta de la logia, salvo las deliberaciones del despacho ordinario. Con sujeción á esta regla, el gobierno desempeñado por un hermano, no podía nombrar por sí enviados diplomáticos, generales en jefe, gobernadores de provincia, jueces superiores, altos funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares, ni castigar por su sola autoridad á ningún hermano. Como comentario de esta disposición, se establecía la siguiente regla de moral pública: "Partiendo del principio que la logia, para consultar los primeros empleos, ha de pesar y estimar la opinión pública, los hermanos como que están próximos á ocuparlos, deberán trabajar en adquirirla". Era ley de la asociación auxiliarse mutuamente en todos los conflictos de la vida civil, sostener á riesgo de la vida las determinacio-

nes de la logia, y darle cuenta de todo lo que pudiera influir en la opinión ó seguridad pública. La revelación del secreto "de la existencia de la logia por palabras ó por señales" tenía "pena de muerte por los medios que se hallase por conveniente". Esta conminación, reminiscencia de los misterios del templo de Isis y copiada de las constituciones de la Logia matriz de Miranda, sólo tenía un alcance moral. Por una adición á la Constitución se disponía, que cuando alguno de los hermanos de la Logia matriz fuese nombrado general del ejército ó gobernador de provincia, tuviese facultad para crear una sociedad dependiente de ella compuesta de menor número de miembros.

Los logistas no consiguieron desde luego refundir en su seno el personal del gobierno, que era una de las condiciones indispensables para extender su influencia y establecer su predominio. El Triunvirato no podía hacerlo sin abdicar, y el genio sistemático de don Bernardino Rivadavia que le daba nervio, fué el obstáculo con que tropezó en este sentido. No obstante esto, su influencia se ramificó en toda la sociedad, y los hombres más conspicuos de la revolución por su talento, por sus servicios ó su carácter se afiliaron á ella. Los clubs y las tertulias políticas donde hasta entonces se había elaborado la opinión por la discusión pública ó las influencias de círculo, se refundieron en su seno por una atracción poderosa. Uno de los más ardientes promotores de las asociaciones públicas, el doctor Bernardo Monteagudo, tribuno inteligente, de pluma y de palabra, se constituyó en activo agente de la logia, llevándole el concurso de la juventud que acaudillaba.

San Martín, en vista de este resultado, creyó haber encontrado el punto de apoyo que necesitaba la política. Alvear, con su talento de intriga y su

ambición impaciente, se lisonjeó con la esperanza de tener bajo su mano el instrumento poderoso que necesitaba para elevarse con rapidez. Desde entonces la influencia misteriosa de la logia empezó á extenderse por todo el país, haciendo presentir un cambio inmediato en su situación política.

V

Se ha exagerado mucho en bien y en mal la influencia latente de la Logia lautarina en los destinos de la revolución. Se ha supuesto una acción continua y eficiente sobre los acontecimientos contemporáneos que carece de fundamento histórico, y que las intermitencias de la revolución contradicen. En un sentido ó en otro, se le ha atribuído la maternidad de hechos que estaban en el orden natural de las cosas, y que con ella ó sin ella se habrían producido igualmente. Se la ha hecho responsable de ejecuciones sangrientas ó de crímenes aislados, que tienen su explicación y aun su justificación en otros móviles y otras necesidades, convirtiéndola así en un conciliábulo tenebroso de asesinos políticos Acusada de abrigar planes liberticidas y reaccionarios, se la ha cargado como al cabro emisario con todos los horrores y extravíos de su época, que no tuvieron ni pudieron tener su origen en la institución misma. Juzgada, por último, de un punto de vista distinto de aquel en que sus autores se colocaron y sus contemporáneos la vieron, ha sido condenada sin equidad, y aun sin compulsar las piezas del proceso. La historia ha empezado á descorrer el velo obscuro de los tiempos que por tantos años la ha ocultado á los ojos de la posteridad, y su fallo definitivo y justiciero aun no ha sido pronunciado con perfecto conocimiento de causa.

La Logia de Lautaro no fué (como su mismo nombre lo indica) una máquina de gobierno ni de propaganda especulativa: fué una máquina de revolución y de guerra indígena contra el enemigo común, á la vez que de defensa contra los peligros interiores. En este sentido contribuyó eficazmente á dar tono y rumbo fijo á la revolución; á centralizar y dirigir las fuerzas gubernamentales, dando unidad y regularidad á las evoluciones políticas que promovió y presidió, y vigoroso impulso á las operaciones militares con sujeción á un plan preconcebido, para imprimir mayor energía en los conflictos, para suplir en muchos casos la deficiencia de los hombres y corregir hasta cierto punto los extravíos de una opinión fluctuante, inspirando en momentos supremos medidas salvadoras, que la revolución ha revindicado como glorias suyas.

Mala en sí misma como mecanismo gubernativo, corruptora como influencia administrativa, contraria al individualismo humano que anonadaba por una disciplina ciega, inadecuada y aun contraria al desarrollo libre y espontáneo de una revolución social, no puede desconocerse, empero, que fué concebida bajo la inspiración del interés general, que no contrarió las tendencias de la revolución, que aceleró muchas de sus grandes reformas democráticas y que bajo sus auspicios se inauguró la primera Asamblea que proclamó la soberanía popular dándole forma visible. En la política exterior, á ella se debe el espíritu de propaganda americana de que se penetró la revolución, y en especial el mantenimiento de la gran alianza argentino-chilena que dió la independencia á medio continente, unificando la política y mancomunando los esfuerzos y sacrificios de ambos pueblos en la magnánima empresa.

Institución peligrosa en el orden político por el

sigilo de sus deliberaciones, por lo irresponsable de su poder colectivo, por la solidaridad que establecía entre sus miembros así para lo bueno como para lo malo en los actos de la vida pública, los vicios y deficiencias de su organización se pusieron de manifiesto cuando la ambición personal quiso hacerla servir de instrumento á sus fines rompiéndose en sus manos, ó cuando los que con más fidelidad observaron su regla fueron víctimas de ella, para disolverse en uno y otro caso, ya con la caída del ambicioso, ya con el sacrificio del adepto.

Juzgando imparcialmente la Logia de Lautaro, puede decirse:—que condenable en tesis general aun como institución revolucionaria en un pueblo democrático,—produjo en su origen bastantes bienes y algunos males, que inclinan la balanza en su favor. Como motor político no desvió la revolución de su curso natural, y como poder colectivo sólo sirvió por accidente á ambiciones bastardas, que tuvieron su correctivo en la opinión. Como núcleo de voluntades unidas por un propósito, fué el invisible punto de apoyo de las fuerzas salvadoras de la sociedad en momentos de desquicio. Ni histórica ni racionalmente puede hacérsela responsable de hechos que reconocen otras causas visibles, y que se desenvolvieron lógicamente bajo otros auspicios. Y en cuanto al uso que hizo de su poder, debe agregarse, que á pesar de ser irresponsable, sin el control siquiera de la publicidad, no se deshonró con los excesos á que con frecuencia se entregan los partidos militantes cuando imperan en el gobierno. Puede decirse, en fin, que tal como fué, con todo el poder que tuvo y toda la influencia que ejercía en momentos dados, la acción limitada de la Logia de Lautaro es una prueba irrefutable de que la revolución argentina fué impulsada por otras fuerzas más eficientes, y que obedeció á las

leyes generales que no estaba en manos de sus directores ni servir en todo, ni contrariar en parte.

La ambición egoísta de Alvear pretendiendo hacer servir la institución á su engrandecimiento personal. y San Martín estoicamente fiel á su propia regla disciplinaria (como se verá después), quedará como una doble lección, á que la historia pondrá su severo comentario.

VI

Mientras San Martín preparaba la victoria disciplinando sus Granaderos á caballo, y la logia disciplinaba á los políticos para preparar un cambio de situación, las nubes amenazadoras que obscurecían el horizonte de la revolución, se habían disipado por una parte, y se condensaban precisamente allí donde el peligro era más inminente.

El ejército portugués acordonado sobre la margen izquierda del Uruguay, había convenido en retirarse á sus fronteras á consecuencia de un armisticio celebrado (el 26 de Mayo de 1812), por la interposición de la diplomacia inglesa entre las Provincias Unidas y la Corte de Río de Janeiro. La bandera española aun flameaba sobre los muros de Montevideo; pero el camino para atacarlo estaba franqueado, y un fuerte ejército patriota reconcentrado sobre la margen derecha del Uruguay esperaba la ocasión.

La situación interior se había consolidado, retemplándose el espíritu público, por el descubrimiento de una vasta conjuración de españoles europeos conocida con el nombre histórico de Alzaga, que hubo de estallar el 5 de Julio de acuerdo con la plaza de Montevideo y la escuadra española surta en su puerto, debiendo ser apoyada por el ejército

portugués (que aun no se había retirado á la espera de este suceso). Su objeto era restaurar el poder español sofocando la revolución en el centro mismo de su poder. El Triunvirato fué implacable en el castigo ejemplar de los conjurados, y la base de operaciones de la revolución quedó sólidamente asegurada.

Por el norte la situación era otra. Sojuzgado completamente el Alto Perú, el ejército realista en combinación con el ejército portugués del Uruguay, avanzaba fuerte y triunfante al corazón de las Provincias Unidas, habiendo penetrado ya hasta el Tucumán. Las miserables reliquias del ejército argentino escapadas al desastre del Desaguadero, retrocedían bajo las órdenes del general Belgrano, sin la esperanza siquiera de combatir. En tal situación se esperaba de un momento á otro, ó bien la completa derrota de los patriotas ó bien su retirada hasta Córdoba, si es que ésta era posible. En ambos casos la revolución argentina, ó quedaba herida de muerte en una batalla, ó se circunscribía á los estrechos límites de una provincia para sucumbir más tarde por inanición.

En este momento supremo, el general Belgrano, aconsejándose únicamente de su grande corazón, resolvióse á hacer pie firme en las inmediaciones de la ciudad de Tucumán, después de una gloriosa retirada de ochenta leguas. Desobedeciendo las repetidas y terminantes órdenes del gobierno que le prevenían retirarse á todo trance hasta Córdoba, esperó al enemigo con la mitad menos de fuerza, y lo batió completamente el 24 de Septiembre de 1812, quitándole banderas y cañones, y salvó así la situación más angustiosa por que haya pasado jamás la revolución argentina. Este grande é inesperado acontecimiento tuvo su repercusión inmediata en la política interna, según se verá después.

VII

Simultáneamente con el desarrollo de estos sucesos, el círculo de acción del Triunvirato se estrechaba gradualmente. Poder nacido de una delegación de delegados que habían desconocido su mandato, y cuyo primer acto fué la disolución de la Asamblea que le dió vida, el Triunvirato, en virtud de la regla que se había dado á sí mismo, convocó en la época debida la Asamblea eventual y supletoria de que se ha hecho mención, determinando á la vez un método de elección, circunscripto en realidad al recinto de la capital. Esta Asamblea enfermiza, sin raíces ni autoridad moral, después de llenar el cometido de designar el sucesor de uno de los triunviros que debía cesar, renovó el escándalo de atribuirse á sí misma la alta representación de las Provincias Unidas, y como la anterior, se declaró suprema. El gobierno la disolvió del mismo modo, destruyendo así la propia base que se diera y despojóse en el hecho de su razón de ser legal.

Pero no eran estas consideraciones principalmente teóricas, las que minaban el poder del Triunvirato. La razón pública se había adelantado al gobierno, y no podía satisfacerse con vanos simulacros del sistema representativo, que en definitiva no producían sino conflictos. El espíritu nacional había hecho progresos y no cabía ya en los estrechos límites del municipio. Los poderes públicos vaciados en moldes viejos y viciados, no respondían ya ni en sus formas á las necesidades de la vida nueva. La revolución había llegado á uno de esos períodos de transformación en que, el gobierno no era sino la forma externa de un organismo en vía de crecimiento, de que debía despojarse como de una en-

voltura inerte. La revolución, obedeciendo á su ley de desarrollo y guiada por el instinto de la conservación, aspiraba á inocularse las fuerzas vivas de la sociedad, que yacían en inacción. La fórmula práctica de esta aspiración era la reunión inmediata de un Congreso Nacional popularmente elegido, que definiese la situación, constituyera por decirlo así la revolución, diese ser á la nación y razón de ser al gobierno, satisfaciendo el anhelo de independencia y libertad que estaba en todas las conciencias.

El gobierno compuesto de nobles caracteres y de inteligencias de primer orden, estaba empero más abajo del nivel de la opinión ilustrada. Poseído de esa ilusión, que es tan común á los poderes que identifican su existencia y sus planes á la existencia misma de la sociedad ó á la suerte de una causa, contrariaba de buena fe y con sana intención patriótica este movimiento democrático. Sin darse cuenta de que era una dictadura sin dictador, sin más ley que el arbitrario, sin más fuerza moral ni material que la que le daba una opinión local, el gobierno, á la vez que contrariaba las fuerzas en que debía buscar su apoyo, exponía al partido que representaba á caer envuelto en sus ruinas, como se vió muy luego.

Agréguese á todo esto, que la desconfianza había penetrado al seno del mismo Triunvirato, como sucede á todo gobierno colegiado que vive fuera de la atmósfera sana de la opinión. Había sido nombrado vocal y ejercía la presidencia en turno del Triunvirato, don Juan Martín Pueyrredón, personaje de ambición flotante, á quien veremos aparecer después en escena más vasta, y será entonces la ocasión de diseñar. Aunque perteneciera al partido en que se apoyaba el gobierno, manifestó muy luego tendencias á inclinarse á la facción caída y coinci-

dió su presidencia con la reunión de una nueva Asamblea convocada por el Triunvirato sobre base un poco más popular que las anteriores. Dando al fin satisfacción á la opinión, el gobierno había declarado, que el objeto de esta nueva Asamblea eventual (basada siempre en la preponderancia comunal de Buenos Aires) tenía por objeto "un plan de elección bajo los principios de una perfecta igualdad, á fin de acelerar la reunión del Congreso General de las Provincias Unidas, para que formada y sancionada la Constitución del Estado, señalase la ley al gobierno los límites de su poder, á los magistrados la regla de su autoridad, á los funcionarios públicos las barreras de sus facultades, y al pueblo americano la extensión de sus derechos y la naturaleza de sus obligaciones". No se podía formular con más claridad las necesidades de la época, á la vez que se retardaba indefinidamente su satisfacción, prolongando un provisoriato indefinido.

La nueva Asamblea se presentó con un carácter reaccionario. Reunida en los primeros días de Octubre, sancionó y decidió la exclusión de tres diputados de las provincias, con el objeto de crear una mayoría que diese preponderancia en ella á la facción caída, y preparóse así á nombrar un triunviro que unido á Pueyrredón le aseguraba la mayoría en las dos grandes ramas del gobierno. Desde este momento la evolución política que venía preparándose pacíficamente en el orden natural de las cosas, se convirtió en una necesidad imperiosa del partido dominante, que tenía de su parte la fuerza y la opinión.

VIII

La noticia de la batalla de Tucumán llegó á Buenos Aires el 5 de Octubre. Esta fué la ocasión que determinó el estallido. El día 6 reunióse la Asamblea y procedió á nombrar el triunviro que debía reemplazar á uno de los miembros salientes del gobierno, que con arreglo al estatuto se renovaban parcialmente cada seis meses. La elección recayó en una persona conocidamente adherida al partido caído, atribuyéndose á la recomendación del mismo gobierno este resultado. El descontento general se manifestó públicamente contra la Asamblea y el Triunvirato, envolviendo á ambos en una común condenación. Se acusaba á la primera de ser viciosa en su origen y organización, y de obedecer á las gestiones de un complot reaccionario. Considerábase el segundo como rémora de una situación que era impotente para regularizar y aun para mantener con firmeza. Al mismo tiempo se explotaba el abandono del ejército del general Belgrano, que á pesar de todo había triunfado contrariando las órdenes del gobierno. No contando la Asamblea con fuerza moral ni material para sostener su imprudente reto á la opinión, y divorciado el Poder Ejecutivo del poderoso partido político que le daba tono, el cambio de situación era un hecho, aun antes de que se consumara.

La Logia de Lautaro, que era en aquellos momentos el verdadero gobierno y el árbitro de la situación, no hizo sino dar forma y dirección al movimiento. Contando con el apoyo de la opinión y con el concurso de la fuerza armada, en su seno se tomaron todas las resoluciones que debían preceder

á la acción. El alma de estos trabajos preparatorios era Monteagudo: San Martín con sus Granaderos á caballo el punto de apoyo: Alvear era el intermediario entre los hombres de pensamiento y los hombres de acción.

Hasta entonces el tipo clásico de toda revolución, era el de la del 25 de Mayo de 1810: el pueblo peticionando ante el Cabildo en la plaza pública, foro del municipio de Buenos Aires, y las tropas en los cuarteles apoyando el movimiento. La revolución—que tal puede llamarse—de la incorporación de los diputados de las provincias al Poder Ejecutivo, se consumó con una intriga obscura en el secreto mismo del gobierno, sin ningún aparato escénico. La revolución anónima conocida en la historia por las fechas nefastas del 5 y 6 de Abril (1811) hizo intervenir el elemento popular de los suburbios—el agro del municipio,—como vanguardia de las tropas que se presentaron armadas en la plaza pública á imponer sus voluntades. Estos movimientos faciosos sin plan político y sin alcance, tuvieron de singular que fueron renegados y condenados por sus mismos autores. Tal fué su esterilidad.

El movimiento que se preparaba tenía un carácter más definido y propósitos más fundamentales: era una verdadera evolución deliberada, en el sentido de dar impulso y desarrallo á la revolución de Mayo, inoculándole las fuerzas vivas de la sociedad, para cerrar el período de lo provisional y lo arbitrario. Convencidos los hombres que lo dirigían que nada debía dejarse al acaso y que todo debía subordinarse á una vigorosa disciplina, trazaron un plan de operaciones, se distribuyeron los papeles que debían representar el pueblo, las corporaciones y las tropas; se designaron las personas que compondrían el nuevo gobierno, y hasta se bosquejó

con precisión el programa de la futura política, así como las peticiones y manifiestos que se redactaron de antemano por la acelerada pluma de Monteagudo.

El 7, á las once y media de la noche, empezaron á entrar las tropas de la guarnición á la plaza de la Victoria y á tomar posiciones frente á la casa del Cabildo, con el objeto de apoyar la actitud del pueblo que había sido convocado para deliberar sobre sus destinos. A la cabeza del regimiento de Granaderos á caballo con sus sables envainados, estaban San Martín y Alvear, siguiéndole el coronel Ortiz Ocampo con el regimiento núm. 2 y el comandante Pinto con la artillería. Su actitud fué pasiva. Al rayar el día 8 de Octubre empezó á congregarse el pueblo al llamado de la campana municipal. Pocos momentos después, más de trescientas personas, entre las cuales se notaban á los principales miembros de las órdenes religiosas, ocuparon las galerías de la Casa Consistorial, y elevaron al Cabildo una petición revestida con más de 300 firmas de notables, solicitando "bajo la protección de las legiones armadas, la suspensión de la Asamblea, y la cesación de los miembros del Triunvirato, para que, reasumiendo el Cabildo la autoridad que el pueblo le había delegado el 22 de Mayo de 1810, se crease inmediatamente un nuevo Poder Ejecutivo, con la precisa condición de convocar una Asamblea verdaderamente nacional, que fijase la suerte de las Provincias Unidas, jurando no abandonar su puesto hasta ver cumplidos sus votos". El Cabildo accedió á todo, declarando por bando: Que la asamblea que se convocase sería suprema, con toda la extensión de poderes que los pueblos le confirieran, á fin de dictar una Constitución, y nombró para ejercer el Poder Ejecutivo á don Juan José Passo, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Alvarez Jonte,

dándose por regla el estatuto provisional, todo lo cual fué sometido á la sanción popular, que le prestó su adquiescencia por aclamación.

Esta revolución, municipal en su forma, fué como la de 25 de Mayo esencialmente nacional y democrática en su tendencia. En ella se formuló prácticamente el principio de la soberanía del pueblo en la exigencia de la convocatoria de un Congreso general; se rompió con las tradiciones del viejo derecho municipal que daba la supremacía á la capital, estableciendo así la perfecta igualdad de representación y derechos, y se dió el primer paso atrevido en el sentido de preparar la independencia y de formular la Constitución de las Provincias Unidas. Los resultados correspondieron en gran parte á las esperanzas.

Esta fué la primera vez que se vió á San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno. Encaminada la revolución y establecida la disciplina de la logia creada por él, se alejó para siempre de los partidos militantes en la política doméstica, consagrándose exclusivamente á la realización de sus planes militares contra el enemigo común.

IX

El nuevo Triunvirato inauguró sus tareas señalando con fijeza los rumbos políticos de la revolución y dió un vigoroso impulso á la organización militar. En un manifiesto dirigido inmediatamente al pueblo, explicando los motivos y los objetos de cambio, le decía: que lo indefinido del sistema que regía á las Provincias Unidas, no podía justificarse absolutamente, ni por las dificultades de la em-

presa, ni por los peligros de la situación, y que era necesario fijarlo. Quince días después de su instalación, expedía un reglamento de elecciones ampliando la base del sufragio libre, "para que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata (son sus palabras), abriendo el libro de sus eternos derechos por medio de libres y legítimos representantes, vote y decrete la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones".

Bajo los auspicios de esta declaración solemne, manifestábase que el prolongado cautiverio del monarca español había hecho desaparecer sus últimos derechos con los postreros deberes; que era indispensable iniciar una reforma general para mejorar el antiguo régimen; que no debía temerse interrogar por primera vez la voluntad de todos los pueblos, y condenando á todas las anteriores Asambleas como la "emanación de elecciones viciosas, exclusiones violentas y suplencias ilegales", convocó solemnemente la anhelada Asamblea Nacional, reconociendo de antemano en ella al representante de la soberanía popular, y le asignó el carácter de constituyente. El resorte militar se retempló. El ejército vencedor en Tucumán fué reforzado en su personal y provisto de los elementos necesarios para emprender operaciones ofensivas. El ejército destinado á la Banda Oriental marchó decididamente á poner sitio á Montevideo.

Así, en el espacio de los siete meses transcurridos después de la llegada de San Martín á Buenos Aires, todo había cambiado. El gobierno consolidado, la política definida, el espíritu público levantado, y la revolución desplegando la bandera de la independencia que tomaba atrevidamente la ofensiva con dos ejércitos poderosos: tal era el cuadro general de la situación antes de terminar el año XII.

X

No obstante estas ventajas, la situación militar era precaria y peligrosa. Todo dependía del éxito de una batalla ó de una expedición mal combinada. Las Provincias Unidas tenían metidas dentro de sus propias carnes dos cuñas de acero: Montevideo sobre la margen oriental del Río de la Plata, á un día de camino de Buenos Aires, y Salta en su frontera del norte.

Montevideo, plaza fuerte de segundo orden, coronada por 175 cañones en batería—contando con un total de 335 piezas,—guarnecida por más de 3000 hombres de tropas veteranas y como 2000 de milicias, contaba con elementos poderosos de resistencia. Punto sólido de apoyo para una reacción y base natural de toda expedición que pudiese venir de la Península, Montevideo era además un peligro para las relaciones con la Corte del Brasil, que de un momento á otro podía intervenir en la contienda del Río de la Plata, como ya lo había hecho anteriormente. Agréguese á esto, que la plaza de Montevideo, inexpugnable militarmente para el ejército que la sitiaba, tenía el apoyo de una escuadra poderosa de 14 buques de guerra con 210 piezas de artillería y una escuadrilla sutil, mandada por marinos valientes y experimentados, que le aseguraban el dominio de las aguas del Plata y de los ríos superiores, mientras las Provincias Unidas no tenían ni un solo lanchón armado.

El ejército realista vecido en Tucumán, se había atrincherado en Salta. Contando con el apoyo de otro ejército en el Alto Perú y con los recursos del Bajo Perú, era reforzado en la misma proporción del ejército de Belgrano, de manera que ambos se

halagaban á la vez con la idea de tomar la ofensiva, debiendo ser los resultados de una derrota más desastrosa para los patriotas que para los realistas.

En tal situación, los objetivos inmediatos eran Montevideo y Salta. Era necesario tomar á Montevideo á todo trance; desalojar al enemigo de Salta venciéndolo. Los planes militares y las disposiciones gubernativas tenían en vista estos dos grandes resultados, y los ejércitos de que hemos hecho mención antes, respondían á ellos. En consecuencia, todos los esfuerzos y todos los recursos se concentraron sobre estos dos puntos. La posición de Montevideo era la consolidación de la base política y militar de la revolución, y la expulsión de los enemigos de Salta era la expansión de ella hasta el Desaguadero, buscando el camino para herir el poder español en su propio centro, que era Lima.

Sea con el objeto de transmitir esta conciencia al pueblo á fin de comprometerlo en los grandes esfuerzos, sea que tal modo de proceder fuese un rasgo característico de la época, el gobierno convocó una junta de militares—entre ellos San Martín,—y de vecinos notables, para que, asociada al Cabildo le aconsejasen el plan de campaña que debía seguir. La Junta fué de opinión que el general Belgrano, con la fuerza que reuniese después de ser reforzado, atacara al enemigo en Salta y lo venciese, marchando en seguida hasta el Desaguadero, y que el sitio de Montevideo se estrechase hasta rendirlo á todo trance. Esta resolución, aunque aconsejada por quien no tenía competencia, era digna de un pueblo viril, y los encargados de ejecutarla mostraron que estaban á la altura de la situación.

CAPITUO IV

San Lorenzo.

1813-1814

Dos victorias.—Batalla del Cerrito.—Reunión de la Asamblea Constituyente. — Sus grandes reformas. — Nueva situación militar.—Los marinos de Montevideo.—La guerra fluvial.—Preludios desconocidos del combate de San Lorenzo. — San Lorenzo según nuevos documentos. — El paraguayo Bogado.—Batalla de Salta.—La logia y los progresos de la revolución.—Situación respectiva de San Martín y Alvear.—Derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.—Reseña de los generales argentinos en 1813.—Marcha de San Martín en auxilio de Belgrano.—El abrazo de Yatasto.—Correspondencia entre San Martín y Belgrano.—San Martín toma el mando del ejército del norte.—Estimación recíproca de dos grandes hombres.—Concentración del Poder Ejecutivo Nacional.—Una cruz y un ejército caído.

I

El último día del año XII y los primeros días del año XIII fueron señalados por dos victorias memorables, la una militar y la otra política.

El 31 de Diciembre de 1812, la vanguardia del ejército sitiador de Montevideo á las órdenes del coronel don José Rondeau, batió completamente al frente de sus murallas una columna española que había salido de la plaza con el objeto de hacer levantar el sitio, quedando éste sólidamente esta-

blecido bajo los auspicios de la victoria. El 31 de Enero de 1813 se reunió en Buenos Aires la Asamblea General Constituyente, convocada por el nuevo gobierno, reasumiendo en sí "la representación y el ejercicio de la soberanía popular". Esta Asamblea, aunque libremente elegida, componíase en su mayor parte de miembros de la Logia de Lautaro, que obedecían á un sistema y á una consigna. Con este núcleo de voluntades disciplinadas, no era de temerse la anarquía de opiniones que había esterilizado las anteriores asambleas, aunque podía preverse que degeneraría más tarde en una camarilla. Por el momento la idea revolucionaria era la que prevalecía en ella, sin ninguna mezcla de ambición bastarda.

La Asamblea, como un cuerpo homogéneo, maniobrando con regularidad bajo una dirección invisible y penetrada del espíritu público que daba vida á sus leyes, formuló las voluntades y las aspiraciones de la universalidad del pueblo, cuya soberanía representaba y ejercía. Ante ella se eclipsó la soberanía del rey de España, cuyo nombre desapareció por siempre de los documentos públicos. Los escudos de armas españoles fueron derribados, abolidos los títulos de nobleza, la inquisición y el tormento. La efigie de los antiguos monarcas fué borrada en la manera circulante y substituída por el sello de las Provincias Unidas, con el sol flamígero por símbolo y el gorro frigio de los libertos, orlado por el laurel de los vencedores. Los colores de la bandera española fueron reemplazados por los de la escarapela patriota inventada por los revolucionarios de Mayo, y se rompió el último vínculo con la metrópoli declarando soberana la justicia nacional. Todo fué reformado, hasta las preces del sacerdote al pie de los altares, hasta los cantos populares que en estrofas inspiradas saludaba la

aparición de "una nueva y gloriosa nación, con un león rendido á sus plantas". Así se inauguró la soberanía del pueblo argentino, estableciendo de hecho y de derecho la independencia y la república, á la que sólo faltó por entonces la solemne declaratoria ante el mundo.

Los ejércitos en campaña juraron obediencia á la nueva Asamblea y desplegaron por inspiración propia una nueva bandera, marchando resueltamente en busca de los ejércitos españoles fortificados en Montevideo y atrincherados en Salta. La revolución tomaba de nuevo la ofensiva: un soplo poderoso de popularidad agitaba sus flamantes banderas. Todo presagiaba que la situación militar del año XII iba á cambiar, como había cambiado su situación política.

II

Sólo en las aguas no se dilataba el espíritu de la revolución. El poder marítimo de la España en América parecía invencible. Sus naves de guerra desmanteladas en Europa, dominaban ambos mares desde las Californias en el Pacífico hasta el golfo de México en el Atlántico. El Río de la Plata y sus afluentes reconocían por únicos señores á los marinos de Montevideo, que mantenían en jaque perpetuo todo el litoral argentino. Un día bombardeaban la capital de Buenos Aires, otro día derramaban el espanto en todo el río Uruguay, ó asolaban las poblaciones indefensas del Paraná, practicando frecuentes desembarcos en las costas de que se enseñoreaban, aunque momentáneamente. El gobierno de la revolución, para contrarrestar estas hostilidades, había levantado baterías frente al Rosario y en Punta Gorda; pero mientras los marinos españoles se preparaban á derribar estos obs-

táculos, el río Paraná en el espacio de 400 kilómetros continuaba siendo el teatro de sus continuas depredaciones.

En Octubre de 1812 fueron cañoneados, asaltados y saqueados por los marinos de Montevideo, los pueblos de San Nicolás y San Pedro, sobre la margen occidental del Paraná. Alentados por el éxito de estas empresas, resolvieron darles extensión, sistemándolas como medio de hostilidad permanente, con lo cual se proponían llamar la atención de los patriotas para que no reforzasen el sitio de Montevideo, á la vez que proveer de víveres frescos á la plaza que ya empezaba á carecer de ellos. Al efecto, organizóse sigilosamente una escuadrilla sutil compuesta en su mayor parte de corsarios, tripulada por gente de desembarco, con el plan de remontar aquel río, destruir las mal guardadas baterías del Rosario y Punta Gorda (hoy Punta del Diamante), y subir en seguida hasta el Paraguay, apresando en su trayecto los buques de cabotaje que se ocupaban en el tráfico comercial con aquella provincia. Confióse la dirección del convoy al corsista don Rafael Ruiz, y el mando de la tropa de desembarco al capitán don Juan Antonio Zabala, vizcaíno testarudo de rubia cabellera, que á una estatura colosal reunía un valor probado.

En Enero llegaron estas noticias al conocimiento del gobierno de Buenos Aires. En consecuencia de ellas, mandó desarmar las baterías del Rosario por consejo de su Junta de guerra, con aprobación del mismo ingeniero que las había levantado, por no considerar conveniente su defensa. Al mismo tiempo dispuso se reforzasen las baterías de Punta Gorda, artilladas con 15 bocas de fuego y guarnecidas por más de 480 hombres. Como complemento de estas medidas ordenó al coronel de Granaderos á caballo (previo acuerdo con él), que con una

parte de su regimiento protegiese las costas occidentales del Paraná desde Zárate hasta Santa Fe.

La alarma cundía mientras tanto á lo largo del litoral de los ríos superiores, y sus despavoridos habitantes esperaban de un momento á otro ver reducidos á cenizas sus indefensos hogares

III

La expedición naval montevideana, convoyada por tres buques de guerra de la escuadrilla sutil de los realistas, penetró por las bocas del Guazú á mediados del mes de Enero. Componíase de 11 embarcaciones armadas en guerra, entre grandes y pequeñas, tripuladas por más de 300 hombres de combate entre soldados y marineros. Aunque retrasada la expedición por los vientos del norte que reinan en esta estación del año, el coronel San Martín apenas tuvo tiempo de salirle á su encuentro á la cabeza de 125 granaderos escogidos, y destacó algunas partidas para vigilar la costa más arriba de las bocas del río.

San Martín, mientras tanto, con el grueso de su fuerza oculta, y disfrazado con un poncho y un sombrero de campesino, seguía personalmente desde la orilla la marcha de la expedición, en acecho del momento de escarmentarla, caminando sólo de noche para precaverse de los espías. La flotilla enemiga seguía tranquilamente su derrotero, sin sospechar que paralela á ella y envuela en las sombras de la noche, marchaba á trote y galope su perdición. El 28 de Enero pasaron los buques por San Nicolás navegando en conserva. El 30 subieron más arriba del Rosario, izando al tope de la capitana, que era una sumaca, la bandera española de guerra, sin hàcer ninguna hostilidad, y fondearon á

la vista en la punta superior de la isla fronteriza.

El comandante militar del Rosario, que lo era un paisano llamado don Celedonio Escalada, natural de la Banda Oriental, reunió la milicia del punto para oponerse al desembarco que se temía. Consistía toda su fuerza en 22 hombres armados de fusiles, 30 de caballería con chuzos, sables y pistolas, y un cañoncito de montaña manejado por media docena de artilleros que protegía el resto de su gente armada de cuchillos.

En la noche levaron anclas los buques españoles, y el día 30 amanecieron frente á San Lorenzo, veintiséis kilómetros al norte del Rosario. Allí dieron fondo como á 200 metros de la orilla. Este es el punto en que el río Paraná mide su mayor anchura. Sus altas barrancas por la parte del oeste, escarpadas como una muralla cuya apariencia presentan, sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre ha abierto sendas practicando cortaduras. Frente al lugar ocupado por la escuadrilla se divisaba uno de estos estrechos caminos inclinados en forma de escalera. Más arriba, sobre la alta planicie que coronaba la barranca, festoneada de arbustos, levantábase solitario y majestuoso el monasterio de San Carlos con sus grandes claustros de sencilla arquitectura y el humilde campanario que entonces lo coronaba.

Un destacamento como de 100 hombres de infantería fué echado á tierra, y sólo encontraron á los pacíficos frailes de San Francisco de "Propaganda Fidæ", habitadores del convento, que les permitieron tomar algunas gallinas y melones, únicos víveres que pudieron proporcionarse, pues todos los ganados habían sido retirados de la costa con anticipación. Formados los expedicionarios frente á la portería del convento, vieron á la distancia una ligera nube de polvo que se levantaba en el

camino del Rosario. Era Escalada, que noticioso del desembarco, acudía al encuentro con su cañón de montaña y con sus 50 hombres medio armados. La campana del claustro daba en aquel momento las siete y media de la mañana. Cuando Escalada llegó al borde de la barranca, los españoles se replegaban sobre la ribera á son de caja en disposición de reembarcarse. Rompió sobre ellos el fuego con su cañón; pero los buques con sus piezas de mayor alcance le obligaron á desistir de su hostilidad.

Tal fué el preludio del combate de San Lorenzo que bien merecía ser salvado del olvido, siquiera sea para adjudicar á cada cual el mérito que le corresponde en la preparación del suceso que ha ilustrado aquel sitio.

IV

En la noche del 31 fugó de la escuadrilla un paraguayo que tenían preso en ella. Apoyándose en unos palos flotantes, llegó á la playa, donde los patriotas lo recibieron. Por él se supo que toda la fuerza de la expedición no pasaba de 350 hombres, que á la sazón se ocupaban de montar dos pequeños cañones para desembarcar al día siguiente con mayor fuerza, con el objeto de registrar el monasterio, donde se suponían ocultos los caudales de la localidad, y que su intento era remontar en seguida el río á fin de pasar de noche las baterías de Punta Gorda, si es que no podían destruirlas, interrumpiendo así el comercio del Paraguay.

Inmediatamente circuló Escalada esta noticia, y uno de sus avisos encontró al coronel San Martín al frente de 120 granaderos divididos en dos escuadrones, cuya marcha se había retrasado de dos jornadas respecto de la expedición naval. El viento

que en los días anteriores había sido favorable para los buques expedicionarios, empezó á soplar de nuevo del norte en la mañana del 2, impidiéndoles continuar su viaje. El día pasó sin que se verificase el desembarco anunciado. Sin estas circunstancias casuales, que dieron tiempo para que todo se preparase convenientemente, el combate de San Lorenzo no habría tenido lugar.

Mientras tanto, San Martín con su pequeña columna, seguía á marchas forzadas, rescatando á trote y galope las jornadas perdidas. El aviso de Escalada era la espuela que lo aguijoneaba. En la noche del mismo día, que fué muy obscura, llegó á la posta de San Lorenzo, distante como 5 kilómetros del monasterio. Allí encontró los caballos que Escalada había hecho prevenir para reemplazar los cansados.

Al frente de la posta estaba estacionado un carruaje de viaje, desenganchado. Dos granaderos se acercaron á él y preguntaron en tono amenazador:—"¿Quién está ahí?"—Un viajero, contestó la voz de un hombre que parecía despertar de profundo sueño.—En aquel instante se aproximó otro jinete, y se oyó otra voz ronca con acento de mando tranquilo:—"No falten ustedes, que no es un enemigo, sino un caballero inglés que va al Paraguay".—El viajero asomando la cabeza por una de las ventanillas del coche, y combinando los contornos esculturales del bulto con la voz que creía reconocer, exclamó:—"¿Seguramente, Vd. es el coronel San Martín?"—"Y si fuese así", contestó el interpelado, "aquí tiene Vd. á su amigo Mr. Robertson".—Era en efecto el conocido viajero británico, Guillermo Parish Robertson, que por una circunstancia no menos casual que las anteriores, estaba destinado á presenciar los memorables sucesos del día siguiente, y á dar testimonio de ellos ante la historia.

Los dos amigos se reconocieron, riendo de su caprichoso encuentro en medio de las tinieblas: San Martín habló de su proyecto: "El enemigo tiene doble número de gente que la nuestra; pero dudo mucho le toque la mejor parte". "Estoy en la misma persuación. contestó flemáticamente el inglés, brindando á sus huéspedes con una copa de vino en honor del futuro triunfo, y solicitó el de acompañarles".—"Convenido", prorrumpió San Martín; "pero cuide Vd. que su deber no es pelear. Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase en salvo. Sabe Vd., agregó epigramaticamente, que los marinos son maturrangos".—Acto continuo dió la voz de ¡á caballo! y acompañado del viajero tomó la cabeza de su taciturna tropa, que poco después de media noche llegaba al monasterio, penetrando á él cautelosamente por el portón del campo, abierto á espaldas del edificio.

Todas las celdas estaban desiertas y ningún rumor se oía en los claustros. Cerrado el portón, los escuadrones echaron pie á tierra en el gran patio del convento, prohibiendo el coronel que se encendiese fuego ni se hablara en voz alta. "Hacían recordar", dice el viajero inglés ya citado, "á la hueste griega que entrañara el caballo de madera tan fatal á Troya". San Martín, provisto de un anteojo de noche, subió á la torre de la iglesia, y se cercioró de que el enemigo estaba allí, por las señales que hacía por medio de fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino, y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó imediatamente su plan.

V

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 300 metros, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para infantería formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior. Con estos conocimientos recogidos á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los Granaderos saliesen del patio y se emboscaran formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar. A las cinco de la mañana (3 de Febrero), empezó á iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel grandioso paisaje de agua y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio del cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. A las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, al bajar precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera á Robertson, á quien dirigió esta frase: "Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos espada en mano". Un arrogante caballo bayo de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía á pocos pasos teniéndolo de las bridas su asistente Gatica. Montó en él apoyando apenas el pie en el estribo y corrió á ponerse al frente de sus Granaderos. Desenvainando su sable corvo de forma morisca, arengó en breves y enérgicas palabras á los soldados á quienes por primera vez iba á conducir á la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y sobre todo, que no disparasen ningún tiro, fiando solamente en su lanza y en sus largos sables. Después de esto tomó en persona el mando del segundo escuadrón y dió el del primero al capitán Justo Bermúdez, con prevención de flanquear y cortar la retirada á los invasores: "En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré á Vd. mis órdenes".

Los enemigos habían avanzado, mientras tanto, unos 200 metros, en número como de 250 hombres. Venían formados en dos columnas paralelas de compañía por mitades, con la bandera desplegada, y traían dos piezas de artillería de á 4 al centro y un poco á vanguardia de las columnas, marchando á paso redoblado á son de pífanos y tambores. En aquel instante resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos á cabalo, que debía hacerse oir más tarde por todos los ámbitos de la América. Instantáneamente salieron por derecha é izquierda de las alas del monasterio los dos escuadrones sable en mano, y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha. San Martín, que era el que tenía que recorrer la menor

distancia, fué el primero que chocó con el enemigo.

El combate de San Lorenzo tiene de singular que ha sido narrado con encomio por el mismo enemigo vencido. El jefe de la expedición española dice en su parte oficial: "Por derecha é izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que á todo galope, sable en mano, cargaban despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron á hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de las que le causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando á nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar á formar cuadro. Ordenó Zabala á su gente ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vió al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó, aunque imperfectamente, un cuadro por no haber dado lugar á hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo".

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas en la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayonetas. San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza del desembarco. Al llegar á la línea recibió á quema ropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma

blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados, no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie á tierra y arrojádose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancia que los enemigos reanimados por Zabala á los gritos de "¡Viva el rey!" se disponían á reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales gritando con entereza: "¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!" Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes, y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras. Casi al mismo tiempo el alférez Hipólito Bouchard, arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el capitán Bermúdez, á la cabeza del escuadrón de la derecha, hecho retroceder la columna que encontró á su frente, aun cuando su carga no fué precisamente simultánea con la que llevó en persona San Martín. La victoria que apenas había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, abandonaron en el campo su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez en el momento en que llevaba la segunda

carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, á consecuencia de su caída. El teniente Manuel Díaz Vélez que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en su caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos no pudieron mantener la posición y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos al despeñadero por no acertar á encontrar las sendas de comunicación. Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los Granaderos consiguieron reembarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos su propio comandante Zabala, cuyo bizarro comportamiento no había podido impedir la derrota.

Los Granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos: 1 correntino, 2 porteños, 3 puntanos, 2 riojanos, 2 cordobeses, 1 oriental y 1 santiagueño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte. El teniente Díaz Vélez que había caído en manos del enemigo, fué canjeado juntamente con otros tres presos que se hallaban á bordo por los prisioneros españoles del día, bajando á tierra cubierto con la bandera de parlamento para morir poco después en brazos de sus compañeros de armas.

San Martín suministró generosamente víveres

frescos para los heridos enemigos, á petición del jefe español, bajo palabra de honor de que no se aplicarían á otro objeto, y el viajero inglés Robertson se asoció á este acto en nombre de la humanidad. A la sombra de un pino añoso, que todavía se conserva, en el huerto de San Lorenzo, firmó en seguida el parte de la victoria, cubierto aún con su propia sangre y con el polvo y el sudor del combate. Los moribundos recibieron sobre el mismo campo de batalla la bendición del párroco del Rosario don Julián Navarro, que durante el combate los había exhortado con la voz y el ejemplo. Y para que ningún accidente dramático faltase á este pequeño aunque memorable combate, uno de los presos canjeados con el enemigo, fué un lanchero paraguayo, llamado José Félix Bogado, que en ese día se alistó voluntariamente en el regimiento. Este fué el mismo que trece años después, elevado al rango de coronel, regresó á la patria con los siete últimos Granaderos fundadores del cuerpo que sobrevivieron á las guerras de la revolución desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

VI

El combate de San Lorenzo aunque de poca importancia militar, fué de gran trascendencia para la revolución. Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad á sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con el Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó á esta plaza de auxilio de víveres frescos con que contaba para prolongar su resistencia; conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos, y sobre todo, dió un nuevo general á sus ejércitos y á sus armas

un nuevo temple. Tres días después del suceso, la escuadrilla española, escarmentada para siempre, descendía el Paraná cargada de heridos en vez de riquezas y trofeos, llevando á Montevideo la triste nueva. Al mismo tiempo San Martín regresaba á Buenos Aires. El entusiasmo con que fué festejado su triunfo en la capital, lo vengó de las calumnias que ya empezaban á amargar su vida, presentándole como un espía de los españoles que tuviese el propósito secreto de volver contra los patriotas las armas que se le habían confiado.

El primer experimento estaba hecho. Los sables de los Granaderos estában bien afilados: no sólo podían dividir la cabeza de un enemigo, sino también decidir del éxito de una batalla. El instructor había probado que tenía brazo, cabeza y corazón, y que era capaz de hacer prácticas sus lecciones en el campo de batalla. Su nombre se inscribía por la primera vez en el catálogo de los guerreros argentinos, y su primer laurel simbolizaba no sólo una hazaña militar, sino también un gran servicio prestado á la tranquilidad pública, á la par que una muestra del poder de la táctica y de la disciplina dirigida por el valor y la inteligencia.

Casi simultáneamente (el 20 de Febrero), el ejército español atrincherado en Salta era completamente derrotado por el general Belgrano, entregándose por capitulación desde el primer general hasta el último tambor con armas y banderas. En menos de tres meses la revolución había obtenido un triple triunfo militar y un gran triunfo político, debido al esfuerzo de sus armas y á las fuerzas morales de la opinión. La revolución de 8 de Octubre y la influencia de la Logia de Lautaro estaban justificadas por estos resultados. Pero estos resultados no podían salvar á la Logia de la descomposición á que fatalmente estaban condenadas las so-

ciedades secretas en una sociedad libre ó en vía de serlo.

El vencedor de San Lorenzo, al trasladarse del campo de batalla al de la política, sintió que el terreno se movía bajo sus plantas, y que su base de operaciones se había alterado notablemente. Los partidos políticos, en el estrecho recinto de la capital, empequeñecidos y debilitados después por los antagonismos locales, y encerrados por último entre las cuatro paredes de la Logia, habían degenerado en círculos, que sólo obedecían á influencias personales. La fuerza de la opinión cívica que hasta entonces le diera impulso, se gastaba sin renovarse. Las fuerzas populares que debían retemplar y dilatar la opinión, permanecían en estado latente sin ser utilizadas. Las ideas y los hechos marchaban por distintos caminos. Los pensadores se inspiraban en el ejemplo de la Europa en cuyos libros habían aprendido á pensar, sin acertar á leer en el libro de la revolución cuya primera página tenían abierta ante sus ojos. La masa, guiada por el instinto más que por la razón, se precipitaba por su pendiente en obediencia á la ley de la gravitación.

Sin darse cuenta clara de estos fenómenos sociales. San Martín participaba de su doble influencia. En consecuencia, sus ideas políticas empezaron á modificarse, no precisamente en su fondo sino en su aplicación. La independencia continuaba siendo siempre su objetivo: las formas republicanas ó monárquicas se le presentaban por el momento como simples medios de alcanzar un fin inmediato. Bien que profesara en el fondo principios republicanos, los que, como él mismo decía, posponía al bien público, llegó á persuadirse que el país no tenía elementos de propio gobierno para consolidar su orden interno, y se inclinaba á pensar

que el establecimiento de una monarquía constitucional apoyada por la Europa monárquica podría ser la solución del problema político, idea de que á la sazón participaban la mayor parte de sus contemporáneos con influencia en los negocios públicos. Poseído de una pasión y encerrado en un círculo sin más horizontes que los de sus designios militares, no alcanzaba que el pueblo era orgánicamente republicano, que no podía ser otra cosa, y juzgaba la situación con el criterio de lo que había visto en Europa bajo las formas tradicionales consagradas, y como lo veían casi todos los hombres ilustrados de su tiempo.

La Logia, aislando á los pensadores de las corrientes de la opinión viva, y á los hombres de acción del contacto con la masa popular, daba su primer resultado negativo. Las inteligencias se obliteraban, las conciencias se hacían sordas y las fuerzas no se vivificaban. En tan estrecho teatro no cabían ya sino los comediantes políticos, que creían más en la eficacia de las tramoyas del escenario en que brillaban, que en los resultados del trabajo perseverante, subordinado á un plan serio. El hombre de acción no podía ya aceptar tal instrumento, sino como un auxiliar en lo presente y lo futuro. El verdadero genio y el verdadero patriotismo necesitaba campo, aire y luz en que dilatarse, y obedeciendo á su tendencia expansiva, debía convertirse en fuerza y en acción en medio más propicio.

VII

Las sociedades secretas con tendencias políticas, se comprenden y tienen su razón de ser en un pueblo esclavizado: son el único medio con que cuentan los oprimidos para reunirse, organizarse y propagar sus ideas y trabajar con seguridad. Como

elemento de acción, algunas veces han precedido á las revoluciones; pero jamás han podido acompañarlas en su desarrollo. Por lo general, ellas no han dado origen sino á conjuraciones abortadas. En los pueblos con vida pública, en que se producen en la masa movimientos orgánicos que obedecen á las leyes del desarrollo social, las asociaciones secretas son impotentes para acelerarlos ó contenerlos. En momentos determinados pueden ejercer una influencia eficaz, ya sea para condensar y dar forma á una idea flotante en una revolución, ya para dar un punto de apoyo á las fuerzas conservadoras en los períodos transitorios de anarquía ó descomposición por que pasan las sociedades agitadas; pero es á condición de dilatarse en las vibraciones del aire y de la luz que penetra todos los cuerpos, vivificando las fuerzas y las ideas. Fuera de estos momentos ó de estas condiciones, las sociedades secretas con tendencias políticas, degeneran al fin en camarillas obscuras, y se extinguen por sí mismas en el vacío. Si su acción se prolonga artificialmente como rueda principal de la máquina gubernativa, ó bien desaparece por algún tiempo el verdadero gobierno activo y responsable, ó bien produce un gobierno que las reduce á la condición de meros instrumentos negativos.

San Martín y Alvear, al salir de la Logia de Cádiz y pasar por la de Londres, venían bajo la impresión de los oprimidos que sólo pueden conspirar en las sombras del misterio. Al llegar á Buenos Aires, se encontraron con una revolución sin pueblo profundamente revolucionado, cuya vida estaba centralizada en la capital, y con partidos embrionarios que sólo agitaban la superficie social. Por espíritu de disciplina el uno, como medio de elevación y de influencia el otro, concibieron la sencillísima idea de trasladar al terreno de la acción las asociaciones

secretas en que políticamente se habían educado. Con esta palanca imprimieron desde luego un impulso gradual y metódico al movimiento revolucionario; pero satisfechas sus más premiosas exigencias, ya no obraron sino sobre sí mismas, y empezaron á descomponerse dentro de su propio organismo.

Convocada bajo sus auspicios la Asamblea general Constituyente, formuladas en leyes memorables las grandes aspiraciones de la época, y robustecido el gobierno por este nuevo contingente de fuerzas morales derivadas de una opinión activa, la prolongación de la influencia irresponsable y secreta de la Logia no podía menos que debilitar las fuerzas de las instituciones, conspirando contra su propia obra. Agréguese á esto, que su composición no era homogénea, que en ella entraban dos elementos repulsivos, y se comprenderá que su descomposición debía necesariamente producirse así que se debilitara la primera impulsión colectiva que la había puesto en movimiento.

Desde muy temprano empezaron á diseñarse en la Logia las dos tendencias que debían trabajarla. En la primera época prevaleció en toda su pureza la idea revolucionaria, con tendencias declaradas hacia la independencia y la democracia. En la segunda, se destacó de relieve en ella un partido personal que germinó en su seno como un parásito, y que al fin la absorbió por entero. Era el partido que se llamó más tarde alvearista, el mismo que secretamente preparó la elevación de su jefe, lo exaltó al poder y cayó con él, disolviéndose al mismo tiempo como partido y como sociedad secreta. Este partido no volvió á levantarse jamás, porque no entrañaba en su seno ningún principio político ni social. La Logia volvió á renacer más tarde bajo forma más compacta y con otras tendencias menos egoístas, según se verá después.

El sueño de Alvear era la gloria militar y la dictadura. La revolución era para él una aventura brillante que halagaba su juvenil ambición. Al cambiar sus adioses en Europa, Alvear y Carrera se habían prometido ser los árbitros de sus respectivos países. Carrera en aquel momento (Mayo de 1813) era el dictador de un pueblo, el general que mandaba ejércitos y daba batallas. Este era por el momento su ideal y su modelo. Tenía, sin embargo, bastante sentido práctico para comprender que el teatro de operaciones de uno y otro era distinto. En Chile, un motín militar encabezado por un hombre audaz, podía improvisar un dictador, apoyado en un ejército revolucionario. Era que allí faltaba el contrapeso de un poderoso partido político con fuerzas morales y materiales, ó de un pueblo verdaderamente revolucionado, que fuesen condiciones indispensables de gobierno, aun para una dictadura de hecho. En las Provincias Unidas, donde las fuerzas morales y materiales del país concurrían á la revolución—activas las unas y latentes las otras,—la dictadura colectiva de un gobierno, el dominio absoluto de una asamblea política, y aun el predominio de una camarilla, era posible; pero no la improvisación de una dictadura personal. La Logia gobernaba al gobierno, y con mayoría inconmovible en la Asamblea, aspiraba á centralizar en sus manos todo el poder militar de la revolución. Belgrano, coronado de los laureles de Tucumán y Salta, se había afiliado en ella. San Martín y Alvear eran sus generales en perspectiva.

Todo hace creer que San Martín no abrigaba entonces ninguna ambición política, aun cuando contara con un verdadero partido en la Logia, y tuviese en el Triunvirato mayor influencia que Alvear. Sus actos posteriores y su vida entera prueban que sólo tuvo la ambición de sus grandes designios milita-

res, que por otra parte fueron siempre impersonales. Quería campo en que combatir, y quería á todo trance desligarse de las intrigas de los partidos domésticos, de los que nada esperaba ya para la causa general, y eran antipáticos á su carácter. Aun conociendo su modo de pensar, de que no hacía misterio, la Logia se había fijado en él al principio para darle el mando del ejército sitiador de Montevideo; pero desistióse de ello por consideraciones políticas. En cuanto á Alvear, fluctuaba antes de decidirse. Con mayoría en la Logia, presidente de la Asamblea, jefe del batallón más numeroso de la guarnición, celoso de San Martín (de quien empero no se había separado ostensiblemente), la gloria militar le sonreía de lejos; pero la influencia inmediata le atraía irresistiblemente, y se dejaba arrastrar por su corriente. Grandes desastres para la causa de la revolución vinieron á definir la situación respectiva de estos dos personajes, y á determinar los rumbos históricos de cada uno de ellos.

VIII

El ejército del norte, vencedor en Tucumán y Salta, había invadido por segunda vez el Alto Perú (Junio de 1813), bajo las órdenes del general Belgrano. Seis meses después retrocedía por segunda vez á sus antiguas posiciones. Completamente derrotada en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma (1° de Octubre y 14 de Noviembre de 1813), la revolución volvía á ponerse á la defensiva, con su tesoro agotado, y todos sus esfuerzos concentrados sobre Montevideo, cuya posesión era cuestión de vida ó muerte. La noticia del último de estos desastres llegó á Buenos Aires en los últimos días del mes de Noviembre. El general Belgrano, en retirada con

las reliquias de su ejército, llegaba á Jujuy al finalizar el año XIII, comenzado bajo tan gloriosos auspicios. Pocos días después, se hallaba al frente de una fuerza colecticia de 1800 hombres, suficientes para atestiguar el espíritu patriótico de las poblaciones; pero impotente para contener los progresos del enemigo triunfante. Belgrano, enfermo de cuerpo y espíritu, pedía ser relevado en su mando.

Las Provincias Unidas no contaban por entonces con ningún general que descollase por su genio militar. Don Antonio González Balcarce, noble carácter y buen soldado práctico, que había dado á la revolución su primer victoria en Suipacha, estaba obscurecido por la derrota del Desaguadero, cuya responsabilidad pesaba militarmente sobre él. Su hermano don Marcos Balcarce, jefe entendido, militaba á la sazón en Chile al frente de los Auxiliares Argentinos, y sólo por accidente figuró más tarde en primera línea en medio de la guerra civil. Don José Rondeau, ilustrado por su reciente victoria del Cerrito (primera y última de su carrera), aunque oficial de buena escuela, no tenía las cualidades del mando en jefe. Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, bien que dotado de altas cualidades, carecía de los conocimientos técnicos y de la inspiración de la guerra, como lo había mostrado en su última campaña, pero era el mejor de los generales probados. Entre los jefes de división, que figuraban en segunda línea, aun cuando los hubiese de gran mérito, no se diseñaba ninguno todavía á quien pudiera confiarse el mando de un ejército.

La revolución, que hasta entonces había luchado con mediocres generales enemigos y con tropas mal organizadas, empezaba á encontrar frente á sí jefes entendidos y ejércitos disciplinados, que no podían contrarrestarse en una campaña regular

sino con mejores generales y mejores soldados. El éxito de las batallas ya no estaba librado al acaso, ni podía depender del entusiasmo. La disciplina, la táctica, la estrategia, la calidad de las armas y la inteligencia superior del general, serían en adelante condiciones indispensables de todo triunfo militar de la revolución en toda campaña ofensiva en que sus ejércitos tuviesen que alejarse de su base de operaciones. Estas condiciones faltaban, y el general predestinado de la revolución aun no había aparecido. En tal situación el gobierno volvió sus ojos á los dos generales de la Logia.

Alvear que no tenía por entonces ninguna idea fija en el orden militar, se presentó desde luego como candidato para mandar el ejército del norte, al cual había sido destinado anteriormente en rango inferior. San Martín, que consideraba de mayor importancia la empresa sobre Montevideo, y que comprendía que nada decisivo podría intentarse mientras ella no se llevara á buen término, le cedió de buen grado la precedencia y el honor, y en tal sentido escribió á Belgrano recomendándolo. Pero Alvear fluctuante siempre, y temeroso de abandonar el teatro de la política en que brillaba como protagonista, volvió sobre sus pasos indicando á San Martín para ocupar su puesto.

San Martín estaba decidido á abandonar para siempre el terreno de la política en que sólo por accidente había entrado. Mejor encaminada ya la revolución en el sentido de las operaciones militares que meditaba, aceptó después de alguna vacilación el mando con que se le brindaba, y cedió por entero á su competidor el campo de la Logia. En consecuencia, fué nombrado jefe de una expedición que debía marchar en auxilio del ejército del norte, con instrucciones para asumir el mando en jefe cuando lo creyese conveniente. La expedición se compuso

del modo siguiente: el batallón núm 7 de infantería, fuerte de 700 plazas, al mando del teniente coronel don Toribio Luzuriaga; dos escuadrones de granaderos á caballo con 250 plazas, y 100 artilleros. Esta pequeña columna llegó á Tucumán antes de terminar el año XIII, y poco después San Martín y Belgrano se encontraban y se abrazaban en Yatasto (camino de Salta á Tucumán), jurándose una amistad que no se desmintió jamás.

IX

Hemos hecho en otra ocasión el paralelo entre San Martín y Belgrano, al estudiar sus relaciones recíprocas en presencia de documentos desconocidos y establecer los contrastes y analogías de estos dos grandes hombres de la revolución argentina, fundadores de las dos grandes escuelas militares cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones. No volveremos sobre este punto. Nos limitaremos por ahora, á complementar este cuadro con nuevos detalles, que consideramos dignos de la historia, para tomar después el hilo de la narración.

San Martín y Belgrano no se conocían personalmente antes de encontrarse en Yatasto. Desde algún tiempo atrás se había establecido entre ellos una correspondencia epistolar, por intermedio del español liberal don José Mila de la Roca, amigo de uno y de otro y secretario de Belgrano en la expedición al Paraguay. Ambos se habían abierto su alma en esta correspondencia, y simpatizaron antes de verse por la primera vez. Al abrir Belgrano su campaña sobre el Alto Perú, San Martín redactó para él unos cuadernos sobre materia militar, extractando las opiniones de los maestros de

la guerra, y dióle sus consejos sobre las mejoras que convenía introducir en la organización de las diversas armas, especialmente en la caballería, condenando el uso de los fuegos en ella, según los preceptos de la escuela moderna. Belgrano, en marcha para el campo de Vilcapugio, y cuando se lisonjeaba con una victoria inmediata, le contestaba modestamente: "¡Ay! amigo mío, ¿y qué concepto se ha formado Vd. de mí? Por casualidad, ó mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme, y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación". Refiriéndose á sus consejos agregaba: "Creo á Guibert el maestro único de la táctica, y sin embargo, convengo con Vd. en cuanto á la caballería, respecto de la espada y lanza". Y con relación al trabajo de San Martín, terminaba diciendo: "Me privo del segundo cuaderno, de que Vd. me habla: la abeja que pica en buenas flores proporciona una rica miel; ojalá que nuestros paisanos se dedicasen á otro tanto y nos diesen un producto tan excelente como el que me prometo del trabajo de Vd., pues el principio que vi en el correo anterior, relativo á la caballería, me llenó".

Después de Ayohuma, San Martín le escribía confortándolo en su infortunio y anunciándole el próximo refuerzo que, según lo acordado, debía conducir Alvear, y él contestaba: "He sido completamente batido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria; pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, y nada me arredrará para servir, aunque sea en clase de soldado por la libertad é independencia de la patria. Somos todos militares nuevos con los resabios de la fatuidad española, y todo se

encuentra, menos la aplicación y constancia para saberse desempeñar. Puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos, y viendo los peligros más de cerca, tratemos de hacer otros esfuerzos que son dados á hombres que pueden y deben llamarse tales".

Al saber que era el mismo San Martín el que marchaba en su auxilio, le escribió lleno de efusión: "No sé decir á Vd. cuánto me alegro de la disposición del gobierno para que venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este ejército; ¡ojalá que haga otra cosa más que le pido, para que mi gusto sea mayor, si puede serlo! Vuele, si es posible; la patria necesita de que se hagan esfuerzos singulares, y no dudo que Vd los ejecute según mis deseos, y yo pueda respirar con alguna confianza, y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente. No tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharlo entre mis brazos, y hacerle ver lo que aprecio el mérito y la honradez de los buenos patriotas como Vd". Cuando San Martín se acercaba, le escribe su última carta desde Jujuy, diciéndole: "Mi corazón toma aliento cada instante que pienso que Vd. se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con Vd. se salvará la patria, y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Empéñese Vd. en volar si le es posible, con el auxilio, y en venir no sólo como amigo, sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido de que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia".

Animados de estos generosos sentimientos, se dieron por la primera vez en Yatasto el abrazo histórico de hermanos de armas, el vencedor de Tucumán y Salta recientemente derrotado en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, y el futuro vencedor de Chacabuco y Maipú, libertador de Chile y

el Perú, que por entonces sólo podía ostentar el modesto laurel de San Lorenzo.

San Martín se presentó á Belgrano pidiéndole órdenes como su subordinado. Belgrano le recibió como al salvador, al maestro, y debió ver en él un sucesor. Empero, á aquel le repugnaba asumir el mando en jefe, humillando á un general ilustre en la desgracia y ni aun quiso ocupar el puesto de mayor general para que había sido nombrado ostensiblemente, lastimando á los jefes fundadores de aquel glorioso y desgraciado ejército, y así lo manifestó al gobierno. El gobierno, empero, que consideraba una necesidad militar la remoción de Belgrano, y el mando en jefe de San Martín una conveniencia pública, significó á éste por el órgano de uno de sus miembros: "No estoy por la opinión que manifiesta en su carta del 22 (de Diciembre), en orden al disgusto que ocasionaría en el esqueleto del ejército del Perú su nombramiento de mayor general. Tenemos el mayor disgusto por el empeño de Vd. en no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete mucho la conservación de Belgrano".

San Martín asumió al fin el mando en jefe del ejército por orden expresa del gobierno. Belgrano se puso á sus órdenes en calidad de simple jefe de regimiento, y dió el primero el ejemplo de ir á recibir humildemente las lecciones de táctica y disciplina que dictaba el nuevo general. Desde este día, estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por la primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín en todos los tiempos, y hasta sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del Nuevo Mundo.

X

Casi al mismo tiempo (el 22 de Enero de 1814), tenía lugar en la capital una innovación de gran trascendencia. El Poder Ejecutivo había sido reconcentrado en una sola persona con el título de Director Supremo, y recayó el nombramiento en don Gervasio Antonio Posadas. Esta reforma, que acababa con los gobiernos colectivos y provisorios, y modificaba esencialmente la constitución de la autoridad ejecutiva dándole un carácter verdaderamente nacional, fué acordada en los consejos secretos de la Logia y sancionada en forma de ley por la Asamblea general. Por lo tanto, la innovación no importaba una alteración en la influencia política, y por el contrario, venía á radicar y dar más unidad de acción á la omnipctencia de la Logia.

El nuevo Director no era, sin embargo, una entidad política, bien que no careciese de antecedentes y servicios, y de cierta inteligencia epigramática y maleable, así es que su elevación á nadie sorprendió más que á él mismo, que ni siquiera la ambicionaba. Tío de Alvear y empeñado en levantarlo, su elección era un triunfo del partido alvearista, que en la imposibilidad de llevar á su héroe al poder supremo, le preparaba por este medio el camino, y al llenar el interregno con una entidad negativa, lo hacía en hecho árbitro del gobierno. Alvear fué nombrado en seguida general en jefe del ejército de la capital y se arregló todo de manera que en su oportunidad pasara á tomar el mando del ejército sitiador de Montevideo, para conquistar allí la gloria militar que tanto ambicionaba, y que le daría los títulos que le faltaban para

elevarse sobre todos los demás. En este sentido, la innovación era una derrota de la influencia política de San Martín, bien que ella no modificase sus afinidades con el nuevo gobierno, que además de ser una creación de la asociación á que pertenecía, era una emergencia de la revolución del 8 de Octubre á que él había contribuído.

El Director Posadas, que conocía la repugnancia de San Martín para recibirse del mando del ejército, se dirigió á él diciéndole: "Me he resuelto á escribirle para rogarle encarecidamente tenga á bien recibirse del mando de ese ejército, que indispensablemente le ha de confiar este gobierno. Excelente será el desgraciado Belgrano—acreedor á la gratitud eterna de sus compatriotas;—pero sobre todo entra en nuestros intereses y lo exige el bien del país, que por ahora cargue Vd. con esa cruz". La contestación oficial de San Martín fué noble y digna: "Me encargo de un ejército que ha apurado sus sacrificios en el espacio de cuatro años, que ha perdido su fuerza física y sólo conserva la moral; de una masa disponible á quien la memoria de sus desgracias irrita y electriza, y que debe moverse por los estímulos poderosos del honor, del ejemplo, de la ambición y del noble interés. Que la bondad de V. E. hacia este ejército desgraciado se haga sentir para levantarlo de su caída".

Era en verdad un ejército caído como él lo decía, y una cruz como decía el Director Supremo, lo que San Martín recibía. Su proclama al recibirse del mando, escrita con la pluma tosca del soldado, tiene la severa sencillez del que así lo comprendía. "Hijos valientes de la patria (decía en ella), el gobierno acaba de confiarme el mando en jefe del ejército: él se digna imponer sobre mis hombros el peso augusto de su defensa. ¡Soldados, confianza! Yo admiro vuestros esfuerzos, quiero acompañaros

en vuestros trabajos, para tomar parte en vuestras glorias. Voy á hacer cuanto esté á mis alcances para que os sean menos sensibles los males. Vencedores en Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta: renovemos tan heroicos días. ¿La patria no está en peligro inminente de sucumbir? Vamos, pues, soldados, á salvarla".

Para dar un poco de aceite á la máquina enmohecida, y establecer una severa disciplina sobre la base equitativa del premio y del castigo, su primer acto administrativo, fué establecer la regularidad en el pago de los socorros pecuniarios al ejército, incurriendo para el efecto en una desobediencia. Existían en la comisaría del ejército, treinta y seis mil pesos en plata y oro sellado, provenientes de los caudales del Alto Perú, que el gobierno había mandado ingresar en la tesorería general. San Martín ordenó que volviesen á la caja militar. Esta medida fué desaprobada por la superioridad. Con tal motivo representó al gobierno: "Acostumbrado á prestar la más ciega obediencia á las órdenes superiores, y empeñado en el difícil encargo de reorganizar este ejército, fluctué mucho en el conflicto de conciliar lo uno con lo otro. Yo no había encontrado más que unos tristes fragmentos de un ejército derrotado. Un hospital sin medicinas, sin instrumentos, sin ropas, que presenta el espectáculo de hombres tirados en el suelo, que no pueden ser atendidos del modo que reclama la humanidad y sus propios méritos. Unas tropas desnudas con traje de pordioseros. Una oficialidad que no tiene cómo presentarse en público. Mil clamores por sueldos devengados. Gastos urgentes en la maestranza, sin los que no es posible habilitar nuestro armamento para contener los progresos del enemigo. Estos son los motivos que me han obligado á obedecer y no cumplir la superior orden, y repre-

sentar la absoluta necesidad de aquel dinero para la conservación del ejército. Si contra toda esperanza, no mereciese esta resolución la superior aprobación, despacharé el resto del dinero, quedando con el desconsuelo de no poder llenar el primero de mis encargos". El gobierno aprobó la desobediencia como justificada por la imperiosa ley de la necesidad, que evitaba la disolución del ejército y consiguiente ruina del Estado. El Director Supremo, escribiéndole con tal motivo, le decía confidencialmente: "Si se dió orden para la devolución de los caudales, fué porque se contaba aquí con ellos para pagar cuatro meses que se debían á la tropa. Pase por ahora el obedecer y no cumplir, porque si con el obedecimiento se exponía Vd. á quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo aquí como un cochino". Esta desobediencia, que perfila el carácter del hombre, fué precursora de otra gran desobediencia igualmente justificada por el bien público, que en la mitad de su carrera decidirá de su destino y del de la América en un momento supremo.

CAPITULO V

El Alto Perú.

1814

El problema de la revolución argentina.—Las tres tendencias iniciales de la revolución.—La segregación del Paraguay.—Causas de la anarquía de la Banda Oriental.—Etnología y geografía del Alto Perú.—Primera campaña de la independencia en el Alto Perú.—Cotagaita y Suipacha.—La derrota del Desaguadero.—Carácter de la insurrección altoperuana.—La ley de las derrotas y victorias de la revolución.—Las fronteras de la revolución argentina.—Composición del ejército realista.—Debilidad moral del ejército argentino.—Planes de Pezuela.—Los realistas ocupan á Jujuy y Salta.—El ejército del norte se reconcentra en Tucumán.—La guerra de partidarios en el Alto Perú.—Aparición de Arenales.—Atrocidades de Goyeneche y Landívar. — Represalias. — Descripción del Alto Perú.—Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra.—Batalla de La Florida.—Importancia de estas operaciones.

I

Al recibirse San Martín de los restos del ejército del norte, se encontró frente á frente del más arduo y complicado problema de la revolución argentina. Aunque su solución envolvía la unidad política de las Provincias Unidas del Río de la Plata y los destinos de la revolución americana, no habían sido hasta entonces señalado siquiera á la observación. Este problema era el desenvolvimiento de su acción militar.

La revolución argentina vaciada en los moldes de las antiguas divisiones administrativas de la colonia, había surgido con una constitución territorial que le daba una personalidad nacional bien definida; pero dentro de sus lineamientos tenía ya las proyecciones de una revolución más lata y compleja. Tres tendencias marcadas caracterizaron, en consecuencia, su política militante desde sus primeros pasos. Constituir una nueva nacionalidad dentro de los límites geográficos del virreinato del Río de la Plata, fué la primera. Dilatar su acción, promoviendo la erección de nuevas nacionalidades sudamericanas, y buscar en ellas aliados naturales, era la segunda. La tercera era llevar sus armas más allá de sus fronteras, extendiendo la insurrección y remover los obstáculos que se opusiesen á su expansión. A la tendencia nacional de integrar para la revolución todo el antiguo virreinato, respondían las expediciones militares sobre el Paraguay y Montevideo. Al propósito de constituir una nación aliada, respondían los trabajos diplomáticos y los auxilios bélicos que habían dado por resultado la insurección de Chile y su alianza ofensiva y defensiva con las Provincias Unidas. A la idea de la propaganda revolucionaria por las armas, respondía la guerra declarada al virreinato del Perú, el cual, en sostén de los fueros soberanos de la metrópoli, negaba á las colonias hispanoamericanas el derecho de darse gobiernos propios, y había substraído las Provincias del Alto Perú al dominio legal del gobierno del Río de la Plata. El ejército del norte, bajo la denominación significativa de Auxiliador del Perú, respondía á la vez á esta triple exigencia. Su misión había sido y era incorporar las provincias del Alto Perú al sistema político y militar de las del Plata, como parte integrante del virreinato; llevar por este camino las armas triun-

fantes de la revolución hasta Lima, centro del poder español en Sud América, y por último, convertir al Bajo Perú, como ya lo era Chile, en aliado de la revolución argentina.

Este vasto programa, que diseña claramente desde los primeros días, y que el tiempo ha puesto de relieve, entrañaba el arduo problema social, político y militar que sólo el tiempo debía resolver, pero que San Martín tenía que encarar por la primera vez al tomar en cuenta los antecedentes y los medios.

La expedición militar sobre el Paraguay bajo la bandera redentora, fué recibida por su población con las armas en la mano, y aunque aceptó más tarde la insurrección por su propia cuenta, rechazó la unión nacional. El Paraguay obraba lógicamente, y obedecía por instinto á su naturaleza. Miembro atrofiado del virreinato, aunque ligado geográficamente á él por el gran estuario del Plata; producto de una civilización embrionaria injertado en el tronco de una raza indígena, apenas modificada por el espíritu jesuítico, el Paraguay no tenía puntos de contacto con la sociabilidad argentina bosquejada en la cuenca del Río de la Plata. No formaba, por lo tanto, parte de su organismo rudimentario. Su resistencia, que revelaba una solución de continuidad política, determinó en el hecho una nueva nacionalidad por generación seccional. Obedeciendo siempre á la ley de la inercia, se aisló dentro de sus bosques y pantanos, se substrajo al movimiento general y á los sacrificios comunes, y segregóse de hecho, sin encontrar dentro de sí mismo, los gérmenes fecundos de la vida orgánica.

La Banda Oriental del Río de la Plata, es decir, la ciudad de Montevideo y su campaña, formaba social, política y geográficamente un nudo con la comunidad argentina. Las expediciones militares

dirigidas por esta parte, fueron siempre precedidas por el alzamiento espontáneo de las poblaciones, que al enrolarse en la revolución, proclamaban la unión nacional. Pero prevaleciendo en la ciudad de Montevideo el elemento español, afirmó sobre sus muros erizados de cañones, la bandera del rey, y se hizo el centro y el baluarte de la reacción. Esta resistencia, al decapitar el movimiento oriental, lo despojó de su carácter civil, privándole de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, hasta entregarlo desorganizado á los instintos selváticos de las multitudes desagregadas de la campaña, emancipadas de toda ley y refractarias á toda regla. Tal fué el origen de la anarquía oriental, que exagerando el espíritu de independencia local, hizo política y militarmente ingobernable su revolución. Determinada así esta nueva solución de continuidad, la acción combinada de estas causas y las complicaciones de la política exterior, debían dar con el tiempo el mismo resultado de desagregación que en el Paraguay. Mientras tanto, el asedio de Montevideo se continuaba vigorosamente, con la ciudad defendida por un ejército y una escuadra realistas, y con la campaña oriental sublevada por su caudillo José Artigas á la espalda de los sitiadores, contra la revolución argentina y contra el rey al mismo tiempo, iniciándose así la doble guerra por la independencia y contra la anarquía interna que entrañaba la revolución en sus elementos políticos y sociales.

La propaganda revolucionaria, rechazada en el Paraguay y hostilizada en la Banda Oriental bajo la bandera unificadora del virreinato, triunfaba en Chile bajo los auspicios del derecho internacional, promoviendo allí una revolución que daba origen á una nueva nacionalidad bien diseñada. Empero, este triunfo sólo podía ser fecundo á condición de

que Chile concurriese con sus nuevos elementos contra el enemigo común, ó por lo menos, que encontrase en sí mismo suficientes fuerzas para consolidar su movimiento. Todo presagiaba, sin embargo, que Chile sería vencido en su propio territorio.

En cuanto á las expediciones dirigidas sobre el Alto Perú, habían sido desastrosas, como ya se ha dicho. Por el espacio de cuatro años, el territorio de las cuatro provincias disputadas fué el palenque en que simultáneamente batallaron y alternativamente dominaron insurgentes y realistas. Los unos buscaban al través de ellas el camino de Lima y los otros el de Buenos Aires, para herirse mortalmente en el corazón de su poder. Al fin, los españoles habían quedado dueños del campo, y hacían pesar sobre el país conquistado la dura ley del vencedor.

Las provincias conocidas bajo la denominación genérica de Alto Perú, constituían un mundo, una raza y un organismo aparte. Enclavado dentro del doble nudo que forma la cordillera de los Andes en la parte más culminante y céntrica de la América Meridional, y sin comunicaciones fluviales con ninguno de los dos océanos, es un país perfectamente mediterráneo. Sus altiplanicies y sus valles comprendidos dentro de la zona intertropical, ofrecen, en razón de su elevación sobre el nivel del mar, los contrastes simultáneos del invierno perpetuo y de la primavera eterna, y en consecuencia todas las producciones del orbe para alimentar su vida interna en el orden material.

La colonización del Alto Perú era una mera continuación del sistema de la época de los Incas, complicado con el antagonismo de las razas. La raza europea se había afincado en seis ciudades fundadas en sitios privilegiados, dando por mansión á los

vencidos las punas heladas ó los valles ardientes, en que reducidos á la condición de siervos de la gleba, trabajaban para sus señores en la agricultura ó en las minas. La plebe de las seis ciudades (que representaba la mayoría de su población), se componía de la raza mezclada, raza enérgica, que era el eslabón intermediario de la cadena étnica entre conquistadores y conquistados. Todo el resto del país estaba exclusivamente poblado por la raza indígena, sometida más bien que asimilada á la ley común; sujeta á pagar tributo de capitación, y despojada de todo derecho civil y hasta de toda personalidad social. Dos lenguas indígenas tradicionalmente enemigas se dividían el país, sin confundirse. El idioma de los conquistadores era ininteligible para la masa del pueblo: sólo se hablaba por la aristocracia de las ciudades. Era, por consecuencia, un organismo aparte, que si bien podía dentro de sí mismo operar su evolución por la fusión de las razas y el equilibrio de sus elementos constitutivos, apenas tenía punto de contacto con el mundo exterior.

Geográficamente, el Alto Perú era por su estructura la continuación de la región montañosa del Bajo Perú, y etnográficamente una parte integrante de ella por la preponderancia del elemento indígena. Empero, ningún vínculo moral existía entre uno y otro. Por el contrario, físicamente desligado del sistema territorial del Río de la Plata, el Alto Perú estaba moralmente identificado con las Provincias Argentinas, á cuya impulsión y atracción obedecía, aun contrariando á veces las tendencias de su organismo propio. Esto explicará algunas aberraciones aparentes en la recíproca acción histórica de ambos países.

II

Así como en la gran sublevación indígena de Tupac-Amaru, el primer grito fué dado en el Alto Perú, la primera señal del alzamiento de los criollos americanos fué dada por él en 1809 en Chuquisaca y La Paz, un año antes que en Buenos Aires, según antes se apuntó. En ambas ocasiones concurrieron fuerzas del virreinato del Río de la Plata y del Bajo Perú á sofocar estos movimientos. En el de La Paz, hechos con tendencias declaradas de independencia, uno de sus autores, hombre del pueblo, había exclamado al subir al cadalso, que el fuego que había encendido no se apagaría jamás, y estas palabras repercutían un año después en el Alto Perú como un grito de redención.

Apenas apagadas aquellas chispas precursoras del gran incendio, estalló en Buenos Aires la revolución del 25 de Mayo en 1810. Su primer objetivo militar fué el Alto Perú, término septentrional del virreinato del Río de la Plata, á fin de establecer allí la nueva autoridad, á la vez de rescatarlo del dominio del virrey de Lima, que lo había declarado anexado á su gobernación para contener el contagio revolucionario. Al efecto, organizó una expedición (Junio de 1810), que fuese á llevar su mandato en la punta de sus bayonetas. Habiendo el ex virrey Liniers levantado en Córdoba el estandarte de la reacción, fué atacado y vencido allí por ella, quedando así pacificado todo el territorio que se extiende desde el Uruguay, el Paraná y el Plata hasta la cordillera de los Andes y sus últimos contrafuertes por el norte. Conforme á la teoría que declaraba rebeldes á los que hicieran resistencia á

la nueva autoridad nacional dentro de los límites jurisdiccionales trazados por el rey de España, en cuyo nombre gobernaba, Liniers y los cabezas de esta reacción fueron ejecutados como tales. Precedidas por el terror que esparcieron por todo el continente estas ejecuciones, las armas de la revolución avanzaron en son de guerra á reconquistar las provincias del Alto Perú, política y militarmente ocupadas por el virrey del Bajo Perú.

Al tiempo de estallar la revolución de Mayo, gobernaba las provincias del Alto Perú el mariscal Nieto, anciano pusilánime que tenía por inspirador al intendente de Potosí don Francisco de Paula Sánz, de carácter enérgico, y por brazo armado al capitán de fragata don José de Córdoba, contando con 2000 hombres de regulares tropas para sostener su actitud de resistencia contra la Junta de Buenos Aires. En su apoyo formóse por orden del virrey del Perú un ejército de 4000 hombres á las órdenes del general Goyeneche, sobre la línea del Desaguadero, linde de los dos virreinatos. Tales eran las fuerzas que se concentraban en la altiplanicie andina para ahogar á la revolución argentina en su cuna.

Dominada la reacción de Córdoba encabezada por Liniers, una división de 500 hombres, á las órdenes del general Antonio González Balcarce, se desprendió de la expedición, con orden de cubrir la frontera de Salta y penetrar al Alto Perú (4 de Septiembre de 1810). Este fué el primer núcleo de lo que después se denominó Ejército Auxiliador del Perú. El jefe destinado á mandarlo, era un veterano de la escuela rutinaria, que desde los primeros años había militado contra los indios, figurando posteriormente en las guerras contra las invasiones inglesas en 1806 y 1807 y en la de la Península contra las armas napoleónicas. Aunque carecía de la inspiración guerrera, tenía la experiencia que la suplía.

y sobre todo un carácter austero y viril que se imponía. Al frente de su pequeña división con sólo dos piezas de artillería, que apenas alcanzaba á la cuarta parte de la fuerza de la vangurdia enemiga, invadió resueltamente al Alto Perú por la Quebrada de Humahuaca y se internó en sus ásperos desfiladeros.

Así que las armas de la revolución se hicieron sentir en la frontera, todo el país de la altiplanicie andina se puso en conmoción. La provincia de Cochabamba fué la primera en levantarse proclamando su obediencia á la Junta popular de Buenos Aires (14 de Septiembre de 1810). Su ejemplo fué seguido por la provincia de Oruro. Armados de hondas, macanas y toscos arcabuces de estaño improvisados, los revolucionarios de Cochabamba se pusieron valientemente en campaña, interceptando las comunicaciones entre la línea del Desaguadero y la de la frontera argentina. Esta insurrección, desconcertó los planes del virrey del Perú, y obligó á Goyeneche á mantenerse á la expectativa, sin poder llevar sus auxilios á Nieto y á Córdoba que ocupaban la primera línea amenazada por Balcarce. La vanguardia de Goyeneche, que ocupaba la ciudad de La Paz, destacó una división de 450 fusileros y 150 Dragones, á órdenes del coronel Piérola, que fué completamente derrotado por 1000 cochabambinos en el campo de Aroma (el 14 de Octubre de 1810), armados en su mayor parte de garrotes, lo que dió origen á la famosa proclama: "¡Valerosos cochabambinos! Ante vuestras macanas el enemigo tiembla".

Bajo estos auspicios abrió Balcarce su campaña. Córdoba, que con la vanguardia se había situado en Tupiza, fué sorprendido por su aproximación, y se replegó á las líneas fortificadas de Cotagaita, veintiséis kilómetros á su retaguardia, de antemano

preparadas para hacer frente á la invasión. Esta posición, que obstruye el camino que conduce á las cuatro provincios alto-peruanas, tiene á su frente por el sur el río de Santiago de Cotagaita, á su espalda una áspera serranía y está dominada en su centro por cuatro cerros que forman un sistema defensivo, la que los realistas coronaron con diez piezas de artillería de pequeño calibre, dificultando sus aproches con trincheras. Es sin embargo accesible por su espalda, por donde se abre una ancha senda, y una marcha de flanco habría bastado para desalojar á sus defensores ó estrecharlos sobre el río; pero el general argentino no iba preparado para esta operación complicada, y además carecía de la fuerza suficiente para llevarla á cabo contra fuerzas muy superiores en número y en calidad. El avance había sido una imprudencia; pero una vez empeñado en el lance, decidióse á atacarla por el frente con poco más de 400 hombres, un cañón de á 8 y un obús de á 24. Situado á tiro de cañón de las fortificaciones, río de por medio, rompió el fuego de artillería, destacando algunas guerrillas laterales, pero sin la resolución de llevar un asalto. Los realistas se sostuvieron con firmeza en sus líneas, y después de cuatro horas de fuego, los argentinos fueron rechazados, y viéronse obligados á replegarse, sin más municiones que las que los soldados llevaban en las cartucheras (27 de Octubre de 1810). Si en aquel momento hubiesen sido perseguidos, su destrucción era segura. Pero los enemigos intimidados, creyeron que la retirada era un ardid de guerra, y permanecieron en la inacción á la espera de un segundo ataque. Pasaron algunos días antes ue el irresoluto mariscal Nieto permitiese á su segundo el coronel Córdoba, salir con una división de 800 á 1000 hombres de las mejores tropas con 4 piezas de artillería en persecución de los argenti-

nos, y esto mismo, cuando tuvo la certidumbre que iban absolutamente desprovistos de municiones.

Balcarce retrocedió en orden hasta Tupiza. Noticiado allí de que le venían refuerzos, continuó su retirada costeando la margen izquierda del río Suipacha, y al llegar á la población de este nombre, lo atravesó, situándose en el pueblo fronterizo de la margen sur, denominado Nazareno. Allí se le incorporaron 140 hombres con dos piezas de artillería, con suficiente provisión de municiones, y decidióse á hacer frente al enemigo á la cabeza de poco más de 600 hombres. Al día siguiente (7 de Noviembre de 1810), apareció la división de Córdoba sobre las alturas del norte, que coronó con sus columnas, limitándose á desprender por su frente algunas guerrillas protegidas por las acequias del río. El general argentino, que había ocultado el grueso de su fuerza, lo provocó sobre el vado con dos piezas de artillería sostenidas por 200 cazadores. Empeñado el combate de vanguardia, con calculada debilidad por parte de los patriotas, para mantener la ilusión de que carecían de municiones, Balcarce simuló una retirada. Los contrarios, envalentonados, se empeñaron en su persecución, comprometiendo la reserva, y cayeron en una verdadera emboscada, que una sola carga decidió la acción en menos de media hora. Una bandera, 150 prisioneros, 40 muertos y toda la artillería realista fueron los trofeos de esta victoria, la primera y la última de la revolución argentina en el Alto Perú.

III

El triunfo de Suipacha fué la señal de la insurrección general del Alto Perú. La Paz siguió el movimiento de Oruro y Cochabamba, y las fuerzas de estas provincias avanzaron sobre Chuquisaca y

Potosí, cuyo pronunciamiento determinaron. El ejército de la revolución remontado por el entusiasmo de las poblaciones, obligó á los realistas á evacuar las cuatro provincias y á retirarse al norte del Desaguadero. Los indígenas, bendiciendo á los redentores que abolían el tributo, la mita y el servicio personal, se alistaron bajo sus banderas, y desde entonces fueron los más decididos sostenedores de la revolución. Al frente de este movimiento púsose el doctor Juan José Castelli, como representante político y militar de la Junta de Buenos Aires, á ejemplo de los delegados de la revolución francesa, de cuyas máximas terroristas estaba imbuído, y que acababa de presidir en ese carácter la trágica ejecución de Liniers y sus compañeros de infortunio. Aplicando en cumplimiento de sus terribles instrucciones la doctrina revolucionaria que declaraba reos de alta traición á los que levantaran armas dentro de su territorio contra la nueva autoridad, hizo ejecutar en la plaza de Potosí, á Nieto, Sánz y Córdoba. La guerra á muerte quedó así declarada entre la revolución argentina y la reacción española.

Antes de cumplirse un año de la revolución de Mayo, el ejército triunfante en Suipacha, fuerte de 6000 hombres, acampaba á la margen sur del Desaguadero, sobre las ruinas del antiguo templo del Sol en Tiahuanaco, se extendía por los contornos del gran lago del Chucuito y amagaba el puente del Inca, que defendía el ejército del Bajo Perú mandado por Goyeneche. A la espalda de los realistas, los pueblos impacientes por seguir el ejemplo de Buenos Aires, esperaban el momento más propicio para insurreccionarse como el Alto Perú, y más allá, en todos los dominios de las colonias hispano-americanas, desde el Ecuador hasta Méjico, la revolución, señora de las costas del Atlántico y del

Pacífico, levantaba ejércitos, reunía congresos y daba batallas, proclamando los mismos principios de independencia que la revolución argentina había inscripto en sus banderas. Neutralizada la acción del Paraguay, sólo quedaba el virreinato del Perú y la plaza fuerte de Montevideo, como únicos focos de la reacción. Una segunda victoria en tales circunstancias, habría decidido irrevocablemente de la suerte de la revolución sudamericana, como lo han confesado sus mismos enemigos; pero contenida en su avance y perdido su primer ímpetu, tendría necesariamente que retrogradar á su punto de partida, para no volver á encontrar sino desastres por el camino militar, que por entonces recorría en triunfo.

Castelli, en observancia de sus instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, á fin de preparar su insurrección, encontrando todo el país bien dispuesto. A la vez, abrió negociaciones confidenciales con Goyeneche, quien á la espera de los refuerzos que le venían de Lima, procuró ganar tiempo, haciendo proposiciones inaceptables de transacción. Convencido el representante de la Junta, según sus propias palabras, "que no quedaba más esperanza de conciliación que la que depende de las armas", en vez de dar impulso á las operaciones, siquiera para ocupar posiciones más ventajosas, prestó oídos á unas vagas proposiciones de arreglo hechas por intermedio del Cabildo de Lima, y reabrió una negociación pública con Goyeneche que dió por resultado el ajuste de un armisticio por el término de cuarenta días, que ha pasado á la historia con el nombre del Desaguadero. El documento de compromiso fué insidiosamente redactado por el general realista (14 de Mayo), y ratificado por Castelli y Balcarce con aclaraciones de mera forma (16 de Mayo de

1810), que acusan tanta imprevisión en el representante como olvido de los preceptos más elementales de la seguridad en la guerra por parte del general.

El armisticio beneficiaba considerablemente á los realistas, pues importaba entregarles el dominio de la línea del Desaguadero en ambas márgenes, y debía ser, como fué, el presagio de la derrota de los patriotas.

IV

El río Desaguadero, como su nombre lo indica, es un derrame del gran lago Chucuito ó Titi-Caca, que corre de este á sudoeste, y esta era la barrera interpuesta entre los dos ejércitos beligerantes. Los realistas sólidamente establecidos, sobre su margen del norte, se habían apoderado del puente flotante del Inca, formado de balsas de paja, que se halla situado á poca distancia del desagüe, y era por entonces el único medio de comunicación entre las dos orillas. Para asegurar este dominio, habían establecido su vanguardia y baterías en las alturas del sur que lo dominan inmediatamente, que se llaman de Vila-Vila, y se prolongan de norte á sur como un eje, cortando el llano que se extiende por esa parte en dos valles, limitado el uno por la laguna al este, y el otro por el Desaguadero al oeste. El que llamaremos valle del este, lleva en su comienzo el nombre de Azafranal, y en su boca de salida y á los treinta y siete kilómetros, se encuentra al sur el pueblo de Huaqui, donde el ejército patriota se concentró después del armisticio. El del oeste, lleva el nombre de Jesús de Machaca, que es el mismo de la población que en él se encuentra, y en su origen lleva el de Pampa de Chibiraya, por la parte del norte sobre el río. Las

alturas de Vila-Vila, bastante empinadas y ásperas, sólo permiten la fácil comunicación entre los dos valles por una abra de 2500 metros de extensión, situada á diez kilómetros á vanguardia de Huaqui, que se denomina Quebrada de Yauricoragua.

Con esta descripción se comprenderá fácilmente que, situado el ejército patriota en Huaqui en el punto más abierto del llano, entregaba el dominio de ambas márgenes del Desaguadero al enemigo, el cual, dueño de las alturas de Vila-Vila, tenía en ellos una especie de cabeza de puente, y por sus crestas podía correrse resguardado, ya para dominar ambos valles, ya para interceptar su comunicación por la Quebrada de Yauricoragua, ó bien para atacar á los patriotas por su flanco caso de estar reunidos, y aisladamente, divididos en dos campos. Por uno de los artículos del armisticio, se había convenido que los realistas conservarían sus posiciones en Vila-Vila, dando por única razón el ser penosa su traslación. Castelli y Balcarce convinieron en ello, con la salvedad de mera forma, que tal ocupación no se entendiese por nueva demarcación de límites entre los dos virreinatos. Como se ve, generales y políticos no conocían el terreno que pisaban ni lo que tenían entre manos. Muy luego empezaron á comprender lo falso de su posición, y al procurar la enmienda del error, comprometióse más su situación por el modo como se verificó.

Mal observado por una y otra parte el armisticio, como que la buena fe no había presidido á su ajuste ni por una ni por otra parte, á los pocos días de firmado, estaba desvirtuado de hecho como preliminar de paz y hasta como compromiso de guerra. Debe decirse en honor de la verdad histórica, que los primeros que lo violaron fueron los patriotas, extendiendo sus correrías hasta San Andrés de

Machaca al norte del Desaguadero (17 de Mayo), y atacando en Pisacoma un destacamento realista que observaba pacíficamente los caminos de la costa. Goyeneche por su parte, adelantó entonces sus reconocimientos hasta el terreno intermedio, y trató de sorprender en dos ocasiones los puestos avanzados de los patriotas. Para cubrir su flanco izquierdo, Castelli, de acuerdo con Balcarce, había situado una división de cochabambinos de caballería con artillería, en la pampa ó valle de Jesús de Machaca, y hecho construir un puente como diez kilómetros más abajo de el del Inca, á la altura de San Andrés de Machaca, lo que le daba el dominio de la margen norte sobre el flanco derecho y la retaguardia del enemigo. Todos estos preparativos revelaban un plan de ataque, que en efecto había sido acordado en junta de guerra de los argentinos, diez días antes de expirar el armisticio, y debía verificarse á su término ó antes para ganar de mano al enemigo, que por su parte se preparaba á hacer lo mismo. Pero por una aberración, que no tiene mejor explicación que las cláusulas imprevisoras del armisticio, el plan se limitaba á ocupar las alturas de Vila-Vila sobre el puente del Inca, tan llanamente cedidas, cuyo desalojo costaría tanto como una batalla, haciendo mientras tanto una mera diversión por el puente nuevo con la columna cochabambina. Con esta resolución y este objetivo se dictaron en consecuencia las medidas preventivas, tan desacertadamente como el armisticio y el plan de ataque.

V

El ejército argentino, fuerte como de 5000 hombres, se componía de cinco divisiones. Mandaba la llamada de la derecha el general Juan José Viamonte, y la de la izquierda el coronel Eustaquio

Díaz Vélez, compuestas de las mejores tropas de Buenos Aires, y que unidas formaban un total como de 2500 hombres de las tres armas, predominando la infantería. El centro y la reserva constaba de 2200 hombres de tropas colecticias, mal armadas y sin espíritu. La división de cochabambinos, de 1000 á 1200 hombres de caballería irregular, era una tropa de poca consistencia aunque de bastante brío. Esta masa informe tenía que medirse con un ejército más numeroso, mejor organizado y mejor mandado, y en las posiciones abiertas que ocupaba, su seguridad dependía de su concentración. Fué todo lo contrario lo que hizo, y esto acarreó su pérdida. Ocho días antes de fenecer el armisticio (en la noche del 18 y mañana del 19 de Junio de 1811), las divisiones derecha é izquierda, con una batería de artillería á las órdenes de Viamonte y Díaz Vélez, bajo el mando superior del primero, acamparon en la Quebrada del Yauricoragua, con prevención de esperar en ese punto la incorporación del centro y reserva, que según el plan acordado debían marchar reunidas al ataque de la posición de Vila-Vila. El enemigo, que mientras tanto se había reforzado y contaba con 6500 combatientes, apercibido de los movimientos de los patriotas, se disponía por su lado á traerles un ataque más vigoroso y mejor combinado, aprovechándose de sus faltas.

Al amanecer del día 20 de Junio, asomaron simultáneamente por las pampas del Azafranal y de Chibiraya, dos fuertes columnas de ataque realistas, mientras que por las alturas intermedias de Vila-Vila, avanzaba una columna ligera que ligaba sus movimientos, teniendo por objetivo las tres la Quebrada de Yauricoragua. La ocupación de este último punto era la victoria: interceptados los dos cuerpos de ejército de los patriotas, quedaban cor-

tados y dominados, reducidos á batirse aisladamente y en la llanura. Mandaba la columna de la derecha Goyeneche en persona, y la de la izquierda su segundo el general Ramírez. Su punto de partida había sido el puente del Inca, y al atravesar el río se apartaron y emprendieron una marcha paralela, con el macizo de Vila-Vila por medio, siguiendo la una por entre la costa de la laguna y la serranía (Azafranal), en dirección á Huaqui, y la otra por entre la misma y el Desaguadero (Chibiraya), en dirección á Jesús de Machaca, convergiendo ambas hacia el punto estratégico de Yauricoragua. La operación era bien concebida y fué hábilmente ejecutada.

La columna ligera del centro realista, á órdenes del coronel Pío Tristán, que marchaba por encima de la sierra, desalojó fácilmente de ella y de su falda occidental á las débiles avanzadas que los patriotas tenían á su frente, hasta dominar con sus fuegos la Quebrada de Yauricoragua, mientras que la de la derecha caía sobre Jesús de Machaca, y la de la izquierda se posesionaba de la boca occidental de la ya mencionada quebrada, por donde únicamente podían comunicarse los dos cuerpos de ejército divididos, y atacaba la posición de Huaqui. Las divisiones de Viamonte y Díaz Vélez que se hallaban acampadas en el fondo de la quebrada, sin haber tenido la precaución de guarnecer convenientemente las alturas que la dominaban, intentaron sostenerse en ella, pero viéronse obligadas á salir á la inmediata pampa de Jesús de Machaca donde formaron su línea de batalla. Por segunda vez intentó Viamonte franquear la quebrada para abrirse comunicación con el cuartel general, pero fué rechazado con pérdida de un batallón y dos piezas de artillería. Mientras tanto, la división de Díaz Vélez con dos piezas, sostenida en segunda

línea por la de Viamonte, hacía frente á la división de Ramírez, quien no se mostró en esta jornada á la altura de su merecida fama de buen militar, pues no supo aprovechar el efecto de la sorpresa. Perdió tiempo en inútiles guerrillas, que fueron rechazadas; desplegó su línea bajo el fuego de las dos piezas de artillería de la primera línea patriota, que le causaron bastante daño y lo hicieron vacilar, á punto que, según declaración de los mismos historiadores realistas, su ataque habría tal vez fracasado sin la oportuna aparición de las guerrillas de la columna de Goyeneche que amagaron el flanco derecho de sus contrarios. Estos, cargados entonces con más firmeza, se vieron obligados á replegarse en desorden con pérdida de parte de su artillería, 2500 metros á retaguardia, donde formaron segunda línea de batalla. Eran las 11 de la mañana y hacía cuatro horas que duraba el fuego. Los patriotas, aunque quebrantados y reducidos á 1600 hombres, mantuviéronse en su nueva posición, muy débilmente hostilizados. Contribuyó á esto la aparición de la fuerte columna cochabambina, que destacada sobre el puente nuevo, para hacer su diversión á espaldas del enemigo, no había acudido al cañoneo, cuando su presencia pudo ser decisiva. Así permanecieron hasta el anochecer, en que las tres divisiones emprendieron una retirada desordenada en dirección á Oruro, dispersándose en gran parte. La división de Cochabamba salvó al menos algunos de los cañones.

La suerte que cupo al cuerpo de ejército bajo las órdenes del representante y del general en jefe, fué más desastrosa y menos gloriosa aun que el de Jesús de Machaca. Situado en Huaqui, con su reserva escalonada á retaguardia á distancia de más de diez kilómetros de la boca oriental de la Quebrada de Yauricoragua, acudió desordenadamente

á defender el punto estratégico amenazado para buscar su incorporación con las divisiones destacadas, que en aquel momento se batían en la pampa opuesta; pero encontró ya ocupada la quebrada de comunicación por la columna de Goyeneche, bien establecida en las alturas dominantes. Desde ese momento, y antes también, la batalla estaba del todo perdida. Balcarce, sin embargo, después de una fatigosa marcha de más de una hora, procuró organizar la resistencia en una estrechura del terreno, apoyando su derecha en la laguna y su izquierda en un morro que ocupó con guerrillas, situando su reserva á retaguardia de su flanco izquierdo. Apenas tuvo tiempo de formar en batalla y cambiar algunos cañonazos. La primera línea, al amago de una carga de flanco, se desorganizó, arrojando sus armas ó pasándose al enemigo, y los dispersos envolvieron en su fuga á la reserva, armada en su mayor parte de chuzos.

VI

La derrota del Desaguadero, que decidió la suerte de la primera campaña de la revolución, y obligó al ejército argentino á evacuar el Alto Perú, no quebrantó la energía de la provincia de Cochabamba. Los restos de sus tropas, remontadas con nuevos voluntarios, se hicieron fuertes en su territorio y dieron todavía una nueva batalla en el campo de Sipe-Sipe (Agosto 13 de 1811), en que fueron derrotadas. El país quedó dominado por las armas del rey, pero no domado. Dos nuevas derrotas en una segunda invasión, en los campos de Vilcapugio y Ayohuma (1813), no pudieron extinguir el fuego que alimentaba en las clases ilustradas el sentimiento de confraternidad americana, y en las clases

populares, especialmente entre los indígenas, el odio contra sus antiguos opresores. Así es que, tanto en 1811 como en 1813, al evacuar el país las tropas derrotadas de la revolución á las órdenes de Belgrano, mientras una parte de la población los acompañaba en su retirada, la otra se mantenía en armas á espaldas del enemigo triunfante, esterilizando sus victorias y paralizando su avance.

La opinión pública siempre estuvo de parte de la revolución, así en la victoria como en la derrota. Pero el movimiento de opinión del Alto Perú era orgánicamente débil como idea y como acción. Sin los elementos necesarios para darle forma y cohesión política, la insurrección de las masas carecía de unidad, de plan y por consecuencia de eficacia militar. Con fortaleza para resistir y morir estoicamente en los campos de batalla y en los suplicios, y aun para triunfar algunas veces casi inermes, las muchedumbres insurreccionales del Alto Perú ofrecen uno de los espectáculos más heroicos de la revolución sudamericana. A pesar de tantos y tan severos contrastes, no se pasó un solo día sin que se pelease y se muriese en aquella alta región mediterránea.

Los desastres sucesivos de las armas argentinas en el Alto Perú, si bien no destruyeron la solidaridad de causa, aflojaron los vínculos morales que unían sus provincias á las del Río de la Plata, contribuyendo, además de las causas que hemos señalado, los acontecimientos que sobrevinieron más tarde. En 1814 aun perseveraban las provincias del Alto Perú en su unión política con Buenos Aires, y mantenían en alto los pendones de la insurrección en su propio territorio, á la espera del regreso de sus libertadores. Del éxito de esta nueva campaña iba á depender la unidad política del antiguo virreinato. Una nueva derrota debía producir una

nueva solución de continuidad como en el Paraguay y la Banda Oriental, y determinar la creación de una nueva nacionalidad. San Martín la presentía por ese camino, ó por lo menos consideraba la victoria difícil y muy costosa para los objetos inmediatos de establecerse sólidamente en ese terreno, sacando de él recursos para ir adelante, y estéril para el objetivo final, por cuanto, según él, "la separación de las Provincias Altas y de las Provincias Bajas, era un "hecho demostrable", y sus intereses no tenían la menor relación". Esta fué su primera intuición del plan de campaña continental que descubrió por otro camino diametralmente opuesto en su punto de partida, aunque paralelo en su trayecto.

En los cuatro años que iban corridos de la revolución, se había repetido (y debía repetirse constantemente) un hecho que no podía escapar al ojo observador de San Martín.

El movimiento revolucionario iniciado en Buenos Aires el 25 de Mayo, se había propagado sin violencia por las vastas llanuras de la cuenca del Plata que se desenvuelve entre el Atlántico y los Andes. En el punto en que empiezan á levantarse por el norte las montañas que la limitan del Alto Perú, el movimiento se había detenido como la onda que tropieza con un obstáculo, conservando su impulsión inicial. Hasta allí la revolución argentina era una ley normal que se cumplía por su propia virtud. Más adelante tenía que atravesar desfiladeros, trepar alturas y penetrar á otra zona; tenía que avanzar en son de guerra, imponerse por las armas y mantenerse combatiendo, á condición de triunfar siempre porque hasta allí únicamente alcanzaba la acción eficiente de las fuerzas vivas de su organismo político y social. Así, desde los primeros días de la revolución, las fronteras de la na-

cionalidad argentina empiezan á diseñarse geográfica, política y socialmente, por la naturaleza del suelo, por la homogeneidad de la raza, y la atracción ó repulsión latente de los elementos constitutivos de la colectividad, que se agrupan según sus afinidades. El mapa administrativo del antiguo virreinato no coincidía ya con el de la revolución social de las Provincias Unidas, y ni aun siquiera con el de la dominación de sus armas.

Por dos veces los ejércitos argentinos habían penetrado triunfantes al Perú, y por dos veces retrocedieron despedazados hasta el límite en que la oleada revolucionaria de Mayo se detuvo, recobrando nuevas fuerzas al retroceder. A su turno, toda vez que los españoles vencedores traspasaron ese límite, fueron completamente vencidos, viéndose obligados á retroceder á sus antiguas posesiones para rehacerse. Este hecho sincrónico, que se había repetido tres veces (y que se repetiría normalmente por nueve veces consecutivas), parecía en efecto obedecer á una ley fatal, y debía necesariamente reconocer una causa y tener su razón de ser.

Estudiando militarmente estos antecedentes históricos, para deducir de ellos una regla y trazar un plan de campaña á la revolución armada, el nuevo general del ejército del norte tenía que resolver ante todo: si era posible, y dado que fuese posible, si era militarmente acertado llevar por tercera vez la ofensiva al territorio del Alto Perú, para convertirlo de nuevo en teatro de la guerra sudamericana, y si, el camino del Alto Perú era el itinerario estratégico indicado para llevar ventajosamente las armas de la revolución hasta Lima, objetivo de las operaciones. Estas cuestiones, al parecer puramente técnicas, envolvían el arduo y complicado problema social, político y militar que hemos señalado antes. De su solución pendían los destinos de la América

del Sur, y sólo un genio observador, paciente y metódico podía preverla, prepararla y realizarla. Este genio fué el de San Martín.

San Martín comprendió que la revolución estaba militarmente mal organizada, qué sus ejércitos carecían de solidez, que las operaciones no eran el resultado de un plan preconcebido, y que la guerra, que para algunos debía terminar en la primera batalla ganada, recién empezaba. Las últimas derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, atribuídas por la generalidad á circunstancias casuales, así lo demostraban. El había aprendido en un largo aprendizaje en la escuela de la experiencia que no es la fortuna ciega la que decide del éxito de las batallas. Al comparar las fuerzas respectivas de los ejércitos beligerantes con esta base de criterio, las victorias y las derrotas de la revolución tenían una explicación natural. Toda vez que las fuerzas materiales se habían chocado, el triunfo fué de la inteligencia y de la sólida organización. Toda vez que intervinieron dos fuerzas morales sometidas á la disciplina, la revolución había triunfado.

El ejército que por dos ocasiones había derrotado á los ejércitos argentinos, primeramente á las órdenes de Goyeneche, últimamente á las de Pezuela, y subyugado en ambas las provincias del Alto Perú, estaba organizado con elementos puramente americanos, que tenían espíritu y cohesión. Componíanlos en su mayor parte naturales de la sierra del Bajo Perú. Sus soldados eran frugales, infatigables en las marchas, fieles á su bandera, subordinados á sus jefes y siempre compactos en el fuego. Hablaban la misma lengua, eran de la misma raza mezclada del país en que combatían, cuyo clima es una continuación del suyo, y las asperezas y privaciones de las montañas les eran familiares. Todas estas circunstancias daban á las tropas es-

pañolas una gran superioridad sobre las argentinas en aquel terreno.

La organización militar, la inteligencia de los generales y la implacable energía del conquistador, siempre estuvo de parte de los realistas en las campañas del Alto Perú. Por el contrario, la inteligencia, el vigor de la iniciativa y la victoria siempre estuvo de parte de los argentinos cuando combatieron en su propio territorio, dentro del perímetro de las fronteras que la revolución había trazado. Huaqui, Vilcapugio y Ayohuma habían sido simplemente el choque de las fuerzas morales y materiales de la revolución combinadas. De aquí provenía que cada uno de los ejércitos se considerase de antemano vencido allí donde había sido varias veces derrotado, ó que se aventurase con zozobras en el territorio dominado por su enemigo. El recuerdo de sus recientes contrastes los perseguía como un fantasma aterrador.

La revolución vencida por las armas, triunfaba por la opinión en uno y otro teatro. Los ejércitos del rey habían derrotado á los ejércitos patriotas en el Alto Perú, pero no habían conseguido domar el espíritu público. Dueños del campo de batalla, los realistas se sentían paralizados en medio de un país enemigo, en que, hasta la sumisión pasiva y el silencio mismo de los vencidos, era para ellos una amenaza muda que los alarmaba. En vano ensayaron el rigor más desapiadado para vencer esta resistencia que estaba en la atmósfera. Los suplicios se levantaron en todo el territorio dominado por las armas del rey, clavándose cabezas de insurgentes á lo largo de los caminos; los bienes de los emigrados fueron confiscados y vendidos en pública subasta; las poblaciones fueron saqueadas; se crearon comisiones militares que bajo el título de tribunales de purificación eran agentes de ven-

ganzas, y hasta se vendieron como esclavos á los dueños de viñas y cañaverales de la costa del Perú, los prisioneros de guerra de las últimas jornadas. No por esto desmayó el espíritu varonil de los pueblos del Alto Perú. La resistencia pasiva era indomable, la insurrección cundía á la menor señal, y hasta los toscos indios armados de macanas, de hondas y de flechas se lanzaban estoicamente á una muerte casi segura con la esperanza de que pronto serían vengados.

En tal situación, el general español sin poder retroceder ni atreverse á avanzar, se limitó á mantenerse con un pie en la frontera del Alto Perú y otro en la de Salta. Distribuyó convenientemente una parte de su ejército para asegurar las comunicaciones por su retaguardia, situó su cuartel general en Tupiza, y avanzó su vanguardia hasta Salta, á la espera de refuerzos del Bajo Perú para emprender operaciones decisivas. Esto no hizo sino empeorar la situación. Mientras el país que quedaba á su espalda se insurreccionaba de nuevo y atacaba su retaguardia, otro país animado de decisión no menos indomable se levantaba en masa á su frente, resuelto á disputarle el terreno, y atacaba su vanguardia en Salta.

Bajo la protección de estos dos levantamientos populares, el ejército patriota reconcentrado en Tucumán, se reorganizaba y se reforzaba, sirviendo de reserva á las guerrillas de Salta, é impedía que el enemigo acudiese con todo su poder á sofocar las insurrecciones del Alto Perú. Sin estas diversiones el ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, habría sido batido nuevamente ó tenido que retroceder ante la vanguardia triunfante del enemigo, aun con San Martín á su cabeza y el refuerzo que éste trajo de Buenos Aires (700 hombres). Así lo comprendió el mismo San Martín, y por eso desde el

primer momento (bien aconsejado por Belgrano en esto), todo su plan de campaña se redujo á fomentar la insurrección del Alto Perú y á dar organización y consistencia á la guerra de partidarios por la parte de Salta.

Después nos ocuparemos detenidamente de la guerra de partidarios en Salta. Por ahora nos contraeremos á las insurrecciones del Alto Perú en 1814 á espaldas del enemigo, una de las páginas más brillantes y menos conocidas de la revolución argentina.

VII

El general Belgrano, después de la derrota de Ayohuma, y al tiempo de evacuar el territorio del Alto Perú (Diciembre de 1813), había dejado como gobernador de Cochabamba y comandante general de las armas patriotas á retaguardia del enemigo, al coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales. Al mismo tiempo, nombró gobernador de Santa Cruz de la Sierra al coronel Ignacio Warnes, subordinándolo en lo militar á Arenales. Sólo dos hombres del temple de Arenales y Warnes podían encargarse de la desesperada empresa de mantener vivo el fuego de la insurrección en las montañas del Alto Perú, después de tan grandes desastres, completamente abandonados en medio de un ejército fuerte y victorioso, y sin contar con más recursos que la decisión de poblaciones inermes y campos desvastados por la guerra.

Arenales es, por sus antecedentes, por su carácter típico y y por la originalidad de sus hazañas, uno de los hombres más extraordinarios de la revolución argentina. Aunque nacido en España, habíase educado en Buenos Aires, y se decidió con ardor por la causa americana desde el 25 de Mayo de 1810. En

esta época, tomó parte en la revolución que estalló en Chuquisaca, de la que fué nombrado comandante de armas. Perseguido á consecuencia de este suceso, permaneció prisionero en las casasmatas del Callao hasta que en 1812 las Cortes de Cádiz abrieron las puertas de su prisión. Al tiempo de la batalla de Tucumán hallábase en la ciudad de Salta, donde encabezó un pronunciamiento patriota, que inmediatamente sofocado, fué, para él, origen de nuevas persecuciones. Incorporado al ejército del general Belgrano en 1812, antes de la batalla de Salta, le acompañó en su expedición al Alto Perú, manteniéndose durante toda la campaña sobre el flanco del enemigo en Cochabamba, y cooperó con inteligencia y energía al éxito de las operaciones. Era Arenales un estoico por temperamento, que se trataba á sí mismo con más dureza que á los demás. Austero en sus costumbres, tenaz en sus propósitos y de una actividad infatigable, reunía á las virtudes civiles del ciudadano, los talentos del administrador, y á una voluntad inflexible en el mando, una cabeza fértil en expedientes en medio de las circunstancias más difíciles de la guerra. En su rostro adusto jamás se reflejó la sonrisa, ni las impresiones del dolor físico. Sus ademanes severos y bruscos, su mirada siempre seria, su cabeza casi cuadrada como la de un león domesticado y sus facciones incorrectas que se destacaban enérgicamente en un óvalo prolongado, daban autoridad á su persona y á sus mandatos imperativos, no obstante cierto aire cómico y vulgar que contrastaba con su habitual gravedad. Bajo esta rústica corteza se escondía un alma ardiente, llena de bondad nativa, más apasionada por el deber que por la gloria, y que parecía buscar sus acres goces y encontrar su equilibrio en medio de los peligros y trabajos. Tal era el gobernador de Cochabamba, des-

tinado á insurreccionar el Alto Perú á retaguardia del enemigo victorioso, cuyas cualidades, aunque notables, no prometían ciertamente al precursor y al maestro de una escuela de partidarios en Sud América.

San Martín, informado por Belgrano de estos antecedentes y del carácter de Arenales, se puso en comunicación con él, y despachó sucesivamente dos expediciones en su auxilio, remitiéndole armas y municiones al cargo de oficiales destinados á ayudarle en sus operaciones. Al mismo tiempo escribía al gobierno: "Mi objeto es promover la insurrección de los naturales del Perú y hacer al enemigo la guerra de partidarios, á cuyo efecto le he dado (á Arenales) instrucciones sobre el modo cómo debe hostilizar al enemigo".

Casi al mismo tiempo que San Martín promovía la guerra de partidarios por el frente y la retaguardia del enemigo, y expedía á Arenales las instrucciones de que se ha hecho mención, firmaba con mano firme una sentencia de muerte que se liga naturalmente con los sucesos del Alto Perú de que venimos ocupándonos.

Durante la permanencia de Belgrano en el Alto Perú, tomóse prisionero en Santa Cruz de la Sierra al coronel español Antonio Landivar. Había sido éste uno de los agentes más desapiadados de las venganzas de Goyeneche, y en consecuencia el general le mandó formar causa "no por haber militado con el enemigo en contra de nuestro sistema (dice en su auto), sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido contra el derecho de la guerra". Reconocidos los sitios en que se cometieron los excesos y levantaron los cadalsos por orden de Landivar, se comprobó la ejecución de 54 prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos habían sido

cortados y clavados en las columnas miliarias de los caminos. El acusado declaró que sólo había ajusticiado 33 individuos contra todo derecho, alegando en sus descargos haber procedido así por órdenes terminantes de Goyeneche, las que exhibió originales.

He aquí en extracto algunas de las órdenes de Goyeneche: "Potosí, Diciembre 11 de 1812.—Marche Vd. sobre Chilón rápidamente y obre con energía en la persecución y castigo de todos los que hayan tomado parte en la conspiración de Valle Grande, "sin más figura de juicio" que sabida la verdad militarmente". Otra: "Potosí, Diciembre 26 de 1812.—Tomará las nociones al intento de saber los generales caudillos y los que les han seguido de pura voluntad, "aplicando la pena de muerte á verdad sabida sin otra figura de juicio". Defiero á Vd. todos los medios de purgar ese partido de los restos de la insurrección que "si es posible no quede ninguno". En 5 de Diciembre de 1813 se reitera la misma orden, y á 11 del mismo mes y año, contestando á Landivar, le dice Goyeneche: "Apruebo á Vd. la energía y fortaleza con que ha aplicado la pena ordinaria á unos y la de azotes á otros, y le prevengo que á cuantos aprehenda con las armas en la mano, que hayan hecho oposición de cualquier modo á los que mandan, convocado y acaudillado gente para la revolución, sin más figura de juicio que sabida la verdad de sus hechos y convictos de ellos, los pase por las armas. Apruebo la contribución que acordaba imponer á todos los habitantes que han tomado parte en la conspiración, ó la han mirado con apatía ó indiferencia". Por último, en varios otros oficios tanto Goyeneche como su segundo el general Ramírez, escriben á Landivar: "Sólo creo prevenirle que no deje un delincuente sin castigo á fin de fijar el escarmiento en los ánimos de esos habitantes".

En vista de esos descargos, la defensa fué hecha con toda libertad y energía por un oficial de Granaderos á caballo, quien refutó con argumentos vigorosos las conclusiones del fiscal de la causa, invocando el principio de fidelidad que debía á sus banderas aun cuando fuesen enemigas, y la inviolable obediencia que debía á sus jefes, tratando de ponerlo bajo la salvaguardia de los prisioneros de guerra. Tal es la causa que con sentencia de muerte fué elevada á San Martín el 15 de Enero de 1813, y que él con la misma fecha mandó ejecutar, escribiendo de su puño y letra "cúmplase", sin previa consulta al gobierno, como era de regla.

Al justificar la necesidad y urgencia de este proceder, San Martín escribía al gobierno: "Aseguro á V. E. que á pesar del horror que tengo á derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es de absoluta necesidad el hacer un ejemplar de esta clase. Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra sin respetar en nosotros el sagrado derecho de las gentes y no se embarazan en derramar á torrentes la sangre de los infelices americanos. Al ver que nosotros tratábamos con indulgencia á un hombre tan criminal como Landivar, que después de los asesinatos cometidos aún gozaba de impunidad bajo las armas de la patria, y en fin, que sorprendido en un transfugato y habiendo hecho resistencia, volvía á ser confinado á otro punto en que pudiese fomentar como lo hacen sus paisanos, el espíritu de oposición al sistema de nuestra libertad, creerían, como creen, que esto más que moderación era debilidad, y que aun tememos el azote de nuestros antiguos amos".

Este grito vibrante del criollo americano, debía

resonar por largos años en los campos de Salta y repercutir en las montañas del Alto Perú, obligando á los antiguos amos á reconocer á los partidarios como á soldados regulares y á tratar á los revolucionarios como á individuos amparados por el derecho de gentes.

El proceso Landivar da una idea del modo cómo se hacía en aquella época la guerra en el Alto Perú. Verdad es que las guerrillas sueltas, que por la independencia con que obraban unas de otras se denominaban republiquetas, respondían á su vez con tremendas represalias, y marcaban su trayecto con cabezas cortadas que colocaban clavadas en altas picas á la orilla del camino que debían recorrer los realistas. Según la expresión de un historiador contemporáneo del mismo país, "la guerra tomaba cada día un aspecto más horrible; pero las escenas de sangre á nadie aterrorizaban. Cinco años de combates y suplicios acostumbraron á los habitantes del país á ver con serenidad las calamidades de una lucha encarnizada: nadie temía verter su sangre, y todos deseaban derramar la de sus contrarios". Tal era la guerra en que iba á tomar parte Arenales, acaudillando la quinta insurrección de la heroica Cochabamba.

No se comprenderían bien las operaciones militares que van á seguirse, respecto de las cuales nada se ha escrito hasta hoy, sin echar antes una ojeada sobre el terreno en que van á desenvolverse.

El Alto Perú se divide en tres regiones, comprendidas entre dos cadenas de montañas, que forman el doble nudo de la cordillera de los Andes, de que hemos hablado antes. Entre ambas cordilleras se desenvuelven horizontalmente á 4000 y 4400 metros sobre el nivel del mar, las grandes mesetas conocidas en la geografía con la denominación de llano boliviano. La cordillera occidental corre paralela

al mar Pacífico dominando terrenos áridos y despoblados, desde el desierto de Atacama (que es una altiplanicie) hasta los primeros valles de la costa del Bajo Perú. El llano central, región poblada aunque inclemente, es el camino natural entre la República Argentina y el Bajo Perú, y había sido el teatro de las operaciones de los ejércitos en las dos anteriores campañas. La cordillera oriental, dominada por los más altos picos de los Andes cubiertos de nieves perpetuas, es, por el contrario, un verdadero paraíso intertropical. A su pie, por la parte del poniente, se extiende el risueño valle de Clisa, donde se asienta la ciudad de Cochabamba, que comunica con el llano central por cuestas de fácil acceso, y con Chuquisaca por los valles que se suceden en la misma dirección hacia el sudeste. Al naciente de esta cordillera y á espaldas de Cochabamba, se encuentra el Valle Grande, situado entre los últimos contrafuertes de los Andes por esta parte, que determinan el sistema hidrográfico que va á derramar sus caudales en el Amazonas. Más al nordeste está situada Santa Cruz de la Sierra, en medio de una vasta llanura cubierta de selvas vírgenes. Los confines de esta región son los territorios de Mojos y Chiquitos que se inclinan gradualmente hasta el nivel de las aguas del Océano Atlántico, lindando con el Brasil, el Paraguay y el Gran Chaco Argentino.

Con esta explicación se comprenderá bien que dominando el ejército realista el llano central y los valles circunvecinos al poniente de la cordillera oriental, la posición de Arenales en Cochabamba era insostenible con los escasos elementos de que podía disponer, y que sólo le quedaba franco el camino del Valle Grande á su espalda. Por este camino podía ponerse en contacto con Santa Cruz de la Sierra, á cuya frente se hallaba Warnes y

abrir comunicaciones con las Provincias Argentinas por la parte del Chaco. A la vez podía tomar por la espalda á Chuquisaca ó á Cinti, con sólo faldear los contrafuertes de los Andes al naciente, dejando á Santa Cruz á su espalda, y marchar siempre por llanuras al abrigo de bosques y desfiladeros.

VIII

En la imposibilidad de sostenerse en Cochabamba, Arenales emprendió su retirada á los 15 días de la batalla de Ayohuma (29 de Noviembre), al frente de 60 fusileros, cuatro cañones de pequeño calibre, algunos pocos jinetes y una inmensa muchedumbre armada de hondas y macanas que cubría la retaguardia y los flancos. Al principio trató de sostenerse en el inmediato valle de Mizque; pero, vivamente perseguido, tuvo que trasponer la cumbre de la cordillera oriental y situarse en las vertientes del naciente. Alcanzado en el pueblo de Chilón, consiguió rechazar á sus perseguidores, y continuó su marcha al Valle Grande con el objeto de hacerse fuerte allí, abriendo sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra.

En Valle Grande, Arenales aumentó sus fuerzas, formando un batallón de infantería con 165 fusiles y dos escuadrones de caballería, y se le incorporaron algunos caudillos con sus partidas sueltas. La insurrección se propagó por todos los valles inmediatos de la cordillera oriental. Alarmado Pezuela con este movimiento que se producía á retaguardia, desprendió una columna de 600 veteranos con tres piezas de montaña al mando del activo coronel Blanco, comandante militar de Oruro; dándole orden de pacificar el país, batir á Arenales, subyugar á Santa Cruz y ocupar por el rey los territorios de

Mojos y Chiquitos. En su marcha, encontró Blanco seis cabezas clavadas en señal de desafío por las guerrillas francas que dominaban los valles inmediatos.

El día 4 de Febrero se encontraron en San Pedrillo, Blanco y Arenales. Después de tres horas de reñido combate, en que la victoria hubo de declararse por los patriotas, una parte de la tropa bisoña de Arenales huyó poseída de un pánico súbito, quedando los realistas dueños del campo y de la artillería cochabambina, sin que la mortandad por una ni otra parte fuese considerable. Blanco mandó pasar por las armas á los prisioneros, y en señal de triunfo cortó la cabeza de tres jefes insurrectos tomados con las armas en la mano. La guerra á muerte continuaba.

Blanco que sólo había avanzado con una parte de sus fuerzas (300 hombres) se replegó á Chilón (70 kilómetros), para reforzar y volver á tomar de nuevo la ofensiva. El infatigable Arenales (como le llaman los historiadores españoles), se replegó á su vez hacia la frontera de Santa Cruz de la Sierra con los restos de sus fuerzas, llevando en cargueros su armamento y municiones de reserva. Allí se puso en comunicación con Warnes, y auxiliado por él, se rehizo prontamente en el pueblo de Abapó, sobre el Río Grande ó Guapoy, sin abandonar del todo los desfiladeros de la cordillera. En todo el mes de Marzo tuvo reunidos bajo su bandera 204 infantes armados de fusil y carabina, logrando montar con gran trabajo cuatro piezas de artillería del calibre de 1 y 2, con lo cual se dispuso á disputar al enemigo la entrada á Santa Cruz.

Warnes, aunque había auxiliado á Arenales, desconoció su autoridad militar, y separando de él sus fuerzas, formó una división como de 1000 hombres de las tres armas. Situóse con el grueso de ella en

Horcas (á 90 kilómetros de la capital), adelantando su vanguardia á los pasos de la Herradura y Petacas en la cordillera, que se consideraban inexpugnables, en razón de ser dos escaleras talladas en la montaña, por donde no sin peligro puede descender un hombre á pie, especialmente por el de Petacas.

Al mismo tiempo que estas operaciones preparatorias tenían lugar, se sublevaban en favor de los patriotas los indios del Chaco á lo largo del Pilcomayo; los caudillos Cárdenas, Padilla y Umaña insurreccionaban al partido de la Laguna en la provincia de La Plata, y se conmovían de nuevo las poblaciones á espaldas de Blanco. Este, aunque vencedor en San Pedrillo, no se atrevía á atacar á Arenales con sus 600 veteranos, limitándose á guardar el Valle Grande y á mantener en jaque á Santa Cruz. Para contrarrestar esta nueva insurrección, Pezuela se vió obligado á desprender otra columna de más de 500 hombres al mando del coronel Benavente, á efecto de obrar en combinación con la de Blanco, para operar en el distrito contiguo de Tomina, á fin de tomar entre dos fuegos á los insurrectos de la Laguna. No obstante las ventajas parciales que obtuvieron ambas columnas en Pomabamba (19 de Marzo), cuya población fué reducida á cenizas; en Tarabita (el 11 de Abril), en Molle-Molle (el 13 del mismo mes), y en Campo Grande (21 del mismo), Benavente quedó tan debilitado, que se vió forzado á mantenerse á la expectativa; mientras que Blanco, diezmado por las fiebres intermitentes, tuvo que evacuar el Valle Grande, y á principios de Abril, replegarse á Mizque, cuyas poblaciones se habían insurreccionado de nuevo, cortando sus comunicaciones.

Como se ve, no habían transcurridos aún tres meses después de la derrota de Ayohuma, y ya la obs-

cura insurrección de Cochabamba y Santa Cruz se convertía en una verdadera guerra, que ocupaba la cuarta parte del ejército enemigo, amenazaba su retaguardia y paralizaba, en consecuencia, sus movimientos. Luego se verá la influencia decisiva que ella tuvo en el éxito final de la campaña.

Al sentirse en Tomina la aproximación de la columna de Benavente que obraba en combinación con la de Blanco, Arenales acudió en auxilio de Umaña, sobre cuyo campamento se reconcentraban las fuerzas enemigas. Hallándose en los Sauces (Tomina), tuvo parte, que Blanco tomaba de nuevo la ofensiva y corriéndose por uno de sus flancos, había forzado los ásperos pasos de Herradura y Petacas, y desalojado la vanguardia de Warnes de estos puntos (11 de Abril). A consecuencia de este contraste, la división de Warnes se dispersó en gran parte, y sus restos se pusieron en retirada buscando la incorporación de Arenales. Sabedor éste de lo ocurrido, marchó personalmente á proteger el movimiento retrógrado de Warnes, á quien encontró á los 45 kilómetros acompañado de dos compañías de pardos y morenos, una compañía de naturales montados y un piquete de fusileros mestizos, en todo como 300 hombres.

Reunidas las fuerzas de Arenales y Warnes componían un número casi igual al del enemigo. En consecuencia, resolvieron tomar la ofensiva y atacar á Blanco, que se había posesionado de la ciudad de Santa Cruz, después de sostener un combate en la Angostura. Blanco, por su parte, alucinado por su triunfo, destacó 200 hombres en persecución de los dispersos, destinó 80 hombres á la custodia de la ciudad, y con el resto que alcanzarían á cerca de 600 hombres, de los cuales 300 eran de infantería de línea, marchó en busca de Warnes y Arenales. Aleccionado Warnes con sus recientes reveses, se

había subordinado por el momento á la autoridad de Arenales, reconociendo la superioridad de sus talentos militares. En consecuencia, Arenales dispuso, de acuerdo con él, atraer á Blanco, á un sitio reconocido de antemano, donde debía ser necesa riamente batido.

La posición que ocupaban los patriotas les permitía maniobrar con ventaja y libertad. Hallábanse en el punto preciso en que se dividen los dos grandes sistemas hidrográficos del Amazonas y del Plata, entre el Río Grande ó Guapoy y el Pilcomayo; tenían sobre uno de sus flancos los últimos contrafuertes de la cordillera; marchaban por el llano y al abrigo de selvas espesísimas que eran sólo transitables por angostos desfiladeros, de manera que podían cubrir sus movimientos, prever de antemano el camino preciso que traería el enemigo, y esperarlo ó detenerlo donde mejor les conviniese. Sobre estas bases Arenales arregló su plan.

En 24 de Mayo se descubrieron por la primera vez las fuerzas realistas, en Pozuelos. Los patriotas ocupaban la boca de un desfiladero de bosque, por el cual continuaron su retirada con toda seguridad ocultando su fuerza, y dejaron á su entrada una partida de observación para cubrir la retaguardia y atraer al enemigo á la emboscada. El 25 al amanecer, llegaron al lugar denominado La Florida, en el Río Piray.

El río Piray (que no debe confundirse con el del mismo nombre, perteneciente al sistema del Amazonas), tiene su origen en la cordillera de Tomina: corre del oeste al este y es de poco caudal. En el punto elegido por Arenales se levantaba sobre su margen derecha una barranca como de dos metros de elevación; á su pie corría el río dilatándose en una playa; á su frente se extendía una ancha pla-

nicie; á derecha á izquierda dos cejas de un bosque coronaban la barranca: al centro un descampado, y á retaguardia, hacia el sur, el pueblo de La Florida que debía dar su nombre al memorable combate de ese día. Arenales situó su artillería en el descampado. A uno y otro costado emboscó su caballería, tomando Warnes el mando de la derecha con la división de Santa Cruz y el comandante Diego de la Riva el de la izquierda, con la de Cochabamba. Al pie de la barranca y bajo los fuegos de la artillería, abrió una trinchera, que disimuló con ramas y arena; allí emboscó su infantería formada en ala y rodilla en tierra. Su fuerza total alcanzaría á 800 hombres. En esta disposición esperó el ataque.

A las once y media del mismo día 25 de Mayo, se sintió un tiroteo en el desfiladero del bosque fronterizo por donde debía desembocar el enemigo: era la avanzada patriota que se replegaba disputando el terreno. Un cuarto de hora después, asomó la cabeza de la columna realista en actitud de combate y precedida de guerrillas. Esta columna la componían 300 hombres de infantería de línea y como otros tantos de caballería, bien armados de carabina, lanza y sable y dos piezas de artillería.

Al desembocar al llano, Blanco desplegó en batalla y adelantó sus guerrillas por los costados, apoyándolas con fuertes reservas de caballería, con el objeto de tomar á los patriotas por la espalda, y rompió el fuego con sus piezas de á 4. En seguida hizo avanzar su infantería con fuegos sobre toda la línea. En este momento, abrió su fuego la artillería patriota por encima de su infantería atrincherada, que permanecía oculta según las órdenes de Arenales. Blanco siguió impávido su carga. Al entrar el enemigo á la playa del norte y vadear sus primeras guerrillas el río, la infantería emboscada hizo

una descarga general, y puesta súbitamente de pie avanzó sobre el humo á paso de ataque, suspendiéndose los fuegos de la artillería para no ofenderla. El avance fué tan gallardo y la evolución se ejecutó con tal rapidez, y fué tan oportunamente apoyado por un destacamento de flanqueadores que Arenales desprendió por la izquierda, que el enemigo, completamente envuelto, se puso en derrota, quedando en poder de los patriotas su artillería y muerto en el campo el coronel Blanco.

Lanzado Arenales en persecución de los fugitivos, se adelantó imprudentemente del grueso de sus fuerzas. Un grupo que huía volvió caras, cargó sobre él y le postró en tierra, dejándole allí por muerto, traspasado de catorce heridas, de las que tres le cruzaban el rostro. Conducido en hombros de sus soldados al campo de la victoria, sin proferir una queja, pudo consolarse de sus heridas al contar los trofeos Dos banderas, dos cañones, 200 fusiles, 100 muertos, 99 prisioneros estaban en poder de los patriotas, con sólo la pérdida de un muerto y 21 heridos incluso el mismo Arenales.

Esta fué la jornada de La Florida que salvó á Santa Cruz de la Sierra, y determinó la retirada del ejército realista en Salta, según se verá á su tiempo. Sus partes no han sido publicados jamás y el nombre dado á una de las principales calles de Buenos Aires en conmemoración de ella, es todavía un enigma para muchos! Por esta hazaña, Arenales fué elevado al rango de general y se decretó un escudo de honor con esta inscripción: "La patria á los vencedores de La Florida".

IX

No caben en nuestro cuadro histórico las operaciones y combates posteriores. Empero, consignaremos brevemente sus principales sucesos para volver á tomar el hilo de nuestra narración.

Apenas restablecido Arenales de sus heridas marchó con su división á posesionarse nuevamente del Valle Grande. Encontrándose con una división enemiga de 200 hombres, la derrotó en Postrer Valle (el 4 de Julio), causándole grandes pérdidas y tomó 30 prisioneros. Hostilizado por dos divisiones y habiéndole negado Warnes los auxilios que le pidió para atacarlas, tuvo que comprometer el combate con una de ellas, fuerte de 400 hombres, para impedir la reunión de ambas. La acción tuvo lugar en Sumapaita (el 5 de Agosto), donde fué batido Arenales con pérdida de la artillería; pero quedó fuera de combate la mitad de la columna enemiga que se vió en la imposibilidad de penetrar al territorio de Santa Cruz.

Con los restos de su división se concentró en los Sauces, reuniéndose en la laguna el comandante Manuel Asencio Padilla (que tan famoso debía hacerse en esta guerra) á la cabeza de una columna de indios honderos, y obligó á la fuerza realista al mando de Benavente que operaba en Tomina, á replegarse á Yamparáez, amagando la comunicación entre Chuquisaca y Cochabamba. Rehecho un tanto, volvió á posesionarse del Valle Grande, amenazando á Totora en la provincia de Mizque, y mantuvo viva la insurrección en todos los valles desde allí hasta Chuquisaca.

Diez y ocho meses sostuvo esta guerra extraordinaria y dió cuatro combates que costaron al ene-

migo 1300 hombres entre muertos, heridos y dispersos. Al cabo de este tiempo entró triunfante en Cochabamba, rindió su guarnición, y se posesionó de Chuquisaca, incorporándose con 1200 hombres al ejército argentino, que en 1815 efectuó más tarde la última gran campaña del Alto Perú, que debía terminar desastrosamente en Sipe-Sipe.

Volvamos ahora á Tucumán y Salta.

CAPITULO VI

La guerra del norte.

1814

Año de transición y soluciones.—Los ejércitos beligerantes del norte.—Planes de San Martín.—Nueva escuela militar.—La guerra y la opinión.—Insurrección popular de Salta.—Teatro de la guerrra de partidarios.—Guerra de recursos.—Vanguardia del ejército patriota del norte.—Dorrego y Güemes.—Hazañas de los salteños.—Castro y Marquiégui.—Operaciones del ejército realista del norte en Salta.—Toma de Montevideo.—Retirada de la invasión española.—Revolución del Cuzco.—Enfermedad de San Martín.—Deja el mando del ejército del norte.—El criollo americano.—San Martín intendente de Cuyo.—Rasgos fundamentales de su carácter.

I

El año XIV fué de transición, y de soluciones del complicado problema de la revolución argentina dentro de sus líneas generatrices con proyecciones sudamericanas. Las fronteras naturales de la nacionalidad que encerraban esas líneas, diseñáronse por la agrupación de sus elementos orgánicos; la guerra intestina recrudeció con el carácter de descomposición del orden colonial, inoculándole el germen de una democracia genial; el último baluarte y el último ejército que mantenían enarbolados los pendones del rey de España dentro de su territorio,

fueron rendidos: adquirió definitivamente la preponderancia naval en las aguas fluviales y marítimas de sus dominios, venciendo y aprisionando la última escuadra realista del Río de la Plata; desenvolvió una nueva fuerza que yacía latente, por la intervención espontánea del pueblo en la lucha armada; expulsó la segunda invasión que intentó atacarla en su terreno, que desde entonces fué inmune; se inició un nuevo sistema de guerra, que debía ser decisivo para la defensa, y por último, comenzó á incubarse el plan de campaña continental de la ofensiva revolucionaria contra la metrópoli en sus colonias, que aseguraría la emancipación de la América del Sur, perfilándose el genio que después de concebirlo había de ejecutarlo matemáticamente. Los prodromos del año no prometían, empero, estos resultados.

Como se ha visto en el capítulo anterior, la situación militar de que se recibió San Martín, comportaba el doble y arduo problema de dar nuevo nervio á la revolución armada, reaccionando contra la derrota y contra las corrientes militares establecidas, á fin de propagarla por todo el continente sudamericano, y esto, sobre la base de un ejército en esqueleto, sin fuerza moral. El ejército del norte, á principios del año, apenas alcanzaba al número de 600 hombres, y aun después de reforzado, no pasaba de 2000 soldados bisoños trabajados por la deserción. Desorganizado, decapitado de sus mejores jefes y oficiales, desnudo, era una masa informe é inerte, incapaz de hacer frente al enemigo. Las armas españolas, vencedoras en dos sucesivas batallas campales, ocupaban la jurisdicción de Jujuy y Salta, y amenazaban ocupar toda la frontera del norte del país argentino, con el ánimo de abrirse los caminos de la pampa que conducen al litoral del Plata y de operar en combinación con Montevideo.

El nuevo general en jefe, al examinar la tensión de los resortes que estaba encargado de remontar, decía con referencia á los oficiales: "La experiencia me ha convencido que el mal que ha tenido y tiene este ejército es la mala clase de sus oficiales, aunque los hay sobresalientes". Con relación á la carencia de jefes, se expresaba así: "A pesar de los desvelos y fatigas que empleo constantemente para adelantar la organización de este ejército y la disciplina de las tropas, si en el día tuviese que batirme con el enemigo, temería mucho que fuese aventurada cualquiera acción, no tanto por la falta de aquéllas, cuanto por la de jefes que me ayuden á desempeñarla. En vano combinará un general los mejores planes, si le faltan jefes que sepan ejecutarlos". Insistiendo sobre el primer tópico, elevábase á severas consideraciones, en otra ocasión: "La subordinación y la ciega obediencia es el alma del sistema militar. Yo tengo la desgracia de haber tomado el mando de un ejército derrotado, cuyos oficiales parece no han escapado de las manos del enemigo sino para prepararle la conquista del resto de las provincias. Nuestras circunstancias exigen imperiosamente medidas imponentes. Las armas de la patria cuyo mando se me ha confiado en este ejército, no podrán prosperar de aquí en adelante hasta que el ejemplo del escarmiento contenga á unos y despierte en otros la noble pasión de la gloria, que es la que hace obrar prodigios de valor y fortaleza".

En tal situación y con tales elementos, el general San Martín tenía que hacer frente á la invasión realista, que engreída por sus recientes triunfos, amenazaba avanzar sobre Tucumán con el objeto inmediato de ocupar toda la frontera del norte argentino y el propósito ulterior de combinar operaciones con el ejército español que sostenía la plaza

fuerte de Montevideo, apoyado en una fuerte escuadra dominadora del Río de la Plata. Con arreglo á este plan, el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, había establecido su cuartel general en Tupiza, á inmediaciones de la línea divisoria del Alto Perú, haciendo adelantar su vanguardia hasta Jujuy, al mando del general Ramírez, el más hábil y resuelto de sus tenientes. Al mismo tiempo ordenó una recluta de dos ó tres mil hombres en la sierra del Bajo Perú, formando dos nuevos batallones con los contingentes de los valles inmediatos de Chichas y Cinti, por conceptuar insuficientes sus fuerzas para emprender un movimiento ofensivo. A su retaguardia, escalonó convenientemente una parte de su ejército para mantener libres sus comunicaciones, y sujetar las poblaciones del Alto Perú, dispuestas á sublevarse nuevamente sobre la base de las bandas armadas que aun se mantenían en las provincias de Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, alimentando el fuego de la insurrección.

El ejército de Pezuela se componía como de 4500 á 5000 hombres de tropas regulares, que á consecuencia de la deserción, quedaron reducidos á 4000. La vanguardia compuesta de tres batallones y cuatro escuadrones con ocho piezas de artillería (de 1500 á 2000 hombres), se posesionó sin resistencia de Jujuy, avanzando su caballería hasta la ciudad de Salta, y extendió sus avanzadas hasta el arruinado fuerte de Cobos.

El ejército del norte, cediendo al enemigo el terreno que no podía disputarle, se replegó sobre Tucumán. y estableció su línea de puestos avanzados sobre Guachipas, en protección de los valles del sur de Salta, y la extendió por la margen del Pasaje, límite entre las dos jurisdicciones. Al mismo tiempo la población de Salta se insurreccionaba en

masa y se ponía en campaña por movimiento propio, cubriendo así al ejército regular con una improvisada vanguardia popular.

El general patriota, en la imposibilidad de rechazar militarmente la invasión, se convirtió en maestro de escuela y en jefe de partidarios, apelando á las estratagemas y á la diplomacia militar en que era maestro eximio. Por estos medios, supliendo la fuerza con la perseverancia y la sagacidad, hizo evacuar al enemigo el territorio invadido, antes de cumplirse los siete meses, sin necesidad de empeñar una batalla, como va á verse.

II

Al encargarse San Martín del Ejército Auxiliar del Perú, no traía ningún plan preconcebido. Sin conocimiento de los hombres ó del terreno en que debía operar, ni del género de guerra que debía emprender; ignoraba los recursos de que podía disponer el enemigo, cuyos planes sólo llegó á penetrar más tarde. Así es que, guiado únicamente por informes incompletos, y aconsejado por su experiencia exótica y por ideas teóricas de la guerra, sus primeros pasos se resienten de cierta vacilación, hasta que, dominando la situación, se le ve obrar resueltamente como si una inspiración súbita lo hubiese iluminado.

De una idea fija se le ve, sin embargo, preocupado desde el primer momento, y es reconcentrar el ejército en Tucumán, para reorganizarlo bajo un nuevo plan, instruirlo y disciplinarlo en una nueva escuela militar, teniendo bajo su mano una masa disponible para obrar según las circunstancias. Con esta idea consultó al coronel Dorrego, jefe de la vanguardia sobre la línea del río Guachipas, si era necesaria y

conveniente su permanencia en esa posición y si podría encomendarse este servicio á la milicia del país. Dorrego era un oficial valiente, de talento natural, con instrucción y buenas ideas militares, que á la sazón hostilizaba á la vanguardia enemiga, aunque con escasos elementos; así es que su informe escrito, previo un reconocimiento prolijo, habilitó al general en jefe para adoptar una resolución acertada sobre este punto.

Reconcentrado todo el ejército regular en Tucumán, San Martín, que había pedido contingentes de reclutas á las jurisdicciones de su dependencia, llegó á tener bajo sus banderas una fuerza como de 3000 hombres, medianamente organizada, aunque poco consistente todavía para medirse con un enemigo disciplinado y victorioso. Con estos elementos bajo su inmediata dirección, con el país insurreccionado al frente y á retaguardia del enemigo, y habiendo al fin penetrado los planes y estimado los recursos del ejército realista, el general del norte se mantuvo en actitud defensiva, confiado en ella y resuelto á mantenerla. En este sentido escribía al gobierno diciéndole: "El enemigo ha sido reforzado. Hasta la fecha se ha limitado á correrías en busca de subsistencias. A pesar de que lo anuncian, no bajarán hasta Tucumán, porque no tienen fuerza para ello, y aunque las aumenten, no tengo temor, porque hay tiempo para prepararse".

El enemigo no llegó á penetrar los planes de San Martín, sino muy tarde, ni á conocer con exactitud el número de sus fuerzas, tal fué el misterio de que se rodeó, y tal la decisión del país que sólo podían cruzar impunemente las partidas y los espías patriotas. Para aumentar este prestigio y darse un punto de apoyo, hiriendo á la vez la imaginación de amigos y enemigos, dispuso á inmediaciones de la

ciudad de Tucumán, la construcción de un campo atrincherado, que con el nombre de Ciudadela, se ha hecho célebre en los fastos argentinos, y que por mucho tiempo ha sido un problema histórico. Así mostraba que estaba decidido á sostener su posición á todo trance, infundiendo confianza á unos é imponiendo respeto á otros; evitaba la deserción que lo devoraba; secuestraba su ejército del contacto de las poblaciones, y envuelto en el misterio, abultaba el número de sus tropas, preparándose igualmente á la defensiva ó á la ofensiva, caso de ser atacado. Nadie vió nunca salir fuerzas de aquel recinto inviolable, y con frecuencia entraban á él gruesos destacamentos que acudían de diversos puntos, y que se computaban como otros tantos refuerzos. Eran los mismos soldados que salían durante la noche, se engrosaban con algunos reclutas, y al cabo de varios días regresaban al campo atrincherado figurando un nuevo contingente. Con esta fantasmagoría nadie dudaba que el ejército del norte contaba dentro de aquellos muros con más de 4000 hombres.

En esta actitud contenía por la acción moral la anunciada invasión del ejército sobre Tucumán, á la vez que lo combatía por la guerra de partidarios al frente y á la espalda, mientras él maduraba sus planes y aumentaba sus fuerzas para desalojar á los realistas del territorio que ocupaban, ó los obligaba á evacuar á Salta y Jujuy, sin combatir—como sucedió,—por la acción combinada de todos estos medios, cuya eficacia se apreciará mejor más adelante.

Bien se alcanza que, mientras Montevideo estuviese dominado por la España, y la revolución de Chile no diese sólidas garantías de cubrir á las Provincias Unidas por uno de sus flancos vulnerables, era imposible pensar en ningún movimiento

ofensivo sobre el Alto Perú. Por esto, los planes del general del norte no iban más allá de Jujuy, y se limitaba entretanto á una rigurosa defensiva militar, haciendo servir su ejército de punto de apoyo de la resistencia popular, que en Salta, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, hostigaba al enemigo, lo debilitaba, y paralizaba sus movimientos, ganando y perdiendo batallas.

III

Al mismo tiempo que reorganizaba su ejército y remontaba su fuerza, en previsión del ataque y la defensa, San Martín se constituía en maestro de una nueva escuela militar, teniendo que educar discípulos indóciles y desaplicados, como él mismo decía: "En vez de aplicarse con más empeño que nunca á la propia instrucción y disciplina de la tropa, he tenido el desconsuelo de verlos abandonados, distraídos y negligentes, dando (los oficiales) más trabajo que los mismos soldados". En su severa escuela se iniciaron en los rudimentos del arte de la guerra que ignoraban, se retemplaron los resortes relajados de la disciplina, y se educaron oficiales y soldados aprendiendo á mandar y obedecer. Sobre la base del regimiento de Granaderos á caballo que presentaba como modelo digno de copiarse, introdujo en la caballería los adelantos de la táctica moderna, reformó la del arma de infantería y estableció al efecto una academia que él presidía en persona. Otra de las reformas que introdujo fué abolir las exhibiciones de mero aparato en la milicia, de que tanto se había abusado en los primeros años de la revolución, contrayéndose á hacer del soldado una verdadera máquina de guerra, sin descuidar por esto los móviles que podían

estimular el patriotismo, pero con seriedad, de modo de infundirle una conciencia más austera del deber militar.

El general Belgrano, reducido á la condición de simple jefe de regimiento, recibía modestamente las lecciones del nuevo general. En una ocasión, al repetir la voz de mando que daba el general en jefe, el coronel Dorrego, pretendió hacer mofa de Belgrano. Era Dorrego el jefe más altivo y prestigioso del ejército, con defectos de carácter que deslucían sus bellas cualidades. San Martín (que lo distinguía especialmente y aun lo había propuesto para mayor general de su ejército), le llamó al orden, y al reincidir en la misma falta, empuñó un candelero de bronce, con que dió un vigoroso golpe sobre la mesa que tenía por delante, y le dijo mirándole con sequedad: "He dicho, señor coronel, que hemos venido á uniformar las voces de mando". Dorrego, dominado por aquella voz y aquel gesto, no volvió á reirse, y nadie volvió á reirse ya en presencia de San Martín. Pocas horas después, Dorrego era confinado á Santiago del Estero en castigo de su innoble ligereza.

En otra ocasión, habiendo ordenado que cada cuerpo presentase á una hora determinada un piquete de 25 hombres á fin de entresacar los más aptos para remontar el regimiento de Granaderos á caballo, el comandante La Madrid, uno de los jefes más valerosos y mimados del ejército, se le presentó con el objeto de hacerle algunas observaciones. Apenas se le presentó, San Martín sacó el reloj, y le dijo: "Han pasado ya dos minutos de la hora en que deben estar en formación los piquetes que se han pedido". Desde ese día nadie le hizo observaciones.

Para completar su plan de educación militar, fundó una academia de matemáticas, organizando

con sus alumnos un plantel de ingenieros, y trazó con ellos el pentágono y los bastiones del campo atrincherado, inculcándoles al fijar los jalones y al tender las cuerdas sobre el terreno, que "ejército sin matemáticos, no puede existir". Intentó generalizar en los cuerpos del ejército la institución secreta de los Granaderos á caballo. Como encontrara resistencias para su adopción, se limitó á permitir el duelo, lo que modificó el espíritu del ejército, y produjo mayores inconvenientes que ventajas.

Por este tiempo, se separó de su lado el más ilustre de sus discípulos, y su maestro en abnegación, virtud y patriotismo. El general Belgrano, arrebatado á su amistad, al amor de las poblaciones y á las simpatías del ejército, por las exigencias del gobierno que se empeñaba en someterlo á juicio por sus últimas derrotas, era este discípulo y este maestro. Un nuevo rasgo acentuará la fisonomía de estos fundadores de las dos grandes escuelas militares de la revolución, cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones. Dejaremos que uno de ellos establezca el contraste con sus propias palabras, dando á la vez una alta lección moral. Al pasar Belgrano por Santiago del Estero, postrado por la enfermedad y entristecido por la desgracia, encontróse con el coronel Dorrego. Este aprovechó la oportunidad para vengarse del general que lo había confinado allí, haciendo que un loco pasease las calles de la ciudad, ridículamente ataviado con un remedo del uniforme del vencedor de Tucumán y Salta, recientemente derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, y mostró así que no sabía ni agradecer, ni perdonar, ni respetar siquiera el infortunio.

Mientras su caricatura era el ludibrio de la ciudad, Belgrano con alma serena escribía á San Mar-

tín una carta criticando su sistema disciplinario, especialmente en lo relativo al duelo, y le daba amistosos y patrióticos consejos dignos de consignarse en las páginas de la historia. Decíale: "La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino con la opinión, apoyada en las virtudes morales. Conserve la bandera que le dejé. Acuérdese que es un general cristiano: tenga presente no sólo á los generales de Israel, sino á los de sus gentiles y al gran Julio César que jamás dejó de invocar á los dioses inmortales, y por sus victorias se decretaban rogativas en Roma".

El general que con esta libertad de espíritu y prescindencia de formas externas evocaba al Dios bíblico de Israel y á los dioses mitológicos de la antigua Roma bajo la advocación de Cristo, era un verdadero creyente, un patriota y un político que perseguía un propósito, al poner en juego los resortes morales que mueven al hombre al sacrificio. Era el inventor de la bandera argentina como símbolo de independencia. Había nombrado por generala de su ejército á la Virgen de Mercedes y depuesto á sus pies las banderas conquistadas al enemigo con soldados que llevaban sobre sus uniformes los escapularios que él mismo distribuyó antes de la batalla, como talismanes de la victoria. A la sazón, enseñaba á San Martín que la guerra no sólo había de hacerse con las armas, sino también con las fuerzas morales. Era un maestro en su género, que daba lecciones á otro maestro más grande que él como genio militar, el cual, creyendo también en la fuerza de la opinión de los pueblos viriles, creía más en la disciplina y la estrategia que en la eficacia de los escapularios y en la intervención de las divinidades antiguas y modernas.

Los dos grandes maestros no volvieron á verse en el mundo; pero fueron eternamente fieles el uno al otro.

IV

"La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino también con la opinión", decía Belgrano á San Martín, en momentos en que esta gran verdad se comprobaba por hechos memorables, que eran la consecuencia de la fiel observancia de esa máxima. La revolución, vencida por las armas, triunfaba por la fuerza de la opinión en el alto Perú y en la línea de las operaciones militares. Los ejércitos realistas, al derrotar á los ejércitos patriotas, no habían podido quebrar el espíritu público, y dueños del campo de batalla ó del terreno que ocupaban con sus armas, se sentían paralizados en sus operaciones y dominados por las poblaciones insurreccionadas á su frente y á su retaguardia. La provincia de Salta fué una de las que se señaló en este nuevo género de hostilidades, iniciando un nuevo sistema de guerra defensivo-ofensiva, que contribuyó eficazmente al triunfo de la independencia argentina.

Situada la provincia de Salta en la extremidad septentrional del territorio argentino y en contacto con el Alto Perú, fué una de las primeras que respondió al movimiento inicial de Buenos Aires en Mayo de 1810, cerrando el circuito revolucionario, que revelaba en su órbita el movimiento circulatorio de los elementos coherentes que debían constituir una nueva nacionalidad, cuya ley geográfica en el orden político y militar hemos estudiado en el capítulo anterior. Desde entonces, Salta fué el palenque cerrado de las invasiones realistas al territorio argentino, como el Alto Perú fué de las invasiones argentinas al territorio del Perú. En uno y

otro teatro, fué donde se desenvolvió esa fuerza latente de la revolución á que nos hemos referido; pero en Salta, más sistemáticamente y con más eficacia.

La primera manifestación popular de la población de Salta, que acusó desde un principio una predisposición nativa, fué la organización de su milicia cívica, con caracteres espontáneos y originales, obrando con independencia y por inspiración propia en sus medios de ataque y defensa. Organizada en 1810 la guardia urbana de infantería por alistamientos voluntarios de jóvenes, llamandos entonces "nobles" ó decentes, surgió de improviso del pueblo una partida de caballería de campesinos, con instintos de cosacos y cualidades de mamelucos, pero con tendencias y formas nuevas, acaudillada por un oficial destinado á ilustrarse por hechos memorables. Era éste el teniente Martín Güemes, natural de Salta, que había hecho sus primeras armas contra los ingleses en las jornadas de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires en 1806 y 1807, y que á la sazón se constituía en vanguardia del primer ejército patrio que marchaba á invadir el Alto Perú. Al frente de su improvisada partida, ensanchó la zona avanzada de vigilancia de la revolución hasta Tupiza, interceptó los caminos, hostilizó al enemigo, hizo penetrar sus espías hasta Potosí á retaguardia de sus posiciones y los aisló en un círculo que les impedía tener noticias de los movimientos de los patriotas. Destacado luego en Tarija, concurrió oportunamente con un refuerzo de hombres y municiones á la batalla de Suipacha en el mismo año de 1810, primera y última victoria de la revolución argentina en el Alto Perú. En 1811 pasó á Buenos Aires, conduciendo los prisioneros del Alto Perú, y fué agregado en clase de capitán, como comandante de milicias, al estado

mayor general. Asistió hasta 1813 al segundo sitio de Montevideo, y estuvo ausente de su provincia natal durante las campañas de Tucumán y Salta; pero en 1814 encontrábase de regreso en Santiago del Estero, casi al mismo tiempo que el general San Martín se recibía del mando del ejército del norte y la insurrección de Salta contra el invasor tomaba formas populares, con una organización militar apropiada á sus medios y fines, que él perfeccionaría más adelante, dándole mayor consistencia. Muy pronto le veremos hacer su aparición histórica.

La insurrección salteña en presencia del invasor triunfante, fué tan deliberada como valerosa. La población emigró en masa por movimiento propio, refugiándose en los bosques y las montañas los hombres de armas, resueltos á combatir por su cuenta. Los ranchos de los campos quedaron abandonados y las ciudades casi yermas. En la capital de la Provincia se sacaron hasta los badajos de las campanas para que el enemigo no pudiese ni aun celebrar sus triunfos con ellas, permaneciendo en sus conventos tan sólo dos frailes valetudinarios para administrar los sacramentos á los enfermos y á los ancianos que no podían moverse. Un testigo presencial de alta autoridad, que da fe de este movimiento unánime y espontáneo, dice refiriéndose á él: "Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heroica que la provincia de Salta sola, opuso á los ejércitos españoles. De entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que hizo otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes tenía aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que salían de la ciudad se veían siempre aisladas, marchando siempre por un desierto y entre bosques, en que cada árbol ocultaba un enemigo. Oficial español hubo que atravesaba uno de ellos á

la cabeza de su numerosa partida, con la pierna puesta sobre el pescuezo del caballo, silbando una contradanza, cuando una mano invisible, de lo más espeso del bosque le disparó un tiro que le dejó cadáver en el acto y sobre el mismo sitio".

Hechos más determinados y característicos darán idea de la espontaneidad y vigor de este movimiento insurreccional. Posesionada de Salta la vanguardia realista, destacó al frente de una partida de 30 hombres armados de tercerolas y sables, á un teniente llamado Ezenarro, natural del Cuzco, con el fin de ocupar el distrito de Chicoana, á 52 kilómetros al sur de la ciudad de Salta en el valle de Lerma, el cual, como americano renegado, exageraba la crueldad contra los de su raza. Sus exacciones exasperaban al paisanaje, predispuesto á la rebelión. En el primer domingo de su llegada, después de oir misa los del pueblo, dijo uno de ellos: —"¡No hay más que alzarnos contra esa canalla!"— "¿Y con qué armas?" preguntó uno.—Con las que les quitemos, repuso otro.—Un propietario de la localidad llamado Luis Burela, se puso al frente de sus paisanos, sorprendió la guardia, desarmó á Ezenarro y su partida, y los remitió prisioneros á Tucumán. Armado con las armas del rey, salió á campaña y se aproximó á los Cerrillos á 15 kilómetros de Salta. Los españoles desprendieron contra él una compañía de línea, la que atacada inmediatamente por los insurrectos fué tomada en su mayor parte prisionera junto con su jefe y remitido como trofeo popular á Tucumán. Otro propietario, llamado don Pedro Zabala, hombre de edad madura, imitando el ejemplo de Burela, formó en los mismos días otra partida con sus peones y algunos voluntarios, y se puso también en campaña entre San Agustín y los Cerrillos. Estas dos partidas iniciaron la resistencia y mantuvieron el terreno en que se alzaron inermes al frente del enemigo.

Generalizado y sistemado el movimiento insurreccional, todas las voluntades de hombres, niños y mujeres concurrieron á la resistencia: el enemigo se sintió vencido por ella. El general español Valdez, en una invasión posterior, al llegar con su tropa á la inmediación de un pobre rancho, y ver á un muchacho de cuatro años que montaba á caballo á la voz de su madre, y partía á todo escape para llevar á su padre la voz de alarma contra el invasor, exclamó: "¡A este pueblo no lo conquistaremos jamas!" Y así fué, pues desde entonces Salta fué el invencible antemural delante del cual retrocedieron anonadados por los más numerosos y aguerridos ejércitos realistas, rechazados por la sola fuerza de la opinión pública en acción.

V

No se comprendería bien el carácter original de la insurrección popular de Salta ni el papel militar que desempeñó en la guerra ofensivo-defensiva que inició, sin el conocimiento del teatro de sus operaciones, por lo cual se hace necesario echar una ojeada sobre él.

La provincia de Salta, de que entonces formaba parte integrante la jurisdicción de Jujuy, está enclavada entre los primeros contrafuertes de los Andes que se desprenden del último nudo meridional que forman sus dos cadenas, dentro de las cuales está encerrado el Alto Perú, y ligan la región de la pampa del Plata á la región montañosa con que linda, participando su naturaleza y su fisonomía del triple carácter de las llanuras y las montañas y de la intermediaria zona tropical á cuya inmediación se encuentra en el extremo norte de la República Argentina. Era por lo tanto la puerta

y la barrera de las invasiones que descendían del Alto Perú, y su conservación ó su pérdida debía dar por resultado, ó bien el rechazo de ellas ó bien entregarles la llave del territorio. Jujuy era la primera etapa de las invasiones descendiendo por la quebrada de Humahuaca, y dominada ésta, los caminos que conducen á los valles y llanuras subsiguientes les quedaban abiertos; pero esto no les daba su dominio, y la ocupación misma de la ciudad de Salta tampoco resolvía este problema á menos de no ocupar militarmente todo el país y contar con las simpatías de su población.

Lo que propiamente se llama provincia de Salta, es un macizo de serranías en que se suceden valles abiertos, planicies y desfiladeros, con bosques y corrientes de agua que la hacen muy apropiada para una guerra irregular defensivo-ofensiva, y fueron estas ventajas las que supieron aprovechar los partidarios, adaptando su táctica elemental, al terreno en que operaban. Agréguese á esto, que los valles de Lerma y de Calchaquí, San Carlos y Guachipas, que se extienden al sur de Salta, constituyen su granero y el centro de sus recursos en hombres y ganados, de manera que, sin su posesión la conquista de su capital no da la de su territorio, ni habilita al invasor para proseguir sus marchas al interior del país. Por lo tanto, substraer esta parte del territorio del dominio de las armas realistas, importaba contener desde luego la invasión y privarla de los medios de adelantar sus operaciones. Esta era la misión encomendada á los partidarios, ó más bien, la que ellos mismos se habían impuesto por instinto patriótico.

Los realistas, dueños de la ciudad de Jujuy á la salida de los desfiladeros del Alto Perú, y de la de Salta á la entrada superior del valle de Lerma por el norte, dominaban los dos caminos que desde ellos

conducen á Tucumán por el este, y adelantaban sus avanzadas hasta la salida de las quebradas que dan acceso á la llanura, que es la parte más árida y menos poblada. Por el contrario, la simple posesión de la ciudad de Salta á la cabeza del camino de los valles del sur, no les daba el de esta comarca, por cuanto allí el país se presta mejor á la defensa, con comunicaciones seguras con Tucumán por la quebrada de Guachipas, que contorneando por el sur y por el este el macizo inaccesible de la sierra oriental, pone en contacto por retaguardia á la región montañosa con la llanura donde comienza la jurisdicción de Tucumán, á la sazón ocupada por el ejército patriota del norte. Por la quebrada de Guachipas corre el río del mismo nombre, que al descender al primer plano inclinado del llano, toma el de Pasaje (hoy Juramento), formando en este punto el límite natural entre las provincias de Salta y Tucumán. Así, para comunicarse una con otra por el camino carretero que faldea la sierra, se hace necesario atravesar el Pasaje é internarse en los desfiladeros que ocupaban los españoles, dueños de Salta y de Jujuy, mientras que, para efectuarlo por el de herradura de los valles (llamado de las cuestas, por ir entre montañas), basta remontar ó descender la corriente del Guachipas que conduce á los valles y á las inmediaciones de las planicies australes de Salta.

La comarca que hemos descrito estaba poblada por "hombres extraordinarios, diestros, altivos é incansables", según los honrosos calificativos dados por los mismos enemigos á quienes vencieron con su táctica original. Laboriosos, fuertes, ágiles y avezados á las fatigas de la intemperie; con un instinto bélico que les sugería combinaciones nuevas en el arte de la guerra elemental; individualmente valientes, que obraban aisladamente con inteli-

gencia por inspiración propia, y con una coherencia que los hacía buscar el concurso de la colectividad; aptos para el manejo de las armas blancas y de fuego, á las cuales agregaban las indígenas del garrote, el lazo y las bolas, que por su novedad producían el terror en las filas enemigas; jinetes, que así atravesaban á gran galope un bosque espinoso protegidos por guardamontes de cuero, como trepaban y descendían á toda carrera una cuesta empinada; buenos tiradores trepados en los árboles ó montados en sus caballos, que convertían en trincheras al echar pie á tierra y sostener un fuego nutrido como la mejor infantería, y sobre todo, con el conocimiento perfecto del terreno y de todos sus escondrijos, y un espíritu patriótico de resistencia, los gauchos de Salta reunían todas las cualidades necesarias para sostener una guerra irregular de incursiones, escaramuzas y sorpresas y aun combates fomales, como lo demostraron en el curso de esta campaña de ensayo, nueva en su género, y de las que sucesivamente sostuvieron con honor y con éxito.

En vista de esta descripción y con estos antecedentes se comprenderá, cómo, cubierta por las avanzadas del ejército de Tucumán la línea del Pasaje y situada su vanguardia destacada en la boca superior de la quebrada de Guachipas, las primeras proveían á la seguridad y vigilancia inmediata, mientras la otra, dueña del terreno, cubría el valle de Cachalquí que quedaba á su espalda, y con sus comunicaciones francas por el flanco y por la retaguardia, á la vez que libre su retirada, amagaba por su frente todo el valle de Lerma dominado por la insurrección, podía extender sus correrías hasta la misma ciudad de Salta, y estrechar allí á los invasores privándolos de recursos. Este plan de vigilancia y de hostilidades irregulares, fué el que

adoptó el general Belgrano, aconsejado por la configuración del terreno y el instinto popular, cuando después de la derrota de Ayohuma y consecuente invasión del ejército realista á Salta, se vió obligado á evacuar esta provincia. Al emprender la retirada al frente del enemigo, confió el mando de su retaguardia al coronel Dorrego, quien la sostuvo con inteligencia militar y bizarría, haciendo pie firme en la línea de Guachipas y del Pasaje, y dominó los valles del sur á favor de la insurrección popular que los defendía con sus partidas volantes, desde las cuestas occidentales de la sierra hasta los suburbios de la misma ciudad de Salta, ocupada por la vanguardia realista, que se apoyaba en sus reservas escalonadas en Jujuy y la frontera del Alto Perú. El mando general de la línea avanzada, fué encomendado á Dorrego, y el particular de Guachipas, al coronel Pedro José Saravia, uno de los promotores de la insurrección salteña, que servía de vínculo entre el ejército regular y la vanguardia irregular, cubriendo á ésta y apoyando á aquélla.

El general San Martín, al recibirse del mando del ejército del norte, aprobó el plan de vigilancia y de hostilidades destacadas establecido por su antecesor, pero cuando pensó en reconcentrar todas sus fuerzas regulares en Tucumán, su genio observador y penetrante le sugirió la idea de utilizar el elemento popular, dándole una organización adecuada, y desenvolver un género de guerra irregular más eficaz. Fué entonces cuando hizo al coronel Dorrego, jefe de la vanguardia, la consulta de que se ha hecho mención antes, sobre si era de utilidad ó no para los efectos de las hostilidades establecidas, la permanencia de la división de vanguardia regular sobre la línea de Guachipas y valles adyacentes, y si no podría dejarse á cargo de las milicias del país evitar que el enemigo se proveyese en

ellos de víveres y cabalgaduras, estrechando al mismo tiempo la vigilancia y adelantar sus excursiones. Dorrego, con la experiencia adquirida en esta clase de guerra y pulsando más de cerca las palpitaciones del movimiento salteño, demostró, no sólo lo inútil, sino lo peligroso de la posición de la vanguardia, por cuanto, sus hostilidades eran ineficaces á causa de su poca fuerza y de sus movimientos metódicos, y que para serlo en su medida, debería situarse en Chicoana, casi sobre los suburbios de Salta, lo que la exponía á ser cortada por una marcha forzada del enemigo, que á la sazón se había provisto de cabalgaduras recogidas en el río del Valle, sobre la frontera. En consecuencia aconsejó, de conformidad con el interrogatorio, un plan de hostilidades y de vigilancia sobre la línea del Pasaje y Guachipas, utilizando al efecto la decisión de los voluntarios, prácticos del terreno, que con la denominación de "gauchos" y "partidarios" asediaban constantemente á los realistas en sus posiciones. Así se hizo, y desde entonces, la zona de vigilancia entre los ejércitos beligerantes, fué encomendada á la insurrección salteña, sistemada militarmente, dándole una organización apropiada.

Todo esto era una novedad, no sólo en la manera de dirigir las campañas en América, sino en el arte hasta entonces no escrito de la guerra irregular, que tiene el sentimiento nacional por nervio, y sólo puede parangonearse por su espontaneidad con la de la Vendée, y con la de partidarios de España en la misma época, por su consistencia y persistencia. Lo que constituye su originalidad y le da un carácter sistemático y regular, en medio de un ingénito desorden popular es que, con un campo circunscripto á mantener y un objetivo fijo que atacar, tuvo una base, una zona y una línea de operaciones dentro del perímetro de los mencionados

valles, con proyecciones metódicas y atrevidas fuera de su radio; con comunicaciones estratégicas para el ataque y para la defensa; que tuvo un plan, que estaba en la mente de cada uno de los combatientes, á que obedecía por instinto la masa; que suplió con ventaja la deficiencia de los ejércitos regulares vencidos, asegurando para siempre una frontera militar hasta entonces vulnerable, á lo que se agrega la novedad de la táctica inventada por inspiración, y el hecho sin precedentes, que debía repetirse en el mismo teatro en escala mayor, de medirse guerrillas aisladas de caballería, sin núcleos consistentes de fuerza, con ejércitos regulares de las tres armas, para disputar el terreno y obligarlos á evacuarlo. Era, pues, la iniciación de un nuevo sistema de hostilidades mixtas, con caracteres originales y medios propios, que después ha recibido la denominación de guerra de recursos, y ha producido en su género una campaña modelo, única en la historia militar. Así lo han reconocido los mismos militares europeos que entonces y más adelante fueron vencidos por ella. Es circunstancia digna de notarse, que un general de la escuela clásica de la milicia europea, como San Martín, que había podido estimar en España la eficacia y la debilidad de este género de hostilidades, y que sobre todo, fiaba el éxito á los ejércitos regulares, á que debía dar su organización y su temple, fuera quien presidiera esta iniciación genial, y cooperase á él con su experiencia y su ingenio, procurando sistemarlo con su táctica, á la vez de dejarle la espontaneidad y la libertad de sus movimientos.

VI

El general San Martín, que tenía el raro don de adivinar los hombres entre las multitudes y aplicar sus cualidades especiales, encontró el hombre que necesitaba para la guerra de partidarios en el comandante Martín Güemes, iniciador de este género de hostilidades, cuya biografía hemos bosquejado, y le confió el mando de la línea de avanzada del Pasaje, quedando siempre el coronel Pedro José Saravia con el de Guachipas, ambos á órdenes de Dorrego. Desde entonces las hostilidades parciales tomaron nuevo impulso y la guerra de partidarios asumió un carácter verdaderamente militar, tomando con resolución la ofensiva.

Las avanzadas de Guachipas fueron las primeras en abrir la nueva campaña de la vanguardia irregular. A mediados de Marzo (del 11 al 14), la vanguardia realista de Salta hizo una salida general con el objeto de proporcionarse los víveres y cabalgaduras de que carecía, y avanzó hasta cerca del fondo del valle de Lerma. Mandábala el coronel Saturnino Castro, natural de Salta, que era reputado como la primera espada de caballería del ejército español del Perú, y que con un escuadrón había decidido del éxito de la batalla de Vilcapugio. Las partidas de gauchos del valle hostilizaron vivamente la columna expedicionaria, obligándola á marchar reconcentrada, y esparcidas por entre los bosques, ahuyentaron y persiguieron á los destacamentos volantes desprendidos de ella, hasta obligarlos á retrogradar. San Martín, al dar cuenta de este hecho, decía: "Los gauchos de Salta solos, están haciendo al enemigo una guerra de recursos

tan terrible, que lo han obligado á desprender una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado". El gobierno, al reconocer la prudente perspicacia de San Martín, que promovía estas hostilidades, le encargaba felicitar en su nombre á los "bizarros patriotas campesinos", evitando por un circunloquio, darles el glorioso nombre de "Gauchos" con que han pasado á la historia. Pocos días después (24 de Marzo), las descubiertas de Guachipas observaban que una compañía enemiga en número de 56 hombres, al mando del capitán José Lucas Fajardo, se dirigía al paso del río del mismo nombre, que ellas ocupaban. El capitán José Apolinario Saravia, que asistía á su padre el coronel Saravia, y mandaba las avanzadas, las concentró en número de 30 hombres armados de fusiles recortados, y un grupo de paisanos con chuzas y garrotes, sobre el punto del Sauce Redondo, y rompió el fuego sobre ella. Arrolló su primera guerrilla y cargó sobre su reserva, "á sable, garrote y chuza en mano", según sus propias palabras, derrotándola completamente, con muerte de 11 hombres, entre ellos el mismo capitán Fajardo y le tomó 27 prisioneros con sólo la pérdida de tres muertos y un herido. El capitán Saravia justamente orgulloso con esta proeza decía en su parte: "Los tiranos quedarán asombrados al ver que sólo 30 hombres de fusil, ayudados de inerme paisanaje, atropellando por sobre un fuego vivo, hubiesen completamente derrotado una doble fuerza; pero si advierten que los hombres que los han atacado desean ser libres de corazón, nada tendrán que extrañar".

Güemes por su lado, bandeó casi simultáneamente la línea del Pasaje y penetró á la sierra del este de Salta. El 9 y el 18 de Marzo, dos de sus partidas de gauchos sorprendieron dos destacamentos ene-

migos en las cercanías de la misma ciudad de Salta, matándoles 10 hombres y tomándoles 16 prisioneros con algún armamento. Este triunfo fué precursor de otro tan importante como el de Sauce Redondo. El 29 de Marzo se adelantó Güemes con alguna gente de armas y un grupo de paisanos, hasta la cuesta de la Pedrera, y á su pie chocó con la primera guardia de observación, cuyos dispersos llevaron la alarma á Salta. Castro en persona, al frente de un escuadrón de 80 hombres, salió á su encuentro á cinco kilómetros de la ciudad. Güemes procuró atraerlo á una emboscada que le había preparado; pero viendo que no atacaba, le dió una carga á la brusca y lo derrotó y persiguió hasta el norte del río Arias, causándole una pérdida de 40 hombres entre muertos y prisioneros y tomóle parte de su armamento y caballadas. Fué entonces nombrado Güemes comandante general de vanguardia y recibió el grado de teniente coronel de ejército por recomendación de San Martín. El gobierno, al expedirle sus despachos lo calificó de "benemérito" y le dió "las gracias en nombre de la patria por sus eficaces servicios en favor de la libertad".

Estos golpes sucesivos y bien combinados y la aparición de un caudillo que daba á la resistencia popular la cohesión de un ejército, desmoralizaron á los realistas, que se reconcentraron á la defensiva en la ciudad de Salta, á la que Güemes puso un verdadero sitio, sosteniendo en sus suburbios guerrillas diarias que les causaban pérdidas de consideración. Reforzados con nuevos contingentes de tropas de la reserva de Jujuy, se resolvieron á organizar dos expediciones de 500 hombres cada una, con el objeto de proporcionarse los víveres de que carecían y hacer un reconocimiento del país á su frente.

La primera columna, compuesta de un batallón

de infantería y un escuadrón de cazadores á caballo, dirigida por el coronel Antonio María Alvarez, asistido del ingeniero del ejército invasor, Mendizábal, movióse en los primeros días de Junio, y costeando la margen derecha del río de Salta, se internó en el valle de Lerma. Al llegar al pueblo de Sumalao, encontróse con la vanguardia de Guachipas que la esperaba en actitud de combate. Desalojadas las avanzadas patriotas por la infantería española, se corrieron por sus flancos, y á favor de los bosques y de las quiebras del terreno, rompieron un vivo fuego sobre la columna, que no se interrumpió desde Sumalao hasta salir al Bañado, donde se vió obligada á retrogradar, por el camino abierto de Chicoana, en dirección á la quebrada de Escoipe, perseguida tenazmente por los partidarios de los valles, hasta la misma ciudad, con pérdida de muertos y heridos y hasta de los pocos víveres que pudo recoger en su tránsito. La otra columna, igualmente compuesta de infantería y caballería, se encaminó al este en dirección al Pasaje, y avanzó hasta Cobos á la salida de la sierra, donde se encontró con Güemes en persona al frente de las avanzadas del Pasaje reunidas. Mandaba esta expedición el coronel Guillermo Marquiegui, salteño como Castro y que como él gozaba de alto concepto en el ejército español, así por sus aptitudes militares como por su perfecto conocimiento del terreno y opinión que tenía en el país. Su propósito era llegar hasta el Pasaje y echar á los partidarios al sur del río, pero encontró tan enérgica resistencia y fueron tan activas las hostilidades que experimentó, á punto de no permitirle dar descanso á su tropa, que desde Cobos hubo de desistir de su empresa y ponerse en retirada. Güemes volvió muy luego á restablecer el sitio volante de Salta y empeñar nuevos combates ensanchando el círculo

de sus correrías hacia el norte. En esta ocasión tuvo lugar una acción señalada digna de consignarse. Tres bomberos desprendidos en esa dirección, llamados: Vicente Maravilla, Ignacio Cardoso y Cosme Romano, encontráronse con una partida enemiga de 15 hombres bien armados que recorrían el campo, á la que cargaron sin vacilar, poniéndola en fuga, con muerte de dos de ellos y toma de tres prisioneros.

Empeñado el general Pezuela en llevar adelante su confuso plan de invasión á Tucumán, habíase trasladado á Jujuy, haciendo avanzar sus reservas escalonadas en la frontera del Alto Perú. Con el objeto de obtener noticias de la situación de los insurgentes, de que estaba completamente á obscuras, dispuso que el coronel Marquiegui, con una división de 100 infantes y 150 de á caballo, contornease por el norte y el este las fronteras de Tucumán y de Santiago del Estero, saliendo á retaguardia de las posiciones avanzadas de los patriotas en la línea del Pasaje. Esta expedición sugerida por el mismo Marquiegui, quien la desempeñó hábilmente, dió mejores resultados que las anteriores. Marchando por el territorio desierto del Chaco, cruzó por entre las serranías de Anta y del Alumbre, sorprendió los fortines de Santa Bárbara, Río del Valle y Pitos (16 al 21 de Junio), y por los prisioneros que tomó en ellos adquirió la certeza de que el ejército de San Martín sólo se componía de 3000 hombres bisoños; que la vanguardia que les había impuesto, tomándola por un ejército de operaciones combinadas, eran unas partidas sueltas de gauchos que vagaban de su cuenta por los campos. Pero ya era tarde para aprovecharse de estos conocimientos, pues al mismo tiempo caía rendida la plaza de Montevideo, que era el motivo y el objeto de la campaña. Al tenerse noticia de este movimiento en el cuartel

general de Tucumán, Güemes fué reforzado con 100 infantes y 100 Granaderos á caballo; pero el diligente Marquiegui se puso oportunamente en retirada después de recorrer un trayecto de 520 kilómetros, describiendo un semicírculo, pero consiguióse impedirle que recogiera caballada y ganado vacuno, que era otro de los objetos de la expedición.

Esta fué la última tentativa en el sentido de la invasión. La campaña estaba decidida por la actitud valerosa de la insurrección salteña, que había dado cuenta de la caballería realista; por la habilidad de San Martín que había paralizado con sus maniobras y estratagemas los movimientos del enemigo, y principalmente por los sucesos que frustraban los planes del general Pezuela. La armada española del Río de la Plata había sido batida por la escuadrilla patriota á órdenes del comodoro Brown, el 16 de Mayo; la plaza de Montevideo habíase rendido al ejército sitiador mandado por el general Alvear, con 5340 hombres y 391 cañones; cuatro mil soldados se disponían en Buenos Aires para reforzar el ejército Auxiliar del Perú, que con igual número lo esperaba en posiciones elegidas. Los 5000 hombres del ejército invasor, como lo había previsto San Martín, no tenían fuerza para llegar hasta Tucumán, y mucho menos para conquistar el país. La retirada al Alto Perú se imponía, y así lo comprendió el mismo Pezuela, ordenándola. Para darse cuenta de cómo sucedió esto, se hace necesario explicar las operaciones del ejército de Pezuela, ligándolas con las maniobras y acontecimientos concurrentes que en definitiva la determinaron.

VII

Queda explicado cómo el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, había invadido el territorio argentino en persecución de los patriotas derrotados, después de establecer su cuartel general en Tupiza, sobre la línea de la frontera, haciendo adelantar su retaguardia al mando del general Ramírez, y escalonando sus reservas á fin de dar apoyo á la invasión, á la vez que sujetar á las poblaciones del Alto Perú dispuestas á sublevarse, como en efecto se sublevaron distrayendo sus fuerzas. El ejército español constaba, como se ha dicho, de 4500 á 5000 hombres, que á consecuencia de la deserción quedó reducido á 4000, de los cuales tres batallones y cuatro escuadrones con 8 piezas de artillería (como 2000 hombres) en Jujuy, haciendo adelantar su caballería hasta Salta, al mando del comandante Castro. El plan del general realista, según consta del testimoniio de los historiadores españoles, era vago, y consistía en avanzar hasta Tucumán, ocupar así toda la frontera norte del país argentino, haciendo una fuerte diversión en favor de la plaza de Montevideo sitiada, y combinar operaciones con su ejército si era posible á fin de dominar el litoral del Plata y sus afluentes. En estas circunstancias ocurrió el levantamiento del coronel Arenales á su espalda, de que se ha dado cuenta antes, á la vez que su segundo el general Ramírez, le comunicaba que los insurgentes, en número de 4000 hombres montados, con 6 piezas de artillería, avanzaban sobre él en dos divisiones por los caminos del Pasaje y Guachipas, y que carecía de suficiente fuerza y municiones para hacerles

frente. Era una estratagema de San Martín, que como el general de Maquiavelo, tenía la fuerza del león y la astucia del zorro, quien por medio de sus agentes secretos en Salta, esparcía esta noticia, haciéndose interceptar un chasque, en cuyas maletas, intencionalmente abandonadas, encontraba el enemigo las comunicaciones supuestas que lo engañaban mientras él permanecía organizando su ejército en Tucumán. Coincidió esto con el triunfo de Güemes sobre Castro y el sitio que subsiguientemente puso aquél á Salta, lo que persuadió á los realistas de que tenían encima un ejército en movimiento por su frente. En consecuencia, Pezuela alarmado, se apresuró á reforzar á Ramírez, elevando su fuerza hasta el número de 3200 hombres, con 12 piezas de artillería; el cual á su vez se limitó á reforzar su vanguardia situada en la ciudad de Salta. De este modo se contuvo la reunión de las fuerzas de Ramírez y Castro, y los realistas perdieron á la vez que la ocasión más propicia, toda la estación del otoño, que era la más favorable para su invasión. Esto decidía la campaña. Fué entonces cuando se organizaron las dos expediciones sobre el valle de Lerma con el objeto de hacer un reconocimiento general del terreno y adquirir noticias ciertas de la situación y operaciones de los insurgentes.

Empeñado siempre en su propósito de invasión hasta Tucumán y de hacer por lo menos una diversión poderosa en favor de Montevideo, Pezuela trasladó su cuartel general á Jujuy á mediados de Mayo, y ordenó la reconcentración de todo su ejército en Salta, disponiendo á la vez que Marquiegui emprendiese la expedición, rodeando la frontera del Chaco, que ha sido relatada ya, como preliminar de su movimiento de avance hacia el sur. Por esta vía llegó á su noticia la caída de Montevideo, y

aunque escarmentado por las voces falsas con que el general patriota lo alarmaba, al principio lo juzgó un ardid de guerra á fin de detenerlo en su marcha, hubo de cerciorarse de la triste verdad, y se dirigió al virrey del Perú pidiendo órdenes para retirarse. Antes de recibir la autorización, vióse forzado á emprenderla por el estado alarmante del Alto Perú á su retaguardia. Los progresos de Arenales y Warnes en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, la decisiva victoria del primero en La Florida, su avance sobre el Valle Grande amagando Chuquisaca, que había puesto en conmoción hasta los valles andinos sobre la frontera argentina, y como lo dice un historiador español "el aumento y mayor aliento de las partidas de gauchos", lo decidieron á emprender su movimiento retrógrado, y á fines de Julio, antes de cumplirse los siete meses de iniciada la invasión, el territorio argentino estaba completamente evacuado de tropas enemigas, y todo estaba dominado por las armas vencedoras de la revolución.

El general español recibió la autorización para retirarse hallándose ya en el territorio del Alto Perú. El virrey, en contestación á su consulta decíale que "podía disponer el replegue desde Jujuy á Cotagaita, y aun más adelante si era menester, escogiendo los parajes más defensibles del camino, disputando palmo á palmo el terreno hasta el Desaguadero, término del virreinato del Perú y del Río de la Plata". Esto mostraba que los realistas se consideraban inseguros hasta en su propio terreno, y se ponían á la defensiva. Los sucesos probaron que estos temores no eran vanos. Al mismo tiempo que el ejército invasor á Salta retrocedía quebrantado, estallaba una formidable insurrección en el Cuzco, que interceptaba la línea del Desaguadero y convulsionaba el norte del Alto Perú, y en sus mis-

mas filas empezó á cundir el espíritu de revuelta. Tal era la vitalidad de la revolución sudamericana. El general Ramírez, el mismo que había iniciado la invasión á Salta y cubierto su retirada, pintaba la situación con estos sombríos colores: "Adelantaban mientras tanto los de Buenos Aires su vanguardia contra nuestro frente, y los nuevos insurgentes por la espalda, con la espada en una mano y la tea encendida en la otra, abrasaban y destruían cuanto se les ponía por delante. Se hacía cada día más urgente decidirse á tomar un partido: ó evacuar las provincias recobradas á costa de mucha sangre y sacrificios, retirándose en masa con sus guarniciones á las márgenes del Desaguadero, que era lo más prudente, para conservar la comunicación con la capital (Lima), y contener la insurrección, esperando algo del tiempo: ó, lo más arriesgado, que era tomar una posición ventajosa, que siendo capaz de sostenerse con menos fuerzas, nos dejase en estado de disponer de algunas otras fuerzas para atender á las provincias interiores". Este es el plan que prevaleció en los consejos militares del estado mayor realista, y el general Ramírez fué encargado de ponerlo en ejecución marchando á sofocar la revolución del Cuzco con una parte del ejército que acababa de evacuar el territorio argentino. Los argentinos, por su parte, se preparaban á invadir de nuevo el Alto Perú, al mismo tiempo que el activo virrey del Perú hacía invadir á Chile para sofocar su revolución. Los sucesos que siguieron no corresponden á esta parte de nuestra historia y á su tiempo serán tomados en cuenta.

VIII

Antes que los sucesos cronológicamente reseñados en este capítulo tuviesen su completo desenvolvimiento, el general del norte había desaparecido del teatro de la guerra, envuelto en un misterio, que proyecta su sombra sobre esta fase de una vida tan llena de secretos recónditos. Al abandonar por siempre este escenario, llevaba la visión clara del gran plan de campaña continental que germinaba en su cabeza desde que retornó á la tierra natal para ponerse al servicio de la revolución de su patria y de la América. Con su genio concreto y su espíritu de cálculo, dióse cuenta de las causas de las victorias y de las derrotas de los ejércitos patriotas y realistas en el campo en que hasta entonces se había circunscripto la guerra del norte y descubrió por la observación una ley experimental del choque de las fuerzas vivas de la milicia desenvueltas por la revolución. Como lo dice un sesudo y bien informado historiador: "Desde Buenos Aires había ya observado, que las tropas insurgentes eran derrotadas cada vez que se internaban en el Alto Perú, mientras que habían destrozado á sus enemigos siempre que éstos entraban en el territorio de las provincias argentinas". Al medir las distancias, estimar los obstáculos, determinar los objetivos finales y probar el temple de los instrumentos de combate, había comprendido que no era ese el camino estratégico de la revolución sudamericana, y que la lucha se prolongaría estéril é indefinidamente, si es que no terminaba por un desastre irremediable, mientras sus condiciones y bases no se variasen. Su idea era llevar la guerra por el oeste,

trasmontando los Andes y ocupar á Chile; dominar el mar Pacífico, y atacar el Bajo Perú por el flanco, admitiendo simplemente como complementarias y concurrentes en segundo orden, las operaciones militares por las fronteras del norte. Este plan tan racional y correcto, que se impuso á los contemporáneos por el éxito en medio de los resplandores de la victoria, y se impone á la posteridad como una fórmula matemática, era, no sólo el más simple, no obstante su complicación, sino también el único posible, y sin embargo, habría parecido entonces una locura, cuando la locura estaba en la cabeza de los que se empeñaban en ir á Lima, por un camino imposible, con medios insuficientes, en busca de aventuras militares ó revolucionarias, sin prever las contingencias de la victoria ó la derrota. Por eso, él guardó su idea como "su secreto", según él mismo le llamaba en sus confidencias íntimas de esa época, esperando para proclamarla tener en sus manos los rayos que debían fulminar al poder español en América.

El primitivo plan de propaganda militar de la revolución argentina, inspirado más por el instinto que por la reflexión, de extender la insurrección por todo el continente americano atravesando por tierra su centro de sur á norte, en el espacio de cuarenta grados geográficos desde la zona templada al trópico, pudo darle en un principio los resultados inmediatos que se buscaban, ó por lo menos el dominio de las provincias del Alto Perú. Rechazados sus ejércitos en su primera tentativa en 1810 sobre la línea del Desaguadero, y por segunda vez en 1813 y 1814—como debían serlo por última vez en el próximo año de 1815,—estos hechos, constantemente repetidos, revelaban una ley que presidía al choque de las fuerzas en acción en sus dos puntos de contacto. Pero si por acaso tal plan pudo dar un resultado

contingente, cuando esas fuerzas se chocaron por la primera, segunda, tercera y cuarta vez, si las armas de la revolución hubiesen conservado su potencia inicial, era militar y humanamente imposible cuando, quebrado el nervio de sus ejércitos, tenían que medirse con ejércitos superiores que se habían adueñado del país que se trataba de conquistar, en el que habían echado raíces y tenían á sus espaldas todos los recursos de la América Meridional de que Lima era el centro irradiante y el mar Pacífico el vehículo. Aun dadas las condiciones más favorables, y sin las derrotas que habían obstado fatalmente al logro de ese grandioso propósito, pretender renovar la famosa marcha de Alejandro al través del Asia, con un ejército inconsistente y relativamente débil, lanzado en el espacio sin una base de operaciones, sin objetivo claro, sin línea de comunicaciones terrestres segura, y sin posibles comunicaciones marítimas en lo futuro, y esto al través de diversas zonas en un trayecto de cuatro mil setecientos kilómetros, por un país montañoso que no tiene sino caminos de herradura, era una empresa superior á los medios materiales y á la fuerza humana de que entonces podía disponer la revolución argentina. Aun realizada felizmente tan aventurada campaña, recorriendo en triunfo su largo trayecto desde Buenos Aires hasta Lima, se encontraría al fin en situación más difícil que en su punto de partida: con el mar Pacífico dominado por las escuadras españolas, con su base lejana de operaciones desguarnecida; con Chile armado en su contra sobre su flanco y á su retaguardia, y á su frente todo el poder del rey en la América Meridional desde Chiloe hasta Méjico; pues á la sazón (1814) todas las insurrecciones contra el rey habían sido sojuzgadas ó iban á serlo—incluso la de Colombia y Chile,—de manera que sólo mantenían la

lucha por la independencia las Provincias del Río de la Plata, que no contaban ni debían contar con más fuerza que la suya propia. No obstante que la opinión de una gran parte de las poblaciones de raza mezclada en su largo itinerario, fuese simpática á la causa americana, los hechos habían demostrado — y lo demostrarían hasta la terminación de la guerra de la independencia,—que las insurrecciones populares del Alto y Bajo Perú, que tenían principalmente por núcleo el elemento indígena, tan heroicas como fueron, eran inorgánicas y política y militarmente inconsistentes, y no podían por lo tanto, ni dar base sólida ni alimentar una guerra de conquista, de ocupación y de redención, ni alianzas eficientes. Por último, establecidos los ejércitos españoles en el Alto y Bajo Perú, bien organizados y bien mandados por generales entendidos, y con el apoyo de un fuerte partido americano-realista que sostenía con entusiasmo la causa del rey en su tierra natal, eran de esperarse resistencias militares y aun de parte de las poblaciones en el transcurso de una prolongada campaña, en que al fin una batalla podía y debía probablemente perderse, y entonces todo se perdía, hasta la "esperanza", que según Alejandro era lo único que llevaba al iniciar su campaña asiática, pero que cuidó llevar embarcada en la flota que acompañó todas sus operaciones, flota de que la revolución carecía.

Todo esto, que San Martín tenía en germen en su cabeza desde que empezó á darse cuenta racional del modo cómo se conducía la guerra, lo vió claramente en Tucumán al estudiar el teatro de ella en el norte, y buscar la solución del arduo y complicado problema de una campaña de emancipación americana por los diversos caminos que podían abrírsele, campaña que él consideraba condición

necesaria para salvar la revolución argentina y asegurar el triunfo de la independencia continental.

Tres meses después de posesionado del mando del ejército auxiliar del Perú (22 de Abril), escribía sigilosamente á un amigo íntimo: "No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho á Vd. "mi secreto". Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar á Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar á tomar á Lima: ése es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará". Esta concepción concreta, que en 1814 era un secreto, y habría acreditado á su autor de loco á haberse difundido, es lo que ha asignado á San Martín su puesto en la historia del mundo, y que en definitiva cambió los destinos de la revolución de la América del Sur.

IX

Con los planes que llenaban su cabeza, tan opuestos á sus deberes oficiales, era natural fuese ingrato á San Martín, el mando del ejército del norte, que consideraba organizado sobre mala base, y en el cuartel no tenía plena confianza. Además, su émulo el general Alvear, preponderante por su influencia en el gobierno, con ideas diametralmente opuestas á las suyas, aspiraba á conquistar los

laureles de la campaña del Perú, después de ceñirse los de la rendición de Montevideo, lo que le hacía considerar su posición como precaria y prever que sería reemplazado por él, como en efecto se pensaba. Alvear, con las ideas teóricas que tenía sobre el moderno arte militar, aunque muy superficiales; con su carácter emprendedor y sus chispazos de inteligencia, que á veces imitaban los relámpagos del genio intermitente, habría roto sin duda con la vieja rutina que realistas y patriotas habían practicado en aquel teatro de la guerra antes de San Martín, y lanzado las operaciones por otros caminos, si no muy seguros, por lo menos más brillantes y gloriosos. Estas perspectivas halagaban su juvenil ambición de gloria y de poder, y el general del norte, con más largos alcances y más grandes objetivos, estaba dispuesto á cederle su puesto militar, como le había cedido el político y eclipsarse por el momento para reaparecer en el escenario que buscaba, y que él mismo señalaba en términos velados, con aspiraciones al parecer modestas. Como se ha dicho presintiendo la verdad, aun sin conocer estas revelaciones póstumas, al solicitar como un descanso el gobierno de la obscura Mendoza, engañaba á los enemigos de la América y á los propios amigos, imitando con la misma previsión la táctica de Guillermo el Taciturno, con el cual tenía alguna analogía.

Todos estos motivos, que bastarían por sí solos para explicar su separación de una escena en que no quería ni se consideraba ser actor, coincidieron con una causa real que le obligó á resignar su mando. Al finalizar el mes de Abril, precisamente tres días después de escribir la histórica carta en que revelaba su gran secreto (25 de Abril), fué atacado de una afección interna al pecho y tuvo un vómito de sangre. Los contemporáneos, que desde

entonces explicaban todos sus actos por su carácter enigmático y taciturno con tendencias á lo incógnito, atribuyéndole una doblez complicada, que realmente acompañaba todos sus secretos designios, han acreditado la tradición de que esta dolencia fué un mero pretexto para cubrir su retirada, y graves historiadores han sido inducidos en error por ella. Su enfermedad, perfectamente caracterizada por la ciencia médica (una hematemesis), era verdadera, aunque no orgánica, y le acompañó siempre, complicada con otras afecciones dolorosas que pusieron varias veces en peligro su vida. Su constitución vigorosa trabajada por antiguas dolencias empezaba á debilitarse por el exceso con que se contraía al trabajo y la pasión intensa que ponía en él. Esto le obligó á delegar sus funciones activas en su segundo el general don Francisco Fernández de la Cruz, y á elevar su renuncia, retirándose á la hacienda de Las Ramadas, á 36 kilómetros de Tucumán, donde experimentó un segundo acceso, pasando luego á la sierra de Córdoba en busca de una temperatura seca más propicia, según el consejo de los facultativos. El general Cruz era hombre de un carácter recto y de un juicio sólido, militar de buena escuela, con conocimientos científicos y talentos de organizador, pero sin iniciativa en el mando en jefe, que prefería formar en segunda fila, así es que recibió el cargo como una herencia sin beneficio de inventario. Su primer conato fué ocultar la desaparición de este gran actor de la escena de la guerra del norte, porque valiéndonos de sus mismas palabras: "El relevante concepto que tenía en el ejército, en todos los pueblos y aun entre los enemigos, infundido hasta las últimas clases, y la consternación y el desconsuelo general que produciría la noticia de su separación, lo impulsaban á reservarla, sin hacer innovación para

mantener la esperanza que todos tenían en su reasunción del mando". Pocos días después (29 de Mayo), San Martín le escribía que se hallaba á la entrada de la travesía de Córdoba, y Cruz era dado á reconocer como general en jefe interino. Aquí termina el mando del general San Martín en la guerra del norte, al mismo tiempo que la segunda invasión española al territorio argentino era triunfalmente rechazada sin combatir, por efecto de sus trabajos y hábiles maniobras.

En Córdoba se retiró á una estanzuela á veinte kilómetros de la ciudad, y allí, condenado á la inacción, alimentaba su pasión reconcentrada, discurriendo sobre la debilidad moral de la revolución y los medios de darle nuevo temple. Un día, insistiendo sobre este tema, en circunstancias que se hallaba rodeado de visitas, exclamó con vehemencia:—"¡Esta revolución no parece de hombres, sino de carneros!"—Para demostrar su proposición refirió, que en ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda á quejársele, de que el mayordomo, que era un español, le había dado de golpes por faltas cometidas en el servicio, y prorrumpió:—"¿Qué les parece á Vds.? después de tres años de revolución, ¡un maturrango se atreve á levantar la mano contra un americano!"—y repitió con acento vibrante:—"¡Esta es revolución de carneros!"—La contestación dada á la queja del peón, había sido en el mismo sentido, así es que, los demás, autorizados por ella, cuando el mayordomo pretendió repetir lo mismo con otro peón, éste le dió una cuchillada, que el general aplaudió como acto de energía criolla. Este rasgo es característico del temperamento revolucionario del criollo americano rebelado contra el predominio político y social de la España y de los españoles sobre la América y sobre los americanos, que quería convertir á los

carneros en leones, y les daba por resorte esas explosiones de ira de los esclavos emancipados, que se convierten en fuerza, y que él incubaba en su alma, así cuando contrarrestaba los excesos realistas en la guerra diciendo que "la moderación se traduciría por miedo al azote de los antiguos amos", y mandaba ejecutar al coronel Landivar para hacer respetar el derecho de gentes en los insurgentes, como cuando, exaltando el sentimiento individual de la dignidad criolla, daba al peón el consejo de rebelarse contra uno de ellos. Este era el síntoma precursor de ese movimiento nuevo que él iba á imprimir á la revolución armada, al pasar de la defensiva á la ofensiva. El gran teatro previsto y buscado por él, en que desarrollaría colectivamente esta nueva fuerza, iba á abrírsele.

El 10 de Agosto de 1814, el ex general del norte era nombrado gobernador intendente de Cuyo "á solicitud suya, decía el despacho, con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tiene hechos al país, y el de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquella deliciosa temperatura". El Director Supremo le escribía á la vez confidencialmente: "Lo hago á Vd. descansando en su ínsula en que habrá alcanzado á comer uvas frescas". El descanso era la primera etapa de una gran campaña continental desde la zona templada hasta el Ecuador, al través de llanos, montañas, valles y mares, sin un solo día de tregua en siete años consecutivos, y las uvas frescas se convertirían en los siempre frescos laureles de Chacabuco y Maipú que brotarían de entre las viñas de Cuyo. Desde entonces sólo vivió para su idea. En Mendoza estaba en el punto matemático previsto para la realización de sus planes: en el suelo donde haría brotar los recursos y las legiones que libertarían á la América; al pie de los Andes, su primer

escalón para levantar la piedra á lo alto de la cumbre; en contacto con Chile, primera jornada y primer punto de apoyo de sus operaciones ulteriores; en marcha hacia el mar Pacífico, para llegar á Lima, que era por el momento su objetivo final. Su gran sueño, el sueño de los ojos abiertos, iba á realizarse, como se despeja la incógnita de un problema. Cuando estos vastos horizontes se le abrían, y era relativamente un general obscuro, con un secreto más obscuro aun en su cabeza, ya se habían formado completamente, como se ha observado, los rasgos fundamentales de su carácter. Estaba revelado su genio concreto de acción deliberada, seguro en el cálculo y preciso en la ejecución. El metódico organizador y el consumado táctico en las pequeñas y grandes maniobras se había probado, presagiando al estratégico. Habíase mostrado sagaz diplomático militar, ingenioso y fecundo en estratagemas, con rara penetración para utilizar las cualidades de los amigos y engañar á los enemigos explotando sus tendencias. El temperamento revolucionario del criollo de pasión innata, que convierte en fuerza las pasiones colectivas dominando las suyas propias, se revelaba en sus manifestaciones espontáneas. Su moral pública, era la del hombre de acción que persigue un fin determinado, con eficientes medios adecuados, sin escrúpulos de conciencia ante la razón de estado de su causa. Político por instinto, sin doctrina preconcebida, aunque republicano por inclinación natural, todo lo pospone á la idea de la independencia, hasta ser indiferente en punto á formas de gobierno. Reservado, taciturno, enigmático, el misterio que empieza á envolverlo en vida se prolongará más allá de su tumba. Sin patriotismo exclusivo, con un sentimiento americano de amor á la libertad y odio á los opresores, formado lejos de la tierra na-

tal; con un temperamento frío y un alma intensamente apasionada, una modestia sistemática y un desinterés real, ni más ambiciones conocidas que sus designios emancipadores, tenía la severa ecuanimidad y llenaba las condiciones de un libertador de pueblos diversos cuya espontaneidad no violentaría. Como se ha dicho de él, no era un hombre: era un sistema. Tal era el hombre que al pie de los Andes en 1814, iba á cambiar los destinos de la revolución sudamericana tomando resueltamente por la primera vez la ofensiva militar, para herir en el corazón al poder español en sus colonias.

CAPITULO VII

Revolución chileno-argentina.

1810-1811

Enlaces de la revolución chileno-argentina.—Nuevo punto de vista histórico.—Antecedentes de la sociabilidad chileno-argentina. — Primera descomposición del gobierno colonial en Chile.—Aparición de Martínez Rozas.—Los Cabildos de Santiago y Buenos Aires.—Síntomas sincrónicos de la independencia chileno-argentina.—El particularismo del sur de Chile. — Nueva teoría política argentino-chilena.—Aparición de O'Higgins.—Revolución del 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires.—Su repercusión en Chile.—Primer Congreso municipal chileno.—Se instala el primer gobierno nacional de Chile.—Relaciones diplomáticas argentino-chilenas.—Semblanzas de las dos revoluciones.—Alianza argentino-chilena.—Primera iniciativa de un Congreso americano.—Las armas y las ideas argentino-chilenas fraternizan.—Escisión del partido patriota.—Reacción realista en Chile.—Dictadura de Rozas. — Radicales y conservadores chilenos. — Derrota electoral de Rozas. — Instálación del primer Congreso general de Chile.—Exposición de la doctrina constitucional de la revolución de Chile por Rozas.—Examen de la influencia del parlamentarismo en la revolución chilena.—El Congreso de 1811 y su composición.—Derrota parlamentaria de los radicales. — Proyecto de constitución.

I

Cuando San Martín se hizo cargo del gobierno de la intendencia de Cuyo (Septiembre de 1814), la revolución chilena contaba cuatro años de agitada existencia, y estaba próxima á sucumbir por

las discordias intestinas y bajo el peso de las armas del Perú que procuraba sofocarla, como lo había hecho con la del Alto Perú, á fin de aislar la insurrección argentina y atacarla á la vez por el norte y por el oeste. En tal momento, aparecía en el punto preciso de partida de sus futuras operaciones estratégicas, el general que llevaba en su cabeza la idea salvadora de reaccionar contra el plan militar de los realistas de Lima por el occidente, cuando este flanco de la revolución argentina iba á quedar descubierto, y cuando nuevos contrastes se le preparaban por el obstruído camino del norte, que dejaría indefensa su frontera septentrional. Era un nuevo camino y un nuevo prospecto que se abría á la revolución argentina en sus relaciones con la de la América en gentral, y especialmente con Chile. Es por esto que, conocidas las evoluciones de la insurrección y de la reacción argentino-peruana dentro de los límites del virreinato del Río de la Plata, con sus largas proyecciones continentales por una y otra parte, es necesario, para la inteligencia de los sucesos que van á seguirse, conocer en su correlación íntima los antecedentes de la revolución argentino-chilena, primer nudo internacional de la emancipación sudamericana, que ata una masa de hechos que se suceden lógicamente y forman sistema. No tendría objeto útil la crónica compendiosa y descarnada de los primeros años de la revolución de Chile, que ya ha sido escrita con amplitud del punto de vista nacional, y por lo tanto, la estudiaremos bajo una nueva faz en sus relaciones con la revolución argentina americanizada y en su acción recíproca, para deducir de los hechos así combinados, la ley histórica á que obedeció el plan militar de San Martín y los resultados políticos que necesariamente surgieron de él como efectos de causa, por la

alianza de los dos pueblos y la solidaridad de las dos revoluciones.

La alianza argentino-chilena, la primera en el Nuevo Mundo, y la única que tuvo un plan de intervención emancipadora sin propósitos de anexión y sometimiento, es el hecho más trascendental y fecundo en la lucha de la independencia sudamericana, porque hizo posible su triunfo, y determinó la norma y la regla según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro. Esta alianza tiene su origen en las relaciones entre ambos pueblos desde 1810 á 1814, que es el período que vamos á estudiar bajo su aspecto internacional á la luz de un criterio correlativo. Para dar su carácter auténtico á esta versión argentina, no invocaremos sino testimonios chilenos ó españoles-realistas, usando de los documentos de otro origen, simplemente como de elementos complementarios ó ilustrativos de los hechos fuera de cuestión. Veráse así, cómo, por atracciones y gravitaciones naturales, jamás el destino reunió en una alianza política y guerrera á dos naciones más análogas y menos semejantes, que mejor se completasen para la empresa que en común acometieron, en obediencia á sus tendencias espontáneas y consultando sus conveniencias mutuas con igual firmeza en sus propósitos deliberados.

Situadas ambas naciones en la extremidad austral del nuevo continente, bajo los mismos grados de latitud de la zona templada, la una encerrada entre montañas á lo largo del mar Pacífico, y la otra dilatada en llanuras inmensas sobre las costas del Atlántico, estaban separadas y unidas por la más elevada cordillera del globo, siendo la primera principalmente agrícola, y la segunda exclusivamente pastoril y comercial. El clima argentino, cargado de electricidad, comunicaba al tempera-

mento y al carácter de los habitantes del suelo, las propiedades de este agente motor, mientras el de Chile, obrando más sobre los músculos que sobre los nervios, producía un contraste étnico marcado. En su constitución social también diferían esencialmente. Chile tenía una aristocracia territorial y una plebe mestiza disciplinada y concentrada, raza secundaria en que "se había combinado una especie de feudalismo de cien grandes propietarios y señores de la tierra, cuyos antiguos vasallos indígenas se habían fundido con la raza conquistadora formando así la gran masa del pueblo chileno, cimentado sobre esta base el inquilinaje, ó sea el feudalismo agrícola, y de entre los señores salían los regidores de los Cabildos, los doctores de la Universidad y los pocos colonos que podían figurar en la vida pública y adquirir representación civil". El pueblo argentino era nativamente democrático, con instintos enérgicos de independencia individual y de igualdad y de libertad colectiva, con una población semibárbara diseminada en sus campañas, de cuya masa salían los soldados y los caudillos que se hombreaban con los soldados y los ciudadanos urbanos. Eran, pues, dos diversos sistemas geográficos, dos agrupaciones humanas de índole diversa, dos sociabilidades constituídas sobre diferentes bases, con vicios y cualidades propias que acentuaban su originalidad. Tenían empero de común, el origen, el temple viril, las tendencias á que una y otra respondían bajo la ley de un mismo destino, y una población más homogénea que el resto de las secciones sudamericanas. Estos contrastes y analogías se diseñarán más claramente en el curso de esta historia.

II

Los lejanos antecedentes históricos de ambos pueblos, revelan desde muy temprano sus tendencias sincrónicas, y coinciden notablemente en puntos que son fudametales. Así como la primitiva colonización argentina difería esencialmente de la del resto de la América poblada por la estirpe española, así también la de Chile difería de ésta aunque en menor grado, en su organismo y en sus fines inmediatos. A la inversa de la de Méjico y el Perú, imitación del feudalismo europeo suplantado en dos imperios conquistados, en que se explotaba el trabajo de una raza esclavizada para extraer metales preciosos, la colonización del Río de la Plata no debió su establecimiento, formación y desarrollo gradual, sino á la labor de los mismos colonos, que tuvieron que pedir á la tierra el sustento, y desenvolverse en el sentido del comercio. Este es en Sud América el único ejemplo de una sociabilidad elemental hija del trabajo reproductor, que ha dado base sólida á su prosperidad. Los colonos argentinos, al asimilarse en parte la raza indígena, tuvieron que combatir como los chilenos para conquistar el suelo, contra una raza autóctona, enérgica y guerrera, lo que dió temple á su carácter y desenvolvió las aptitudes militares de la raza criolla. La colonización europeo-peruana que partía del Pacífico, y cuyo centro era Lima, como en la época á que hemos llegado lo era de la reacción, se bifurcó en las altiplanicies de los Andes, siguiendo los antiguos caminos de los Incas, y después de implantarse en el Perú según el mismo tipo, bajó por sus desfiladeros orientales y se dilató

por las pampas argentinas, mientras el litoral del Plata se poblaba por la corriente directa de la madre patria, que depositaba en su seno otros elementos de progreso. A la vez, y sincrónicamente, se extendió por las orillas del Pacífico de norte á sur, faldeando la cordillera marítima de los Andes, y pobló el reino de Chile, llevando la guerra de conquista hasta la frontera de Arauco dentro de las mismas latitudes del país argentino. Trasladada así esa colonización al territorio chileno con el mismo objetivo inicial, se modificó notablemente, por causas hasta cierto punto análogas á las del Río de la Plata, no obstante conservar sus rasgos característicos y su germen originario. Al chocar en son de guerra con la indómita raza indígena de los araucanos que defendía el suelo, como sucedió á la colonización argentina con la belicosa raza pampeana, tuvo que proveer por el trabajo á las primeras necesidades de la vida, y de este modo se hizo agrícola y minera, templando su carácter en la lucha por la existencia, para constituir así una sociabilidad más espontánea y enérgica en su medida. Combinados esos dos factores del trabajo, la gran masa de la raza criolla y mestiza, que vino después del reparto de la tierra por los conquistadores, encerrada dentro de los cuadros de una constitución feudal, se hizo feudataria de los grandes propietarios en la explotación de la agricultura, y de aquí el origen de la aristocracia territorial y de la plebe nativa en Chile. Pero esta colonización mixta, semifeudal y semilibre, militar y agrícola á la vez, era dirigida por conquistadores y colonizadores de los mismos instintos geniales á uno y otro lado de los Andes, animados del mismo espíritu y de la tendencia hacia las aventuras militares y lejanas exploraciones. Así se ve que, mientras los colonos del Río de la Plata cru-

zaban el continente al través de inmensos desiertos inexplorados y llegaban al Pacífico por el Alto Perú, los colonos de Arauco cruzaban la gran cordillera, y fundaban una población agrícola á imagen y semejanza suya, abriendo un nuevo camino entre el Pacífico y el Atlántico. Esta nueva población era Mendoza, núcleo de la provincia de Cuyo, que fué el primer nudo de unión entre ambos países, y donde en el momento á que hemos llegado se hallaba San Martín con el propósito de cruzar esa misma cordillera para consolidar una república en cambio de la población de una provincia.

Durante la época colonial, Chile había vegetado obscuramente en medio de la abundancia y de la paz, apenas interrumpida por las excursiones de los araucanos, las hostilidades marítimas de los ingleses en guerra con España y las irrupciones piráticas de los filibusteros. Por lo contrario, las Provincias Argentinas, principalmente en su litoral fluvial y marítimo, habían vivido en casi continua guerra con los portugueses colindantes y con los ingleses invasores, á la vez que con los indígenas, llamando la atención del mundo por sus hazañas. Esto les dió la conciencia de su fuerza y les inoculó nuevos elementos de vida activa y nuevas nociones por la dilatación de su vida externa. Por esta puerta abierta á la luz, penetraban las nuevas ideas hacia Chile, y como el camino que seguían era el mismo abierto por los colonizadores dos siglos antes, por allí también se establecía una especie de corriente moral entre ambos países. Y lo que sucedía con estos agentes invisibles de la actividad humana, sucedía con las cosas y las personas que son sus vehículos y receptáculos. Por el camino de la cordillera pasaron de contrabando los primeros libros conducidos por un chileno, que debían depositar el germen de las nuevas ideas en las mentes de los

chilenos y argentinos que iniciaron la revolución chilena. Simultáneamente y sin conocerse, dos filántropos ilustrados, el argentino don Manuel Belgrano y el chileno don Manuel Salas, que serían los precursores y los próceres de esta revolución, se ocupaban en sus respectivos países en promover las mismas mejoras morales y materiales, alentándose en sus trabajos, "con la esperanza, decía uno de ellos, de que corriendo los días, llegaran las circunstancias oportunas, obrando mientras tanto como debían". Estas circunstancias habían llegado, y las chispas errantes del ideal que cruzaban la cordillera en medio de la noche del obscurantismo colonial, se habían convertido en 1810 en la llama viva, aunque intermitente, que en 1814 ardía de uno y otro lado de los Andes, revelando la existencia de esa corriente moral preexistente.

En 1810, al iniciarse la revolución chilena, la situación del país era, tal como la ha pintado un historiador chileno, con colores criollos acentuadamente naturalistas, la del sueño perezoso de la ignorancia: "En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado á la cabeza que le tapaba la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios húmedos de vaporoso chacolí, dormía Chile, joven gigante, manso y gordo, huaso, semibárbaro y beato, su siesta de colono, tendido entre viñas y sandíales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre, la almohada repleta de novenas para no tener miedo al diablo en su obscura noche de reposo. No había por toda la tierra una sola voz ni señal de vida, y sí sólo hartura y pereza. En ninguna parte se sentía el presagio de aquella maternidad sublime de que la América venía sintiéndose inquieta con el germen de catorce naciones, y de que Chile, como una de su extremidades, no percibía sino síntomas lejanos". Tal era Chile en

1810, según sus propios hijos, cuando empezó á sentir los primeros estremecimientos de la gestación revolucionaria, y va á verse cómo había llegado hasta 1814, después de cuatro años de una tormentosa vida independiente.

III

El 10 de Febrero de 1808 moría el gobernador de Chile, Muñoz Guzmán, y en ese mismo día empezó la descomposición de su gobierno colonial. Según su cronista nacional, "la España perdió en él un servidor que hubiera podido conjurar durante algunos años, la borrascosa tempestad que el viento de Buenos Aires y los progresos de la civilización amontonaban".

El reino de Chile, como se le llamaba, colonizado bajo los auspicios del Perú, había sido desprendido de este virreinato y erigido en capitanía general independiente en 1778, con un gobernador á la cabeza, que era á la vez presidente de su Real Audiencia, delegaciones ambas del poder real que se ponderaban y contraloreaban mutuamente. Estas dos autoridades y los Cabildos concedidos á algunas ciudades en representación del pueblo, constituían todo el sistema político, judicial y municipal de la colonia. De este embrión de gobierno absoluto, sin pueblo ni opinión pública por contrapeso, debía brotar una revolución parlamentaria con formas aristocrático-democráticas, que empezando por la descomposición de la autoridad colonial dentro de sus mismos elementos y continuando por una tímida resistencia, terminaría por una insurrección y el advenimiento de una nueva nacionalidad que señalaría un particularismo original en la historia americana. Desde luego, la creación de la nueva

entidad administrativa empezó á despertar el espíritu público de los colonos, les sugirió ideas instintivas de independencia autonómica, y mejorando su condición, dió expansión á sus sentimientos y más amplitud y libertad á sus ideas confusas de buen gobierno local. La muerte del gobernador Muñoz Guzmán determinó "las circunstancias oportunas que corriendo los días debían llegar" según las esperanzas de Belgrano, y desde entonces la pacífica colonia entró en agitación.

La España, en la provisión de las autoridades superiores de sus lejanas colonias de América, había adoptado diversos temperamentos que no obedecían á ningún sistema. Nombradas directamente por la corona, ora se designaban nominativamente á los que debían ocuparlas en caso de vacancia, ora se daba al pueblo la facultad de elegir provisionalmente al sucesor, hasta que al fin se adoptó por regla general encomendar á la Audiencia ó á su regente el gobierno en tal eventualidad. En 1808 este orden de sucesión había cambiado. Con motivo de hallarse en guerra con los ingleses y á fin de proveer á la seguridad militar de sus posesiones ultramarinas, dispúsose por real cédula de 1806, que en los casos de acefalía del gobierno recayece el mando en el oficial del ejército de mayor graduación. Como sucede en épocas en que las circunstancias conspiran contra las previsiones, esta precaución de la metrópoli en vista de un peligro exterior, se convirtió en daño suyo en el orden interno de la colonia, provocando complicaciones imprevistas. La Audiencia, dando una interpretación torcida á la real cédula, se apresuró á investir del mando á su regente. Los oficiales de la frontera araucana protestaron contra la ilegalidad de esta provisión, y reunidos en junta de guerra proclamaron como gebernador y capitán gentral inte-

rino al coronel Francisco García Carrasco. Este, apoyado en su derecho y sostenido por la fuerza militar, que daba á su elevación un carácter pretoriano, entró en posesión del gobierno, que mal de su grado hubo de cederle la Audiencia, produciéndose así una escisión latente entre ambas autoridades. De este modo comenzó la descomposición del poder colonial en Chile, poniéndose en pugna el alto tribunal que tenía la supremacía judicial, con la autoridad política y militar cuyos actos contraloreaba y de la que debía ser consejera en representación del monarca.

Al trasladarse de la frontera á la capital del reino, el nuevo capitán general llevó consigo, en calidad de secretario y consejero, á un hombre que hacía años residía en Concepción y gozaba en Chile de un alto concepto, á la par que de una grande influencia en todo el sur del país, cuyos habitantes eran los más guerreros y libres por razón de su inmediación á la frontera militar con los araucanos. Era éste el doctor Juan Martínez de Rozas, argentino, nacido en Mendoza, que contaba á la sazón cuarenta y nueve años de edad. Había hecho sus estudios en la universidad de Córdoba del Tucumán, donde tuvo por condiscípulo al doctor Castelli, que debía ser uno de los promotores de la revolución en el Plata, y por cuyo intermedio entabló más tarde relaciones políticas con Belgrano, que fué el precursor de la independencia argentina. Tenía fama de ser un sabio, habiendo dictado cursos originales de filosofía, derecho y física experimental en el colegio Carolino de Santiago, y todos los hombres ilustrados de su tiempo lo veneraban como al maestro. Asesor letrado de varios presidentes que se habían sucedido en Chile, poseía la experiencia de los negocios públicos. Enlazado con una familia espectable de la localidad, desem-

peñaba las funciones de inspector de fronteras y encargado de su policía de seguridad, y era el jefe de una gran clientela que tenía un poder real. Carácter complicado, en que la pasión concentrada se unía á la reflexión y la prudencia, con ideas adelantadas que había bebido en los escritos modernos que trataban de los derechos humanos, con una ambición latente de gloria y honores que buscaba su camino, era el inspirador de un grupo selecto—varios de ellos argentinos,—que desde entonces se ocupaban de los destinos futuros de la América en medio de la confusa crisis que atravesaban. Con vistas más largas que sus contemporáneos, dotado de cierta elocuencia persuasiva hablando ó escribiendo, era un iniciador y un jefe de partido en germen. Tal era el personaje que García Carrasco asoció á su gobierno, y que debía ser el precursor y el alma de la revolución chilena que se iniciaba bajo tan extraños auspicios.

IV

El nuevo capitán general era un hombre vulgarísimo, de inteligencia limitada, de inclinaciones bajas, violento en su modo de proceder y débil en el fondo, desprovisto hasta de cualidades negativas aun para servir positivamente al bien ó al mal, así es que, al exhibirse en el escenario del gobierno, reveló su nulidad, se hizo odioso por sus actos arbitrarios y se acarreó el menosprecio de todos. Su única pasión seria era la riña de gallos; su mayor placer, oir chismes, y la única afección que se le conocía era la de una favorita doméstica de raza africana (él mismo había nacido en Africa, aunque de raza española), por cuya mano se dispensaban las gracias de su gobierno, "última pincelada, dice

un escritor chileno, que puede darse al retrato del presidente Carrasco, que era la vulgaridad más desnuda de mérito". Rozas, que había propiciado su candidatura, se empeñaba, empero, en hacerlo servir como instrumento á la reforma política y social, y "mientras su jefe se divertía, su secretario aspiraba á fundar una nación digna de este nombre y reflexionaba sobre los medios de lograrlo". Al efecto, se fijó en el Cabildo como punto de apoyo, y á ejemplo de Buenos Aires, á cuya revolución había dado "mucho realce la adhesión de los miembros del ayuntamiento,' Rozas intentó atraerse á los cabildantes de Santiago para obrar directa é inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables á la causa general". Una idea maquiavélica iba envuelta en este plan, y era oponer el Cabildo como contrapeso político á la preponderancia de la Audiencia, "haciéndole representar un papel análogo al que á la sazón desempeñaba el Cabildo de Buenos Aires" después de las invasiones inglesas, constituyéndolo en órgano de la opinión del común y en árbitro de la existencia de las mismas autoridades que destruía y creaba, como una especie de representación popular, que llevaba en su seno el germen de la revolución. Con este propósito influyó, de acuerdo con sus amigos, para que la corporación municipal, con motivo de los auxilios pedidos por Buenos Aires para mantener su actitud militar contra los ingleses, solicitase la adjunción de doce regidores con voz y voto, elegidos entre los vecinos más notables de la capital. El gobernador, aconsejado por Rozas, así lo decretó, y la elección recayó en su gran mayoría entre los partidarios de la "reforma, de suerte que, aquel Cabildo fué como un reflejo del de Buenos Aires, con el cual mantenía una correspondencia frecuente y secreta".

El resultado inmediato de esta innovación, que

fué dar la preponderancia á los nativos, vivificando la institución municipal, produjo otro de mayor trascendencia, y fué depositar en su seno los gérmenes revolucionarios de una asamblea deliberante que los sucesos se encargarían de desenvolver hasta convertirla en una entidad política. En este terreno se trabó el primer debate parlamentario entre las dos opiniones antagónicas que ya se diseñaban en la embrionaria vida pública de la colonia. Con esta reforma coincidieron las noticias que á la sazón se recibieron de Europa, según las cuales, la España estaba próxima á ser sojuzgada por las armas de Napoleón (Septiembre de 1808), y que una nueva dinastía extraña iba á serle impuesta, hallándose cautivo el monarca legítimo, que era el único vínculo que ligaba á las colonias americanas con la metrópoli. Ante esta perspectiva surgió la primera cuestión política que apasionó á la opinión, por cuanto afectaba los destinos de la colonia, la que tuvo ecos en aquella corporación, que ya empezaba á percibir sus primeras palpitaciones como un órgano constitutivo. Los españoles americanos pensaban, que en tal evento no debían seguir la suerte de la madre patria, y que les correspondía reformar el sistema colonial erigiendo un gobierno propio, idea que envolvía la de la independencia de hecho y de derecho. Los españoles-peninsulares, conservadores por interés y por instinto, que no admitían restricciones al principio de autoridad y menos aun que los criollos lo discutiesen, sólo tenían en vista su predominio sobre la América y los americanos, y por lo tanto, protestaban contra tal teoría, sosteniendo que nada debía innovarse á fin de continuar á la sombra de la autoridad de la metrópoli la explotación colonial por cuenta propia. De estas opiniones encontradas sobre punto tan fudamental, surgieron los dos partidos antagónicos de la revolu-

ción, que muy luego se chocaron; una oposición del Cabildo contra el gobernador, que motivó la revocación del decreto que le había adscripto doce regidores auxiliares, y por último, una división más profunda entre la autoridad política y la Audiencia, que, provocando resistencias, represiones y conflictos acabó por producir un estado casi revolucionario, que se agravó por la ruptura entre el doctor Rozas y Carrasco, lo que determinó la línea divisoria entre la política reformista de los patriotas y la política de resistencia del último gobernante colonial de Chile (año de 1809).

V

Alarmados los españoles, en presencia de esta agitación sorda con síntomas de descomposición, aconsejaron al gobernador como temperamento de prudencia su reconciliación con la Audiencia, y como medida de seguridad, fortificar con artillería el cerro de Santa Lucía, que domina la ciudad de Santiago, á la manera de una Bastilla, á fin de imponer á los que ya consideraban rebeldes, á la vez de militarizar todo el reino, poniendo las armas en manos de los realistas á todo trance y en todas las eventualidades, con lo cual creían asegurar su predominio. No encontrando en el gobernador el hombre de la resistencia, como tampoco Rozas lo había encontrado en el sentido de la renovación, se dirigieron sigilosamente al virrey de Buenos Aires, denunciando su incapacidad para contener los avances del partido patriota. El gobernador, aislado y abandonado por todos, buscó un punto de apoyo fuera de su centro, y pensó encontrarlo en los dos virreinatos inmediatos, como solidarios del mantenimiento del sistema colonial en toda su in-

tegridad, los cuales debían ser los dos centros de acción y de reacción del movimiento revolucionario que se iniciaba.

"La gente ilustrada y removedora de Chile, recibía entonces dos inspiraciones diferentes, de las cuales la una partía de Lima y la otra de Buenos Aires. La primera de estas influencias era conservadora, y la segunda reformista". A estos dos centros se dirigieron simultáneamente los conservadores y los reformistas, buscando en ellos, unos su fuerza y otros sus inspiraciones. Carrasco, se dirigió al virrey de Lima (Mayo de 1810): "Al principio discurrí dar tono á esta máquina por medio del Cabildo, incorporando á su solicitud doce vecinos principales, y resultaron desavenencias de las ideas populares de algunos, al tiempo que el Cabildo de Buenos Aires extendía sus correspondencias y aspiraba á la democracia". Apenas despachada esta nota, le llegaba otra del virrey de Buenos Aires (Mayo de 1810), en que le decía: "Noticias fidedignas con que me hallo, me aseguran de los partidos en que se halla dividido ese vecindario, opinando unos por la independencia, otros por sujetarse al dominio extranjero, y todos dirigidos á substraerse de la dominación de nuestro soberano". A su vez, varios jóvenes argentinos que residían en Santiago, servían de intermediarios para las comunicaciones de los revolucionarios, y algunos hombres notables de Chile cultivaban por este medio relaciones de confraternidad política con los más caracterizados entre los progresistas de Buenos Aires. Activos emisarios cruzaban la cordillera, y transmitían la palabra de orden comunicando los planes ó las recíprocas esperanzas en vísperas de la acción. Atribulado Carrasco, en medio de esta situación confusa y corrientes encontradas, dió un golpe autoritario para producir intimidación, que acabó

por desprestigiarlo y precipitar su caída, perdiendo el apoyo de todos los partidos.

Por una singular coincidencia histórica, el día 25 de Mayo de 1810, en que el virrey de Buenos Aires era depuesto por el pueblo y se instalaba la junta gubernativa nacional del Río de la Plata é inauguraba la revolución de la emancipación sudamericana, el gobernador mandó aprisionar, como "reos propaladores de ideas de independencia y de libertad", al procurador de ciudad don Juan Antonio Ovalle, miembro espectable de la aristocracia chilena, que había sido partidario de Carrasco y vuéltole la espalda, afiliándose en la oposición; al doctor Bernardo Vera, joven abogado, argentino, nacido en Santa Fe de Vera Cruz, que era uno de los conspiradores, y debía ser el poeta de la revolución chilena, y á don José Antonio Rojas, que treinta años antes había estado complicado en una conjuración, más novelesca que seria, para poner en independencia á Chile, y que era uno de los hombres más adelantados de su tiempo, en cuya casa se reunían los patriotas. Secuestrados sus papeles, y encontrándose en ellos indicios de aspiraciones á la independencia, fueron deportados al Perú. El ayuntamiento protestó contra el atentado, como contrario á las garantías de los vecinos y funcionarios del municipio, y convocó un Cabildo ó Congreso popular, precisamente en los días en que se celebraba otro análogo en las márgenes del Plata, al cual concurrieron más de trescientos notables del pueblo chileno, que emplazó ante su barra al capitán general para manifestarle sus quejas, oir sus descargos y formular sus exigencias. Al principio, intentó resistir, pero en presencia de la actitud decidida del pueblo, que en número de tres mil almas llenaba la plaza en sostén de las deliberaciones de su representantes natos, viéndose mal apoya-

do por las tropas, y á instigaciones de la Audiencia, se presentó ante la Asamblea, soportando en su tránsito las burlas de la concurrencia popular, que á gritos empezaba á pedir su destitución. Sentado el primer mandatario de la colonia en el banco de los acusados, se alzó la voz del doctor José Gregorio Argomedo, que como procurador de ciudad había reemplazado al desterrado Ovalle, por elección libre del Cabildo, y en elocuentes palabras hizo el proceso de su política, declarando que la voluntad popular era que los presos fuesen puestos inmediatamente en libertad, y que el Cabildo abierto continuara en permanencia hasta tanto no fuesen satisfechos sus votos. Esta fué la vez primera que se oyó hablar en Chile de la "voluntad del pueblo", y un inmenso aplauso saludó la peroración del nuevo tribuno. El gobernante autoritario tuvo que inclinarse ante esa voluntad, decretando, no sólo la libertad de los presos, sino también la destitución de los funcionarios que habían intervenido en el auto arbitrario de prisión, y aceptar el contralor de un asesor que en lo sucesivo autorizase sus providencias jurídicas, sin cuyo requisito carecerían de eficacia. La audiencia autorizó estos acuerdos, conspirando en odio á Carrasco contra la autoridad que estaba encargado de mantener incólume. Desde este día el último gobernador, capitán general y presidente de Chile en nombre del rey, quedó virtualmente destituído (Mayo de 1810).

VI

La revolución latente, que sólo estaba en algunas cabezas, seguía mientras tanto el curso de los acontecimientos, envuelta en su corriente. Los patriotas conspiraban en efecto desde aquella época, pero sus trabajos, puramente teóricos, no pasaban de

anhelos vagos, de acuerdos secretos entre los iniciados y planes sin consistencia ni punto de apoyo. Su centro era Santiago, teatro de sus evoluciones parlamentarias; su base la belicosa provincia de Concepción, depositaria de la fuerza; su luz lejana le venía de Buenos Aires, considerada entonces "como la Atenas del Nuevo Mundo", según un historiador chileno, y este era el foco del movimiento inicial de independencia. Ya desde 1808, los patriotas argentinos habían buscado un acuerdo con los de Chile, en circunstancias en que los primeros concibieron el plan de fundar una monarquía constitucional independiente en el Río de la Plata, y uniformado sus ideas al respecto. Un joven argentino, natural de Las Conchas (Buenos Aires), llamado Manuel Barañao, que después se señaló por su decisión en favor de la causa del rey, fué el emisario que en esa ocasión cruzó los Andes á fin de concertar una insurrección en tal sentido; pero el país no esaba maduro para un sacudimiento, y le faltaba una cabeza y un brazo que lo impulsara y lo promoviese con eficacia. El movimiento de opinión operado en Santiago y las noticias que sucesivamente iban llegando de la Península, especialmente de la batalla de Ocaña, que se recibió en Chile en los primeros meses de 1809, avivaron estos proyectos, á que cooperaban en primera línea "el guatemalteco Irisarri, el mendocino Oro, los doctores argentinos Vera, Villegas (Hipólito), el paraguayo Juan Pablo Fretes, y el irlandés Juan Mackenna, señalado como caudillo militar de la próxima revolución, y con el objeto de armonizar la acción de ambos países, para dar de común acuerdo la señal de arrebato, despachóse á Buenos Aires por Fretes y sus asociados al joven José Antonio Alvarez Jonte (naturalizado argentino), que había pasado de las provincias argentinas á

terminar sus estudios". En Concepción existía otro grupo de conspiradores, á cuya cabeza estaba Rozas, que de concierto con el de la capital promovía los mismos proyectos en el sur de Chile.

Lo que se llamaba entonces el sur de Chile, que es el territorio encerrado entre los ríos Maule y Biobío, y cuya capital era Concepción, constituía un particularismo étnico geográfico, que bajo la administración colonial, formaba de hecho una confederación político-militar con el centro y el norte del país, equilibrando la influencia de la capital del reino, á la que superaba por su energía nativa. Sus habitantes se apellidaban con orgullo "penquistos", en contraposición de sus convencinos que llamaban por antonomasia "chilenos", y eran más guerreros y más avezados á las fatigas que desarrollan la fuerza, por razón de sus guerras con los araucanos y sus labores pastoriles combinadas con la agricultura. Su sociabilidad era menos feudal, menos aristocrática, y existía allí una clase de campesinos libres en cuyas filas se reclutaba el ejército de frontera, y de las que surgieron los caudillos más famosos que en las guerras de la revolución pelearon en pro ó en contra de la independencia. Según la expresión de dos escritores chilenos: "En Santiago estaban la aristocracia, los frailes y los conventos: en Penco, los soldados y los cañones. Allí las inteligencias y las astucias; acá los corazones y los brazos. Santiago era la capital política, y Concepción la capital militar". Este particularismo enérgico, que tanta influencia debía tener en los destinos futuros de Chile, se hallaba en 1809 bajo la influencia reguladora del doctor Rozas, del cual era el caudillo letrado al mismo tiempo que el monitor de la revolución en germen. En este teatro, Rozas dió vuelo á sus ideas y más amplitud á sus trabajos.

De regreso á Concepción, después de la ruptura con Carrasco (mediados de 1809), Rozas empezó á trabajar sin disimulo y con decisión por la independencia del país, en previsión de los acontecimientos que podían sobrevenir. Según él, en el estado de desorganización en que se hallaba la monarquía, Chile debía constituir provisionalmente un gobierno nacional, manteniendo la fidelidad al soberano cautivo, y proceder como lo habían hecho las provincias de la Península, por cuanto los chilenos, iguales en derecho á todos los otros españoles, no estaban obligados á someterse á las autoridades extraordinarias nombradas en medio de un trastorno general en ausencia del soberano legítimo, y caso de que el invasor extranjero se adueñase de la metrópoli y los españoles le prestasen obediencia, las colonias hispano-americanas, que contaban con recursos propios para hacerse respetar, que en tal eventualidad podrían llegar á ser naciones, no debían seguir la suerte de la madre patria y les correspondía deliberar sobre sus destinos.

Los fundamentos de estos propósitos de independencia fueron desenvueltos poco después por Rozas en un "Catecismo político-cristiano", que hizo circular manuscrito, para generalizar su idea, pues en aquella época no existía imprenta en Chile. Su teoría política era esta: "Los habitantes y provincias de América sólo han jurado fidelidad á los reyes de España; no son vasallos independientes de los habitantes de las provincias de España. La España es un punto respecto de las inmensas posesiones de América. Los americanos son de derecho hombres libres y no esclavos. Los gobernadores de América, perdieron su autoridad y jurisdicción luego que faltó el príncipe que se las delegó. En este caso la autoridad para formar el gobierno más adaptado á la felicidad

común se ha devuelto á los habitantes, á los pueblos y provincias de América. Los americanos han estado ciegos, se han mostrado estúpidos, y sin razonar ni discurrir, se han dejado regir por el azote y la palmeta, como niños de escuela". Esta teoría era la misma que los precursores de la revolución en el Plata habían consagrado en 1808, con motivo de la jura de Fernando VII cautivo, la cual, bien que perfectamente de acuerdo con el espíritu del gobierno monárquico absoluto, era esencialmente revolucionaria por las consecuencias que de ella se deducían, por cuanto debían conducir necesariamente á las colonias, como sucedió, á desconocer las autoridades españolas en América, y aun en la metrópoli, y á reasumir más tarde sus derechos y prerrogativas en virtud de la soberanía absoluta del rey, convertida por el hecho en soberanía popular. Expuesta en el estilo dogmático de Rousseau y con el corte de los aforismos de Montesquieu, de cuyas doctrinas está penetrado Rozas, esta teoría estaba destinada á convertirse en fórmula de la revolución.

VII

Entre los colaboradores de los planes de Rozas, se contaba un rico hacendado del sur de Chile, que á la sazón fomentaba una conjuración en el ejército de la frontera de Arauco. Era éste don Bernardo O'Higgins, tan famoso después, hijo del célebre virrey del mismo apellido, que hacía años abrigaba en su alma la idea de la emancipación sudamericana. Educado en Europa, conocedor del idioma inglés por su origen irlandés é imbuído en las instituciones de Inglaterra, discípulo y confidente de Miranda en cuya Logia se había afiliado, prestando en ella como San Martín y Bolívar el juramento de

trabajar por la independencia y la libertad del Nuevo Mundo, habíase abierto con Rozas, siendo éste asesor del intendente de Concepción, á la sombra de cuya autoridad adelantaban la propaganda revolucionaria. O'Higgins debía ser más tarde el vínculo indisoluble de la alianza argentino-chilena, durante la guerra de la independencia, simbolizada entonces por su unión con el argentino Rozas. Así se eslabonaban en un obscuro rincón de la extremidad de la América Meridional sus futuros destinos.

Estos trabajos subterráneos, que minaban por su base los cimientos del edificio colonial, tenían sus manifestaciones en la vida pública que debían acelerar su ruina. Con tal motivo, las persecuciones se extendían á Concepción y arreciaban en la capital. El gobernador, de acuerdo con lo aconsejado por el virrey del Río de la Plata, expidió un decreto creando una Junta de observación y vigilancia contra los que propalaran voces que "sonasen á independencia y libertad". Simultáneamente con esta medida, recibió la noticia de la reciente revolución de Buenos Aires, con la deposición del virrey que la había sugerido. Alarmado, llevó á cabo la confinación de los presos, no obstante lo acordado ante el Cabildo abierto. Con esto, la agitación subió de punto. El vecindario de Santiago se armó bajo la dirección de sus alcaldes municipales, y acudió en número de ochocientas personas para hacer cumplir las deliberaciones de sus representantes, anunciándose que el Cabildo y sus parciales estaban resueltos á deponer del mando supremo á Carrasco y á instituir una Junta gubernativa bajo el mismo pie de la de Buenos Aires. La Audiencia intervino, y para prevenir el estallido, obtuvo de Carrasco que renunciara buenamente el mando y lo depositase en manos del conde de la Conquista,

anciano de ochenta y cinco años y noble chileno, adoptando así un término medio entre el viejo régimen que acababa y la revolución que comenzaba (18 de Julio de 1810). Con esta evolución, la Audiencia pensó haber conjurado la crisis, al poner á la cabeza del gobierno un chileno que por esta circunstancia satisfaría á los nativos, asegurándose el dominio sobre un espíritu decrépito. Los patriotas no se dieron por satisfechos, y perseverantes en sus propósitos, al rodear al nuevo mandatario, se disputaron su influencia, consiguiendo colocar á su lado consejeros seguros. La balanza osciló por algún tiempo entre los dos partidos.

La Audiencia logró que el conde se prestase en un principio al reconocimiento del Consejo de Regencia, que pretendía continuar gobernando en representación del rey ausente, lo que era un retroceso en el programa de la revolución; pero una intervención cooperadora del movimiento innovador vino á fijar todas las vacilaciones y á imponerse á su resistencia.

En los últimos días del mes de Julio atravesaba la cordillera nevada un desconocido, que era detenido y registrado en el primer resguardo, y que salvó el contrabando que llevaba oculto en la copa de su sombrero. Consistía éste en comunicaciones que Belgrano y Castelli dirigían á Rozas, participándole el cambio político efectuado en la capital argentina, y estimulándolo á que promoviese en Chile uno idéntico. El emisario llamábase don Gregorio Gómez, quien se puso luego en comunicación con los patriotas, y asistió á varias reuniones secretas de ellos, donde les impuso que la revolución argentina imperaba en todo su territorio y que sus armas triunfantes marchaban á posesionarse del Alto Perú. Con este nuevo estímulo, quedó unánimemente acordada la inmediata insta-

lación de una Junta de gobierno á ejemplo de la de Buenos Aires, entregándose la dirección al Cabildo. Este, eficazmente sostenido por el pueblo, que se puso en activo movimiento, obtuvo que el conde autorizara la convocatoria de un congreso que resolviese el problema de la situación (13 de Septiembre de 1810), de la cual resultó la convocatoria de un Cabildo abierto para el día 18 de Septiembre á fin de tratar "los medios de seguridad pública y discutir el sistema de gobierno que debía adoptarse". Para asegurar su triunfo, el Cabildo convocó á la milicia urbana en sostén del Congreso popular. Los grandes propietarios de Santiago cooperaron á esta medida haciendo concurrir á sus inquilinos, que ocuparon los suburbios de la ciudad, por lo cual un historiador chileno ha calificado irónicamente esta jornada, de "gran poblada de ponchos que los conjurados trajeron de los fundos inmediatos á la capital con el nombre de milicias". Esta actitud era apoyada por algunos jefes de línea de la guarnición embanderados entre los novadores. Bajo tales auspicios se abrió el Congreso municipal el 18 de Septiembre, no obstante las protestas de la Audiencia: el conde de la Conquista depuso el bastón de mando de gobernador y presidente ante la Asamblea, sometiéndose de antemano á sus deliberaciones. El voto general resolvió la creación de una Junta gubernativa de siete miembros, de la cual el conde sería el presidente y el doctor Rozas uno de los vocales.

El nuevo gobierno fué reconocido y aclamado en todo el país, pero por el momento nada se innovó, á la espera de Rozas, señalado por todos para poner en movimiento la nueva máquina política é imprimirle dirección fija. "Hasta entonces los revolucionarios habían marchado á tientas, imitando siempre la conducta que observaba Buenos Aires".

El 2 de Noviembre hizo Rozas su entrada triunfal en Santiago con los honores de capitán general acompañado por todas las corporaciones y del pueblo en masa, á lo largo de las tropas formadas en carrera y en medio del estruendo de salvas de artillería, repique general de campanas, música y aclamaciones universales. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada, y se quemaron fuegos artificiales en su honor. Jamás la capital de la colonia había presenciado una ovación semejante. Según un historiador realista de la época, estos honores eran tributados al "fundador y maestro de la revolución chilena".

VIII

La revolución chilena tuvo de común con la argentino, en que fué parlamentaria y legal, iniciada y consumada en el recinto pacífico del foro municipal con los mismos medios de acción adecuados á sus fines, y que se impuso por la fuerza de la opinión, triunfando sin violencia en nombre de la conveniencia pública, cual si se cumpliese un hecho normal por la fuerza de su gravitación. Una y otra tuvieron la misma fórmula de reasunción del derecho propio, sin romper desde luego con la metrópoli, y protestando fidelidad al soberano legítimo. Con proyecciones menos trascendentales, la primera era aristocrática y pelucona, según la índole del país, mientras que la segunda fué democrática y radical; pero ambas eran esencialmente americanas y obedecían á la misma ley histórica. Ni una ni otra tuvo en su origen caudillos ni se subordinó á ningún interés personal. Su programa fué formulado en Chile por la palabra de sus tribunos José Gregorio Argomedo y José Miguel Infante,

intérpretes del derecho y de la opinión: en Buenos Aires, por la voz de Passo y Castelli, que venció con razones en el campo de la discusión á los representantes de la caduca autoridad colonial. Las dos personalidades salientes que representaron su idea adelantada, fueron dos hombres civiles de alta inteligencia, que le dieron dirección y le imprimieron su carácter político. El doctor Mariano Moreno, jurisconsulto y publicista, fué en Buenos Aires el numen de la revolución de Mayo. Rozas fué el inspirador de la renovación de la de Chile desde sus primeros días. Ambos tuvieron que luchar, apoyados únicamente en la fuerza moral de su doctrina, contra los antecedentes del antiguo régimen y las resistencias á las reformas de sus mismos colaboradores, aunque éstas fuesen menores en el Plata, y más difíciles de remover en Chile en razón de que el movimiento impulsivo era menos orgánico y sus tendencias más termidorianas. Así, eran dos revoluciones gemelas, que, con los mismos caracteres cívicos, entrañaban las mismas doctrinas, y que manifestaron desde el primer momento una tendencia de confraternidad internacional y de solidaridad de causa.

La noticia de la instalación de la Junta de Chile fué recibida en Buenos Aires como un triunfo de la revolución americana y celebrada con una salva de veintiún cañonazos de su fortaleza, en medio de transportes populares (11 de Octubre 1810). La "Gaceta Oficial", órgano del nuevo gobierno, redactada por la pluma de su secretario el doctor Moreno, decía, comentando el hecho: "Chile ha sido reintegrado en el ejercicio de los sagrados derechos que se le usurpaban con escándalo: un soplo del genio de aquel ilustre pueblo bastó para romper los débiles lazos que la ignorancia y la desesperación habían forjado". Y ampliando este concepto bajo

otro punto de vista, agregaba: "Buenos Aires ha enseñado á la América lo que puede esperar de sí misma, si reunida sinceramente en la gran causa á que la situación política de la monarquía la ha conducido, obra con miras generosas, con una energía emprendedora, y con una firmeza en que se estrellen los ataques, con que los agentes del antiguo régimen resisten al examen de su conducta, y al término de la corrupción á que han vivido acostumbrados". Los chilenos respondían á estas palabras con votos de entusiasta adhesión. Don José Antonio Rojas, que tan señalado papel había representado como precursor de la independencia, poníase á disposición de la Junta de Buenos Aires, porque "su alta autoridad estaba fundada sobre las bases de la justicia, y era el apoyo y esperanza de los que aun vivían expuestos á las violencias y persecuciones de que había sido víctima". Un distinguido abogado del foro de Chile y profesor de su universidad se había anticipado á Rozas y recordado que tenía la gloria de que un hijo suyo militase bajo las banderas de la revolución argentina en su ejército auxiliar del Perú, decía á la misma Junta: "El ejemplo que dió á este reino esa segunda Roma, fué el despertador, que pasando los empinados Andes nos recordó del perezoso letargo de nuestra esclavitud. Este bien tan deseado de todos los pueblos, lo debe Chile á esos valientes habitantes, y veo grabado su reconocimiento en los corazones de mis conciudadanos".

La política de ambos gobiernos marchaba en consonancia de estas recíprocas protestas efusivas, y el de Buenos Aires no perdió momentos en impulsar á Chile á definir claramente su situación por el establecimiento de una alianza ofensiva y defensiva. Aun antes de conocer el acontecimiento que preveía, habíase dirigido al Cabildo de Santiago,

como el órgano más caracterizado del pueblo, instandole á que propendiese "á la organización de una representación legítima. Para evitar la catástrofe que nos amenaza, decíale, es preciso que los pueblos sostengan con energía sus derechos, y que arrojando con desprecio todos los mandones inertes ó traidores, se forme en la América entera un plan vigoroso de unidad". La contestación del Cabildo fué la proclamación del 18 de Septiembre y la seguridad de que "Chile, descansando en la gloria de su seguridad, se prometía perpetuarla, cuando estrechando sus relaciones con las provincias del Río de la Plata, pudiera añadir á los recursos con que se preparaba contra cualquier invasión, las luces y auxilios de la generosa é inmortal Buenos Aires". Siguióse á esto el nombramiento de un enviado argentino á fin de promover la unión de los dos países, que era anunciado en estos términos al Cabildo: "Nada más nos resta, sino que unidos sinceramente en la continuación de una empresa, que han impulsado unos mismos principios, obremos de entero acuerdo, y con una firmeza que allane los embarazos que oponen los enemigos de la felicidad de la América, y se ejecute cuanto antes la grande obra á que las circunstancias del Estado precisan, y que es tan propio de pueblos civilizados, que aprecian, como es debido sus derechos". Simultáneamente escribía á la Junta de Chile, y aconsejándole un plan de política internacional, le daba la seguridad de que la "Inglaterra no violentaría la voluntad de los americanos y que reconocería la constitución que se diesen después de la pérdida de la España". Y terminaba por decirle: "Debemos confiar que nuestra justa causa no será trastornada, y que la base principal de una constitución firme y duradera que asegure la felicidad de estas provincias, debe buscarse en la perfecta

unión de sus habitantes, y en una firmeza incontrastable que sofoque en sus principios todos los embarazos que se opongan á nuestro legítimo sistema". Rozas formuló la contestación, trazando un vasto plan de confederación continental propiciada por el gobierno argentino: "Convencidos estos pueblos que recíprocamente nos obliga á la más estricta unión con las valerosas Provincias del Río de la Plata, esta Junta conoce, que la base de su seguridad exterior, y aun interior, consiste esencialmente en la unión de la América: y por lo mismo desea, que en consecuencia de los principios de V. E., proponga á los demás gobiernos (siquiera de la América del Sur) un plan, ó Congreso para establecer la defensa general de todos sus puntos, y cuando algunas circunstancias acaso no hagan asequible este pensamiento en el día, por lo menos lo tendrá presente para la primera oportunidad que se divisa muy cerca". El enviado diplomático del Río de la Plata, Alvarez Jonte, 7 de Noviembre 1810), desenvolvió con más amplitud estas ideas en su discurso de recepción, al presentar sus credenciales ante las corporaciones reunidas al efecto en Congreso bajo la presidencia de la Junta, proponiendo: "Que ambos gobiernos, en firme y perpetua alianza para sostenerse mutuamente y poder realizar las ideas del nuevo sistema, debían estipular, declarar la guerra ó aceptar la paz de mutuo consentimiento, firmar tratados comerciales de común acuerdo y cimentar un régimen político así interior como exterior sobre las mismas bases, de conformidad á los principios del nuevo sistema de común acuerdo aceptado". El Congreso, según el contemporáneo partidario de la causa realista, "le escuchó con atención, y respondió: que después de meditadas sus propuestas se aceptarían, si se hallaban convenientes al bien público". Bajo estos auspicios

se inició la alianza argentino-chilena, y asomó por la primera vez la idea de un gran Congreso sudamericano, de que Rozas fué el iniciador, Alvarez Jonte el heraldo y el peruano Juan Egaña el teorizador.

El enviado argentino, al dar forma práctica á estas teorías, recordaba el apoyo que su gobierno había ofrecido á la revolución chilena contra las amenazas del virrey del Perú, que estaba dispuesto á prestarle como aliado, solicitó el auxilio de una división militar para hacer frente á la guerra con que el Río de la Plata era amenazado por la reacción de Montevideo, encabezada por el virrey Elío, anteriormente nombrado capitán general de Chile y rechazado por la Junta. Rozas acogió favorablemente la petición; pero el Cabildo se opuso abiertamente á ella, y aun en Concepción, centro del poder de aquél, se manifestó una fuerte oposición al proyecto. La opinión se dividió profundamente, y este fué uno de los primeros síntomas de enervación de la influencia de Rozas, que empezó á ser tachado de argentinismo. Sus parciales, que participaban del mismo espíritu, lo apoyaron decididamente. Don Juan Mackenna, á la sazón gobernador de Valparaíso, ofrecióse espontáneamente á marchar á combatir por sus hermanos de Buenos Aires, por cuanto "era común la causa como común había de ser la suerte, y la orden del día, debía ser "vencer ó morir". Una numerosa reunión de ciudadanos formuló una representación, declarando que, "el genio de la discordia nunca se introduciría entre Buenos Aires y Chile, porque estaban íntimamente aliadas, y por eso la juventud chilena se brindaba á porfía, siendo el voto general del pueblo que la expedición se realizase y se reprendiese severamente la conducta de cualquier contradictor para satisfacción del gobierno argentino". Estas ma-

nifestaciones dieron á Rozas la mayoría en la Junta, cuyos pareceres estaban también divididos: el vocal que decidió la cuestión, fué un español, quien al fundar su voto por escrito, dijo: "Buenos Aires sostiene igual causa á la nuestra, y su duración ó ruina es inseparable, la política, la razón, la justicia, dictan que se convenga con el socorro que demanda la Junta de Buenos Aires sin reparar en otra cosa, en que lo pide, y por lo tanto, lo necesita". En consecuencia, dictóse un decreto (1811), disponiendo el envío de un cuerpo de tropas chilenas de quinientos hombres (que luego se redujo á trescientos), en auxilio de Buenos Aires, y se autorizó al enviado argentino para levantar banderas de recluta en todo el reino hasta el número de 2000 plazas. Este acto selló la unión de ambos países, y mancomunó los destinos de su revolución en la buena y la mala suerte.

IX

Por este tiempo (1811), empezó á diseñarse con trazos pronunciados una escisión en el partido patriota, que dió por resultado su fraccionamiento en dos bandos antagónicos dentro de los elementos que habían concurrido á la revolución. A la cabeza de los radicales—ó exaltados como los apellidaban sus émulos,—que marchaban á la independencia por medio de la formación de un gobierno nacional constituído, estaba Rozas como jefe de él, y en primera fila los argentinos residentes en Chile. La muerte del conde de la Conquista (27 Febrero 1811), presidente de la Junta, lo había hecho árbitro del gobierno; pero por mucha que fuese su autoriadad moral y la base de opinión y fuerza militar con que contaba en el sur, su poder era más aparente

que real. En frente de él, y á la cabeza de los modernos, estaba el Cabildo, que tan gran papel había representado en el drama revolucionario, y que á la sazón reaccionaba contra la política gubernativa, sostenido por la mayoría de la aristocracia criolla, que sin plan alguno, pero poseída de un espíritu conservador, todo lo esperaba del desarrollo de los sucesos, y en su quietismo, llegó á punto de confundirse con la reacción por su tímida contemporización. En medio de estos partidos, estaba el español realista llamado godo ó sarraceno, que reconocía por cabeza á la Audiencia—la cual contaba entre sus miembros á un argentino—y que conspiraba en favor de una restauración. Todos ellos acusaban á Rozas de ambicioso y llegaron hasta atribuirle que pretendía coronarse. Una mañana (18 Diciembre 1810), apareció fijado á la puerta de su casa un pasquín en que se veía dibujado un bastón atravesado por una espada sangrienta, y encima una corona de rey con la inscripción: "¡Chilenos, abrid los ojos! Cuidado con Juan I". Su ambición era, empero, medida y exenta de egoísmo. Dotado del valor civil del pensador político, no tenía el temple de un dictador, aunque representase su papel, y carecía hasta del temperamento del tribuno y del coraje espontáneo del hombre de acción, como lo demostró en el curso de su corta vida pública.

En medio de estas corrientes opuestas, Rozas llevaba adelante con impavidez su plan reformista, venciendo resistencias, despreciando preocupaciones y lastimando intereses y vanidades á que se sobreponía. La reforma trascendental de esta época, á que está ligado su nombre, fué la declaración de la libertad de comercio (21 Febrero 1811) que impuso, puede decirse, contrarrestando la oposición vulgar de la masa ignorante y el voto oficial

de las corporaciones. Los resultados le dieron la razón: en pocos meses la renta se duplicó, y llegó pronto á cuadruplicarse. A la vez se ocupó en militarizar el país y levantar tropas para sostener por las armas la revolución. Por último fiel al cumplimiento que la Junta había contraído al instalarse con el carácter de provisional, y atendiendo las gestiones del Cabildo, declaró la convocatoria de un congreso general á que debían concurrir todos los diputados de las provincias, elegidos popularmente según un reglamento calcado sobre los precedentes municipales, que sólo concedía el derecho de sufragio á los notables previamente calificados. En este terreno debían por la primera vez chocarse los dos bandos rivales que entrañaba el partido patriota, y que por un encadenamiento de circunstancias fué también en el que los españoles reaccionarios lucharon por la primera vez á sangre y fuego contra los patriotas.

El 1° de Abril de 1811 era el día designado para la elección de diputados. En ese mismo día se sublevó en Santiago una parte de la guarnición encabezada por el coronel don Tomás de Figueroa. Era Figueroa español de origen, hombre de valor probado, á quien una serie de aventuras novelescas había llevado á Chile, donde prestó servicios distinguidos en la frontera de Arauco, y al estallar la revolución tenía el mando del batallón fijo de Concepción. Rozas, de quien era compadre, lo había traído en su estado mayor al tiempo de ingresar á la Junta gubernativa, y ambos disintieron con motivo del auxilio de tropas á Buenos Aires. Se cree que el descontento que produjo esta medida le sugirió la idea de explotarlo en favor de la reacción. En los primeros momentos, el atrevido caudillo realista fué dueño de la situación. Después de disolver el comicio popular, se dirigió en son de guerra á la

plaza principal, proclamando la restauración en nombre del rey y de la religión, y allí al pie de los balcones de la Audiencia, que se hallaba reunida, púsose á sus órdenes. La docta corporación declinó hipócritamente la terrible responsabilidad. Las armas en vez del voto pacífico ó el consejo de los letrados, iban á decidir la contienda y á dar á la revolución su verdadero carácter de guerra á muerte por la vida independiente.

Rozas, que según la historia, fué el único miembro de la Junta que conservó toda la serenidad en este momento de prueba, dispuso de acuerdo con sus colegas más ó menos intimidados, que las tropas fieles marchasen á dominar el motín. Ambas fuerzas se encontraron en la plaza en orden de batalla, y á medio tiro de pistola rompieron casi simultáneamente el fuego, quedando finalmente los patriotas dueños del campo. En esa jornada se distinguió por su entusiasmo y valor el joven Manuel Dorrego, natural de Buenos Aires, destinado á alcanzar celebridad, y que á la sazón, estudiante de la universidad de Chile, hacía su aparición en la escena histórica. Al ruido de las descargas, Rozas montó resueltamente á caballo, y concitando al pueblo á que le siguiese, persiguió á Figueroa, que se había asilado en un convento, y personalmente lo prendió. A las 4 de la tarde, mandó plantar la horca en la plaza, y en ella fueron suspendidos los cadáveres de cinco soldados de los amotinados muertos en la refriega. A las doce de la noche estaba instruído el proceso del jefe del motín, y Rozas constreñía á sus colegas que se inclinaban á la clemencia, á firmar la sentencia que lo condenaba á muerte "por traidor á la patria y al gobierno, sin recurso alguno". A las 4 de la mañana fué fusilado Figueroa á la puerta de su calabozo, y su cadáver era expuesto en los pórticos de la cárcel, atado en

la silla de baqueta que le había servido de banquillo. Horas después se promulgaba un bando en que se declaraba, que todos los que conspirasen contra el Estado, serían castigados del mismo modo. Esta ejecución y esta doctrina terrorista, respondía á las ejecuciones ordenadas por la Junta de Buenos Aires, en virtud de la doctrina revolucionaria que condenaba como reos de rebelión, sin remisión alguna, á los que encabezasen resistencias contra sus armas. Un historiador chileno, olvidando este precedente histórico, atribuye la resolución al temperamento de raza de Rozas, que lo inclinaba á la violencia. A este acto vigoroso de represión siguióse la disolución de la real Audiencia, con la cual desaparecía la última sombra de la autoridad monárquica en Chile. Desde entonces la justicia ordinaria se administró en nombre de la patria, como se había administrado en nombre de ella la sangrienta justicia política. El idilio parlamentario de la revolución chilena se convertía en tragedia.

La columna auxiliar de Buenos Aires, fuerte de 300 hombres (100 dragones y 200 infantes), que acampada á inmediaciones de Santiago, había acudido en sostén de la autoridad de la Junta, continuó su marcha, á órdenes de su comandante don Andrés Alcázar, veterano de la frontera de Arauco, y en medio de ovaciones llegó á Buenos Aires (14 Junio 1811), donde fué recibida en triunfo, renovando el juramento de morir al lado de los argentinos para "destruir la tiranía y defender la libertad". Las armas de las dos revoluciones fraternizaban así á la par que sus ideas.

X

Las elecciones de diputados al Congreso se habían verificado mientras tanto tranquilamente en todo el resto del reino. En el centro del país, triunfó sin oposición el partido de la oligarquía criolla, resultando electo los grandes mayorazgos por el voto de sus inquilinos; pero al sur del Maule y en algunos otros distritos del norte, triunfaron los radicales, dando al partido de Rozas la mayoría. Como Buenos Aires era entonces la escuela política, cuyos buenos ó malos precedentes hacían regla, uno de los parciales de Rozas, movido por él, hizo moción para que los diputados electos se incorporasen al gobierno ejecutivo con voz y voto en él, invocando, según se dijo, "el ejemplo de la Junta argentina, que en todo debía servirles de modelo". Así se hizo, no obstante la protesta justificada del Cabildo inconsulto, que se preparó á tomar su desquite. Al efecto dispuso, en contravención de la regla fundamental establecida por la convocatoria, que la capital de Santiago, en vez de los seis diputados que le correspondían según el censo electoral, eligiese doce, y Rozas, por indiferencia ó exceso de confianza, consintió que se alterara así la base representativa.

El 6 de Mayo (1811), celebráronse las elecciones en Santiago. No obstante la poderosa influencia de la familia de los Larrain, verdadera familia Fabia de Chile, llamada "la de los ochocientos", el ardor de sus entusiastas partidarios, y el apoyo moral que le prestó el inteligente y activo enviado argentino Alvares Jonte, Rozas fué derrotado, resultando sus candidatos con una pobre minoría de

sufragantes. Desde entonces pudo verse, que el pasajero dictador era un simple huésped en la metrópoli chilena, y que su preponderancia, resistida á la vez por los conservadores y los reaccionarios—que encontraban en la oposición á las reformas y al reformador su punto de contacto—empezaba á declinar. Incorporados los nuevos diputados al directorio ejecutivo, Rozas quedó legalmente envuelto en sus propias redes. En vano pretendieron sus parciales decir de nulidad de la diputación de Santiago, por razón del número que arbitrariamente le había asignado el Cabildo: fueron vencidos por el número de votos. Derrotados en este terreno, apelaron á las asonadas con el objeto de colocar á Rozas á la cabeza del gobierno, justificando así la acusación de ambicioso que los disidentes dirigían á su jefe. Su influencia quedó enervada, el gobierno perdió su unidad, su eficacia de acción y hasta los rumbos fijos en que marchaba, á punto de desviarse hacia la reacción. Esto se vió claramente al tiempo de instalarse el Congreso, árbitro anónimo de la situación.

El 4 de Julio de 1811 celebró el Congreso su primera sesión inaugural. Desde este momento, la situación quedó definida: Rozas estaba vencido en el terreno parlamentario, campo de sus maniobras políticas. De los cuarenta miembros de que se componía el Congerso, sólo trece votos le pertenecían. La Junta cesaba en ese mismo día de hecho y de derecho, y resignó su autoridad en manos de la potestad legislativa, que reasumió á la vez el Poder Ejecutivo con la denominación de Alto Congreso, con que ha pasado á la historia. En tal ocasión, el precursor de la revolución que hasta entonces la había dirigido en el sentido de la independencia, formuló su profesión de fe de principios—que fué también su último adiós como tal,—en un discurso

que ha quedado célebre en los fastos constitucionales de Chile: "En el único modo posible y legal, se ve por la primera vez congregado el pueblo chileno. Os pido me interrumpáis, contestéis los hechos y reflexiones, poniéndome en el camino del acierto y de la verdad. Vuestro silencio será un comprobante de mis aserciones, y os hará responsables de mis errores. Fiemos sólo en nosotros mismos. Oímos cada momento que otra provincias del continente se conmueven por motivos semejantes á los que á nosotros nos sobresaltan. A un mismo tiempo un millón de hombres piensan de un mismo modo y toman una resolución. Paso legal, justo, necesario, á que el orden mismo, el peso de las cosas, y más propiamente la Providencia les ha conducido. Así se vió ejecutado un plan que debería ser el fruto de largas combinaciones y cálculos. Tal es la fuerza de la verdad. Nuestra apología no debe ocuparnos por ahora: ella se formará del tiempo, del éxito de las verdades, que manifestará el curso de los negocios, del testimonio íntimo de nuestra conciencia. Estas grandes y nobles miras, sólo tendrán un feliz y constante resultado, si podemos llenar el augusto cargo que nos han confiado nuestros buenos ciudadanos; si acertamos á reunir todos los principios que hagan su seguridad y su dicha; si formamos un sistema que les franquee el uso de las ventajas que les concedió la exuberancia de la naturaleza; si, en una palabra, les damos una constitución conforme á nuestras circunstancias. Debemos emprender este trabajo, porque es necesario, porque nos lo ordena el pueblo depositario de la soberana autoridad; porque no esperamos auxilio de la metrópoli. No os retraiga la magnitud de la obra. Los más fuertes atletas deben ceder el paso á los que siguiendo humildemente las antorchas de la razón y la naturaleza, penetrados de amor á sus

semejantes, observando modestamente sus inclinaciones, sus recursos, su situación, su índole, les dictaran reglas sencillas que afianzaron el orden y la seguridad de que carecen las naciones más cultas, por falta de constituciones adecuadas; como las tuvieron la pobre Helvecia ó como los descendientes de los compañeros del simple Pen. Otras ni aun tienen nociones de esta piedra de toque de los derechos del hombre, de este talismán, de esta brújula, instrumento pequeño, sí, pero precioso, únicamente capaz de guiarnos hacia nuestra prosperidad. El gobierno que contenga al pueblo en la justa obediencia, y al poder en la ejecución de la ley, y que haga de esta ley el centro de la dicha común y de la recíproca seguridad, será la obra maestra de la creación humana. Representantes de Chile, esta es vuestra tarea. Borrad de vuestros diccionarios las voces, gracias, excepción, y olvidad hasta las ideas de estos anzuelos del depotismo. Que ni las provincias, ni los cuerpos, ni las personas pueden tener privilegios que los separen de la igualdad de derecho. Por eso echo de menos entre vosotros á los representantes de los cuatro "Bultamapus". Que del seno de las virtudes públicas han de salir y elevarse por el sufragio libre de los pueblos al derecho de regirlos, sus administradores y funcionarios: así la idea de un magistrado ó jefe nato ó perpetuo, ó de un empleo comprado, es por consiguiente absurda. Abrazad con celo los negocios más espinosos: haced el bien, y limitad vuestras miras á la dulce satisfacción de haber obrado bien: inmolaos generosamente á vuestra patria, y ocultadle con destreza los servicios que le hacéis".

Jamás en la América del Sur se había escuchado un lenguaje más sobriamente elocuente ni más nutrido de liberal doctrina política. Era no sólo el

anuncio de una independencia de hecho con un gobierno propio, sino también su proclamación de derecho por medio de una constitución emanada directamente de la soberanía del pueblo, republicana en sus lineamientos y esencialmente democrática por los principios antimonárquicos que exponía, invocando como los únicos precedentes de la sabiduría humana dignos de invocarse los de Suiza y los Estados Unidos de América. Este discurso causó profunda sensación en la Asamblea. Por un momento, todas las opiniones discordes, vibraron armónicamente al compás de la palabra del teorizador de la revolución.

XI

Es una cuestión interesante que no ha sido aún bien dilucidada, de si el desarrollo parlamentario que se dió á la revolución de Chile en sus primeros años, fué un bien ó un mal. Un historiador chileno piensa, con más retórica que criterio, que la reunión de un Congreso, en un pueblo sin educación constitucional, sin espíritu público y en cuya composición debían entrar tres elementos discordantes, fué un error, un acto prematuro, y que habría sido preferible "la dictadura de un César en vez de la de un Cicerón". Un historiador universal confundiendo los efectos con sus múltiples causas complejas, establece, con más ingenio que penetración: que el Congreso de 1811, representante del núcleo de la población de Chile, en que predominaba la aristocracia criolla, cuya política moderada dió al movimiento revolucionario un color más suave, aunque pálido, aseguró al país más tarde la feliz tranquilidad de que carecieron las demás repúblicas sudamericanas. Estos dos juicios son erróneos ó incompletos: el uno por su concreta superficialidad, y el

otro por su vaga generalidad. Un publicista chileno considerando la cuestión con más filosofía, ha observado, que "la doctrina de la soberanía del pueblo y un Congreso que obrara influído por lo que se llamaba voluntad popular, sin embargo de ser unos pocos los que se arrogaban el derecho de interpretar, proclamar y representar esa voluntad, eran otros tantos elementos revolucionarios que debilitaban la influencia de las preocupaciones coloniales, despertando la idea de la dignidad del hombre en sociedad, completamente aniquilada en el sistema español, y que inquietaban los ánimos, para emprender lo que antes habría sido imposible".

El desenvolvimiento parlamentario de la revolución chilena, fué un hecho espontáneo, lógico en sí y necesario como efecto de causa, y era condición de vida de la misma revolución. Sus formas embrionarias estaban en la constitución municipal de la colonia, y las clases directivas al iniciarla, no hicieron sino obedecer instintivamente á los antecedentes históricos, impulsados por los sucesos, según la índole del país. De aquí su carácter municipal, legal y conservador, siendo la paz que al fin consolidó Chile dentro de sus propios elementos orgánicos, en lucha contra el parlamentarismo y el militarismo dictatorial, no un resultado absoluto ni relativo de este precedente transitorio, que apenas dejó rastros en la vida social ó política, sino la consecuencia forzosa de la constitución oligárquica y feudal de su sociabilidad, de que era un derivado la potencia gubernamental, producto nativo de la tierra cuya semilla propagó la colonización primitiva, y ha prosperado aún bajo el régimen republicano con sus caracteres originarios. Por eso, las primeras manifestaciones de vida pública que conmovieron al país, así como la revolución que depuso al último gobernante colonial, y fundó por el voto

popular un gobierno nacional, tuvo por órgano tres Congresos municipales, circunscriptos á la clase de los notables, representando el pueblo en este drama parlamentario el papel del coro antiguo que prolonga la palabra del autor principal, y por eso su carácter fué ordenado y pacífico y sus deliberaciones se impusieron sin violencia, como funciones normales del organismo propio, como una ley que estaba de antemano escrita en las conciencias y en el temperamento de la masa común. Al inaugurarse espontáneamente este nuevo orden de cosas, se impuso como regla constitucional, la inmediata convocación de un Congreso general, como autoridad colectiva y representativa del país, que legitimase la nueva autoridad, producto del voto de un solo municipio, que á la vez estatuyese en definitiva sobre la forma de gobierno, según sus necesidades y el imperio de las circunstancias. Esta fué la teoría y la fórmula de la revolución chilena, como lo había sido de la argentina explicada por Moreno, y á ella ajustó su desarrollo legal. En esta parte, la revolución chilena se aparta, empero, de la revolución argentina, si no en su letra, por lo menos en su práctica, por cuanto la segunda, retardó por largos años la convocación de un Congreso popular que la legitimase y le diese fuerza moral, mientras que Chile fué fiel á su regla, enmendando inmediatamente el error fundamental cometido por la Junta de Buenos Aires al incorporar á los congresales al Poder Ejecutivo, que al desvirtuar la acción fundamental, enervó el principio representativo. Esto prueba que había en el fondo de las cosas una fuerza oculta, como un resorte poderoso que se sobreponía á las voluntades dispersas y á los malos ejemplos autorizados.

Las revoluciones de Holanda y de los Estados Unidos de Norte América, habían enseñado al

mundo, que un Congreso regulador era compatible con una dictadura, en el orden de la acción militar, sin necesidad de que un Cronwell se echase al bolsillo las llaves del parlamento, y la experiencia mostró después, aun en la América del Sur, que ninguna dictadura, por poderosa que fuese, pudo prescindir de este tributo de la voluntad general, de que derivaba su autoridad y sacaba su fuerza moral. En Chile, menos que en ninguna otra colonia sudamericana, era posible prescindir de este elemento de organización elemental, por cuanto no existía fuerza ni influjo personal que pudiera reemplazarlo, ni aun suplirlo accidentalmente. De aquí que el parlamentarismo se impusiese lógicamente, como una ley natural, como una necesidad imperiosa, además de ser un precepto legal surgido de la constitución que la revolución se dió á sí misma al tiempo de proclamar el nuevo orden político de cosas. Ni Rozas con todo su aparente poder podía retardar su cumplimiento, ni la oligarquía contrarrestarlo, como tampoco los reaccionarios pudieron impedirlo ni aun apelando á las armas. Se ha dicho, sin embargo, y los documentos históricos lo prueban, que la convocatoria inmediata de un Congreso, fué el resultado de una promesa que O'Higgins exigió de Rozas como condición de su adhesión, inspirándose en los principios de la constitución británica en que estaba imbuído: "Como medio de sacudir la inercia del reino y lanzar á sus habitantes en la senda revolucionaria, manifestándole que él (Rozas) se encontraba en la alternativa de convocarlo ó de retirarse de su puesto", y que Rozas, después de algunas observaciones respecto de su oportunidad, contrajo este solemne compromiso. Ambos obedecieron al instinto y á la ley que gobernaba las voluntades y los acontecimientos. La revolución chilena no tenía otra forma de

manifestación, que no fuese el parlamentarismo, so pena de no tener razón de ser y de asumir los caracteres de un feto informe. Aun para constituir una dictadura, como el historiador chileno antes citado lo indicaba, era indispensable su recurso. Sin él, todo habría sido fuerza bruta sin sanción legal ó anarquía estéril, como sucedió después cuando se eliminó su intervención moderada. Es posible que con el parlamentarismo lo mismo que con la dictadura, la revolución chilena se hubiera perdido al fin, porque era orgánicamente débil en sus comienzos, y faltaron á sus dos entidades las cualidades impulsivas que salvan á los pueblos en sus grandes crisis; pero el hecho es, que esa revolución se perdió en manos de una dictadura inhábil para la lucha como lo había sido para el bien, y que fué renegada por todo el país en su tiempo, como ha sido renegada por la posteridad. Si el parlamentarismo, aparte de sus vicios ingénitos de conformación no hizo todo lo que debió, culpa es de los tiempos ó de los que no supieron ó no quisieron darle nervio, y conspiraron contra su autoridad, sin moral y sin ley, y si con él se hubiese perdido habría sido con más gloria y más provecho. En todo caso, no puede negarse, que merced al principio vital que entrañaba en sí, aun después de sofocado en la cuna por sus mismos creadores, mereció la revolución chilena el destino de sobrevivir á su derrota, y resurgir con elementos de reorganización y de gobierno. Tal es la síntesis filosófico-política de la revolución chilena en sus relaciones con el desarrollo inicial del parlamentarismo, como los hechos lo han comprobado.

XII

Con la instalación de la primera Asamblea representativa, termina el período inicial del desarrollo orgánico de la revolución chilena y se opera su primera evolución parlamentaria, abriéndose en seguida otro período de paralización y de agitación, de descomposición y recomposición, que la vivifica y la trabaja, y termina con su catástrofe, para renacer después á la vida nueva con los elementos que se incorporan en estos dos períodos de gestación embrionaria.

El alto Congreso, que inauguró el gobierno representativo popular, abrió sus sesiones, figurando los radicales en alarmante minoría: de los cuarenta miembros que lo componían sólo trece le pertenecían, y tres de los que sumaban el total eran notoriamente godos, con la singularidad de haber sido elegidos por la ciudad de Concepción, base del influjo de su jefe de partido. Los moderados vencedores no sabían qué uso hacer de su mayoría, y permanecieron en su quietismo, gravitando sobre la situación con la masa inerte de sus votos. No era que careciesen de propósitos inmediatos ni de energía para sostenerse en el poder; pero sin experiencia ni nociones prácticas, sin plan y sin ideas fijas, oscilaban entre la revolución con todas sus consecuencias y el equilibrio instable de una conservación á medias. Su actitud indecisa revelaba su composición bastarda y su debilidad orgánica. Era una promiscuidad de oligarquía y de plutocracia combinada con un patriotismo tímido y tendencias retrógradas que se confundían con la reacción, en que entraba por mucho el egoísmo acomo-

daticio de los que sólo querían paz y resguardar sus intereses dejando ir las cosas y los sucesos por su pendiente, todo lo cual constituía un conjunto de fuerzas negativas que en razón de su naturaleza sólo obedecía al movimiento que le había impreso su propia inercia, sin previsión y sin objetivo determinado. Los disidentes, aunque débiles en número y desalojados del poder, tenían vistas más claras: perseguían un fin inmediato, que era llevar al gobierno á su jefe de partido, investirlo de la plenitud de las facultades de un jefe de estado y proclamar francamente la independencia, pero para alcanzar esto, contaban con más audacia que medios, y los que pusieron en juego, los perdieron.

Una de las primeras cuestiones que ocupó al Congreso, dió la medida de la inconciencia de la mayoría que lo dominaba y de la enérgica resolución de la minoría que afrontaba todas las consecuencias de la revolución. Pocos días después de instalado (27 de Julio), llegó al puerto de Valparaíso un navío inglés, cuyo comandante tenía encargo del virrey del Perú, con credenciales de la regencia de España, de recoger el subsidio de guerra con que Chile debía concurrir á la lucha que sostenía la metrópoli en Europa. La cantidad depositada al efecto en las arcas fiscales ascendía á un millón seiscientos mil pesos. Los moderados, unidos á los godos, opinaron que debían entregarse, y la votación iba á sancionar este escándalo, que revestía los caracteres de una traición á la causa revolucionaria. Alzóse entonces la voz del diputado O'Higgins, en nombre de los trece patriotas que representaban la oposición, y dijo: "A pesar de que estamos en minoría, sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponer-

nos eficazmente á la salida de ese dinero tan necesario para nuestro país, amenazado de invasión". Esta valiente protesta decidió á la votación en favor de la negativa.

La otra cuestión que se debatió entre los dos partidos en el terreno parlamentario, fué más fundamental, y decidió definitivamente la victoria de los conservadores. Habiendo el Congreso reasumido la potestad ejecutiva á la vez que la legislativa, los liberales propusieron que se constituyese una Junta ejecutiva de tres miembros, nombrados parcialmente por cada una de las grandes agrupaciones territoriales del país: el norte, el sur y el centro. Su objeto era hacer entrar á Rozas al gobierno por esta puerta falsa del federalismo provincial. Los moderados, limitáronse en el primer momento á aceptar la idea en teoría, aplazando la elección. Para decidir ésta los liberales apelaron á la intimidación por medio de tumultos populares y golpes de mano mal combinados, en que los amigos de Rozas hicieron el triste papel de conspiradores impotentes contra su propia obra, comprometiendo deplorablemente á su jefe en tan siniestras maniobras. Por esta vez, la razón, la opinión y la fuerza estaban de parte del Congreso, que con una firmeza y una unidad de acción que no era de esperarse de su composición ni de su temperamento, dominó legal y pacíficamente la situación y redujo á la impotencia á los vencidos en el terreno del voto y de los hechos. Despechada y mal inspirada la minoría de los trece, abandonó en masa la arena parlamentaria, y formuló su declaración de guerra, con protestas contra las decisiones del Congreso y amenazas de dirigir un manifiesto á sus comitentes, negándoles obediencia (13 de Agosto). Dueña del campo la mayoría conservadora, designó los miembros de la Junta ejecutiva, en que, proforma,

cada uno de ellos se suponía representar una de las tres provincias del reino, según lo habían propuesto los radicales. Desengañado Rozas, y considerándose perdido, abandonó la escena política de la capital y se dirigió á su antiguo teatro de operaciones, con el objeto de dar nuevo giro á la revolución, dejando á su partido deshecho, acéfalo y sin dirección. En Concepción fué recibido en triunfo, y allí formó una contrajunta é hizo que la provincia del sur retirase los poderes á sus diputados al Congreso.

El Congreso continuó sus trabajos, y dictó un reglamento constitutivo, limitando su autoridad y deslindando las atribuciones de los poderes públicos, que en vez del orden introdujo la confusión en el gobierno y reveló su absoluta falta de nociones de derecho público y de la más vulgar previsión. Por él se constituía un Poder Ejecutivo sumamente débil, que dejaba desarmada la situación, mientras el parlamento se atribuía además de la plenitud de la potestad legislativa, el conocimiento de los principales negocios de política interior y exterior, guerra, justicia y administración. Dando un paso más adelante en este camino, llegó á tomar en consideración un singular proyecto de constitución etocrática, redactado por don Juan Egaña, por la cual se organizaba una nación soberana é independiente á perpetuidad, con vastas proyecciones continentales, según las ideas nebulosas del autor antes indicadas, á la vez que se declaraba en él, que "Fernando VII, ó la persona física ó moral que señalase el Congreso, serían los jefes constitucionales de la nación chilena". Por entonces esta constitución quedó archivada, y la revolución empezó á retrogradar por la acción negativa de sus autores y la reacción de sus elementos ocultos de presencia.

CAPITULO VIII

Desarrollo y caída de la revolución chilena.

1811-1814

Paralización revolucionaria.—Aparición de Carrera y su retrato.—Núcleo del partido carrerino.—Revolución liberal y política reformista.—Motín de Carrera y disolución del Congreso.—Aislamiento de Carrera en el poder.—El sur levanta la bandera parlamentaria. — Rozas y Carrera. — Pacto de federación. — Caída de Rozas y su muerte. — El año XII. — Interregno confuso.—Nuevo reglamento constitucional. — Invasión de Pareja. — Primera campaña de la independencia de Chile.—Sorpresa de Yerbas Buenas y batalla de San Carlos.—Sitio de Chillán.—Retroceso militar de la revolución.—Combate del Roble.—Desprestigio de Carrera y su destitución.—O'Higgins general en jefe.—Los Auxiliares Argentinos en Chile.—Invasión de Gainza.—Nómbrase un Director Supremo en Chile.—Derrota de Cancha Rayada.—Acción de Cucha-Cucha.—Combate de Quilo.—Victoria del Membrillar. — Operaciones de los ejércitos beligerantes. — Defensa de Quechereguas.—Estado de la revolución sudamericana.—Tratados de Lircay.—Política vacilante del gobierno chileno. — Relaciones argentino-chilenas. — Carrera se apodera nuevamente del mando. — La guerra civil estalla.—Invasión de Osorio.—Reconciliación de O'Higgins y Carrera.—Planes militares.—Sitio de Rancagua.—Caída de la revolución chilena.

I

La escisión del partido patriota y la consiguiente dispersión de las fuerzas cívicas, por la derrota de los que querían ir adelante; la política retardataria de los conservadores, á que concurrían los retró-

grados y los trabajos disolventes de Rozas en Concepción, á la par de la inmovilidad á que se entregó el partido dominante, que empezó á su vez á dividirse, paralizaron el curso de la revolución chilena, que desde este momento amenazó desviarse de sus grandes rumbos. El liberalismo se hizo anárquico y el moderantismo llegó á confundirse con la reacción. Los primeros no veían sino godos y traidores en los patriotas tímidos que acompañando la revolución, se detenían ante sus consecuencias. Los otros, no veían sino sombras en su limitado horizonte, sin acertar á encontrar su camino en medio de sus propias incertidumbres y no tenían plan de gobierno. Llegó el caso—no menos escandaloso que el de la entrega de los caudales al enemigo, con que el Congreso había iniciado sus sesiones,—de poner en duda prestar auxilios al amigo que sostenía la misma causa. Habiendo pedido Buenos Aires un auxilio de ochenta quintales de pólvora, por la circunstancia de tener Chile fábrica de este artículo, hubo de negársele por la viva oposición que hicieron los españoles que se habían introducido en el gobierno y empezaban á levantar la voz contra los revolucionarios. El Congreso, omnipotente en teoría y dueño del gobierno, era impotente para dominar el conjunto de causas que obstaculizaban el desarrollo de las fuerzas vivas del país, y las medidas triviales ó ridículas que dictaba no hacían sino aumentar su descrédito con perjuicio de la causa pública. En tal situación, una reforma radical que restableciese el equilibrio perdido y pusiese á la revolución en su camino, era una necesidad de vida que se imponía, y para alcanzar este resultado era justificable hasta una conmoción intestina. Si Rozas hubiese tenido más serenidad y más constancia y su partido más táctica, el triunfo habría sido suyo con menor desperdicio de fuerzas;

pero cuando todo estaba maduro para la revolución, tuvieron que aliarse con una entidad extraña que se sobrepuso á parlamentarios y liberales, y acabó por provocar la anarquía militar y la guerra civil, proclamándose así la revolución en medio de un desorden dictatorial. Esta entidad, fué un guidas familias del país, cuyo padre, hombre bueno nuevo caudillo que apareció repentinamente en la escena revolucionaria, y que debía ejercer una funesta á la vez que poderosa influencia en los destinos de su país.

Por este tiempo, llegó de regreso á la tierra natal un joven perteneciente á una de las más distin-y manso, había representado un papel espectable en las comparsas patrióticas de figurones de la época, con tintes de godismo. De malos antecedentes por su carácter díscolo y una vida licenciosa, estaba en la flor de la edad, pues contaba á la sazón veintisiete años. Había hecho la guerra en España contra los franceses, con más brillo aventurero que aplicación, y traía en el bolsillo del brillante uniforme de húsar que lo vestía y de que hacía gala, los despachos de sargento mayor otorgados por la Junta de Galicia. En Cádiz había conocido á San Martín y Alvear, ligándose estrechamente con este último, que tenía mucha similitud con él y que por sus brillantes cualidades externas eran los dos héroes en perspectiva de los americanos que afiliados en sociedades secretas se ocupaban desde entonces en Europa en trabajar por la emancipación del Nuevo Mundo. Era éste el famoso don José Miguel Carrera. Tenía dos hermanos, que desde los primeros días de la revolución servían con distinción en el ejército patriota. El primogénito, Juan José, era un atleta de fuerzas hercúleas con ímpetus de coraje físico y alma pusilánime, de tan pobre cabeza como poco corazón,

en quien la envidia hacia su segundo hermano fué el sentimiento dominante. El más joven y el más simpático de los tres, llamado Luis, que contaba poco más de veinte años, era de un temperamento arrebatado que ofuscaba su mediana razón, y el que con menos pretensiones y más bravura, aunque participando de los extravíos de sus hermanos, estuvo siempre en la primera fila del peligro, consagrado á la elevación de su hermano José Miguel. Era la Egeria de este trino su hermana Javiera, mujer de espíritu varonil y acentuada belleza, hábil en la intriga, que con virtudes domésticas y sociales, pasiones castas y ambiciones mundanas, fué la inspiradora de los tres hermanos, á quienes comunicó el fuego de su alma intrépida. Tal fué el núcleo del partido carrerino. En otro libro histórico hemos tenido ocasión de bosquejar la figura de su jefe proscripto, bajo la luz siniestra que los acontecimientos y sus acciones proyectaban sobre ella, y al volverle á encontrar en su medio y en los comienzos de su vida pública, sus líneas fundamentales son siempre las mismas. Hombre de acción y pensamiento en la medida de su naturaleza indisciplinada y confusa, lleno de pasiones vehementes, sin el freno del sentido moral; escritor espontáneo que traducía con fuego sus sentimientos, y orador locuaz y ardiente, pero trivial; político vulgar sin ideas de gobierno y sin ideales levantados, flexible, con cierto poder de atracción, gallardo de presencia, fastuoso, frívolo, liviano, y con un concepto exagerado de sí mismo, era, como ha sido definido, concreta y figuradamente por sus biógrafos y admiradores en su propia patria, un calavera político y militar, y en resumen, una mala imitación del Alcibiades antiguo con sus vicios y sin sus grandes cualidades históricas. Animado de un patriotismo de raza y de una ambición sensual,

soñaba con el poder y la gloria personal, y para alcanzar estos goces, no tenía escrúpulos ni perdonaría medios. Tal es el retrato de don José Miguel Carrera, copiado al natural, cuyos rasgos fisionómicos él mismo se encargará de acentuar con sus hechos y palabras, y tal cual se refleja en las páginas de la historia comprobada por el doble testimonio de los documentos y de los resultados que fueron su obra.

La oportunidad era propicia para un ambicioso. El gobierno conservador habíase gastado por su propio rozamiento en el vacío, la opinión no le pertenecía, gran parte de la fuerza armada estaba en manos enemigas, y los liberales, aunque desorganizados por su reciente derrota y la ausencia de su jefe, empezaban á reaccionar, y sólo les faltaba un hombre audaz y popular que se pusiera al frente del movimiento. Con su natural sagacidad, Carrera se dió cuenta de la situación y resolvió entenderse con los reformadores, debe creerse que siguiendo sus inclinaciones; pero antes de comprometerse quiso hacer una exhibición teatral; propia de su ostentosa infatuación. Solicitó del Congreso una entrevista pública, y vestido de un deslumbrante uniforme, cubierto de bordados, galones y condecoraciones, hizo ante él su propia apología y preconizó la justicia de la revolución americana, ofreciendo á la Asamblea sus juramentos y su espada. En seguida se puso de acuerdo con los liberales, con quienes concertó sus planes con la poderosa familia Fabia de los Larraín, por intermedio de Alvarez Jonte, que á petición del Congreso al gobierno chileno había sido removido de su puesto diplomático por su adhesión á los liberales, nombrándose en su lugar al doctor Vera, que era igualmente un acérrimo partidario de ellos. Todo quedó arreglado para dar inmediatamente el golpe.

La revolución se consumó casi sin resistencias ni efusión de sangre por la acción de la fuerza armada (4 Septiembre 1811), concurriendo pasivamente el pueblo en corto número como mera comparsa. Carrera fué el brazo de ella y en sus disposiciones desplegó inteligencia y resolución; pero no se le dió participación en el gobierno que se formó. Los liberales triunfantes, aunque operaron un cambio radical en la política, no alteraron el plan constitucional del Estado. En cuanto al Congreso, limitáronse á expurgarlo, excluyendo á seis de los diputados indebidamente nombrados por la capital, á fin de ajustar la representación al censo electoral, y á declarar vacantes tres asientos, con lo cual quedó restablecida la mayoría numérica que necesitaban para prevalecer en sus decisiones. En cuanto á la organización del Poder Ejecutivo, nombraron una junta de cinco vocales, uno de los cuales fué Rozas, y se uniformaron con el gobierno disidente de Concepción. Esta nueva administración justificó su elevación dando un vigoroso impulso á las reformas, nuevo aspecto á las cosas y más tono á la situación. Desde luego, el primer resultado saludable que se hizo sentir, fué hacer entrar las cosas en su quicio, al conciliar el parlamentarismo con la eficiencia gubernativa, condensando las fuerzas morales y materiales del país con un objetivo más claro. A esto siguióse una serie de medidas, leyes, que revelaban un propósito firme y una ciencia y conciencia de los deberes premiosos de una autoridad vigilante y tuitiva. En vez de los ochenta quintales de pólvora que hubieron de negarse al gobierno de Buenos Aires, se le remitieron doscientos, perseverando así en la alianza de los dos pueblos. Para acentuar este acto y salir del aislamiento en que se encontraba, nombró un enviado diplomático cerca del mismo

gobierno, ejerciendo así un acto de soberanía exterior. Expidió una manifestación proclamando la resistencia, por cuanto era, según sus palabras, "una necesidad desenvainar la espada para garantir la seguridad y defender la libertad civil", y emplazó á los indiferentes no comprometidos en pro de los principios de la revolución á pronunciarse ó alejarse. Alivió al pueblo de pesados impuestos, extirpó abusos inveterados del sistema colonial, organizó la justicia según un plan nacional, fomentó la industria, enroló á todos los ciudadanos en la milicia y los armó, estableció la publicidad de las cuentas, atendió á la instrucción pública, y por último, tuvo la gloria de ser el primer pueblo de ambas Américas que declarase libres á todos los hombres de todas las razas que pisasen su suelo y á todo los que naciesen en él de vientres esclavos, promoviendo desde luego la manumisión de éstos. Jamás tuvo Chile un gobierno más digno de regir sus inciertos destinos. Esta obra del civismo, del desarrollo orgánico de los elementos políticos y sociales y del instinto progresista y conservador á la vez, fué destruída por la ambición insana de Carrera, que substituyó á ella su estéril y egoísta dictadura personal sobreponiéndose á la ley y á las conveniencias públicas.

II

Despechado Carrera de que no se le hubiese dado en el nuevo gobierno el puesto que él creía merecer, en lo que tenía alguna razón; resentido por el estudiado olvido que de él y de sus hermanos se hacía, en lo que los vencedores obraron con poca prudencia, tal vez porque presentían en ellos colaboradores más peligrosos que útiles, y celoso de que la familia Larraín, la de los ochocientos, que desde

entonces él empezó á llamar "la familia otomana", se hubiese distribuído los primeros puestos públicos, monopolizando la influencia gubernativa en sus tres ramas políticas, lo que era cierto, un incidente vino á hacer de las dos familias los montescos y capuletos de Chile. Jactándose uno de los Larraín de que tenían todas las presidencias—la legislativa, ejecutiva y judicial,—Carrera le preguntó con sorna: "¿Y quién tiene la presidencia de las bayonetas?". Esta era la que él tenía en mira. Envanecido con su naciente popularidad, meditaba echar por tierra al gobierno que había contribuído á fundar, valiéndose al efecto de los elementos militares y del crédito adquirido entre ellos. No bastándole esto, para lograr su intento explotó sin escrúpulo las disposiciones reaccionarias de los godos con promesas de restauración del antiguo régimen, obteniendo por este medio que le suministraran recursos para su empresa.

El 15 de Noviembre—cumplidos apenas dos meses de la instalación del nuevo gobierno,—estalló un motín militar en la ciudad. Juan José se sublevó con su batallón, y ocupó el parque. Luis se hizo aclamar jefe de la artillería, y sacó á la calle los cañones, cuyo ruido rodando por los empedrados se hizo desde entonces la señal de alarma de revolución carrerina. José Miguel se puso al frente del motín, é intimó al Ejecutivo y al Congreso se reuniesen inmediatamente para oir las peticiones del pueblo. Sólo concurrieron al llamado los godos, halagados por las promesas engañosas de una restauración, pidiendo á gritos la disolución de la Junta y del Congreso. Al día siguiente, reunióse un Cabildo abierto, en que se proclamó una nueva Junta compuesta de José Miguel Carrera, como representante de la capital, don José Gaspar Marín por el norte y Rozas por el sur, y en ausencia de

éste á don Bernardo O'Higgins, encomendando á los jefes militares su ejecución. Por este conducto fué presentada la resolución al Congreso, con una nota en que según el testimonio de un historiador chileno "frívolamente reclamaba para los parciales de Carrera colocación en los empleos vacantes ó por crear". Esto es lo que ocupaba al nuevo dictador en momentos tan solemnes. El Congreso en un principio, salvó su decoro, pero al fin autorizó la creación de la nueva Junta. Pocos días después (Noviembre 27), bajo el pretexto de que sus enemigos conspiraban y trataban de asesinarle, ordenó numerosas prisiones, confabulado con sus hermanos, sin consultar á sus colegas. Para dar alguna forma á estos atropellos, él personalmente condujo á un cuartel á uno de los presos, lo puso en un calabozo delante de un Cristo, lo obligó á confesarse y con el aparato de fusilarlo le hizo prestar declaración contra los demás presos. Esta farsa espantosa proyectó su primera luz siniestra sobre el carácter de Carrera, y ha quedado en la historia de Chile, con la denominación de "fusilamiento con pólvora". Del proceso que mandó instruir sobre esta base, resultó la inocencia de los acusados.

Reconvenido por sus colegas por estos desmanes, exigiéndole se justificase, se presentó con arrogancia ante el Congreso, donde le fué reprochada severamente su conducta por el desprecio que había hecho de los poderes públicos. Irritado por esta resistencia, y viendo que mientras existiese el cuerpo legislativo su poder sería limitado, hizo intimarle su disolución por medio de los comandantes de la fuerza armada (2 de Diciembre), exigiéndole que "sin otra contestación que el decreto: "concedido", entregase los tres poderes al directorio ejecutivo". Las tropas, abocando los cañones á las

puertas del Palacio Legislativo, ocuparon el recinto de las sesiones, para hacer cumplir el mandato pretoriano. Amenazado por uno de los diputados de que "se irían á sus provincias", le contestó con desprecio, que para lo que hacían, eso sería mucho mejor, consignando en su diario militar con la fecha de este día: "De algún modo manifesté mi encono contra aquella "canalla". Sus colegas Marín y O'Higgins — substituto de Rozas, — protestaron y retiráronse del gobierno. Hizo reemplazarlos por dos hombres manejables; pero uno de ellos renunció, y entonces, para hacer alarde de su voluntad antojadiza, lo suplió con un godo señalado (don Manuel Manzo), el único que había levantado su voz el 18 de Septiembre de 1810 contra la instalación de un gobierno nacional. Desde este momento desaparecieron los dos partidos políticos de Chile, que representaban su aristocracia y su democracia revolucionaria, y sólo quedó imperando una oligarquía militar y una dinastía de caudillos, que emancipándose de leyes, Juntas y Congresos, no tenía más punto de apoyo que el ejército sublevado.

Triunfante el motín, dado el doble golpe de Estado y dueño absoluto del poder, Carrera sintió la necesidad moral de dar alguna explicación de sus actos, para justificar su elevación personal. Aquí se exhibe en toda su desnudez el ambicioso vulgar, sin ideas y sin ideales, que ni siquiera tiene el decoro de cubrir con un manto patriótico su temerario egoísmo. En un difuso manifiesto que hizo circular, dió por única razon "la nulidad del plan de instalación del Congreso, la ignorancia de los diputados en los principos gubernativos, los sentimientos despóticos y sanguinarios de sus miembros, que según él, eran cómplices de la supuesta tentativa de asesinato contra su persona".

Esto por lo que respecta á los móviles. En cuanto al programa del motín, él mismo lo ha consignado en sus documentos: primero pidió empleos para sus parciales; en seguida: "Pidió el pueblo para los tres Carrera un escudo ú otra distinción en recompensa de sus servicios. A don Juan José se le dió el grado de brigadier, á don Luis y á mí el de teniente coronel. Juan José quedó con el comando de granaderos, disponiendo que se levantase un cuartel para su comodidad. Que se depositasen en caja dos ó tres millones para las necesidades que podríamos tener por los enemigos exteriores... y no recuerdo lo demás". Años después (en 1818), hallándose proscripto, cuando la desgracia debía haberlo aleccionado, su caudal de ideas no había aumentado, y repetía las mismas recriminaciones, pretendiendo que el pueblo chileno se había echado en brazos de su dictadura para salvarse. Jamás ningún autor de revuelta se condenó más inconscientemente á sí mismo, como jamás revuelta alguna ha sido más unánimemente condenada por la historia y los historiadores. Ella paralizó el desarrollo orgánico de la revolución chilena, y la perdió irremisiblemente.

Carrera quedó dominante en el vacío sin más apoyo que las armas. Las fuerzas morales se le retiraron: los exaltados y los moderados, despojados unos y otros del poder por él, lo consideraron como enemigo, y la opinión que empezaba á tomar cierta consistencia, no lo acompañó. Llegó á tal punto su desprestigio y la falta de confianza pública, que propagada la voz de que todas las casas de la ciudad iban á ser saqueadas á mano armada, los vecinos emigraron al campo, ocultando sus caudales. Carrera vióse obligado ante tal descrédito á hacer desmentir tan vergonzosos rumores por medio de los jefes militares, sin que por esto

se calmasen las desconfianzas del pueblo. Su situación llegó á hacerse más aislada y peligrosa, cuando vió que el sur de Chile se armaba en su contra, y que Rozas á su cabeza había levantado la caída bandera del parlamentarismo.

III

Después del golpe de estado del 2 de Diciembre y la consiguiente disolución del Congreso, todos los ojos volviéronse hacia el sur y á Rozas como la última esperanza y el único hombre que podía resolver la cuestión entre la fuerza y el derecho. Rozas no vaciló. No obstante haberlo designado Carrera como miembro del gobierno, protestó contra el motín, y ofreció al Congreso su apoyo. El nuevo dictador militar habría deseado propiciarse la voluntad del antiguo dictador civil, aunque abrigaba contra él invencibles prevenciones, fundamentales unas y accidentales otras. La ambición medida de Rozas giraba en el círculo de la legalidad, y constitucionalista así en la teoría como en la práctica, no iba más allá de presidir un gobierno civil sobre la base de una mayoría parlamentaria, con los instintos federativos del sur de Chile por nervio. Carrera por el contrario, le escribía en los momentos de dar su golpe de Estado: "Usted se equivocó fatalmente cuando provocó un Congreso en un reino sin opinión, sin espíritu público, sin ilustración, sin virtudes civiles, y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre". Su temperamento era nativamente chileno, y poseído de un patriotismo indígena de terruño, que encerraba sus ideas en el espacio de sus ambiciones, repugnaba la política internacional de Rozas, diciendo que ella "no era sino un reflejo de la de Bue-

nos Aires", y le señalaba como "una mala cualidad en él la de ser mendocino y adicto al gobierno argentino". Esta fué la primera levadura que hizo más tarde fermentar sus odios contra el pueblo argentino y sus hombres, y que desde entonces empezaba á incubar. Agréguese á esto, que era su émulo en popularidad y poder, y dueño de una tercera parte del territorio sobre la que quería dominar, y se comprenderá que eran dos rivales que divididos por el Rubicón del Maule no cabían en Chile.

Por una anomalía histórica, que se explica por las acciones y reacciones de los elementos constitutivos del país, si bien la causa de Rozas era en derecho la más legítima, la de Carrera, aunque personalizada en su dictadura usurpada, tenía más razón de ser, y en su medida, más porvenir. Rozas, al abandonar el teatro de operaciones de Santiago, cabeza visible de la revolución, y reaccionar contra su propia obra, pisó un terreno peligroso y destruyó la base de su poder moral por cuidar tan sólo de la de su influencia material. Al ponerse en pugna con el parlamentarismo conservador, cometió el error de levantar la bandera de un federalismo inorgánico, sosteniendo la teoría de lo que llamaba un gobierno representativo, es decir, un triunvirato nombrado por cada una de las tres provincias, lo que era una negación de la soberanía nacional que proclamaba. La instalación de la contrajunta independiente de Concepción fué otro error del mismo género, que quitando á la revolución su carácter de unidad territorial y gubernativa, la debilitó en vez de organizarla, despertó estérilmente los odios interprovinciales, y preparó el sur de Chile, cuyo particularismo hemos explicado antes, para que fuese más tarde el centro de la reacción española con los mismos odios que él había concitado. Ma-

yor error fué mantener la contrajunta aun después de la revolución del 4 de Septiembre que llevó á su partido al poder, en vez de confundirse con el movimiento general y buscar su punto de apoyo estable en un gobierno fuertemente constituído en la capital, que tal vez habría contenido ó moderado el desenfreno de la ambición de Carrera. Por eso la causa de Carrera, aunque sin principios confesados y simbolizada sólo por su persona, tenía más razón de ser, y estaba destinada necesariamente á triunfar, por cuanto representaba en el hecho la unidad de la naciente nación á la par que la de su revolución. Carrera era el caudillo nacional.

Apercibido Carrera de los peligros de su situación y bien aconsejado por los instintos de su patriotismo genial, que se combinaban con los de su ambición, buscó un acuerdo con Rozas por intermedio de O'Higgins, y se preparó mientras tanto á hacer frente á una ruptura, ocupando militarmente la línea norte del Maule. Por su parte el sur se había levantado en armas, poniendo en campaña un fuerte ejército, y dada la calidad de las tropas, las probabilidades de la victoria estaban por él. El caudillo del sur, cuyos horizontes políticos se habían estrechado, inclinado por temperamento y por patriotismo á la paz interna, y comprendiendo quizá, que para triunfar tendría que emprender una campaña de conquista sobre el centro, acogió favorablemente la proposición de Carrera. Puestos al habla ambos contendientes no tardaron en ajustar un convenio por medio de tres plenipotenciarios, en que prevalecieron las ideas de Rozas (12 Enero 1812). Fué en su forma y en su fondo un verdadero pacto de federación. Por él se reconocía la preexistencia de tres provincias del sur, centro y norte, con una soberanía territorial propia como derivada de la

del pueblo, con derecho á constituir un triunvirato formado por representantes de cada una de ellas y un Senado de seis miembros elegido en la misma forma excéntrica hasta tanto se reuniese el Congreso que dictara la constitución sobre la base de la independencia, y mienras tanto se mantuviese el 'statu quo", promoviendo una alianza defensiva y ofensiva con las provincias del Río de la Plata. Previóse hasta el caso de guerra entre las partes contratantes, para cuya eventualidad se estipuló que la declaración, lo mismo que la guerra, se hiciera con arreglo al derecho de gentes.

La idea de la reunión de un Congreso como fórmula de solución en las discordias intestinas, estaba en la atmósfera política; pero era antipática á Carrera, no sólo por una idiosincracia de su temperamento autoritario, sino también porque, á la vez que limitaba su poderío y lo hacía instable, no llenaba por el momento sus aspiraciones de consolidar en sus manos la unidad del país, que eran sin duda legítimas y patrióticas, no obstante su liga impura. Así es que, conjurado el peligro de la guerra inminente con el sur, dejó pasar el tiempo sin ratificar el convenio, considerándose ya bastante fuerte para suprimir el gobierno disidente de Concepción. El sur se alarmó, acudió de nuevo á las armas y ocupó en son de guerra la línea sur del Maule, que era el Rubicón de la unidad cesárea y del federalismo parlamentario. Carrera por su parte ocupó con su ejérsito la línea norte, y situó su cuartel general en Talca. Una conferencia entre Rozas y Carrera puso término á esta nueva desinteligencia. Ambos combinieron verbalmente en la ratificación del pacto y en la reinstalación del Congreso, dejando las cosas en el estado en que estaban, con lo cual la paz quedó restablecida por ambos lados (25 Abril 1812). Este arreglo fué

celebrado en todo el país como un acontecimiento nacional, y Carrera triunfalmente recibido en Santiago, á su regreso del sur, como merecedor de la corona de olivo.

No era sólo el instinto del patriotismo y el temor de las armas penquistas, lo que movía á Carrera á pasar por la dura condición de instaurar un Congreso que había disuelto, y que consideraba malo en sí y contrario á sus intereses personales. El gobierno argentino había ofrecido su mediación amigable en la contienda interprovincial, y el de Concepción pedídole auxilios para sostener la lucha, lo que era una complicación. Pero, lo más grave era que, mientras trataban los dos dictadores, la provincia de Valdivia, que en un principio se pronunciara por la revolución, formando una junta patriota de gobierno, había reaccionado en favor de la causa realista (12 Marzo 1812). Los contrarrevolucionarios, engañados por las maniobras de Carrera, lo proclamaron capitán general del reino, pero él rechazó el nombramiento con indignación. Este suceso le hizo comprender lo precario de su poder en las provincias y el serio peligro que amenazaba á la revolución por esa parte. Situado Valdivia en la extremidad austral del territorio poblado, con un puerto de mar y fortificaciones que se consideraban inexpugnables, defendidas por una guarnición veterana y teniendo á la espalda el archipiélago de Chiloe á la manera de una flota anclada, con una población decidida por el rey que se mantenía en obediencia al virrey del Perú y otra guarnición veterana como la de Valdivia, este punto era el talón vulnerable del territorio, y de allí podía venir la reacción armada. En consecuencia, pasó por todo, sin renunciar por esto á llevar adelante sus planes de unificación.

Así se inauguró el año 1812, que fué señalado por

el establecimiento de la primera imprenta y la aparición del primer periódico (13 de Febrero), con el título simbólico de "La Aurora de Chile", redactado por el P. Camilo Enriquez, en colaboración con el argentino Vera y Pintado, y el guatemalteco Irisarri, que fueron los primeros publicistas de la revolución. Era el P. Camilo un fraile de la Buena Muerte, perseguido por la inquisición de Lima á causa de leer libros prohibidos, ardiente propagador de ideas liberales, revolucionario por temperamento moral, republicano por convicción, y fué el primero (en 1811) que tuvo la valentía de predicar con franqueza la independencia absoluta "como una verdad de geografía, escrita en el libro de los eternos destinos". Juntamente con la imprenta venida de los Estados Unidos, introdújose por entonces en la opinión política de Chile un nuevo elemento, y fué la propagación de las ideas democráticas por el vehículo de un agente consular norteamericano, llamado Mr. Poinsett, que dió un apoyo moral al movimiento revolucionario. De tiempo atrás, ciertas nociones vagas de independencia y republicanismo se habían difundido en el país con motivo del contacto de los comerciantes y balleneros norteamericanos, ó bostonenses como los llamaban, que frecuentaban las costas de Chile. Un historiador realista atribuye á esta influencia y al ejemplo del Río de la Plata la pérdida del reino para la España. Un soplo de vida nueva que difundía la pasión en todas las clases sociales, empezó á hacerse sentir bajo estas influencias, y á falta de una atmósfera política propicia se dilató el espíritu militar, que Carrera estimulaba especialmente, á la vez que se ocupaba en armar al país con más seriedad que los anteriores gobiernos. En medio de todo esto, la anormalidad del gobierno, la escisión del sur con el centro y norte y las ideas

federalistas que empezaban á tomar cierta consistencia, mantenían una alarmante espectativa en todos los ánimos, cuando un suceso imprevisto vino á definir la situación y á condensar las opiniones dispersas de los patriotas, al menos en el orden de la acción.

En la noche del 9 de Julio, estalló en Concepción un movimiento revolucionario, ejecutado por los mismos parciales armados de Rozas, pero secretamente promovido por los reaccionarios, que disolvió la Junta provincial. Así cayó para siempre del gobierno el hombre que había llenado con su espíritu los primeros años de la revolución de Chile. Arrepentidos muy luego los autores del movimiento le ofrecieron sus vidas para reponerlo en el mando; pero él contestó lacónicamente en una tira de papel: "¡Ya es tarde!" Estaba vencido y se sentía fatigado de la lucha. Había hecho su tiempo. Trasladado á Santiago, fué desterrado por Carrera á Mendoza. Al separarse de su patria adoptiva, dijo que el que lo había vencido salvaría ó perdería la revolución chilena. Pocos meses después (el 3 de Marzo de 1813), murió de melancolía en el mismo lugar donde había nacido. Sus restos fueron sepultados á la entrada de la iglesia matriz, cubiertos con una lápida en que se leía este epitafio, que tal vez él mismo escribió: "Hic jacet cinit et pulvis Johannis Martínez de Rozas". Ni esto ha quedado de él. El gran terremoto que arruinó su ciudad natal en 1861 dispersó sus huesos, y hasta sus papeles convertidos en cenizas han desaparecido. Pero, según las palabras de un historiador chileno: "Entre los gigantescos Andes y el extenso mar Pacífico, un monumento más duradero y más honorífico que el mármol y el bronce, está encargado de conservar la memoria de don Juan Martínez de Rozas. Ese monumento es la República de Chile, que le

cuenta entre sus más ilustres fundadores, y que s gloría de tenerlo por uno de sus más esclarecido ciudadanos".

IV

Desembarazado Carrera de su poderoso rival y vencidas las resistencias que pretendió oponerle e sur, fué desde entonces omnipotente. La revolución ganó en unidad y nervio. Las opiniones dispersas de los partidos disidentes, empezaron á condensarse en torno del núcleo de su autoridad po una atracción conservadora, y la idea de independencia á hacerse carne y á tener emblemas visibles Con motivo de conmemorar el cónsul Poinsett e aniversario de la independencia de su patria, apareció la bandera de los Estados Unidos entrelazada con otra bandera tricolor, desconocida, con una estrella solitaria en uno de sus ángulos, como astro desprendido del cielo de la gran república. Este pabellón anónimo era el chileno, cuyos colores e forma de escarapela vistieron todos los ciudadanos el 16 de Julio y fué solemnemente enarbolado el 3 de Septiembre de 1812, á los dos años de fundad el primer gobierno nacional. Sin embargo, la independencia no se declaró por entonces, y se continuó gobernando á nombre del rey Fernando VI. al mismo tiempo que los hermanos Carrera salía de noche disfrazados por las calles de Santiago, en compañía de un grupo de jóvenes calavera destrozaban los escudos de nobleza de la aristocracia criolla.

Triunfante la dictadura, y considerándose Carrera un hombre necesario, se sometió á la prueba aparente de una renuncia del mando supremo, qu no fué aceptada por el Cabildo y las corporacione al efecto convocadas; pero en desinteligencia co

su hermano Juan José, que le hacía una oposición abierta, más por emulación envidiosa que por principios, hizo una segunda renuncia para ostentar su popularidad, bien que con la precaución de reservarse el mando de las armas, de acuerdo con su hermano Luis. Con su separación de la Junta, quedó el gobierno sin cabeza visible. Fué reemplazado en su puesto por su padre don Ignacio, quien según el testimonio de su propio hijo, empezó á reaccionar contra la marcha de la revolución, sostenido por su hermano Juan José, el cual por espíritu de oposición fraternal empezó á inclinarse al partido godo, al punto de aconsejarle la supresión de la nueva escarapela nacional. Sin la actitud decidida de José Miguel y Luis, que al frente de la tropa armada de su mando, acordaron mantener el sistema establecido "á sangre y fuego", la contrarrevolución se habría consumado en las esferas del gobierno. A consecuencia de esto, vino un interregno agitado y confuso, á que puso término una especie de carta constitucional, no otorgada, sino impuesta subrepticiamente por Carrera.

Los dos hermanos, dueños de las armas, hicieron redactar privadamente un proyecto de reglamento constitucional, "obra de cuatro amigos", según declaración de sus mismos autores, el cual fué presentado á la Junta ejecutiva por mano de uno de sus parciales. La Constitución sólo modificaba la dictadura en su forma externa, agregándole la innovación de un Senado de siete miembros, representativo de las tres provincias, elegido por medio de votos de consulta por iniciativa de la capital, á la cual se adjudicaban tres representantes, y á cuyo dictamen se atribuía la decisión en materias de legislación. En lo demás se mantenía la misma armazón, confirmando á los gobernantes en sus puestos. Por uno de sus artículos se estatuía que

"el rey era Fernando VII, con la condición de aceptar y jurar la Constitución que hiciera el pueblo"; pero por otro se disponía que: "ninguna providencia emanada de autoridad fuera del territorio tuviese efecto, castigando como reos de leso Estado á los que la obedeciesen". Aceptadas estas cláusulas por la Junta, cuya mayoría era devota á Carrera, la conciencia timorata de su padre don Ignacio, no se atrevió á subscribir la desobediencia al monarca que en teoría se reconocía, y retiróse del gobierno. Sometido pro forma el reglamento, á la par de la lista de empleados que por él se creaban—á cuya cabeza aparecía don José Miguel en reemplazo de su padre,—todos lo firmaron sin leerlo, con rarísimas excepciones, temerosos de las consecuencias. No era vano este temor, porque á los pocos días, todos los protestantes fueron cruelmente apaleados.

Promulgada la nueva Constitución, Carrera volvió á entrar al mando y reasumir de hecho la antigua dictadura, no sin una sorda oposición; pero en esos momentos precisamente un peligro común vino á reunir todas las voluntades de los patriotas y á constituirlo á él en centro de las esperanzas de ellos. El territorio chileno había sido invadido por un ejército realista y todo el sur ocupado por él. Las armas de la revolución se iban á probar por la primera vez. También se iba á probar el dictador para justificar su ambición, mostrando al menos, que si no tenía elevación patriótica ni inspiración política, tenía por lo menos el genio militar que se atribuía. En este sentido todo le era propicio: el país estaba compacto; el ejército le pertenecía en masa; el entusiasmo público le daba fuerza moral. Era el campeón de una noble causa: todos los jefes militares, sin exceptuar sus antiguos opositores le obedecían; el instinto popular encontraba justificado un gobierno fuerte ante el

peligro exterior, y el prestigio de sus campañas en Europa, hacía de él la primera figura militar de su país. Sólo Mackenna le era superior por su ciencia y experiencia, así como por su juicio, pero era extranjero y sin poder, y O'Higgins, soldado heroico, bien que general de poca cabeza, aun no había adquirido la nombradía guerrera que mereció después. Todos lo aclamaban como al héroe salvador. Era el dictador militar por el consentimiento unánime, como lo había sido violentamente en el orden político por los dictados de su propia ambición. En tales condiciones, tenía la obligación de vencer ó morir, ó por lo menos acreditar talentos militares ó ardor en los combates. Va á verse cómo correspondió á estas esperanzas.

V

El virrey del Perú, Abascal, asechaba la revolución de Chile desde sus comienzos, á la espera del momento oportuno para atacarla de frente. Era en aquella época un anciano septuagenario, que unía la firmeza á la prudencia, y merced á estas cualidades pudo mantener en quietud su virreinato en medio de las conmociones que desde 1809 á 1811 estallaron casi simultáneamente en toda la América española. No se limitó á esto. Convirtió el Perú en centro activo de la reacción realista, y acudió á sofocar las revoluciones allí donde aparecieron: domó la del Alto Perú, hizo la guerra á la de las Provincias Argentinas, enviando una expedición contra Quito; mantuvo bajo su obediencia á Chiloe y atrajo de nuevo á ella á Valdivia. Respecto del movimiento revolucionario de Chile, al principio se limitó á simples protestas y represalias parciales; cuando creyó llegado el momento, le

dirigió su primera intimación, y desoída que fué, hizo secretamente sus aprestos para reconquistar por la fuerza de las armas el reino perdido.

Fué designado como jefe de la expedición reconquistadora el brigadier Antonio Pareja, militar entendido y resuelto, que recibió por único auxilio, el nombramiento de comandante general de Valdivia y Chiloe, cinco embarcaciones, un cuadro de oficiales, cincuenta soldados y cincuenta mil pesos. Con estos exiguos recursos arribó á Chiloe á principios de 1813, disciplinó las milicias de los decididos chilotes del archipiélago y sobre la base de su guarnición de línea, y á la cabeza de una división de cerca de 1400 hombres de las tres armas se trasladó á Valdivia. Allí agregó la tropa veterana que mantenía en sus murallas la bandera del rey, encontrándose así al frente de un ejército de más de 2000 hombres. Lo organizó en tres divisiones con seis piezas de artillería cada una, y sin pérdida de tiempo, se dirigió en sus transportes hacia el norte en rumbo misterioso sin comunicar á nadie sus planes, y sin que se hubiesen sentido sus aprestos. Tres días después desembarcaba en la bahía de San Vicente, tomando por la espalda la plaza de Talcahuano y amenazaba por el frente á la ciudad de Concepción (26 de Marzo). Allí se dispararon los primeros tiros de la guerra de la independencia de Chile y corrió la primera sangre de sus defensores. Talcahuano fué tomado á viva fuerza. Concepción capituló, entregado por sus mismos defensores sublevados. De este modo y casi sin resistencia, quedó dueño de todo el sur de Chile y de las guarniciones de la frontera de Arauco con que se reforzó. Al frente de 2000 plazas regulares con 25 piezas de artillería, y 2000 á 3000 milicianos irregulares, abrió su campaña en los primeros días de Abril de 1813. En Chillán se pronunció el país

en su favor, y alcanzó á tener bajo sus banderas como 6000 combatientes, con los cuales se posesionó de la línea del Ñuble, amagando la del Maule.

Carrera por su parte no desplegó menos actividad ni energía. Inmediatamente de recibir la noticia del desembarco de la expedición invasora, cambió su dictadura política por la militar, y se hizo nombrar general en jefe con poderes omnímodos. A la luz de los faroles de la retreta hizo pregonar en la plaza la declaración de guerra contra el virrey del Perú y plantó allí la horca con amenaza de muerte á todo el que mantuviese comunicaciones con el enemigo. Por medio de un empréstito forzoso de doscientos sesenta mil pesos, que hizo decretar por un Congreso de corporaciones, imponible tan sólo sobre las cabezas de los enemigos de la revolución, encadenó á los hostiles y á los indiferentes. Estas medidas despertaron el entusiasmo general, é inspiraron confianza en el improvisado general, que hasta entonces no había figurado en su patria sino en motines de cuartel. En seguida, después de dictar sus disposiciones para la reconcentración del ejército patriota en Talca, el 1° de Abril, ocho días después de la invasión, establecía allí su cuartel general sobre la línea norte del Maule al frente de una escolta de quince hombres. Su amigo, el cónsul norteamericano, le acompañaba como voluntario yanqui. En el mismo día se le presentó el coronel de milicias don Bernardo O'Higgins, que olvidando antiguos resentimientos, venía á ponerse á sus órdenes y ofrecerle la primera espada de Chile. Este ejemplo fué imitado por el brigadier Mackenna, que era la primera cabeza militar del país y un ingeniero distinguido. Llamó á sí las milicias fieles del sur del Maule, retiró con ellas los recursos al enemigo, y por consejo de O'Higgins tomó la ofensiva de vanguardia sobre la

margen izquierda del Maule. Al cumplirse los veinte días, encontrábase al frente de una agrupación de cerca de 10.000 hombres, con los que organizó un ejército como de 2500 soldados regulares mal armados, y otros tantos milicianos de caballería irregular de lanza, con una dotación de 16 piezas de campaña.

La campaña se abrió por un golpe feliz en que intervino más el acaso que el cálculo. Un destacamento patriota de 500 hombres fué encargado de sorprender la vanguardia enemiga sobre el paso Bobadilla del Maule. El jefe comprendió mal sus órdenes, y en la obscuridad de la noche encontróse sin sospecharlo en Yerbas Buenas con todo el ejército realista fuerte de 5 a 6000 hombres é introdujo en él la confusión apoderándose de su artillería (27 Abril 1812). Al amanecer, los enemigos reaccionaron al conocer el corto número de los asaltantes, y los persiguieron, rescatando su artillería y prisioneros. Aunque materialmente los patriotas experimentaron más que cuádruples pérdidas en muertos y prisioneros, fué una victoria moral, que mostró el temple del soldado chileno y dominó á sus contrarios. A consecuencia de esta sorpresa, la mayor parte de la caballería miliciana se le dispersó á Pareja. Pero éste, sin desmayar, avanzó hasta la margen izquierda del Maule. Formado su ejército para efectuar el pasaje, los chilotes y valdivianos arrojaron sus armas negándose á ir adelante: en el Maule acababan para ellos el mundo y sus empeños con la causa realista. El general español, mortalmente enfermo y tendido en una parihuela, hubo de ordenar la retirada, y el resto de su caballería irregular se dispersó del todo. Su ejército constaba á la sazón de poco más de 1000 hombres, pero decididos, aunque insubordinados, así que dieron frente al sur.

Mientras tanto, Carrera á la cabeza de un ejército de más de 5000 hombres, en vez de aprovechar el efecto moral de la sorpresa é ignorante de lo que ocurría en el campo enemigo, perdió el tiempo en maniobras de repliegue y se dejó entretener con negociaciones de paz. Pasaron más de quince días antes de decidirse á cruzar el Maule. La vanguardia destacada, al mando de su hermano Luis, alcanzó al reducido ejército de Pareja al sur de San Carlos en circunstancias que se disponía á repasar el Ñuble en dirección á Chillán. Inmediatamente hizo alto y se preparó á la resistencia. El moribundo general español montó á caballo por la última vez é hizo reconocer por jefe al capitán don Juan Francisco Sánchez, obscuro soldado de frontera, y una de las más notables figuras de la causa realista en Chile. Sánchez, se posesionó de una eminencia, se atrincheró á la ligera con sus bagajes, formó un rectángulo con su infantería, y distribuyendo sobre su frente sus veintisiete cañones rompió el fuego de artillería sobre la vanguardia patriota, que en número menor, con sólo dos piezas, pretendió llevarle un ataque, que fué contenido. A la llegada de la segunda división mandada por don Juan José, el general en jefe procuró formar su línea, desplegando en batalla su infantería y prolongó las alas de caballería con el objeto de rodear la posición enemiga. Su hermano mayor, desobedeciendo sus órdenes según él, cargó atolondradamente á la bayoneta, y fué rechazado, y la misma suerte tuvo otro batallón que imitó su ejemplo. La artillería se desmontó á los primeros tiros. La caballería, que había tomado la retaguardia opuesta, se desbandó con las primeras balas de cañón que sufrió. Su infantería desordenada, formando pelotones, dió la vuelta al cuadro realista, haciendo un fuego inofensivo de fusil

fuera de alcance, y en la tarde, volvió á su punto de partida, cerrando su círculo en el vacío.

El ejército se había deshecho entre las manos de su general. La batalla estaba perdida. La esperanza era la tercera división, que había quedado á retaguardia bajo el mando de O'Higgins y de Mackenna. Renovado por ella el combate sin resolución ni propósito determinado, dió al menos el resultado de contener en sus posiciones á los realistas, que á haber tomado la ofensiva antes de su llegada, lo habría ultimado. La noche puso término á esta singular jornada. Carrera se retiró en desorden á la villa de San Carlos. Sánchez, con su impertérrita columna y toda su artillería, repasó el Ñuble sin ser incomodado y se retiró á Chillán, con sólo la pérdida de seis muertos y quince heridos. El campo quedó por los muertos. Tal fué la batalla de San Carlos (15 de Mayo de 1812). Dando la parte que corresponde á la bisoñería de las tropas, que mal armadas se batían por la primera vez, así como á la imprudencia de sus dos jefes divisionarios de familia, Carrera mostró en este día no poseer ni las medianas dotes de un general. No tuvo un plan cualquiera ni una inspiración del momento: comprometió parcial y sucesivamente sus fuerzas superiores en número: movióse en el vacío sin objetivo determinado: perdió el campo de batalla, y ni intentó siquiera perseguir al enemigo en su retirada, que debió ser destruído al repasar el caudaloso Ñuble á la sazón crecido, según confesión de un historiador realista. Por un raro fenómeno psicológico en contradicción con su carácter fogoso y su valor personal reconocido, Carrera reveló en la acción como caudillo de masas en medio del peligro, que carecía del ardor guerrero que se comunica, del ímpetu ó la serenidad que inspira confianza, porque, según uno de los que

más benévolamente lo han juzgado, "no tenía denuedo para dar á sus tropas el ejemplo, mandando por su propia voz y guiarlas él mismo á la victoria". No era, pues, ni general, ni soldado. Empero, que en esta mala escuela se iban formando buenos soldados, merced á la nativa energía del pueblo chileno. Por eso, el novel general, á pesar de tantos errores y deficiencias, encontró dentro de sí la fortaleza de sobreponerse al profundo desaliento de sus principales jefes que le aconsejaron el repaso del Maule, y de reaccionar ante su gran responsabilidad, preparándose á tomar de nuevo la ofensiva. Era la resolución salvadora y la que aconsejaba la misma prudencia, porque si no había vencido, era el más fuerte, y en su mano estaba vencer poniendo los medios. Por desgracia, había dado en su primer ensayo lo que tenía que dar, y todo indica, que sometido á la prueba del fuego, estaba moralmente derrotado ante su propia conciencia.

VI

Carrera concibió por la primera vez un plan de operaciones estratégicas, que según él debía dar por resultado la rendición del enemigo, y era posesionarse de las plazas de Concepción y Talcahuano para cortarle la retirada del mar y privarle de los recursos que por allí podían venirle. Era rodear la dificultad sin resolverla, ni afrontarla siquiera. En la guerra, cuando no se hiere en lo vivo, las ventajas accesorias no deciden nada y á veces comprometen el éxito, perdiendo oportunidades y malgastando estérilmente las fuerzas. Tal sucedió en esta ocasión. La ocupación de las dos plazas, no empeoró la situación de los realistas ni mejoró mucho la de los patriotas. Más importante fué la ocupa-

ción de las plazas de la frontera de Arauco, ejecutada por O'Higgins, que le dió el dominio de casi todo el sur; pero en todo esto se perdió un tiempo precioso. La verdadera campaña se abrió cuando ya el invierno, que se anunciaba sumamente riguroso, estaba muy avanzado, y el enemigo organizado estaba dispuesto no sólo para la resistencia sino con ánimo para tomar la ofensiva. Mientras éste se reconcentraba, el general patriota fraccionaba su ejército, y cometía el error de dejar á su retaguardia una división de 650 hombres destacada sobre la línea del Ñuble, con una reserva ineficaz al norte del Maule, la que fué atacada y rendida por un destacamento realista desprendido desde Chillán, donde los restos del ejército realista se habían alistado. El general Pareja había muerto y dejado el mando á Sánchez al tiempo de morir, quien se mostró digno de este terrible legado.

Era Sánchez un soldado obscuro, natural de Galicia, sin instrucción ni verdadero genio militar, pero tenía la devoción de su causa, poseía cualidades de mando con buen golpe de vista, y sobre todo, una tenacidad á toda prueba. Sin desmayar un solo instante, aumentó sus fuerzas, levantó trincheras y reductos inexpugnables, y auxiliado por la población que pertenecía en masa á la causa del rey, puso la plaza en estado de defensa con el eficaz auxilio de los frailes de Propaganda Fide que tenían allí su convento, que era una verdadera ciudadela bien abastecida. Hechos estos preparativos, esperó confiadamente el ataque, tomando mientras tanto la ofensiva como se ha visto. Cuando Carrera contra la opinión de O'Higgins y Mackenna, se decidió á poner sitio á Chillán á fines de Julio, ya habían comenzado las lluvias, que en el sur de Chile son copiosísimas y constantes. En los primeros días de Agosto (el 3) estableció Macken-

na una batería de seis piezas á cuatrocientos metros de las trincheras. En la mañana siguiente, Sánchez dispuso una vigorosa salida contra ella, y aunque fué rechazada, mostró cuál era el temple de los defensores de la plaza. A la tarde repitió otra salida sobre la batería de reserva de los sitiadores bajo los fuegos de sus reductos, una de cuyas balas hizo volar el depósito de municiones de la batería de vanguardia, causando grandes estragos en su guarnición, en la que se introdujo la confusión. Carrera ordenó por repetidas veces su abandono, pero sus bravos oficiales desobedecieron. O'Higgins acudió á su socorro, y el enemigo fué nuevamente rechazado.

Las pérdidas fueron considerables por una y otra parte; pero mientras los sitiadores permanecían á la intemperie bajo un cielo inclemente, los sitiados se reponían de ellas bien abrigados y avituallados con los abundantes recursos que les proporcionaban los depósitos de los frailes, quienes mantenían vivo el entusiasmo de los defensores de la religión y del rey. Carrera esperaba un convoy de municiones para reponerse; pero el activo jefe español, que había esparcido sus guerrillas en los alrededores, lo interceptó á cuarenta y siete kilómetros del campamento, y se proveyó así de un artículo que empezaba á escasearle, privando de él á sus contrarios. Los sitiadores se convertían á su vez en sitiados. El día 5, Sánchez renovó una tercera salida y atacó otra vez la batería de vanguardia, que fué valerosamente defendida por Luis Carrera, consiguiendo rechazar el ataque. El general patriota, que presenciaba todo esto á la distancia situado en una altura á retaguardia, mandó llevar el ataque sobre el pueblo. El combate se empeñó en las calles. La población en masa, armada de palos y machetes, acudió á la defensa. Los asaltantes fue-

ron rechazados, dejando en el campo muertos y prisioneros. Las pérdidas de unos y otros fueron casi iguales; pero el nervio del ejército patriota quedó quebrado. La muerte y la deserción empezaba á diezmar sus filas. En tan triste situación Carrera que esperaba un nuevo ataque, y comprendía que no podría sostenerse más tiempo en sus posiciones, "no encontró otro arbitrio en su inventiva", dice epigramáticamente un grave historiador chileno, que intimar rendición á la plaza. Sánchez ni la contestó, y á su vez propuso á Carrera que repasara el Maule bajo un armisticio y le dejase dueño de todo el sur. No había más arbitrio que levantar el sitio. A pesar de la oposición de Mackenna, así se acordó en junta de guerra. Antes de cumplirse ocho días (el 9 de Julio) el ejército chileno iba en retirada hacia el oeste, y el 14 acampaba en las márgenes del Itata, hostilizado por los realistas ensoberbecidos. Desde este día la revolución empezó á retrogradar militarmente.

VII

Levantado el sitio de Chillán, Carrera volvió á reincidir en el error de fraccionar su ejército con el objeto de emprender un nuevo sistema de guerra á fin de mantener su dominio en las provincias australes de Concepción y Arauco. Situó una división en Quirihüe, sobre la costa, á inmediaciones de la desembocadura del Itata á órdenes de su hermano Juan José, con el objeto de mantener sus comunicaciones con la capital y proteger la línea del Maule. Desprendió á O'Higgins con otra débil división con el encargo de asegurar la línea de frontera del Bío-Bío. Destacó guerrillas en todas direcciones y con el resto se dirigió á Concepción

á presidir desde allí su nuevo sistema de hostilidades. Era precisamente esta la clase de guerra que convenía á Sánchez, que no podía dilatar su acción mientras se conservase una masa respetable á su frente. Con más medios de movilidad, contando con guerrillas intrépidas y prácticos del país, Sánchez distribuyó su fuerza en columnas ligeras y partidas volantes, que se extendieron al sur y norte de la comarca. Desde entonces, el ejército patriota perdió su cohesión y su moral; sus depredaciones provocaron la resistencia de las poblaciones, y sucesivamente varios de sus destacamentos fueron batidos en detalle, sin que O'Higgins con su división pudiera impedir que los realistas reconquistasen toda la línea del Bío-Bío y ocuparan la provincia de Arauco al sur de ella hasta frente á Concepción, abriendo comunicaciones con Valdivia y Chiloe, y proporcionasen así recursos para continuar la guerra con ventaja. Antes de cumplirse los dos meses de levantado el sitio de Chillán (fines de Septiembre), Carrera estaba circunscripto á la ciudad de Concepción, con sus comunicaciones interceptadas y sus divisiones aisladas y paralizadas. Tal fué el resultado de su absurdo plan de campaña. El ejército patriota estaba bloqueado en su tres posiciones aisladas.

Lo que caracteriza á los hombres conscientes, así en el orden de la idea como de la acción, es la perseverancia en sus propósitos madurados, modificados según las circunstancias, pero persiguiendo siempre un objetivo que ven claramente. Carrera, que se gobernaba ó dejaba dominar por los acontecimientos, seguía á remolque de ellos sin ningún propósito determinado ni resolución fija. Así pensó, que haciendo lo contrario de lo que había hecho antes, tal vez acertaría. En consecuencia se pro-

puso volver á encerrar á Sánchez en Chillán, para atacarlo otra vez allí, recomenzando lo que en un principio había descuidado y de que después había desistido para ensayar un nuevo género de hostilidades que tan desastrosos resultados le daba. En consecuencia, ordenó que la división de Quirihüe se acercara á Concepción para estrechar á Chillán. Su hermano Juan José que la mandaba, cumplió tarde y mal esta orden en los primeros días de Octubre. Remontando el Itata inferior por su margen derecha, llegó al Membrillar, á inmediaciones de las juntas de aquel río con el Diguillín, donde sitiado por fuerzas superiores del enemigo se vió obligado á atrincherarse para salvar de un desastre. Para desempeñar á esta división comprometida, vióse obligado á anticipar su movimiento de reconcentración sin contar con los elementos necesarios, y se puso inmediatamente en busca de la incorporación de O'Higgins, que simultáneamente avanzaba sobre la línea del Itata. En uno de los pasos de este río denominado El Roble, se reunieron ambas divisiones, á diez y seis kilómetros al oriente del Membrillar.

Las fuerzas reunidas de Carrera y O'Higgins alcanzaban á 800 ó 1000 hombres, y acamparon sobre el vado del Roble, en un terreno mal elegido, no obstante las observaciones del segundo, que en previsión de la proximidad del enemigo en la margen derecha del Itata, aconsejó una posición más segura. Carrera desoyó este prudente consejo en la seguridad del que enemigo no se atrevería á atacarlo, y limitándose á rodear de centinelas su campo, se entregó confiadamente al sueño. Sánchez, que seguía todos sus movimientos con atención por medio de sus espías y partidas de observación, aprovechó esta coyuntura para batir á las dos divisiones en detall. En consecuencia, en la tarde

lel 19 de Octubre, hizo salir una división de Chi-
lán, que reforzada con las guerrillas volantes, y
:ruzando el Itata en su confluencia con el Digui-
lín, cayó en la noche sobre el descuidado campa-
nento y pasó á cuchillo á una guardia avanzada
uyo centinela herido dió la primera voz de alarma.
Carrera despertó al ruido de las descargas, y ro-
leado de enemigos vióse obligado á arrojarse al
'ío en busca de la división de su hermano, reci-
iendo una leve herida de lanza en su fuga. La
usencia del general en jefe no se hizo notar.
O'Higgins que estaba en vigilancia, acudió inme-
liatamente al punto amagado y organizó la resis-
encia, tomando al efecto disposiciones acertadas.
Empeñado el fuego, se prolongó por el espacio de
nás de tres horas, con desventaja para los patrio-
as, recibiendo O'Higgins una herida; pero empu-
lando un fusil, ordenó una vigorosa carga á la
ayoneta que decidió la victoria en su favor. El
nemigo fué rechazado y obligado á repasar el río
n derrota. Carrera, de regreso á su campo, lo
clamó como al "salvador de la división y de la
oatria", y en su parte oficial dijo, que era "el pri-
ner soldado, capaz en sí solo, de reconcentrar y
ınir heroicamente el mérito de las glorias y triun-
os de Chile". Estas palabras eran su abdicación:
u estrella militar estaba eclipsada.

Después de la batalla del Roble, Carrera desen-
gañado, desistió de su nuevo plan, y dejando las
livisiones de O'Higgins y Juan José Carrera á
nmediaciones de la confluencia del Diguillín y del
tata, cubiertas con fortificaciones de campaña
que Mackenna levantó, dióles por únicas instruc-
ciones mantenerse á la defensiva, en circunstancias
que el enemigo se reconcentraba en Chillán. El por
u parte retrogradó á Concepción. Desde este día
quedó evidenciado lo que ya todos se decían por lo

bajo, que el general en jefe era una completa nulidad militar, que perdería hasta el honor de su bandera. Su desprestigio cundió en el ejército y se propagó por todo el país. La prensa dió la primera señal del descontento general, la opinión pública se pronunció contra él, y hasta en el púlpito se fulminaron condenaciones contra la funesta influencia de los tres Carrera. Su destitución estaba decretada.

VIII

Cuando Carrera cambió su dictadura por el mando en jefe del ejército, ocupó por algún tiempo su lugar su hermano Juan José, momentáneamente reconciliado con él; pero habiendo salido éste á campaña, quedó confiado á sus dos colegas, quienes sintiéndose incapaces de sobrellevar el peso de las circunstancias, renunciaron sus puestos. Por elección de las corporaciones y del Senado, fueron nombrados para reemplazarlos tres miembros del antiguo partido moderado, dos de ellos enemigos suyo: Infante, el tribuno del Ayuntamiento que luchó con Rozas, y don José Agustín Eizaguirre, diputado del Congreso por él disuelto. Infante, carácter austero y republicano celoso, fué el alma de este gobierno. Desde los primeros momentos la nueva Junta manifestó su desaprobación por el modo como había distribuído los mandos del ejército, consultando más el favoritismo que la capacidad, conducta que fué calificada de "injusta y ambiciosa". Por algún tiempo, empero, se mantuvo la armonía entre la autoridad civil y militar, atendiendo eficazmente el Ejecutivo al ejército con todo género de recursos, y vigorizó su acción por medios enérgicos; pero la suspensión del sitio de Chillán, que fué reprobado por éste, y el alzamiento

de la provincia de Concepción que se atribuyó á sus errados planes y á las depredaciones por él autorizadas, agriaron sus relaciones. Desde entonces su destitución quedó secretamente decretada.

La excitación pública subió de punto con motivo de la mala dirección dada á la guerra; los antiguos liberales de 1811 alzaron la voz, declarando nula la Constitución vigente y el poder emanado de ella. La prensa hizo eco á estas manifestaciones, formulando netamente la necesidad de un cambio radical en la marcha de la revolución en el sentido republicano, y la opinión apoyó unánimemente esta tendencia. La Junta, que participaba de los mismos sentimientos, convocó, de acuerdo con el Senado consultivo, una reunión de las corporaciones, que la confirmó en el mando (8 de Octubre de 1813), y resolvió que á la mayor brevedad se trasladase el gobierno á Talca, revestido de facultades extraordinarias á fin de acordar cuanto fuese conducente á la pacificación del Estado. Entró á formar parte de ella el cura de Talca don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento, con influjo en las provincias del sur é igualmente enemigo de Carrera. El gobierno de Santiago, quedó encomendado al intendente don Joaquín Echevarría y Larraín, antiguo presidente del Congreso disuelto, y por lo tanto, también enemigo declarado del general. Un nuevo elemento militar vino á dar á la situación política la base de fuerza que le faltaba.

El gobierno había organizado en la capital un nuevo batallón, cuya oficialidad le era adicta, y pedido á Buenos Aires una remesa de armas. Los 300 auxiliares chilenos que en 1811 habían marchado en socorro de Buenos Aires, regresaron por este tiempo y fueron triunfalmente recibidos en Santiago. Esta tropa venía impregnada del espíritu del país en que había vivido. El gobierno

argentino para corresponder al generoso auxilio de Chile, dispuso, á pedido del de éste, que una columna de igual número de fuerzas marchase á tomar parte en la guerra que sostenía. Esta columna fué reclutada en las provincias de Córdoba y Mendoza, y cruzó los Andes bajo el inmediato mando de don Juan Gregorio Las Heras, que debía ilustrarse en aquel teatro, la que fué acogida con demostraciones de unánime simpatía. La Junta se trasladó á Talca, escoltada por el batallón Auxiliares Argentinos, donde el coronel don Marcos Balcarce tomó el mando en jefe de ellos. En este punto recibió la noticia de la acción del Roble, y desde ese momento quedó resuelta la remoción de Carrera.

Al principio, parece que la Junta se había fijado en el coronel Balcarce para general en jefe en substitución de Carrera; pero como al espíritu nacional chileno repugnase ser mandado por un extraño, fijóse en el coronel O'Higgins, quien, aunque no poseía todas las cualidades de un general, era por su popularidad en el país y en el ejército, su valor heroico y sus virtudes cívicas, así como por sus recientes hazañas, el señalado. Al principio rehusó modestamente aceptar el puesto, y sostuvo que no debía removerse á Carrera: pero la Junta estaba decidida, y lo obligó á ello. Intimado Carrera de su destitución, pensó resistir á mano armada, lo que tal vez pudo haber hecho, pues contaba todavía con partidarios; pero sea desaliento, sea un noble sentimiento de patriotismo, al fin obedeció, siendo este el único rasgo de abnegación ostensible de su vida pública. El nombramiento de O'Higgins fué recibido con general aplauso (Febrero de 1814).

Empero, esta transición no se efectuó sin que la subordinación militar se resintiese, y el ejército

quedó moral y materialmente desorganizado, proviniendo de aquí los partidos carrerista y o'higginista, que tan profundamente lo trabajaron, y al fin le trajeron la derrota. El distinguido general fomentaba esta división, mientras sus parciales promovían la deserción de las tropas, en circunstancias que nuevos peligros amenazaban á la revolución. Los jefes del ejército pidieron que fuese alejado de Concepción donde permanecía y el nuevo general, que lo había tratado con toda consideración—lo mismo que el gobierno, que le ofreció nombrarle su representante en Buenos Aires,—lo despidió con palabras amistosas. Como anuncio del fatal destino que debía perseguirlo, en su tránsito á la capital cayó, en compañía de su hermano Luis, en manos de las partidas realistas, mandadas por aquel mismo joven argentino Barañao, que antes hemos visto figurar como agente revolucionario, y fué conducido prisionero á Chillán donde su estrella militar se había eclipsado.

El ejército de que se recibió O'Higgins, según un concienzudo historiador chileno, que apoya su aserción en documentos, no alcanzaba á la cuarta parte del que había mandado el general Carrera antes del sitio de Chillán; componíase de 2300 ó de 2500 hombres fraccionados en todo el sur, poseídos de mal espíritu y trabajados por la deserción, contando con escasos medios de movilidad, y no bien armados. Tal era su estado en momentos en que una nueva invasión amenazaba su territorio. El 31 de Enero de 1814, había desembarcado en el puerto de Arauco un refuerzo de 800 hombres con seis piezas de artillería, bien armados y equipados, á las órdenes del brigadier Gavino Gainza, nombrado por el virrey del Perú, general en jefe del ejército realista en Chile. Ocho días después atravesó el Bío-Bío, y se incorporó con Sánchez en

Chillán, sin que, en toda la vasta extensión del territorio que cruzó, "que era á la sazón el teatro de la guerra, oyese el "¡quién vive!" de los centinelas insurgentes". Los patriotas estaban reducidos á la inacción y la impotencia. O'Higgins estrechado en Concepción, donde había establecido su cuartel general, meditaba reconquistar la línea del río Bío-Bío, á fin de ocupar los desfiladeros de las montañas, é interceptar al enemigo los recursos que le venían de Valdivia y Chiloe. Mientras tanto, dispuso que la otra división de su ejército, reforzada con los voluntarios chilenos y los Auxiliares Argentinos venidos recientemente de Buenos Aires, á la sazón acantonada en Quirihüe, volvióse á ocupar la antigua posición del Membrillar en la margen derecha del Itata, avanzando sobre Chillán para llamar la atención, mientras él emprendía su campaña sobre las plazas fronterizas del Arauco. Estas operaciones estratégicas eran tan erradas como los planes de Carrera, y debían dar más ó menos los mismos resultados, cuando de la reconcentración de las fuerzas dependía el éxito. El general Mackenna, que la mandaba, situóse en el Membrillar, posición bien elegida, que domina los vados del Itata, amaga á Chillán y liga al sur y al norte los dos caminos de Concepción y Talca, pero que en aquellas circunstancias era puramente defensiva. Allí se fortificó con 800 infantes, 100 dragones y 16 piezas de artillería (Febrero de 1814). A los pocos días encontrábase sitiado, como lo había estado la división de Juan José Carrera en 1813, por las partidas volantes que dominaban el centro del país. Este movimiento dejó desguarnecida la línea del Maule y abierto el camino de la capital.

A fin de ensanchar su zona de actividad y proveerse de víveres, Mackenna practicó varias excursiones. En una de ellas, salió en persona al

frente de 400 fusileros y 40 dragones con dos piezas de artillería, avanzando hasta las alturas de Cucha-Cucha sobre el Ñuble, á 15 kilómetros del Membrillar y 26 de Chillán. En circunstancias que se retiraba, arreando un número considerable de ganados, su retaguardia, que había quedado distanciada del grueso de la columna, fué atacada (23 de Febrero de 1814) por una fuerza de 500 á 600 realistas, divididos en tres trozos, que pusieron en conflicto á la guerrilla que la cubría, mandada por el teniente coronel Santiago Bueras. El mayor Las Heras, que á la cabeza de 100 Auxiliares Argentinos sostenía la retirada, la protegió en ambas ocasiones, y en la última, viéndola en grave peligro, cargó sobre el enemigo á la bayoneta y lo desalojó de sus posiciones, haciéndole varios muertos. Sostuvo el campo por un cuarto de hora, y se replegó en orden con los honores de la jornada. A su entrada al campamento los auxiliares fueron saludados con aclamaciones, y un improvisador chileno dedicó á Las Heras unas estrofas desaliñadas, pero llenas del sentimiento de la confraternidad militar con los soldados chilenos.

IX

Mientras estos sucesos tenían lugar al sur, en la región norte se desenvolvían otros de no menor importancia, que debían cambiar la faz política y militar de la revolución. Desguarnecida, como queda dicho, la línea del Maule, el enemigo se aprovechó de esta circunstancia para salvar esta barrera que fué pisada por la primera vez por la planta de los soldados realistas. Mandábalos un joven vizcaíno, llamado José Antonio Elorriaga, que de un escritorio de comercio había pasado á ser jefe de van-

guardia, distinguiéndose en la guerra de partidarios, hasta merecer la admiración de sus mismos enemigos. A la cabeza de 300 hombres cruzó el río, y cayó inopinadamente sobre la ciudad de Talca, de donde se había ausentado pocos días antes la Junta gubernativa después de remover del mando á Carrera. Mandaba la plaza el coronel Carlos Spano, español de nacimiento, pero que desde 1809 se había decidido por la revolución, y aunque la guarnición era muy débil, resolvió resistirse (4 de Abril). La defensa fué heroica, pero al fin sucumbió Spano, cayendo muerto envuelto en la bandera tricolor de su patria adoptiva, que defendió hasta el último trance. El camino de la capital estaba abierto y la invasión golpeaba sus puertas. Este golpe esparció la consternación en Santiago, á la vez que levantó el espíritu de los liberales, que atribuían á la poca actividad del gobierno las desgracias públicas. El pueblo reunióse espontáneamente en Asamblea en la plaza principal, y allí se alzó la voz de un argentino, llamado Mariano Vidal, quien como diputado del pueblo se apersonó al Cabildo á fin de acordar las medidas que debían tomarse para salvar la patria. El regidor del Ayuntamiento, que lo era el guatemalteco Irisarri, uno de los precursores de la revolución, se puso á la cabeza del movimiento y propuso que se nombrase un dictador como en los días de peligro en la república romana. El resultado fué nombrar un Director Supremo á imitación de lo que acababa de hacerse en Buenos Aires, concentrando el Poder Ejecutivo en una sola persona. El coronel don Francisco Lastra, á la sazón gobernador de Valparaíso, hombre probo, pero que no tenía el temperamento de un dictador, fué llamado á ocupar la nueva magistratura suprema. Desde entonces el viento empezó á soplar más favorablemente del lado de Buenos Aires.

El nuevo gobierno desplegó grande actividad y energía. En pocos días organizó una expedición para reconquistar á Talca, fuerte de 1500 hombres de las tres armas con seis cañones. Confióse su mando á un joven llamado don Manuel Blanco Encalada, á quien veremos figurar más adelante en otro elemento. Su tropa era bisoña, y su campaña fué mal conducida, siendo finalmente rechazado en el ataque que intentó sobre Talca y completamente derrotado á sus inmediaciones, en el campo de Cancha Rayada, célebre desde entonces por la derrota de las armas patriotas (27 de Marzo). Esta vez el camino de la capital no sólo quedó abierto, sino indefenso. Esto sucedía en momentos en que Gainza con el ejército invasor marchaba decididamente sobre ella, á la vez que O'Higgins, incorporado ya á Mackenna, se acercaba en la misma dirección, habiendo prevenido anticipadamente á Blanco, que no comprometiese combate. Reunido el ejército patriota del sur con la división de Santiago, habrían formado un total de 3500 hombres, fuerza superior á la del enemigo, con la que era posible terminar ventajosamente la campaña. Ahora, la única esperanza eran O'Higgins y Mackenna. La salvación consistía en cuál de los dos ejércitos pasaría primero el Maule, si el patriota ó el realista.

X

Después de la acción de Cucha-Cucha, la posición de Mackenna en el Membrillar, llegó á hacerse insostenible. Asediado en todas direcciones y circunscripto á su campo atrincherado, las provisiones empezaban á escasear, y apenas contaba con víveres para doce días. La toma de Talca, que interceptaba sus comunicaciones con la capital y lo privaba de todo socorro, hizo desmayar sus tropas, á punto de

pensarse seriamente en abandonar el punto, y retirarse al norte; pero el ánimo esforzado de Mackenna lo mantuvo. Su ciencia, como buen ingeniero, consistía en saber acampar bien y prevenirse contra toda eventualidad. Al efecto, había elegido una posición fuerte para la defensiva, que á la vez le dejaba abiertos todos los caminos de la retirada y del ataque, según las circunstancias. Apoyando su espalda en el Itata, protegido por barrancas inaccesibles, formó tres reductos sobre tres colinas, á tiro de fusil una de otra, dos de ellos avanzados hacia el norte y uno central á retaguardia, de manera que sus fuegos lo flanqueasen y protegiesen su retaguardia, á la vez que los tiros convergentes pudieran concentrarse sobre el enemigo que intentara un ataque de frente que dos profundas quebradas dificultaban. Mientras tanto, O'Higgins, encerrado en Concepción, perseveraba en su errado plan de dominar el interior del país por la parte de Arauco; pero la derrota de una de sus divisiones destacadas con tal objeto (9 de Marzo), le obligó al fin á tomar la resolución salvadora. El 16 de Marzo se puso en marcha con todo su ejército en protección de Mackenna, dejando débilmente guarnecidas las plazas de Concepción y Talcahuano, que muy luego cayeron en poder del enemigo. Ya era tiempo, Gainza, con su ejército reconcentrado se había interpuesto entre O'Higgins y Mackenna situándose al sur del Itata, y dominando los dos caminos entre Concepción y el Membrillar de manera de poder caer sobre uno ú otro con dobles fuerzas. Si el general realista hubiera tenido la inspiración de la guerra, la revolución de Chile estaba por el momento militarmente perdida.

El 19 de Marzo asomó O'Higgins al pie de las alturas de Ranquil, al sur del Itata frente al Membrillar, y encontró defendidas las lomas del Quilo

por una división realista de 400 hombres que le obstruía el paso. Mandábala el argentino Manuel Barañao, en posiciones favorables á la defensiva. El general patriota las atacó sin vacilar, y se posesionó de ellas. Las dos divisiones quedaron á la vista una de otra, con intervalo de 26 kilómetros de mal camino entre una y otra. Una salva de artillería disparada simultáneamente en los dos campos, fué el saludo que se hicieron. La esperanza volvió á renacer en el Membrillar. Pero O'Higgins, permaneció inmóvil, en una inacción inexplicable, que ninguna dificultad puede justificar en momento tan supremo. Mientras tanto, la suerte de la revolución se decidía en el Membrillar.

Gainza, perdida la oportunidad de batir una de las dos divisiones patriotas en detall antes de que estuviesen en contacto y pudiesen protegerse mutuamente, vió desbaratado su plan de campaña con la derrota de su vanguardia en Quilo. Para reparar este contraste, resolvió lanzarse en masa sobre la posición de Mackenna, y rendirla, á fin de caer después sobre O'Higgins. Al efecto, repasó sigilosamente el Itata y el Ñuble un poco más arriba de su confluencia y llamó á sí las fuerzas de Chillán. El 20 á las 3 de la tarde, se presentó inopinadamente sobre el frente del Membrillar, y atacó una partida destacada que se ocupaba en recoger los ganados, la que protegida por Las Heras, pudo salvarse. En seguida avanzó resueltamente por una de las quebradas, y á gran carrera asomó al pie de la loma á tiro de fusil, haciendo ondear el estandarte real bajo el fuego de los reductos. La cabeza de columna iba á ceder, cuando el comandante Barañao al frente de una columna de 400 hombres se lanzó sobre el reducto del centro. Mackenna tuvo la inspiración del momento. Ordenó que Balcarce á la cabeza de 70 voluntarios argentinos y

tres piquetes chilenos mandados por Bueras, el capitán Hilario Vial y el comandante Agustín Almanza, hiciese una vigorosa salida. Balcarce cargó á la bayoneta la columna de Barañao, y la rechazó, haciéndole varios muertos y tomándole prisioneros; la persiguió por algún trecho, y regresó á la línea con los trofeos de su victoria.

El enemigo no desistió por esto de su ataque. Avanzó su artillería, y bajo sus fuegos se puso á tiro de pistola de los atrincheramientos, reconcentrando sus mayores esfuerzos sobre el reducto de la derecha, que protegido por 50 Auxiliares á las órdenes de Las Heras contribuyó á rechazar cinco asaltos que le fueron llevados. El fuego se prolongó por el espacio de cuatro horas. Al anochecer los realistas retrocedieron vencidos, dejando en el campo 80 cadáveres, sin más pérdida por parte de los defensores que ocho muertos y diez y ocho heridos, entre los cuales se contaba el mismo Mackenna. Este no pudo estimar por el momento la importancia de su victoria, que fué de grandes consecuencias.

XI

El 23 de Marzo se reunieron las divisiones de O'Higgins y Mackenna, y el 24 rompieron la marcha. La fuerza total ascendía á 2600 fusileros y 600 hombres de caballería con 20 piezas de artillería. El 24 se pusieron en movimiento hacia el norte, en circunstancias en que Gainza repuesto de su contraste emprendía una marcha paralela en la misma dirección, y empezó á picar su retaguardia. Ambos tenían por objetivo la capital: el uno para tomarla: el otro para salvarla. La victoria era del primero que atravesase el Maule. La ventaja estaba de parte de los realistas, que tenían su

margen derecha cubierta por sus tropas de Talca. Los patriotas se iban á encontrar ante un obstáculo difícil de salvar y entre dos fuegos. O'Higgins, bien aconsejado sin duda por Mackenna, practicó una serie de movimientos bien combinados, se posesionó de uno de los pasos del río descuidado por el enemigo en el norte, y se cubrió por su retaguardia con trincheras de abatis. Merced á esto, rechazó ventajosamente un ataque que le fué llevado por esa parte. En seguida cruzó el Maule casi simultáneamente con el enemigo (4 de Marzo), á corta distancia uno de otro.

El enemigo, continuando su marcha paralela, procuró cerrar el paso á los patriotas en el río Claro, que fué salvado á viva fuerza (7 de Enero). Situados ambos beligerantes entre el Claro y el Lontué, O'Higgins se atrincheró sólidamente en la hacienda de Quecheraguas. El enemigo llevó dos ataques sucesivos (8 y 9 de Marzo) que fueron rechazados. La capital estaba salvada, y la defensa de Quecheraguas equivalía á una victoria. El ejército patriota reforzado con nuevos contingentes salidos de Santiago, estaba en actitud de tomar la ofensiva. Gainza retrocedió humillado á encerrarse en Talca. En estos mismos días capitulaban las plazas de Concepción y Talcahuano, y todo el sur quedaba por los realistas, desde Talca hasta Valdivia y Chiloe.

Por ese mismo tiempo el horizonte americano empezaba á nublarse. Las armas anglo-hispanas expulsaban los ejércitos de Napoleón en la metrópoli, y su gobierno incitaba á sus colonias insurreccionadas á reunirse en Cortes bajo los aspicios del rey cautivo en cuyo nombre se gobernaban, y que restituído muy luego á su trono haría imposible continuar esta ficción. En Méjico triunfaban por todas partes las armas realistas. La estrella

naciente del libertador Bolívar en Caracas, iba á eclipsarse, y las revoluciones de Quito, Venezuela y Nueva Granada habían sido ó iban á ser sofocadas. Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción, y después de las invasiones sucesivas de Pareja y de Gainza, preparaba una tercera para sojuzgar el reino rebelde. Sólo iban á quedar en el vasto escenario de la revolución sudamericana, las Provincias del Río de la Plata, no bien repuestas de los contrastes en el Alto Perú, y Chile próximo á sucumbir. En tales circunstancias, un acontecimiento inesperado, vino á salvar al general Gainza de la derrota, y á precipitar la caída de Chile.

Mandaba en 1814, la estación naval de la Inglaterra en el Pacífico, el comodoro Hillyar, quien en su calidad de aliado de la España ofreció al virrey del Perú su mediación para pacificar el reino de Chile. Abascal aceptó su proposición sobre la base de un completo olvido, siempre que los chilenos ratificasen el reconocimiento de Fernando VII y la soberanía de la nación española representada por sus Cortes, jurando su Constitución y reinstalasen su Audiencia, para cuyo sostén debían recibir una guarnición de tropas chilotas. El comodoro llegó á Santiago, en momentos en que el paso del Maule por O'Higgins y la defensa de Quecheraguas cambiaba la faz de la guerra; pero el estado general de la revolución americana y los recientes pánicos que habían enervado las almas, predisponiéndolas á la paz, hicieron que el gobierno aceptase favorablemente la abertura, modificando empero las proposiciones del virrey, de acuerdo con el Senado y conformidad del mediador. O'Higgins y Mackenna, por su autoridad y su calidad de medio ingleses los dos, fueron encargados de la negociación asesorados por el doctor Jaime Zudáñez. Al principio

hubo de negarse el general Gainza á aceptar un tratado fuera de sus instrucciones, que sólo lo autorizaban á negociar sobre la base de la rendición de los insurgentes; pero en la situación apurada en que se encontraba y por las sugestiones de Hillyar hubo de pasar por todo. En consecuencia, estipulóse que el gobierno de Chile volviera al estado de 1811 y fuese desempeñado por una Junta provisional como la primitiva, cuya aprobación se sometería á la regencia de España, y que las tropas nacionales—denominación que se daba á los realistas,—evacuarían el territorio en el término de un mes, quedando Chile obligado á enviar diputados á la Península para arreglar todas las diferencias, y concurrir mientras tanto al sostén de la España con todos los auxilios á sus alcances (3 de Mayo de 1814). Estos tratados que llevan la denominación histórica de Lircay, fueron tan mal recibidos en el campo realista, como por la opinión del pueblo chileno. Desde entonces pudo verse que ellos no importaban sino una tregua pasajera.

Ha sido una cuestión histórica, si los tratados de Lircay fueron ajustados por las partes con el ánimo deliberado de no cumplirlos. Por lo que respecta á Gainza, es evidente que obró bajo la ley de la necesidad, y que ellos lo salvaron de una derrota segura. En cuanto al gobierno de Chile y á sus negociadores, parece que procedieron de buena fe y que pensaron haber obtenido la única ventaja compatible con sus circunstancias, cediendo el uno al cansancio de la lucha, y candorosamente los otros sin medir sus consecuencias. Así resulta al menos de los documentos diplomáticos inéditos. El gobierno chileno, no obstante su alianza con el argentino, cuyas tropas auxiliares formaban parte de su ejército, al apresurarse á cambiar su bandera nacional por la española, reservó la negociación de

él, á punto que su enviado diplomático en Santiago sólo llegó á conocer su resultado cuando la prensa lo vulgarizó. Desempeñaba este puesto el doctor Juan José Passo, en substitución del doctor Vera, quien en presencia de la nueva situación que los tratados creaban, oficiaba á su gobierno: "Por más que he contraído mi observación á penetrar la intención de este gobierno, no he podido adelantar nada. Estando al sentido literal, este país y su gobierno rompieron la amistad con esa, pues que ya no existe la unidad de causa, único vínculo que los ligaba; se ha substituído la que nuevamente contraen con Lima y la España. Las formas públicas son todas conformes á estos principios. En el ejercicio de mi representación, sin embargo, no he hecho novedad, pues cabe en la política sea efecto de la necesidad la reserva, acomodarse á perder en la opinión y en parte de la autoridad en el riesgo en que se hallaban de perderlo todo, no obstante la aparente contradicción de la docilidad y franqueza con el enemigo, y los resultados contrarios de la mediación inglesa aquí y en ese país".

A fines de Mayo, cuando las dificultades para la ejecución del tratado empezaron á sentirse por una y otra parte, el gobierno de Chile se dirigió oficialmente al enviado argentino, adjuntándole copia de una comunicación dirigida á su agente diplomático en Londres, don Francisco Antonio Pinto, en que autorizaba á éste para presentarse ante la Corte de Madrid á fin de representar sus derechos, para proceder según el estado político de la España, agregando que, á pesar de los conceptos equívocos que aquélla envolvía. Chile estaba resuelto á ser libre á toda costa, y que mientras más conocía sus derechos, más odiaba la esclavitud. Expirado el plazo para la evacuación del territorio por las tropas realistas, el Director Lastra se dirigió al

Director Posadas, y al paso de justificar la demora manifestábale su recelo de que las estipulaciones no se cumpliesen por parte de los españoles, y le informaba, que su enviado en Buenos Aires, que lo era Infante, le instruiría reservadamente de su pensamiento, pidiéndole, para arreglar á él sus procederes, encargara á su agente en Londres, el señor Sarratea, averiguase la opinión de las Cortes europeas á su respecto.

Cuando se hizo conciencia general, que el pacto de Lircay estaba de hecho roto, el gobierno chileno dió una explicación más franca al enviado argentino, quien la aceptó, tomando las cosas como venían. "Estoy informado de buen origen, decía Passo, que no fué de seria intención el ánimo de este gobierno en la conclusión de los tratados, sino un médio adoptado para salvar del apurado conflicto al país, amenazado de perderse. El mes de plazo para evacuar el territorio es cumplido con exceso, y no solamente no se satisface á esta principal condición, sino que por el contrario se conservan las tropas enemigas ocupando toda la provincia de Concepción, incluso la ciudad de Chillán".

Como se ve, la política vacilante del gobierno de Chile, tímida al principio, candorosa después, y doble al fin, se dejaba arrastrar por acontecimientos que no dominaba, ni preveía, fluctuando entre corrientes encontradas en que fatalmente debía naufragar. En esto había venido á parar la dictadura de Lastra, que después de arriar la bandera de la revolución, no servía ni para la paz ni para la guerra. Por un fenómeno que se repite en las situaciones confusas de la vida de los pueblos, la misma opinión flotante que había aconsejado los tratados, se volvía contra ellos, y el espíritu público se manifestaba más vigoroso que nunca.

XII

Rota de hecho la alianza argentino-chilena, aun cuando secretamente se tratara de mantenerla por una y otra parte en previsión de lo que pudiera sobrevenir, los Auxiliares Argentinos se retiraron del ejército en campaña y se reconcentraron en Santiago por orden del Director Lastra. Al día siguiente de su llegada, estalló una sublevación de cuartel, que restauró la dinastía de los Carrera (22 de Julio). Estos, explotando el descontento público, trabajaron algunos cuerpos de la guarnición, y á la cabeza de ellos, se proclamaron á sí mismos salvadores de la patria, ofreciendo al pueblo convocar un Congreso "para perfeccionar los movimientos de su infancia civil". Respecto de la situación general del país, guardaron tímido silencio, sin dar más razones para la variación, que "las persecuciones de que eran víctimas", insinuando que "la libertad naciente no era inconciliable con los deseos de la paz y que los pactos que la reglaban no dejarían á Chile en la obscuridad de su antigua servidumbre". Esta repentina reaparición estaba prevista por todos. Excluídos los dos hermanos José Miguel y Luis de los beneficios de la recíproca libertad de los prisioneros, pactada por un artículo secreto de los tratados de Lircay, debían ser transportados por mar á Valparaíso, de donde el gobierno se proponía enviarlos al extranjero, con una representación pública ó con medios suficientes para subsistir. En el intervalo, fugaron de su prisión de Chillán, y ocultos en la capital, burlando las persecuciones del gobierno, tramaron la sublevación militar, en la que don José Miguel desplegó más habilidad que en

sus campañas contra los enemigos de su patria. En seguida organizóse una Junta provisional de gobierno, por el voto tumultuario de un Cabildo abierto, de la que Carrera se hizo nombrar presidente.

La nueva revuelta de Carrera, habría tenido razón de ser como revolución, ó por lo menos un colorido patriótico, si su programa hubiese sido reaccionar contra la política del gobierno que derivaba, romper los tratados de Lircay y proclamar valientemente la guerra, que en esos mismos momentos O'Higgins desengañado, estaba dispuesto á recomenzar. Lejos de eso, su primer acto administrativo y su primer bando político fué para confirmar el franco comercio con el virreinato del Perú, en virtud de las estipulaciones del tratado de Lircay, que aun no había sido ratificado por el virrey, y exhortar al pueblo al silencio en nombre de la razón y las conveniencias de la paz celebrada, en la seguridad de su duración. Desde entonces todos pudieron convencerse que la misma ambición egoísta de otro tiempo, era la que lo había movido á escalar nuevamente el poder, sin ninguna idea salvadora en su cabeza ni una resolución valiente en su corazón Era el mismo de siempre, en cuyas manos todo debía perderse: Congreso, ejército y revolución.

En medio de esta política sin objetivos, observaba la misma conducta sigilosamente doble de su antecesor, y en nota reservada decía al Director del Río de la Plata, dándole cuenta de su elevación: "Nos prometemos que esta innovación estreche la alianza de que nos gloriamos con ese heroico pueblo, y que por ahora reservará esta comunicación hasta que la política pueda asegurarse con relación á los tratados de paz celebrados por el enemigo. Las circunstancias no permiten otras individuali-

dades que detallaremos oportunamente". Poco después de estas protestas, los Auxiliares Argentinos eran ignominiosamente expulsados de la capital, á causa de haber asumido una actitud prescindente en el movimiento y su jefe era conminado en estos términos: "Usted no puede ser neutral", oficiaba Carrera á Las Heras, "cuando se trata de sostener al gobierno, y entiende mal el decoro de las armas de su gobierno con separarse de la defensa que le incumbe, y sólo le es prohibido formar partido con facción que atente á su autoridad". Esta conducta, sin embargo, respondía á la que los Auxiliares Chilenos de 1811 en Buenos Aires habían observado en circunstancias análogas. Triunfante la revolución de 8 de Octubre de 1812, de que hemos dado cuenta antes, los penquistos, que ocupaban la Fortaleza, se negaron á franquearla al nuevo gobierno, no obstante su instalación procedente del voto de un Cabildo abierto, hasta que les fué presentada el acta del pueblo, "cuya soberanía dijeron exclusivamente reconocer en su calidad de auxiliares". O'Higgins á su vez los exhortaba á mantenerse neutrales, "sin intervenir en las divisiones internas, en cuanto no fuese asequible su unión con sus compañeros de armas del Membrillar". Las Heras, sin perder su serenidad, contestaba á Carrera: "Sindicado ayer de parcialidad á V. E., y notado hoy por V. E. de adhesión á una parcialidad contraria, nadie ha debido ofenderse de la neutralidad con que, pronto á todo servicio del Estado, sólo he tratado de prescindir de sus cuestiones domésticas. Ni puede V. E. hacerme un deber de decidirme á sostenerle por la fuerza, que á hacer tal, debería haberme antes empeñado en sostén del gobierno anterior, y entonces no se me haría este cargo. Mero espectador en aquella escena, lo debería ser igualmente en ésta, si la re-

tirada no me separara antes del desenlace de la acción en que la presencia de mi tropa podría haber tomado un papel importante á la protección del orden y quietud interior".

Mientras estas notas diplomáticas y militares se cambiaban, la guerra civil había estallado en Chile. Provocada en 1811 por la ambición de Carrera, y conjurada entonces, esta vez renacía por la misma causa. El Cabildo se pronunció contra la usurpación, y pidió el apoyo del ejército en campaña. O'Higgins en consecuencia marchaba con su vanguardia sobre Santiago para restablecer el gobierno depuesto. Carrera salía á su encuentro con el ejército de la capital. El enviado argentino ofreció su mediación amistosa á los beligerantes, y por indicación de la Junta intercedió con O'Higgins para que reconociese la nueva autoridad, á fin de evitar la guerra civil. O'Higgins declinó la mediación, refiriéndose á la decisión de una junta de jefes de su ejército que lo había autorizado y sometió la solución de la cuestión al Cabildo de Santiago que lo llamaba. Pocos días después (26 de Agosto) los dos ejércitos se chocaban en el llano de Maipo, y por la primera vez la sangre chilena corría derramada por la mano de sus propios hijos. Carrera quedó dueño del campo de batalla. O'Higgins, llamando á sí el resto de sus fuerzas, se preparaba á renovar la batalla. La presencia de un parlamentario español. intimando rendición en nombre del rey á los patriotas de uno y otro bando, vino á suspender las hostilidades. Una nueva invasión venida de Lima, había desembarcado en Talcahuano (13 de Agosto) á las órdenes del general Mariano Osorio, nombrado jefe de las fuerzas realistas en Chile. quien marchaba sobre la capital á la cabeza de 5000 hombres bien armados y disciplinados. de los cuales formaba parte el ba-

tallón español de Talavera, mandado por el coronel Rafael Maroto, que había hecho la campaña de la Península, y que debía dejar negros recuerdos en Chile. El virrey del Perú había desaprobado los tratados de paz de Lircay, y encargaba á las armas la pacificación del reino.

O'Higgins, abnegado como siempre, se dirigió á Carrera ofreciéndole reunir sus armas para dirigirlas contra el enemigo común, bajo la condición de nombrar un gobierno provisional elegido por el pueblo; pero declinada esta proposición por Carrera, que ni en esos momentos podía olvidarse de su mando personal, se puso noblemente á órdenes de su rival, reconoció la Junta establecida, y declaró que lo único que pedía era un puesto en que combatir. Ambos jefes se abrazaron en el mismo campo de batalla de la víspera, y dieron una proclama firmada por ellos, en que declaraban que "la muerte sería el término del que recordara las pasadas disensiones condenadas á un silencio imperturbable". Carrera, como jefe superior del gobierno llamó al pueblo á las armas, desplegó gran actividad y energía para reunir hombres y recursos, consiguiendo formar un ejército como de 5 á 6000 hombres, de mala calidad, desmoralizados por la guerra civil, y no bien armados, pero que regularmente dirigidos podían hacer frente al enemigo en buenas posiciones. Desgraciadamente, esta actividad unida al valor de O'Higgins, no daban un general.

En estas circunstancias, el enviado argentino se acercó á la Junta y ofrecióle en nombre de su gobierno una división auxiliar de 600 hombres de infantería con un escuadrón de caballería. La oferta fué recibida por el vocal Uribe, que reemplazaba á Carrera en la presidencia, con cierta desconfianza, quien al fin contestó con arrogancia,

que lo que necesitaban no eran hombres sino fusiles. Lo que se necesitaba era una cabeza militar.

XIII

Los dos generales reconciliados, á quienes estaba encomendada la salvación de la revolución, si bien animados de patriotismo, no se entendían entre sí en cuanto á planes militares. O'Higgins pensaba que debía sostenerse la línea del Cachapoal, apoyándose en la villa de Rancagua, situada sobre su margen derecha, la que según él eran las Termópilas de Chile. Carrera pensaba que las Termópilas estaban en la inmediata angostura de Payne, más á retaguardia, donde las dos cadenas de la cordillera que forman el valle central de Chile se estrechan y forman un desfiladero. Su colega le objetaba, que esta posición podía ser fácilmente flanqueada y aun dominada, y que existían otros caminos que conducían á la capital robando su retaguardia, en lo que tenía razón; pero su plan de sostener la línea del Cachapoal no era mejor. El Cachapoal, á la sazón muy escaso de agua, era indefendible, y Rancagua como punto de apoyo y plaza fuerte no presentaba ninguna ventaja militar. Al fin cedió Carrera, pero sin abandonar la idea de fortificarse en Payne. El ejército se dividió en tres cuerpos. El primero, que formaba la vanguardia al mando de O'Higgins, fuerte de 1100 hombres, con el segundo á órdenes de don Juan José Carrera, que constaba de 1800 hombres, se acordonaron sobre el río. El tercer cuerpo, á cuya cabeza estaba don José Miguel, se situó á 15 kilómetros á retaguardia, entre Payne y Rancagua. El enemigo franqueó en masa el pretendido obstáculo, sin encontrar resistencia alguna (30 de Septiembre), y por un movimiento de flanco,

se interpuso entre las divisiones de O'Higgins y Juan José Carrera y la de don José Miguel, obligando á los dos primeros á replegarse á Rancagua, donde quedaron encerrados, con dispersión de parte de la caballería de la segunda. La combinación no podía dar otro resultado; pero el heroísmo rescató el error. Militarmente considerada, la defensa de Rancagua, es la operación de guerra más absurda de las primeras campañas de la independencia de Chile, sin exceptuar las desacertadas de Carrera; pero fué la más heroica, y sólo es comparable con el sitio de Chillán sostenido por los realistas, pero sin su éxito.

O'Higgins, estrechado en Rancagua, se fortificó en la villa á la cabeza de 1700 hombres, y enarboló en sus trincheras banderas enlutadas en señal de duelo á muerte. Atacado por los cuatro vientos por 5000 hombres (1° de Octubre de 1814), rechazó triunfalmente todos los ataques que le fueron llevados en el primer día del sitio, hizo una salida victoriosa contra los sitiadores destruyendo la principal de sus baterías, y sostuvo el fuego hasta el anochecer. A esa hora empezaron á escasear las municiones de la plaza, y el agua de que se surtía le fué cortada por el enemigo. Los realistas habían experimentado pérdidas considerables, y la confusión era grande en su campo. Si en aquel momento el tercer cuerpo á cargo de don José Miguel Carrera los hubiese atacado por la espalda, tal vez la victoria se habría declarado por los patriotas. La comunicación entre Carrera y los sitiados estaba interrumpida; pero O'Higgins hizo llegar á sus manos una tira de papel en que le decía: "Si vienen municiones y la tercera división carga, todo es hecho". Carrera, según confesión propia, contestó con palabras decididas que no correspondieron á los hechos: "Municiones no pueden ir sin bayonetas. Al

amanecer hará sacrificios esta división. Para salvar á Chile se necesita un momento de resolución".

Al amanecer (2 de Octubre) los sitiados esperaban con ansiedad el auxilio que podía salvarlos. La esperanza renació en ellos, cuando vieron avanzar hasta 1700 metros del pueblo, una división de 200 infantes y tres escuadrones de caballería con dos piezas, que obligaba á los sitiadores á concentrarse hacia la plaza. Era don Luis Carrera, á quien su hermano echaba por delante al frente de una vanguardia, para hacer una diversión, permaneciendo él á la distancia, en observación de los movimientos. A esto se redujeron los sacrificios prometidos. A las 12 del día, la tercera división mandada por el general en jefe, daba la espalda á Rancagua. En esos mismos momentos efectuaba O'Higgins una salida parcial, con éxito feliz. Carrera para explicar su retirada, ha dicho que pensó que la plaza había capitulado, disculpa que lo condena, porque á la vez asienta, en contradicción con su promesa de "hacer sacrificios", que sólo se propuso llamar la atención de los sitiadores para facilitar la evacuación de los sitiados, agregando para mayor contradicción, reveladora de las acusaciones de la propia conciencia, que nunca pensó en ir á encerrarse en Rancagua, abriendo al enemigo el camino de la capital en lo que tenía razón; pero debió pensarlo dos veces antes. Todo esto acusa la falta de ideas, y sobre todo, la falta del "momento de resolución para salvar á Chile", que en la noche anterior él había prometido. Esto es todo lo que puede decirse en su abono, relevándolo del cargo de traición á su compañero de armas, con que algunos historiadores lo han estigmatizado. No supo ni prever ni pelear, y no pudo siquiera comprender, que perdido todo, mejor era perderse con honor que vergonzosamente, desde que de todos modos es-

taba perdido, como se perdió, sin gloria ni provecho.

O'Higgins, responsable principalmente de esta catástrofe, por sus grandes errores militares, lo pagó al menos con su persona, y tuvo la inspiración heroica del momento. Montó á caballo, y recorriendo las baterías, proclamó á los soldados: "¡Mientras haya quien muera, la patria no está perdida!" Afirmando sus palabras, sostuvo treinta y dos horas el fuego. A las 4 de la tarde del segundo día de sitio, estaba sin municiones y sin agua, la artillería casi inutilizada, y había perdido dos tercios de su guarnición. El enemigo iba ya á penetrar por las trincheras indefensas. Reuniendo entonces en el centro el resto de los defensores sanos de Rancagua, montó 300 hombres en 280 caballos, y púsose á su cabeza. El capitán Ramón Freyre, que empezaba á señalarse por sus hazañas como guerrillero de caballería, formó un círculo de dragones en torno del general. O'Higgins le dijo apretándole la mano: "No, capitán Freyre; Vd. es un valiente; pero no puedo aceptar el puesto que me prepara". Y levantando su sable, dió espuelas á su caballo y atravesó por el grueso del enemigo, gritando á voces: "Ni damos ni pedimos cuartel". En esos mismos momentos la plaza incendiada en todas direcciones, era ocupada por los realistas. El teniente José Luis Ovalle, mantuvo izada la bandera nacional en medio de la plaza de armas, y cayó prisionero postrado á lanzazos. José Yáñez que lo reemplazó, murió al pie de ella, defendiéndola. El capitán José Ignacio Ibieta, con las dos piernas rotas por una bala de cañón, defendía de rodillas el paso de la última trinchera, y despreciaba las ofertas de perdón, muriendo al pie de sus escombros. Así sucumbió la primera revolución de Chile, manteniendo en alto su bandera entre el fuego y la muerte.

El general Carrera, después de dar la espalda á Rancagua por creerla rendida, hubo de volver en su auxilio, según declaración propia, luego que sintió renovarse el fuego de la plaza, y da por disculpa para no haberlo efectuado, un aviso de que el enemigo se había posesionado de la Angostura, y que cuando se convenció de su falsedad, volvió á cesar el fuego. Era que, como él lo sabía ya, las municiones faltaban, y habían faltado las bayonetas que según sus promesas debían llevarlas. Cuando tuvo la conciencia de que la derrota se había consumado, púsose en retirada hacia Santiago. Allí se le reunió O'Higgins, y con más ardor que juicio, propúsole sostener la línea del Maipo; pero él sólo se ocupaba en extraer los caudales públicos de la capital, que abandonó poco después, dejándola entregada al saqueo, en medio de vivas contradictorios del populacho al rey y á la patria. Su intento valeroso, pero tan vano como todos sus planes militares, era continuar la guerra en el norte, reuniendo en Aconcagua el ejército disperso para organizar la resistencia en Coquimbo. Previamente había ordenado que los Auxiliares Argentinos, tan ignominiosamente despedidos por él, marchasen á la costa de San Antonio—precisamente en la dirección que debía traer el enemigo—á fin de prevenir, según decía, un desembarco en ese punto. El comandante Las Heras, que con su tropa se encontraba en Aconcagua, emprendió en consecuencia su marcha al sur, y en la cuesta de Chacabuco encontróse con la emigración de Santiago, en fuga, hacia la cordillera. Retrogradó entonces, y unido con O'Higgins, á quien seguían los gloriosos restos de Rancagua, cubrió la retirada de los dispersos hasta pisar territorio argentino. Carrera, en desordenada retirada, se dirigió al pueblo de Santa Rosa al pie de los Andes (9 de Octubre de 1814),

á la cabeza de 400 á 500 hombres y una árrea de mulas cargadas de plata. El 11 se internó en los desfiladeros de la montaña perseguido de cerca, y en el último encuentro de su retaguardia en la ladera de los Papeles, perdió todo el tesoro que conducía. El 13 transmontó la cumbre de la cordillera nevada y pisó territorio argentino en medio de la obscuridad de la noche, despidiéndose por siempre de la patria, que no volvió á ver más. Así terminó el primer período de la revolución chilena, que se llamó "el tiempo de la patria vieja". La patria nueva, sería la que fundarían más tarde los chilenos y argentinos aliados, para levantar del polvo de la derrota las banderas de Rancagua, y pasearlas en triunfo por la América hasta la línea del Ecuador.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION HISTORICA

LA EMANCIPACION SUDAMERICANA.

I. Argumento del libro y unidad del asunto.—II. Sinopsis de la revolución sudamericana.—III. Acción de la América sobre la Europa. — IV. La colonización hispanoamericana.—V. La colonización norteamericana.—VI. Política colonial en ambas Américas.—VII. La emancipación norteamericana. — VIII. Filiación de la revolución sudamericana.—IX. Revolución moral de Sud América.—X. El precursor sudamericano.—XI. Las razas sudamericanas. Los criollos—XII. Prodromos de la revolución sudamericana. — XIII. Desarrollo revolucionario.—XIV. Tentativas monárquicas en Sud América.—XV. Retrospecto y prospecto sudamericano.

Págs. 1 á 84

CAPITULO II

San Martín en Europa y América.

1778-1812

La "George Canning".—Aparición de San Martín en la escena sudamericana.—Contingente que trae á su revolución.—Su influencia en su tiempo y en su posteridad.—Su genio concreto.—La unidad de su vida.—Antecedentes biográficos.—Noticias sobre la familia de San Martín.—Las Misiones Jesuíticas secularizadas.—Yapeyú.—Educación de San Martín.—Moros y cristianos.—La campaña del Rosellón.—Guerra marítima.—La campaña de las naranjas.—El alcalde de Móstoles.—Muerte del general Solano.—El general Miranda.—Las sociedades secretas.—El levantamiento de España contra Napoleón.—Arjonilla y Bailén.—San Martín y Beresford.—Lord Macduff.—La logia americana de Londres.—Viaje á Buenos Aires.—Estado de la revolución americana á la llegada de San Martín.—Sinopsis de la revolución argentina.

Págs. 85 á 123

CAPITULO III

La logia de Lautaro.

1812-1813

El primer Triunvirato y su filiación histórica.—Estado de los partidos políticos en 1812.—San Martín y Alvear.—Los Granaderos á caballo.—Escuela de táctica, disciplina y moral militar.—Vistas políticas y militares.—La logia de Lautaro y su influencia.—La batalla de Tucumán y sus consecuencias políticas.—Revolución de 8 de Octubre, su objeto y trascendencia.—Parte que toma en ella San Martín.—Influencia de la logia en este acontecimiento.—El segundo Triunvirato.—La situación militar.—Planes militares sobre Montevideo y el Perú.—Nuevo prospecto,

Págs. 124 á 152

CAPITULO IV

San Lorenzo.

1813-1814

Dos victorias.—Batalla del Cerrito.—Reunión de la Asamblea Constituyente. — Sus grandes reformas. — Nueva situación militar.—Los marinos de Montevideo.—La guerra fluvial.—Preludios desconocidos del combate de San Lorenzo. — San Lorenzo según nuevos documentos. — El paraguayo Bogado.—Batalla de Salta.—La logia y los progresos de la revolución.—Situación respectiva de San Martín y Alvear.—Derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.—Reseña de los generales argentinos en 1813.—Marcha de San Martín en auxilio de Belgrano.—El abrazo de Yatasto.—Correspondencia entre San Martín y Belgrano.—San Martín toma el mando del ejército del norte.—Estimación recíproca de dos grandes hombres.—Concentración del Poder Ejecutivo Nacional.—Una cruz y un ejército caído.

Págs. 153 á 184

CAPITULO V

El Alto Perú.

1814

El problema de la revolución argentina.—Las tres tendencias iniciales de la revolución.—La segregación del Paraguay.—Causas de la anarquía de la Banda Oriental.—

Etnología y geografía del Alto Perú.—Primera campaña de la independencia en el Alto Perú.—Cotagaita y Suipacha.—La derrota del Desaguadero.—Carácter de la insurrección altoperuana.—La ley de las derrotas y victorias de la revolución.—Las fronteras de la revolución argentina.—Composición del ejército realista.—Debilidad moral del ejército argentino.—Planes de Pezuela.—Los realistas ocupan á Jujuy y Salta.—El ejército del norte se reconcentra en Tucumán.—La guerra de partidarios en el Alto Perú.—Aparición de Arenales.—Atrocidades de Goyeneche y Landívar. — Represalias. — Descripción del Alto Perú.—Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra.—Batalla de La Florida.—Importancia de estas operaciones. Págs. 185 á 226

CAPITULO VI

La guerra del norte.

1814

Año de transición y soluciones.—Los ejércitos beligerantes del norte.—Planes de San Martín.—Nueva escuela militar.—La guerra y la opinión.—Insurrección popular de Salta.—Teatro de la guerrra de partidarios.—Guerra de recursos.—Vanguardia del ejército patriota del norte.—Dorrego y Güemes.—Hazañas de los salteños.—Castro y Marquiégui.—Operaciones del ejército realista del norte en Salta.—Toma de Montevideo.—Retirada de la invasión española.—Revolución del Cuzco.—Enfermedad de San Martín.—Deja el mando del ejército del norte.—El criollo americano.—San Martín intendente de Cuyo.—Rasgos fundamentales de su carácter. Págs. 227 á 269

CAPITULO VII

Revolución chileno-argentina.

1810-1811

Enlaces de la revolución chileno-argentina.—Nuevo punto de vista histórico.—Antecedentes de la sociabilidad chileno-argentina. — Primera descomposición del gobierno colonial en Chile.—Aparición de Martínez Rozas.—Los Cabildos de Santiago y Buenos Aires.—Síntomas sincrónicos de la independencia chileno-argentina.—El particularismo del sur de Chile. — Nueva teoría política

argentino-chilena.—Aparición de O'Higgins.—Revolución del 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires.—Su repercusión en Chile.—Primer Congreso municipal chileno.—Se instala el primer gobierno nacional de Chile.—Relaciones diplomáticas argentino-chilenas.—Semblanzas de las dos revoluciones.—Alianza argentino-chilena.—Primera iniciativa de un Congreso americano.—Las armas y las ideas argentino-chilenas fraternizan.—Escisión del partido patriota.—Reacción realista en Chile.—Dictadura de Rozas. — Radicales y conservadores chilenos. — Derrota electoral de Rozas. — Instalación del primer Congreso general de Chile.—Exposición de la doctrina constitucional de la revolución de Chile por Rozas.—Examen de la influencia del parlamentarismo en la revolución chilena.—El Congreso de 1811 y su composición.—Derrota parlamentaria de los radicales. — Proyecto de constitución. Págs. 270 á 318

CAPITULO VIII

Desarrollo y caída de la revolución chilena.

1811-1814

Paralización revolucionaria.—Aparición de Carrera y su retrato.—Núcleo del partido carrerino.—Revolución liberal y política reformista.—Motín de Carrera y disolución del Congreso.—Aislamiento de Carrera en el poder.—El sur levanta la bandera parlamentaria. — Rozas y Carrera. — Pacto de federación. — Caída de Rozas y su muerte. — El año XII. — Interregno confuso.—Nuevo reglamento constitucional. — Invasión de Pareja. — Primera campaña de la independencia de Chile.—Sorpresa de Yerbas Buenas y batalla de San Carlos.—Sitio de Chillán.—Retroceso militar de la revolución.—Combate del Roble.—Desprestigio de Carrera y su destitución.—O'Higgins general en jefe.—Los Auxiliares Argentinos en Chile.—Invasión de Gainza.—Nómbrase un Director Supremo en Chile.—Derrota de Cancha Rayada.—Acción de Cucha-Cucha.—Combate de Quilo.—Victoria del Membrillar. — Operaciones de los ejércitos beligerantes. — Defensa de Quechereguas.—Estado de la revolución sudamericana.—Tratados de Lircay.—Política vacilante del gobierno chileno. — Relaciones argentino-chilenas. — Carrera se apodera nuevamente del mando. — La guerra civil estalla.—Invasión de Osorio.—Reconciliación de O'Higgins y Carrera.—Planes militares.—Sitio de Rancagua.—Caída de la revolución chilena. Págs. 319 á 379

Biblioteca de La Nación

VOLÚMENES PUBLICADOS

1º **Tres novelas picarescas**, de Hurtado de Mendoza, Cervantes y Quevedo.
2º **Los Primeros Hombres en la Luna**, por H. G. Wells.
3º **La Niña Menor**, por André Theuriet, de la Academia Francesa.
4º **Aguas Primaverales**, por Iván Turgueneff.
5º **La Vida de las Abejas**, por Mauricio Mæterlinck.
6º **Serias y Humorísticas**, por B. Mitre y Vedia.
7º **Nativos**, por Santiago Maciel.
8º **La Maestrita de los Obreros**, por E. de Amicis.
9º **El Vellocino de Oro**, T. Gautier.
10. **El Fantasma**, por Pablo Bourget.
11. **El Doctor Antonio**, Ruffini, t. I.
12. **El Doctor Antonio**, Ruffini, t. II.
13. **Inocencia**, por el Vizconde D'Escragnolle Taunay.
14. **La Eva Futura**, por Villiers de l'Isle Adam.
15. **Una Familia Corsa** y **Una Aventura de Amor**: dos novelas de A. Dumas padre.
16. **Bug Jargal**, por Víctor Hugo.
17. **Magdalena**, por Julio Sandeau.
18. **Cien Años Después ó El Año 2000**, por E. Bellamy.
19. **El Sombrero de Tres Picos** y **El Capitán Veneno**, dos novelas de P. A. de Alarcón.
20. **Arengas de Bartolomé Mitre**, tomo primero.
21. **Espasmo**, por Federico de Roberto.
22. **Arengas de Bartolomé Mitre**, tomo segundo.
23. **Un Viaje de Novios**, por Emilia Pardo Bazán.
24. **Arengas de Bartolomé Mitre**, tomo tercero.
25. **Adela y Matilde ó Los cinco últimos años de la dominación española en el Perú**, por el coronel D. R. S.
26. **Las Campanas y Casa Desalquilada**, por Charles Dickens.
27. **Ella**, por H. Rider Haggard.
28. **Historia de Belgrano**, por B. Mitre, tomo primero.
29. **Los Archivos de Guibray**, por Mauricio Montegut.
30. **Historia de Belgrano**, por B. Mitre, tomo segundo.
31. **Las Alas de Ícaro**, C. de Bernard.
32. **Historia de Belgrano**, por B. Mitre, tomo tercero.
33. **La novela de un joven pobre**, por Octavio Feuillet.
34. **Historia de Belgrano**, por B. Mitre, tomo cuarto.
35. **El Corazón de Luisa**, por Enrique Gréville.
36. **Roger Laroque**, Julio Mary, t. I.
37. **Roger Laroque**, Julio Mary, t. II.
38. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo primero.
39. **El Sabueso de los Baskerville** por Arturo Conan Doyle.
40. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo segundo.
41. **Cuentos fant. de Hoffmann**.
42. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo tercero.
43. **Aventuras Caballerescas**, por Constant Guéroult.
44. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo cuarto.
45. **El Conde de Monte Cristo**, por A. Dumas, tomo quinto.
46. **Mi Tío y mi Cura**, J. de la Brète.
47. **Una historia de los tiempos venideros**, por H. G. Wells.
48. **Feliz Hogar**, por Marcel Prévost.
49. **Bocetos californianos**, por Francisco Bret Harte.
50. **Incertidumbre**, por H. L. N.
51. **Eugenia Grandet**, H. de Balzac.
52. **Marianela**, por B. Pérez Galdós.
53. **Mi Prima Nicolasa**, M. Alanic.
54. **El Pescador de Islandia**, por Pierre Loti.
55. **Atala—René—El último Abencerraje**, por el Vizconde de Chateaubriand.
56. **El Libro de Navidad**.
57. **El Abate Constantin**, L. Halévy.
58. **El Prisionero de Santa Elena**, por Gérard Beauregard.
59. **María**, por Jorge Isaacs.
60. **Cartas de mi Molino**, A. Daudet.
61. **Amor de Otoño**, por A. Theuriet.
62. **El Sitio de Sebastopol**, por el Conde León Tolstoi.
63. **Insolación**, Emilia Pardo Bazán.
64. **Historias Extraordinarias**, por Edgardo Allan Poe.
65. **Graziella**, por A. de Lamartine.
66. **Los Tres Mosqueteros**, Alejandro Dumas, tomo primero.
67. **Tres Años de Guerra**, por el general C. de Wet, tomo primero.
68. **Los Tres Mosqueteros**, Alejandro Dumas, tomo segundo.
69. **Tres Años de Guerra**, por el general C. de Wet, tomo segundo.
70. **Los Tres Mosqueteros**, Alejandro Dumas, tomo tercero.
71. **La Gran Aldea**, Lucio V. López.
72. **El Atentado Slughine**, por Hugues Le Roux.
73. **Colomba. Carmen**, P. Merimée.
74. **Mi Conciencia vestida de rosa**, por Guy de Chantepleure.
75. **Sor Juana de la Cruz**, M. Serao.
76. **Facundo**, D. F. Sarmiento.
77. **Noventa y Tres**, V. Hugo, t. I.
78. Íd. íd. íd. t. II.
79. **El Vicario de Wakefield**, por Oliverio Goldsmith.
80. **El Deseo**, por H. Sudermann.
81. **Misterio...**, por Hugh Conway.
82. **Iskander—Popanilla**, por Benjamín Disraeli.
83. **Historia de San Martín**, por B. Mitre, tomo primero.

EDICIONES AGOTADAS

A la rústica, 1, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 23, 25, 26, 27, 33, 35, 41, 46, 52, 56, 58, 59, 61, 62, 66, 68 y 71.

Encuadernada, 1, 15, 25, 27.